



**UNA  
MUJER  
SIN  
PASADO**

**ANNA EKBERG**

*Un love thriller difícil de olvidar*



MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura  
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás  
guías de lectura de algunos de nuestros títulos

<http://www.maeva.es/guias-lectura>

## Índice

Cubierta

1

Dos semanas antes

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67

Notas  
Créditos

Debe de ser un mecanismo de supervivencia, piensa Helene con los ojos fijos en el círculo oscuro que ha dejado la taza de café sobre el escritorio lacado en blanco. Debe de ser un mecanismo de supervivencia, optar por mantener fija la mirada en algo tan pequeño e insignificante justo cuando toda su vida se desmorona. Se obliga a levantar la vista, mira la comisaría, intenta concentrarse en el papel que le ha entregado el funcionario. «Derechos del detenido», pone en el encabezamiento. Tiene derecho a un abogado, tiene derecho a mentir a la Policía, tiene derecho a comida y bebida. Y a una compensación de ochocientas coronas si permanece detenido injustificadamente durante diez minutos. ¿Cuánto tiempo lleva detenida? En todo caso, más de diez minutos.

—¿Lo ha leído? —pregunta el funcionario que está sentado delante de ella. Un tipo joven y delgado, no debe de tener más de treinta años, apenas llena el uniforme en la zona de los hombros. El policía de más edad que está a su lado, un hombre con traje de chaqueta oscuro y camisa blanca, aún no ha abierto la boca.

—Sí.

—¿Y sigue sin querer un abogado?

—Así es.

El uniformado echa una mirada fugaz a su colega. El otro policía carraspea.

—Señora Söderberg, ¿entiende por qué está aquí?

Helene no llega a responder antes de verlo. El fogonazo, un relámpago que atraviesa el despacho de la comisaría. Los agentes lo ven también. El de más edad se ha puesto de pie inmediatamente.

—¿Podéis apartar de la ventana a los fotógrafos? —grita enfadado.

Helene gira la cabeza, otra vez la alcanza el rayo. Levanta las manos, las dos, solo un instante. Se rinde. Que tengan lo que han venido a buscar. La foto de la famosa Helene Söderberg, detenida, esposada, humillada, acabada.

—¡Echadlos! —vuelve a aullar el agente de más edad.

Unos cuantos policías jóvenes están ya en la puerta de la comisaría, bajan

las persianas. A Helene le da igual. Que hagan todas las fotos que quieran.

–Señora Söderberg –dice el agente, respirando hondo mientras se recoloca la camisa–. Tenemos que llevar a cabo unos procedimientos. Un análisis de ADN, ese tipo de cosas. Quizá tardemos una hora. ¿Me entiende?

–Colaboraré –dice Helene.

–Después la conduciremos a una celda, hasta que pase a disposición judicial. –La mira. ¿Qué espera? ¿Que diga algo?–. Pero primero es mi obligación leerle los cargos.

Helene sigue sin decir nada. El agente mayor vacila, por fin se decide y saca las gafas de lectura del bolsillo de la chaqueta. No parece apetecerle demasiado. Lee las palabras despacio, mecánicamente, como si se tratara del manual de instrucciones de una cocina nueva.

–Helene Söderberg, se la acusa, de acuerdo con el párrafo 237, del homicidio intencionado de Louise Andersen.

Helene levanta la vista y lo mira a los ojos. Homicidio intencionado. Párrafo 237. Louise Andersen. Los otros evitan mirarla, los que están en la mesa y las dos funcionarias de pelo corto situadas junto a la máquina de café intentan aparentar que no oyen nada. Toda la comisaría está en silencio. Todos escuchan. Suena un teléfono en algún sitio, pero nadie lo coge, nadie quiere perderse ni un detalle de lo que está pasando. Ahora, justamente aquí, se está haciendo historia. La gente hablará de ello durante años. Esta noche, cuando los agentes vuelvan a casa con sus familias, se sentarán a cenar y a charlar acerca de los sucesos del día. Los niños escucharán en absoluto silencio, con los ojos muy abiertos, la historia de la caída de la poderosa familia Söderberg. El asesinato de la inocente Louise Andersen. Helene mira a los ojos al agente joven, después al mayor. Por qué no darles ya el final, ahora mismo. Se lo han ganado.

–Soy culpable –dice en un murmullo. Nota que la estancia se queda sin aire. Que el tiempo se queda casi congelado–. Yo maté a Louise Andersen.

Dos semanas antes



Louise se despierta. Todas las mañanas, en ese momento, encuentra el mismo panorama. Todavía no ha conseguido acostumbrarse, pero cree que sería incapaz de vivir si le faltara. El mar. Siempre igual de extenso. La ventana es un ojo de buey, lo que hace que se sienta como si estuviera a bordo de un barco. Ojalá pudiera vivir en un barco, es lo que más le gustaría. Joachim siempre está haciendo insinuaciones sobre ese asunto, pero nunca va más allá. Se da cuenta de que ella piensa con fruición en esa posibilidad y que, aunque se marea cada vez que sube al barco que va de Christiansø a Bornholm, ha optado por vivir rodeada de agua. La cama está orientada al mar, así que eso es lo primero que ve al abrir los ojos. Louise siempre ha tenido el presentimiento de que un día llegará alguien por mar, alguien que le cambiará la vida. Claro que no es más que un pensamiento tonto, una sensación. Pero ahí está.

Hoy el mar está tranquilo y luce ese color azul oscuro que solamente tiene ahora, cuando el verano brilla en todo su esplendor. El cielo está despejado y fuera de la casa puede oír un zumbido de voces. Los turistas ya se han levantado y han salido. Louise mira a la mujer con el cochecito de bebé, a la pareja de edad avanzada sentada en un banco. Se ha fijado en ellos otras muchas veces, siempre se sientan allí. Dos de los noventa y un habitantes permanentes de la pequeña isla. ¿Algún día se sentarán allí Joachim y ella? La romántica idea vive unos segundos en la cabeza de Louise, hasta que se siente gratamente sorprendida por un hombre. Un hombre alto, de mediana edad, vestido con un traje de chaqueta. No es ninguno de los isleños residentes, es uno de los miles de turistas que llegan todos los veranos. Se detiene delante de la terraza del café. Se le ve inquieto, angustiado. Hay sobre él una sombra discordante, como si sufriera por alguna razón. ¿O estará borracho? Louise cierra los ojos un instante, hasta que un ruido la altera. ¿Fue eso lo que la despertó? ¿Ese ruido que tanto echaba de menos?

Louise aparta el edredón y baja de la cama. En las plantas de los pies siente la madera caldeada por el sol. Sale despacio del dormitorio, va hacia el

pasillo y llega ante la puerta cerrada. Se queda allí quieta y nota que una sonrisa se extiende en su rostro, lleva tiempo sin usar esos músculos. Está escribiendo. Joachim está escribiendo de verdad. Y no de esa forma espasmódica, llena de frustración, que últimamente ha percibido tantas veces. Desde fuera se oía como si aporreara el teclado, y después parecía que acabara de volver de la guerra, con el rostro tumefacto, todo colorado y sudoroso. Ahora el sonido es distinto. Un ruido armónico de dedos que escriben con libertad y afán creador.

Louise piensa en cuando se conocieron, es uno de sus recuerdos favoritos. Por aquel entonces, Joachim escribía; el mundo entero era suyo y entró como una tromba en el de ella. Joachim recitaba en un café repleto de gente, ella rondaba los cuarenta, él era diez años mayor... y diez centímetros más alto. Louise recuerda el aplomo que mostraba, su fuerte cabello negro, su forma de mirar al público por encima de las gafas baratas de presbicia, mientras leía su libro en voz alta. Ella se quedó abrumada, él la deseaba, a Louise no le cupo la menor duda. Tenía la sensación de que él era demasiado para ella —a veces sigue sintiéndolo—, aunque sabe muy bien que esos pensamientos ocultan aspectos totalmente distintos: vulnerabilidad e inseguridad.

Gira el tirador de la puerta tan silenciosamente como puede, entra de puntillas y se queda mirando el escritorio. Él no se da la vuelta, sigue escribiendo. Estupendo, no debe detenerse. Hasta ese momento todo ha sido difícilísimo. Primero empezó una nueva novela, luego se paró. No le había sucedido nunca, hasta entonces había estado escribiendo sin interrupción. Pero lo mismo se repitió varias veces y Louise notó su nerviosismo. Era como ser impotente..., no, peor. Así lo explicaba él. En aquella ocasión, Louise pensó que no era impotente, en absoluto, pero entonces no pensaba que pudiera existir nada peor. Al mismo tiempo que él luchaba contra sus bloqueos, Louise tenía sus propios problemas con el café. Había subestimado el trabajo que significaba hacerse cargo de un local de ese tipo. Ya no era una simple empleada que se limitaba a seguir un guion establecido, qué va, ahora tenía que aprenderlo todo desde el principio, aprender a ser jefe de alguien, aunque de hecho le pareció sorprendentemente natural que fuera ella quien mandara. Pero ahora, por fin, todo se ha calmado, en buena parte porque tiene a Lina, que es un auténtico tesoro. Es trabajadora, ambiciosa y responsable, y gracias a que está ella Louise se puede permitir librar ese viernes, puede darse el

placer de tener a Joachim tal y como era antes. Él se detiene, se da la vuelta, la mira por encima de las gafas, como hacía siempre que se le interrumpía.

—¿Te molesto? —Louise sonrío—. No era mi intención.

Joachim se pone de pie y en dos pasos le ha tomado la mano. Se queda quieto un momento y la contempla mientras le pone las manos en las caderas en un movimiento suave, deslizante. La besa, una mano se eleva de la cintura hasta el cuello, la sujeta con suavidad y después más fuerte. La aprieta contra la pared, le levanta el camisón. Ella se baja las bragas, se las quita del todo. Él se baja los pantalones con una mano mientras con la otra la sujeta por el cuello con firmeza, la besa. La penetra. El cuerpo de Louise lo nota, siente su voluntad, su mirada en el rostro; la piel lo recibe por completo, lo absorbe hacia su interior. Esa mirada que le da la vida.

En un breve y agitado instante, ella solo lo siente tal y como es. Louise cierra los ojos y lo oye jadear cada vez más fuerte, hasta que se corre. Le toca los testículos, los siente tensarse y relajarse.

Ella lo oye todo, lo ve todo, lo nota todo. Pero desde algún lugar lejano y muy profundo. Un lugar del que es difícil regresar.

Joachim se retira y la abraza.

—Tengo que hacer pis —le susurra Louise.

Él sonrío y le da un beso rápido en la frente; ella ya lo conoce, lo único que desea ahora es escribir.

Cuando Louise vuelve a la entrada de la casa, oye a Lina llamarla desde la cocina. ¿Alguna de las sustitutas nuevas se llama Helene?

—¿Qué? —dice Louise.

—Björk no ha venido. Y ahí fuera hay un hombre que pregunta por Helene.

**M**ientras se cambia de ropa, Louise maldice para sus adentros. No tiene más remedio que despedir a Björk porque no atiende bien su trabajo, y ahora incluso su viernes libre corre peligro. También lo siente por Lina, que seguramente estaba encantada de ir a la tienda de ahumados a buscar arenques y ligar con los temporeros del continente o sentarse a consultar Facebook y tomar café. Todo eso es imposible cuando la jefa está presente. Pero no es solo la idea del viernes perdido lo que irrita a Louise. Sencillamente, no tiene

ganas de meterse en el caluroso local a poner mesas, colocar velas nuevas y hacer todas esas tareas rutinarias previas al momento de abrir.

El día es cálido. Louise se encuentra en la cocina perfectamente organizada, removiendo la masa de pescado molido. El hinojo fresco muy picado está listo justo al lado. Así que solo le faltan las hierbas, las cogerá de las macetas de la terraza. Estragón, eneldo, perifollo y perejil. Es una receta para la que ha necesitado mucho tiempo hasta encontrar el punto justo, y que se ha convertido en una de las especialidades del café. Como no es suficiente con que se le estropee el viernes, además tiene que convencerse de que le encanta encerrarse en la cocina. E incluso tiene que ir a la tienda de ahumados y luego quedarse junto a los fogones antes de que aparezcan los turistas. Una mosca perezosa zumba en la ventana de listones con cristales pequeños que hay encima del fregadero de la cocina. Se seca el sudor de la frente y las manos con un paño y va hacia la ventana para echar a la mosca. Dirige una mirada fugaz a la imagen de sí misma en el cristal. El cabello rubio está recogido en una coleta alta y tirante, como Louise les exige a todas las chicas cuando están en la cocina. Disfruta de la suave brisa que entra por la ventana y contempla a la mosca, que sigue zumbando, mientras la cierra. Se ha posado tan tranquila en el alféizar. Agita las alas arriba y abajo, pero sin echar a volar.

En aquel momento se encontraba allí y todas las opciones estaban abiertas. En eso piensa ahora. Podría haber hecho cualquier cosa, podría haberse ido a recorrer el mundo. ¿Fue casualidad, o fue sencillamente el destino lo que hizo que fuera a parar a este lugar? Louise no sabe qué pensar, pero sigue asombrándose de la manera en que se desarrollaron los acontecimientos. Vio el cartelito en el puerto de Rønne. Acababa de llegar y le apetecía algo totalmente nuevo, algo que no planteara demasiadas exigencias.

Se busca sustituta para el verano en un agradable café, en perfecto funcionamiento, en la isla de Christiansø. Tiene que ser una persona constante y trabajadora, tener buen humor y poseer espíritu de servicio, así como no padecer de claustrofobia insular.

Eso ponía, y Louise aún recuerda el texto; es el mismo que utiliza ella cuando pone un anuncio. Cuando se presentó para optar al puesto, de antemano no le parecía demasiado interesante. Pensaba que podía ser un trabajo temporal, hasta que supiera qué otra cosa hacer. Pero le acabó gustando, y sin

darse cuenta pasó de ser provisional a permanente. *If it works, why fix it?* Eso había leído que respondió Tom Jones en una entrevista, cuando un periodista le preguntó por qué seguía cantando lo mismo una y otra vez. Si funciona, ¿por qué repararlo?

–Ya he terminado con las mesas, ¿abro? –pregunta Lina.

Louise mira su reloj. Ya es la hora.

–Espera diez minutos, así puedes terminar la ensalada.

Trabajan en silencio. Eso es posible cuando hay buena sintonía. Así lo hacía ella con Beate, la anterior propietaria. Louise no tenía ni idea de cómo trabajar en un café. Al empezar se sentía una tonta, tenía que preguntarlo todo. Por suerte, Beate estaba siempre dispuesta a responder a sus preguntas, y al poco tiempo Louise empezó a asumir cada vez más responsabilidades. No tenía la menor intención de llegar a ser propietaria de un café, pero Beate vio en ella algo especial de lo que no era consciente ni la propia Louise. ¿Una chef, un talento para los negocios? Beate vivía en Bornholm, en una casa situada a las afueras de Gudhjem que había sido el hogar de su infancia, de manera que el apartamento que había encima del café estaba vacío. Durante toda la temporada de verano, Louise estuvo viviendo en una habitación del hostel que le costaba un montón de dinero. Cuando terminó la temporada alta, Beate le propuso a Louise trasladarse al apartamento y trabajar en el café de forma permanente. De las cuatro personas que habían estado trabajando allí durante el verano, ella fue la única que siguió haciéndolo a tiempo completo el año entero, incluso en invierno. Aunque el apartamento era pequeño, a Louise le encantó. Y el precio del alquiler era decente.

El primer año había tenido que acostumbrarse al otoño y al invierno. La oscuridad, el frío, el tiempo; hasta el mar olía de otra forma. Christiansø y su hermana pequeña, Frederiksø, estaban habitadas por personas distintas a las que había atendido durante el verano. Ahora todos disponían de más tiempo, sus rutinas eran diferentes; algunos de los parroquianos tenían la costumbre de sentarse y quedarse como ausentes, con un café y un periódico. En general, en las islas no se pagan impuestos, como descubrió Louise cuando tuvo su primera nómina en la mano. No se paga casi por nada; es más, el treinta por ciento que suelen recaudar los ayuntamientos en todo el país no se aplica en las islas, pues no pertenecen a ninguno. Como parte histórica de las fortificaciones danesas, dependen directamente del Ministerio de Defensa. Sin embargo, las islas tienen que estar habitadas, ya que de otro modo se teme que

puedan ser invadidas por los rusos. Esas son las normas, según le contaron a Louise. Si se quiere ejercer la soberanía sobre un pedazo de tierra, es imprescindible habitarla. Como consecuencia directa de todo ello, no se pagan impuestos en las pequeñas y bellas islas de Louise. Sencillamente, porque hay que atraer a suficientes daneses como para que mantengan a raya a los rusos.

–Está llamando a la puerta. –La voz de Lina se entromete en los pensamientos de Louise.

–¿Quién?

–El hombre ese. El que pregunta por Helene. ¿Lo dejo entrar? ¿Podemos abrir ya?

Las mesas blancas relucen al sol, pero solo hasta que Louise las cubre con manteles. Colores griegos, el azul fuerte y el blanco; le gustan esos colores combinados con las hierbas aromáticas de las grandes macetas rojas de arcilla, de fabricación local, que forman como una valla, como una defensa frente a la calle. En estos momentos florece el orégano, huele a Italia, Louise pone en todas las mesas los pequeños brotes en vasitos de licor. Nunca flores, siempre y únicamente hierbas aromáticas. En verano, la terraza es la parte más importante del café. La calle está llena de turistas abrasados por el sol que siempre desprecian sus efectos en las pequeñas islas. Es por culpa de algo que hay en el mar, y por unos reflejos que Louise ha renunciado a comprender. Lo que sí hace es ponerse un poco de protector solar de factor bajo, a veces incluso en otoño. Levanta la vista al oír la voz del hombre.

—¡Helene!

Un grito, casi.

Louise lo mira un instante. Solo ahora lo ve con claridad. Un hombre apuesto, moreno, que viste un traje de chaqueta claro que le sienta bien y que, sin duda, es muy caro. Louise se da la vuelta y entra, sonrío a Joachim, que ha bajado al local y que mientras almuerza está sentado con una pila de papeles extendida delante de él.

—Te voy a contar una cosa —dice él—. ¿Tienes tiempo? ¿Vas a abrir ya?

—Dentro de cinco minutos.

—Pues bien. *Escapatoria*, ese será el título de mi nuevo libro. Y empieza así... —Joachim pasa papeles del montón, que ya parece inabarcable, lo que es buena señal. Cuando escribe, lo hace deprisa y prolíficamente. Carraspea y lee—: «Recuerda al perro. Estaba al final del empinado camino que subía hasta la escuela. Todas las mañanas, sin excepción, tenía miedo de que la estuviera esperando. Los demás niños no lo temían tanto, lo cierto es que solo le ladraba a ella. De modo que, con apenas seis años, elaboró su primera estrategia de supervivencia, una estrategia que en momentos posteriores de su vida le sería de gran utilidad...» —Joachim mira a Louise por encima de las gafas.

–¿Qué? ¿Cómo sigue? ¿Qué hizo?

–«Se inclinó muy despacio, sin apartar la mirada del perro ni por un instante. Y cogió una piedra del suelo. La mayor que encontró. Y se acercó al animal. Levantó tranquilamente la mano, se la puso por encima de la cabeza, con la mirada fija en los ojos del perro...» –Joachim se detiene–. Este es el principio.

–¿Y de qué trata?

–De ella. Y de su amor por un hombre al que no puede conseguir.

–¿Y acaba bien, por lo menos?

–No, claro que no. –Sonríe–. Un gran amor no puede terminar bien. –Capta su mirada y añade de prisa–: En la literatura.

Dice algo más, pero ella oye otra vez la voz del forastero, que golpea el cristal con la mano.

–¡Helene!

Una y otra vez. Louise se pone en pie, mira con curiosidad al otro extremo del café. El hombre está allí, junto a la puerta, golpeando el cristal.

–¿Es sueco? –pregunta Joachim.

–No lo parece –dice Louise, intentando formarse una impresión de aquel hombre. No tiene pinta de ser de los que arman gresca por las calles. Tampoco parece borracho, no va sin lavar ni afeitarse, ni está sucio. Golpea el cristal con más fuerza.

–Yo hablaré con él –dice Joachim, que se levanta, atraviesa el café vacío y abre la puerta.

–Helene –dice el hombre, pasando al lado de Joachim.

–¡Eh! –Joachim intenta detenerlo, pero el otro es más rápido. Louise se da cuenta de que se dirige hacia ella sin apartar los ojos. La mira fijamente mientras exclama:

–¡Helene! ¡Soy yo!

Es alto y de hombros anchos, un hombre indudablemente apuesto, constata Louise. Tiene el cabello espeso y lustroso, cortado de forma que el flequillo le cae en rizos suaves sobre los ojos sin llegar a taparlos, sino más bien realzándolos. Ojos verdes. Ojos de un verde luminoso que la miran con fijeza.

–Helene. –El hombre ha bajado la voz. Jadea emocionado, inmóvil delante de Louise. Joachim lo ha alcanzado.

–Creo que te has equivocado, colega. –Joachim habla con su habitual voz



autoritaria. Nunca pasa desapercibido, todos lo escuchan cuando habla, pero ahora ese hombre lo ignora por completo y se acerca un poco más.

–Helene, soy yo.

Joachim se interpone entre ambos y el hombre tiene que empujarlo para avanzar. No es un empujón fuerte, solo un simple movimiento del brazo, pero es suficiente para que Joachim esté a punto de perder el equilibrio por un instante, para que se vuelque una silla, una taza de café caiga al suelo y se rompa, y para que Lina se acerque a Joachim para ayudarlo y sujetarlo. Louise mira desconcertada a su alrededor. ¿Qué está pasando?

–Helene.

Louise retrocede. Y es entonces cuando el hombre alarga una mano hacia ella y le sujeta la muñeca izquierda.

–Suélteme.

–¿Es que no me reconoces? Soy yo, Edmund. ¿Qué te pasa?

–¡Suélteme! –Louise ha alzado la voz–. Joachim agarra con fuerza al hombre que dice llamarse Edmund.

Eso solo sirve para que este grite más fuerte. En su voz hay algo nuevo, algo que Louise no había notado hasta ese instante. ¿Desesperación? ¿Indignación?

No parece enfadado, no da la impresión de ser un tipo peligroso, más bien parece sentirse desdichado. Tiene los ojos inundados de lágrimas, no aparta la mirada de Louise, solo la mira a ella.

–¡Helene! –vuelve a decirlo, no pronuncia otra palabra–. Eres mi mujer, Helene, mi mujer.

–Estás mal de la cabeza –dice Joachim, empujando al hombre hacia la puerta con fuerza–. Lina, corre a la tienda de ahumados a pedir ayuda –ordena Joachim, haciendo todo lo posible por sacar de allí a aquel hombre.

–Soy yo, soy tu marido, ¿es que no me reconoces? Helene.

Esas últimas palabras la golpean con fuerza. Como algo físico que la hace retroceder un paso. Por un instante pierde el equilibrio.

Joachim nunca había visto a Louise tan alterada. Intenta ayudarla a incorporarse.

—¿Estás bien?

No obtiene ninguna respuesta de ella. Detrás de ambos, uno de los chicos corpulentos de la tienda de ahumados está gritando:

—Ya basta. ¡No te conoce! —Joachim se da la vuelta, mira la escena. El muchacho sudoroso grita más de lo necesario, piensa Joachim. Pero funciona. En la isla no hay Policía, de forma que cuando se produce algún altercado los locales tienen que ayudar. El hombre se queda callado y quieto. Tiene la mirada perdida, nerviosa, insegura. Como si solo entonces se diera cuenta del caos que ha creado. En el café solo hay algunos turistas que miran la escena pasmados, además de los cuatro empleados y los dos propietarios de la tienda de ahumados que lo han inmovilizado.

—No lo sueltes —dice uno de los mayores, movido seguramente por la experiencia—. Una vez que los borrachos alborotadores han sido neutralizados, hay que retenerlos hasta que llegue la Policía desde Rønne.

La atención de Joachim se dirige de nuevo a Louise. Por un breve instante... Es difícil aceptarlo, pero hubo un momento, cuando Joachim vio entrar al hombre en el café, en que tuvo la vaga sensación de que ella podía conocerlo. Joachim intenta abrazar a Louise.

—Ya está controlado, tranquila —dice Joachim, estrechando a Louise entre sus brazos.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—Está enfermo, ahora está más tranquilo.

—No quiero que esté aquí.

—Venga, que enseguida nos libraremos de él; se repondrá y desaparecerá.

—Quiero que se vaya ahora mismo.

Joachim está extrañado. ¿Por qué habla con esa voz tan chillona? ¿Por qué tiembla?

Nunca la había visto en ese estado. Louise, su bella compañera. Aunque

siempre habrá una parte de él incapaz de comprender que lo haya elegido precisamente a él. Sabe muy bien que hay montones de mujeres que lo persiguen, pero no se las toma en serio. No se toma en serio ni a sí mismo. La simple idea de que, por ser escritor, debe de ser especialmente profundo y sensible... Eso no es más que un chiste. La gente se comporta con él como si fuera una especie de oráculo. Louise es distinta, ella no lo toma demasiado en serio. Pero, inexplicablemente, tiene miedo de ese hombre al que tiene bien sujeto el chico de la tienda. O por lo menos se siente insegura, no puede disimularlo. El hombre hace grandes esfuerzos por soltarse, no está dispuesto a seguir inmovilizado y ha empezado a gritar. Ojalá pudieran hacerlo callar. Es fuerte, debe de pasar muchas horas en el gimnasio. Uno de los chicos lo tiene agarrado por los brazos y descarga todo su peso corporal sobre su espalda para que no se mueva. Con decisión, se quita el cinturón y le ata las muñecas con él.

–Ya he llamado –dice Lina. Está al otro lado del mostrador y, llegado el momento, parece dispuesta a atrincherarse en la cocina.

*La Policía.* Joachim suspira. Quizá sea una exageración. Aunque, por otra parte, a lo mejor ellos saben a quién recurrir para ayudar al pobre hombre. Ahora está callado, ya no tiene los ojos desorbitados, solo tristes, entregados. Pero sigue con la mirada clavada en Louise, algo que le resulta desagradable a ella y también a Joachim. La Policía tiene que llegar desde Rønne, y aunque sus lanchas son más rápidas que el ferry, todavía tardarán. Podrán interrogar al hombre, intentarán convencerlo de que entre en razón. Pero Louise no tiene por qué seguir presenciando todo eso.

–Lina, ¿te quedas tú aquí a esperar a que llegue la Policía? Yo me voy a la cocina con Louise, necesita descansar un poco.

Louise da un respingo, como si sus palabras la hubieran despertado.

–¡No! Yo soy la responsable de este local, no me iré a ningún sitio hasta que todo esté controlado.

–Venga, Louise –dice Joachim, intentando llevarla hacia la cocina, pero ella se resiste.

–Es mi café, es mi responsabilidad –repite, más tranquila.

Joachim observa a Louise. Ve lo que sucede en su interior. Está evaluando la situación, lo que esta exige de ella. Se libera de los brazos de Joachim y se incorpora, respira hondo y vuelve a ser la persona de antes. Recompuesta. Capaz de actuar. Pasea por el café ordenándolo todo.

–Lleva al hombre a la cocina, dale algo de beber. ¿Tenéis tiempo de quedaros aquí con él hasta que lleguen?

–Claro que sí –responde el mayor de los hombres de la tienda mientras se pone en pie. Joachim se da cuenta de la admiración que ha despertado, se siente fuerte por haber hecho algo importante, por haber defendido a Louise del ataque de un desequilibrado. Es evidente que el hombre se ha rendido. Su mirada fija y llena de asombro sigue clavada en Louise, y no ofrece resistencia ante su decisión de llevarlo a la cocina. Louise ni siquiera lo mira, dirige toda su atención a los clientes del café. Han empezado a llegar, en la isla no hay otro sitio adonde ir para calmar el hambre. Joachim la admira. No puede dejar de amarla aún más.

–Estoy realmente harta de este espectáculo –dice Louise–. Si os ponéis las pilas, en un abrir y cerrar de ojos lo tendremos todo en orden.

Joachim va y viene entre el café y la cocina, sin encontrar un lugar donde necesiten su ayuda. Por fin llegan dos agentes de policía; uno de ellos es un tipo joven y atlético al que instintivamente Joachim no presta demasiada atención. Además, va rapado y lleno de tatuajes, es uno de esos que podrían estar perfectamente al otro lado de la ley. A Joachim le cae mejor el de más edad. Se dan la mano y se presentan. Joachim no se queda con su nombre. ¿Algo así como Kofoed? Como tanta gente de la isla.

–Está allí –dice Joachim. Les hace una seña para que lo acompañen. Miran con cierta extrañeza a los clientes, que están tan tranquilos. Aquello no acaba de parecer una labor para la Policía.

–No era esta precisamente la idea de la situación que nos hicimos cuando nos llamaron –dice el joven.

–Me lo imagino –dice Joachim, separa los brazos de los costados en un gesto de disculpa y mira a la mujer que hizo la llamada–. Fue Lina, seguro que su reacción fue algo excesiva.

–¿Y ahora?

–Ahora ya está tranquilo. Pero la cabeza no parece andarle muy bien. A lo mejor está borracho, o enfermo.

–¿Para qué entró? ¿Protestaba por algo, como la cuenta o el servicio?

–No, simplemente entró en el café, parece que confunde a mi novia con una conocida suya.

Joachim indica a los agentes que pasen a la cocina, gesticula para señalar al hombre que está sentado en el taburete y mira alrededor en busca de Louise.

—¿Dónde está Louise?

Lina señala con el dedo la puerta de la escalera de atrás.

—Ha salido un momento, seguramente necesitaba algo.

Joachim mira un breve instante a los dos agentes.

—Iré a decirle que están ustedes aquí.

Joachim encuentra a Louise sentada en la cama, con las piernas dobladas y rodeándolas con los brazos. Tiene la barbilla apoyada en las rodillas, pero no está mirando a través de su querido ojo de buey. Sigue temblorosa. Joachim se sienta a su lado, la abraza. Ella apoya la cabeza sobre el torso de él, llora.

—Me asusté tanto...

—Lo comprendo perfectamente, pero ya se acabó...

—Es que... Esas cosas que dijo, fue algo tan inesperado...

—Ahora está tranquilo, y ya ha venido la Policía. Se lo llevarán y le prestarán la ayuda que necesite.

—Debe de tener algún problema mental.

—¿Será por culpa de alguna medicación? Dicen que estas cosas pasan cuando olvidan tomársela o se toman la que no deben. Vamos abajo, la Policía querrá hablar también contigo antes de llevárselo.

Louise asiente, se seca los ojos y se levanta. Pero es evidente que sigue llorando. Es tan increíblemente guapa. Tan elegante... Tiene muchísima más clase que él. Quizá ese sea el motivo por el que nunca están del todo de acuerdo. Lo ha pensado muchas veces, un escritor no puede tener una existencia demasiado buena para siempre. Es un cliché, quizá uno de esos clichés que son verdad. Hemingway, Blixen..., todos los grandes. El amor desdichado es la única gasolina de los escritores. Cuando estaba en sus peores momentos, cuando no era capaz de escribir ni una frase, Joachim pensaba en abandonar la felicidad de su vida con Louise. Aparta rápidamente la idea, no es más que una estupidez. Claro que se puede escribir aunque se viva con la persona amada.

La cocina sigue tranquila. Un agente habla por teléfono, lleva algo en la mano. ¿Una fotografía? El otro habla en voz baja con el hombre, que responde a sus preguntas tranquilo y sereno. Es difícil distinguir las palabras de uno de

las del otro, pero la escena dista mucho de ser lo que Joachim esperaba. También Louise se ha quedado inmóvil y los mira intrigada.

–¿Qué pasa?

–Tenemos que pedirles que vayan a la comisaría de Rønne. Hay un par de cosas que debemos tratar a fondo.

–¿Qué quiere decir con eso de *tratar a fondo*? –Joachim da un paso al frente.

–Tenemos que discutir bien este asunto, con calma y tranquilidad.

–¿Y de qué tenemos que discutir?

–Solo se trata de aclarar las cosas. Poner un poco de orden en todos los aspectos de esta historia. –Joachim mira a Louise, que sigue de pie, con los dientes apretados. Niega enérgicamente con la cabeza. Pero una sola mirada de los agentes deja bien claro que están hablando en serio y que de nada servirá contradecirles. Joachim suspira, vuelve a mirar a Louise. Se la lleva a un rincón de la cocina mientras el hombre la mira con unos ojos llenos de tristeza que irritan a Joachim, por muy mal de la cabeza que esté el individuo.

–No tenemos más remedio que aceptar –dice Joachim en un susurro.

–Pero ¿por qué?

–No lo sé. –Se encoge de hombros–. No significa nada. Seguramente tienen que redactar un informe.

–Pero ¿por qué se lo toman en serio? ¿Por qué tengo que sacrificar mi tiempo por culpa de un loco?

–Venga, Louise. Es inútil intentar convencerlos. No será más que un momento. Después podremos volver a casa. Lina y la otra chica pueden organizarse estupendamente mientras tanto.

–Maria.

–¿Qué?

–La otra se llama Maria. Maldita sea, Joachim, ¿nunca escuchas?

–Perdona. Maria. Claro, claro.

Louise hace un ademán de indiferencia; parece cansada, pero asiente con la cabeza y va a por su chaqueta. Y en ese momento Joachim nota algo. Justo cuando ella da el primer paso hacia la puerta. Algo ha cambiado en ella. Joachim no sabría decir qué es.

¿Por qué le ha entrado tanto miedo? Louise observa al hombre mientras lo ayudan a desembarcar de la lancha de policía. Ahora solo ve a un individuo un tanto desequilibrado, rodeado de turistas, en el puerto de Gudhjem. El coche de Joachim está aparcado a poca distancia del puerto, en un garaje que tienen alquilado. Las bisagras rechinan cuando Joachim empuja la puerta para abrirla. Louise espera fuera mientras él saca el coche marcha atrás; es un viejo Volvo naranja que no lava nunca y que nunca lleva a revisar. A Louise le da igual, porque solo rara vez va a Bornholm; suele encargarse los productos por la noche y se los entregan a la mañana siguiente, con el barco de las once. Es Joachim quien de vez en cuando tiene que ir a la isla principal, o al continente, a hacer lecturas públicas. Entonces va a Rønne en el ferry y se pone en camino por las carreteras. Pueblos, bibliotecas, clubes de lectura, asociaciones. Pero hace mucho que no sale.

Joachim abre la puerta para que entre Louise, que se sienta. Tiene que forzar el cuerpo para hacer cualquier movimiento, se siente pesada. A la luz del día se ve perfectamente el polvo de la luna. Joachim intenta quitarlo con el limpiaparabrisas, pero solo quedan unas gotas de líquido, así que el polvo se apelmaza sobre el cristal y la visibilidad resulta aún peor que antes. Louise nota su irritación: típico de Joachim. No tiene el menor sentido práctico. Economía, limpieza, cocina... limpiaparabrisas.

—¿Todo esto es realmente necesario? —dice Louise enfadada, sin esperar respuesta.

—Es de lo más fastidioso —dice Joachim, que refunfuña, añadiendo que nunca ha estado en una comisaría y que a lo mejor puede usarlo en la investigación para el libro.

—¿No puedes limitarte a buscar una foto en Google y nos saltamos esta visita?

—Google no sirve para los libros —dice Joachim—, porque el secreto de narrar, igual que el demonio, está en los detalles.

Pero ella no lo escucha, se limita a mirar el paisaje, que no es otra cosa que

colores en movimiento. En realidad, hace muchísimo tiempo que no venía a la isla principal. La vida tranquila de Christiansø le encanta. Es como ella, un microuniverso que lo tiene todo. Respira hondo, intenta relajarse, dejar de preocuparse. Tiene todo el cuerpo en tensión, está así desde que aquel hombre tan extraño entró por la puerta. ¿Por qué le afecta tanto?

Llegan a la comisaría. Joachim aparca delante del desangelado edificio de dos pisos. El sitio más feo de todo Bornholm, piensa Louise en perfecto acuerdo consigo misma. Solo la planta trepadora, hiedra o parra virgen, intenta tapar la verdad: que aquello no es una de las bellezas de la isla, más bien lo contrario, representa lo horrible, lo violento, lo opresivo; desgracias y problemas. El coche de policía ya está aparcado. Louise y Joachim se quedan dentro del Volvo mientras los agentes entran con el hombre. Joachim pone una mano sobre el muslo de Louise, le da una palmadita.

–Será solo un momento.

Nada más cruzar la puerta los reciben un mostrador largo y de lo más anticuado y, detrás de este, un hombre joven, casi un niño. Lleva demasiada brillantina en el pelo. Una mirada interrogante, pero, antes de que alcancen a decir nada, aparecen dos agentes que se dirigen hacia Louise y Joachim. Uno es el joven que fue a la isla a buscar al hombre. Morten Rask, se presenta otra vez, como si los dos estuvieran seniles. La otra agente es una mujer de baja estatura con pelo castaño, totalmente liso, cortado a lo paje, y una nariz torcida que es imposible dejar de mirar. Alarga la mano y aprieta primero la de Joachim, luego la de Louise.

–Iben –dice antes de proseguir–: Queríamos hablar con ustedes por separado, para empezar. De modo que si quiere seguirme usted. –Una mirada fugaz entre Louise y Joachim.

–Yo me quedo con Louise –responde Joachim con decisión.

–Mi colega atenderá perfectamente a Louise mientras hablamos usted y yo.

–Ve con ella –dice Louise–. Vamos a acabar con esto para poder volver a casa.

La agente está esperando en el corredor, ha abierto una puerta y parece impaciente. Joachim suspira, pasa una mano apresurada por la mejilla de Louise y le sonrío. Luego se da la vuelta y se dirige al pasillo. La puerta se



cierra tras ellos, el corredor queda vacío delante de Louise. Seis puertas, tres a cada lado, las cuenta. Intenta adivinar cuál le tocará a ella. Morten va delante, se mueve con pasos enérgicos y flexibles. Se detiene ante una de las puertas. En grandes letras blancas: Interrogatorios 2. Interrogatorios. Qué palabra tan imponente. Pero seguramente será el único espacio que tienen vacío. El hombre extraño..., ¿estará él quizá en Interrogatorios 1?

Entra en la estancia, que es mayor de lo que esperaba. Hay dos ventanas anchas con doble cristal; el cuarto debe de estar orientado al norte, porque no entra demasiada luz. En el centro hay una mesa con dos sillas a cada lado, son los únicos muebles de todo el espacio. Morten saca una de las sillas y le indica que se siente, lo mismo hace él en el lado opuesto, delante de ella.

Pone una foto sobre la mesa, delante de Louise. Una instantánea veraniega de una familia en una terraza delante de una casa señorial blanca. Hay banderitas en la mesa, es el cumpleaños de alguien. En el centro está sentada una elegante mujer mayor, con una niñita rubia en el regazo. Las dos sonríen al fotógrafo. Al lado está sentado un muchacho algo mayor, de pelo oscuro, con la cara medio vuelta hacia otro lado. Por detrás de ellos se acerca una mujer con una bandeja en la cual se ve una cafetera plateada, unas tazas de porcelana apiladas y una jarrita de crema de leche. La bandeja es el centro del enfoque, se ven todos los detalles, hasta las rayitas curvas y el delicado motivo floral azul claro. También las cuidadas manos de la mujer destacan con claridad. La mirada de Louise se queda prendida en el grueso anillo de turquesa y el estrecho aro de oro al lado de este. Mira a la mujer de arriba abajo. Lleva el cabello peinado en un moño y luce un vestido de verano de color marfil con hilo de oro entretejido y tirantes estrechos que se ajusta perfectamente, sin ser demasiado ceñido.

—¿Puede decirme quiénes son las personas de la fotografía? —pregunta Morten Rask.

—No las conozco.

—¿Tampoco reconoce a esta mujer? —El agente mueve el dedo índice sobre la fotografía, señala a la mujer que lleva la bandeja. Una mujer delgada pero con curvas. Cabello claro, labios carnosos, ojos azules. Es difícil, Louise casi no puede fijar la vista. Lo intenta, pero ¿por qué le cuesta tanto mirarla?

—Nunca he visto a ninguno de ellos.

—¿Se da cuenta del parecido?

—Quizá.

–¿Es usted?

–No. Nunca los he visto, se lo repito. No conozco ese lugar, nunca he visto esa casa.

–Pero las dos se parecen.

–Esas cosas pasan a veces.

–¿Cómo es posible?

–No lo sé.

–¿Tiene una hermana gemela?

–No tengo ni hermanas ni hermanos.

–¿O una hermanastra?

–Ni hermanas ni hermanos, ya se lo he dicho.

–¿Está segura?

–¿Qué quiere decir? Claro que estoy segura.

El agente se reclina en la silla, dobla los brazos por detrás de la cabeza, observa a Louise con ojos interrogantes. Su mirada hace que Louise se sienta mal.

–¿Qué edad tiene, Louise?

–Cuarenta y uno.

–De modo que nació en...

–1974.

El agente se sienta más tieso, cruza una pierna sobre la otra.

–Cuénteme algo de su familia.

–¿Por qué?

Señala con el dedo a la mujer de la foto. Esta vez su dedo índice cae a peso sobre la fotografía, tocándola, y eso hace que Louise se sienta aún más incómoda, de una forma que es incapaz de comprender.

–Esta mujer se llama Helene Söderberg. ¿Es usted?

–No, ya se lo he dicho.

–Pues entonces dígame quién es usted.

–Louise Andersen, pero eso ya lo sabe. ¿De qué va todo esto?

–¿Quién es su padre, Louise? ¿Cómo puede estar tan segura de no tener una hermana, o una hermanastra a la que no conozca?

–¿De qué va esto, por qué me habla como si fuera sospechosa de algo?

–¿Por qué no quiere hablarme de su familia?

Louise siente como si se hundiera, todo el cuarto da vueltas, siente náuseas. Ese maldito dolor de cabeza. ¿Cuándo empezó? ¿Esta mañana? ¿O fue ayer?

–Vale, Louise, empecemos desde otro punto. Usted llegó a la isla hace tres años. Cuénteme a qué se dedicaba hasta entonces.

–A nada en especial. Viajaba por ahí –dice Louise. Otra vez la cabeza, le duele la frente. ¿Estará volviéndose loca?

–¿Por ahí?

–Sí, por ahí –responde molesta.

–¿A qué se dedicaba?

–Yo... A nada en especial. Trabajaba en cafés, viajaba –dice Louise. No recuerda demasiado bien los viajes. Tampoco el hogar de su infancia. Cuando llegó a la isla necesitaba olvidarlo todo. Tenía que vivir en el presente. Eso no debe de estar prohibido.

–¿Louise?

–¿Sí?

–¿Puede mencionar algún sitio donde haya trabajado? Porque así a lo mejor puedo ponerme en contacto con ellos... –El agente hojea el montón de papeles, su voz desaparece. Louise no puede soportar la voz. Tampoco el ruido seco de los papeles al deslizarse unos sobre otros, ni la piel rugosa de la yema del dedo índice del agente. Mira el dedo hipnotizada, siente náuseas, cierra los ojos. Todo el cuarto da vueltas, se mueve como un barco por el agua, es el viaje de Christiansø a Gudhjem, el movimiento va penetrando cada vez más en su interior. Oscuridad. Abre rápidamente los ojos. No quiere hundirse en ella. El policía sigue repasando páginas, tiene en la frente una arruga de concentración. ¿Qué está buscando? Por lo menos, mientras lo hace no la mira con gesto acusador. Louise fija la mirada en la mujer del vestido de verano, en la casa, en la otra mujer, en los niños. No reconoce nada.

La agente entra en la sala delante de él. Es un espacio alargado con un escritorio y una silla de oficina en un extremo. Junto a la pared, enfrente de la puerta, hay una mesita baja redonda y dos sillas de madera con tapizado rojo. También hay una plaquita sobre el escritorio: Iben H. Hansen. Joachim se sienta en la silla. ¿De qué será inicial la H? ¿De otro Hansen?, piensa Joachim, imaginando el nombre completo: Iben Hansen Hansen. Y su fantasía continúa como siempre, se imagina que padre y madre se llamaban Hansen, pero no consiguieron ponerse de acuerdo sobre cuál de los Hansen debía ser el apellido de Iben. Una historia ridícula; Joachim intenta concentrarse en el aquí y ahora. La silla en la que está sentado es dura pese al cojín, incómoda. Iben Hansen Hansen hace girar la silla de oficina y se sienta. Con las piernas separadas, pone los codos sobre las rodillas y se inclina hacia él, con una expresión amistosa en los ojos.

–Tenemos algunas preguntas sobre Louise –dice.

Joachim asiente, expectante.

–Edmund Söderberg.

–¿Quién?

–El hombre que fue en busca de su pareja se llama Edmund Söderberg. Es director de Söderberg Shipping, la gran empresa naviera de Silkeborg. Habrá oído hablar de ella, supongo...

–Naturalmente. –Joachim se echa hacia atrás, nota la dureza del respaldo de la silla. Está sorprendido, no puede ocultarlo. La familia Söderberg. Una de las más ricas y más conocidas del país.

–Necesito saber de qué conoce usted a Louise.

–Pero ¿qué tiene que ver ella con Söderberg Shipping?

–Primero vemos mis preguntas –dice la agente de policía con determinación–. ¿Desde cuándo conoce a Louise?

Joachim respira hondo, quiere protestar otra vez, pero se da cuenta de que será inútil.

–Conozco a Louise desde hace dos años y medio, más o menos –dice,

haciendo con los brazos un gesto de rendición—. Pero esto es totalmente ridículo —continúa Joachim—. ¿Es esto un interrogatorio?

—¿No recuerda cómo la conoció? —pregunta la irritante policía.

—¡Joder, claro que sí! Recuerdo exactamente cómo la conocí, es solo el momento temporal lo que es un poco... Déjeme pensar, era marzo, ¿y ahora en qué estamos, en julio? ¿Dos años y cuatro meses?

Iben asiente, sigue con gesto inexpresivo. A Joachim le revienta hablar con personas así, que no dejan traslucir absolutamente nada de lo que tienen en su interior. Se sienta como ella, con las piernas muy separadas, pone los codos sobre las rodillas, imita su forma de hablar.

—Conocí a Louise durante una lectura en el café que es ahora de su propiedad. Al instante me di cuenta de que era una mujer especial y, bueno..., desde ese día no nos hemos separado ni un momento, prácticamente. Enseguida me fui a vivir con ella. ¿Hemos acabado ya?

—¿Dónde vivía usted en esa época?

—En una pensión, si necesita saberlo.

—¿En una pensión?

—Sí. Acababa de divorciarme —dice Joachim.

Observa a Iben Hansen Hansen; su grueso anillo de boda, demasiado grande, parece una tuerca. A lo mejor también a ella le vendría bien un divorcio rápido.

—¿Sabe lo que es eso de tener que irse? —dice Joachim, pero se da cuenta de que es una pregunta infantil, un tipo de reacción que la Policía (o la autoridad en general) provoca en él con cierta frecuencia. Se muestra obstinado, sin preocuparse por las posibles consecuencias—. Tuve que irme de Copenhague, hui tan hacia el este como me fue posible —se oye decir a sí mismo.

¿Por qué hacer partícipe a Iben de tantas cosas? Para inspirarla, piensa. Para inspirarla a que dé el paso y se libere del tiparraco ese que la tiene aprisionada con tuercas.

—La familia de mi exmujer era del oeste, de modo que el este era una idea evidente. Lejos de allí. Todavía no había conseguido acomodarme y entonces..., bueno, fue algo natural que nos fuéramos a vivir juntos. Así son las cosas cuando uno encuentra a su gran amor, Iben —dice alzando las cejas, intentando parecer instructivo.

—¿Louise había estado casada antes?

—No.

–¿Está seguro?

–Sí. De otro modo, me lo habría dicho.

–¿Qué le contó? Por ejemplo, sobre su familia.

–No tiene ningún contacto con ellos.

–¿Dónde viven?

–No lo sé.

–¿Hermanos o hermanas?

–No..., creo que no.

–¿Solo lo cree?

–No. Me lo habría dicho.

Iben se incorpora.

–¿A qué se dedicaba Louise antes de que se conocieran?

–Viajaba mucho.

–¿Adónde?

–Buf, seguramente de mochilera, de acá para allá.

Silencio. Iben lo mira inquisitiva. Joachim arruga las cejas. Él mismo se da cuenta de lo mal que suena todo lo que ha dicho. De pronto es él quien duda. ¿Cómo fue realmente? Vivía en la pensión, en un cuartucho. Estaba exhausto después de los años de lucha que habían precedido a su divorcio de Ellen. Fue todo lo complicado que podía ser: ella sabotaba todos sus intentos de liberarse. Joachim piensa en los hijos. Los hijos que nunca tuvieron, y que Ellen afirmaba que si no los tenían era solo por culpa de él. Ella se sacrificó a fin de que él tuviese tranquilidad para escribir. Él no supo qué responder a eso. Nunca había tenido ni la menor sospecha de que ella deseara tener hijos. Ahora ya era demasiado mayor. Estaba furiosa, lo acusó de haberle robado sus mejores años, de haberla destrozado, de exigir demasiado, de ser un tirano. Se puso histérica ante la idea de que él pudiera encontrar a una mujer joven y crear la familia a la que ella había renunciado. Cuando la abandonó, se sintió como si hubiera abandonado a una niña pequeña; no a una mujer adulta, sino a una niña de cinco años. Una niña que era profesora en la academia de arte. Joachim simplemente no se presentó a la cita en el aeropuerto: iban a pasar unos días en San Sebastián. Lo organizó Ellen después de una violentísima discusión. Sería otro de sus viajes-para-reencontrarse-otra-vez, habían hecho muchos a lo largo de los años. Pero esta vez él no se presentó. La dejó plantada en la Terminal 2 sin una palabra siquiera. Estuvo mal, pero no pudo evitarlo. Si se hubiera presentado para despedirse, ella se habría derrumbado,

y él no podría haber hecho lo que quería. De modo que, una vez más, dejó abandonada a la niña.

Huyó, viajó en todos los medios de transporte todo lo lejos que pudo dentro de las fronteras del reino. Encontró un lugar en Christiansø, y lo único que lo mantenía en pie era escribir. En medio de su miseria percibía una nueva libertad irreal. Escribía como un poseso, como un maníaco. Quizá bebía un poco en exceso, se aislaba por completo, prácticamente no salía de la pensión, no pensaba en nada más que en la página siguiente.

Pero la tarde en que conoció a Louise todo cambió. Louise estaba deslumbrante. Joachim recuerda con claridad que estaba de pie en el café leyendo en voz alta lo que acababa de escribir ese mismo día, levantó la vista y vio su rostro. Se sentaba al fondo del todo, al lado de la puerta de la cocina. Parecía totalmente inmersa en lo que él estaba leyendo, y cuando él cazó su mirada ella no la soltó. No miró hacia otro sitio. Todo en ella era tan abierto, pensó él en aquellos momentos. Fue como si ella careciese de cualquier filtro, como si viera el mundo con ojos completamente nuevos.

—Así que... conoció a Louise hace dos años y medio y no tiene idea de en qué trabajaba, ni sabe nada de sus relaciones familiares, ¿es así? —La voz de Iben lo despierta. Su mirada va más allá de donde está la agente, a las persianas bajadas que consiguen bloquear la luz del sol.

—Sí, se puede decir así —responde él—. Para mí, éramos dos personas que afrontaban juntas una nueva oportunidad.

—¿Y usted no le preguntó nada de nada? —La voz de Iben, siempre tan neutra, tan racional, lo irrita.

—Claro que le pregunté.

—Pero ¿no le extrañó que no le contestara?

¿Se había extrañado? Sí que había preguntado, había sentido curiosidad, deseaba saberlo todo sobre la mujer que era ahora suya. Estaban tumbados en la cama, desnudos, destapados, uno al lado del otro. Lo recuerda con toda claridad. Lo recuerda perfectamente. Louise estaba viva. Era eso lo que lo volvía loco. Después de Ellen, había pensado que nunca volvería a poder estar cerca de otra persona. Lo veía como una obligación y una carga. Y era justamente eso lo que diferenciaba a Louise. Ella no le preguntó por su pasado. Lo único que ella buscaba era cercanía, la cercanía *de él*. Pero había algo que Joachim sabía perfectamente. Si había preguntado algo, era porque pensaba que tenía que hacerlo. Es lo que suele hacerse. No obstante, cuando

ella le dijo que no tenía contacto con su familia, fue un alivio. Fue un alivio que ella tuviera tan pocos lazos, que fuera lo opuesto a Ellen. Mira a Iben, y ahora en su rostro asoma algo. ¿Compasión? La agente carraspea.

–¿Desea saber algo más de Louise?

Joachim asiente con la cabeza, movido por una obligación, aunque preferiría gritar «no». No desea saber nada, lo único que un hombre desea saber es que su mujer lo quiere.

–Louise Andersen creció en un hogar infantil de Randers. Su madre era drogadicta y le quitaron la custodia de Louise cuando no era más que un bebé. La madre murió cuando la niña tenía unos seis años, pero jamás mantuvieron ningún contacto. Probablemente, Louise nunca se enteró. El padre es desconocido. Louise vivió en una habitación de un piso compartido en Randers hasta que cumplió los diecinueve. A partir de entonces solo disponemos de escasas huellas suyas en nuestros sistemas.

–¿Como qué?

–Una única detención; la pusieron en libertad enseguida.

–¿Por qué la detuvieron?

–En la calle Skelbækgade de Copenhague –dice Iben, que no necesita añadir nada más. Todo el mundo sabe en Copenhague que en Skelbækgade se encuentra a las prostitutas más miserables, las más bajas de la jerarquía, las rumanas, las drogadictas que usan jeringuillas–. Y los últimos cinco años desaparece por completo.

Joachim baja la mirada. Siente como si de pronto todo fuera muy pesado. Louise. ¿Su Louise?

–¿Cómo que desaparece? –pregunta, casi incapaz de reconocer su propia voz áspera.

–Sí, no sabemos por dónde anduvo.

–Pero no se puede desaparecer como si tal cosa, ¿o sí?

Iben se encoge de hombros.

–Pudo haberse marchado a Hamburgo, a ganarse la vida allí. Lo hacen muchas, porque hay más clientes. O a Suecia, pero no tenemos ni idea.

–Pero hoy día siempre se dejan huellas, ¿no?

–¿Usted cree? –pregunta Iben, que suena de lo más humano–. Solo en 2013 hubo en Dinamarca 710 personas que desaparecieron de todos los sistemas. Cuarenta de ellas no aparecieron nunca.

La mirada de Joachim se encuentra con la de ella, pero al momento baja los



ojos otra vez. Mirar a la agente a la cara hace que la verdad sea aún peor, de alguna forma. Louise. Todo lo que él desconoce. ¿Por qué no se lo contó? ¿Qué está ocultando? No, tiene que aclararse las ideas.

–Mire, escúcheme. He visto el documento de identidad de Louise..., la tarjeta sanitaria. Esas cosas –dice.

–¿Ha visto alguna otra tarjeta? ¿Alguna con foto?

–Pues claro que tiene carné de conducir –dice Joachim enfadado–. Todo esto es ridículo.

–Hemos comprobado que se sacó un carné de conducir nuevo en Rønne –Iben busca entre sus escasos papeles; puro teatro, piensa Joachim–, aportando una partida de nacimiento.

–¿Y?

–Tal vez robó la identificación de... Louise Andersen, se la quitó del bolso.

–No comprendo. ¿Hay alguna otra Louise Andersen que haya denunciado algún robo?

Iben se remueve impaciente en su silla.

–Lo que hace las cosas más complicadas es que Edmund Söderberg asegura que no es Louise, en absoluto, sino su esposa Helene, que desapareció hace tres años.

Joachim mira desconcertado a Iben.

–Me doy perfecta cuenta de que es demasiado para asimilarlo todo de golpe –dice la policía.

El fluorescente del techo crepita, lo que irrita a Joachim. Intenta asimilar toda la información. No comprende nada.

–No sabemos nada a ciencia cierta –dice Iben, insistente. Joachim intenta que entre más aire en sus pulmones. Trata de comprender lo que está oyendo–. Voy a salir un momento, tengo que saber en qué punto se encuentran.

Joachim se queda solo con el molesto sonido de la lámpara. No tiene ni idea de cuánto tiempo ha pasado cuando se abre la puerta.

Iben vuelve a sentarse en la silla de oficina.

–Queríamos que hablara usted con ella –dice la policía.

–Sí, claro, ¿dónde está? –Joachim se pone en pie.

–También quiero asegurarme de que usted sea testigo de lo que suceda. Necesitamos su colaboración para que ella nos cuente lo que sabe. ¿Podrá hacerlo?

Joachim se queda inmóvil, de pie.

–¿Qué quiere decir?

–Tenemos ciertas dudas sobre el estado mental de su novia.

Joachim la mira incrédulo.

–Es posible que padezca alguna enfermedad –explica ella.

–¿Una enfermedad? –pregunta Joachim.

–No lo sabemos; hemos llamado a un médico del hospital de Rønne, pero esperamos poder aclararlo si habla usted con ella. Tal vez quiera confesarle lo que sabe.

–¿Qué enfermedad? –insiste Joachim.

–Esquizofrenia, por ejemplo –dice Iben como si fuera lo más normal del mundo–. Ahora parece estar bien, pero seguramente sería muy útil que hablara usted con ella. Quizá pueda tranquilizarla y hacer que nos cuente algo más –añade Iben.

Una *enfermedad*. Joachim se yergue, tiene que apoyarse con una mano en la silla. La sangre se le agolpa en la cabeza, que quiere marcharse de allí, igual que el resto de Joachim.

–¿Se encuentra bien?

De pronto se siente muy cansado. Infinitamente cansado. ¿Es así, realmente, como se explica todo? Cierra los ojos y ve como en un destello a Ellen en sus peores momentos, cuando parecía trastornada, cuando corría hacia él y lo agarraba por el cuello con intención de estrangularlo, gritando y tirándose de los pelos; cuando amenazaba con hacerse las cosas más horribles. Pero Louise no. Joachim no soporta la idea. Iben lo precede, sale por la puerta y recorre el pasillo. Interrogatorios 2. Ella aguarda allí dentro. Joachim no tiene ni la menor idea de lo que le espera. Ya no.

Louise no se ha movido desde que el agente salió. La puerta se abre por fin. La mujer policía de antes entra en la sala, seguida de Joachim, que camina de una forma extraña, vacilante; se sienta en la silla que hay al lado de la de Louise, toma las manos de ella en las suyas. Louise quiere irse. Nada más.

—¿Pueden dejarnos un momento de privacidad? —pregunta Joachim a la agente.

La agente reflexiona un segundo, luego dice que sí con la cabeza.

—Estaré aquí fuera, llámenme si necesitan algo.

—¿Podemos irnos ya? —dice Louise cuando se quedan solos.

Mira a Joachim, nota que este la observa, como interrogante.

—¿Por qué me miras así? ¿Qué cuentos te han soltado?

—Louise, solo quieren saber qué es lo que pasa..., y yo también. ¿Sabes tú algo? ¿Hay alguna cosa que no me hayas contado?

Louise aparta la vista. Está irritada. Pero en realidad no tiene derecho a estarlo. Él tenía que saberlo. Tenía que habérselo contado desde el primer día. Pero ¿cómo se puede contar que no hay nada que contar? ¿Cómo poner en palabras un vacío tan inmenso, tan atroz? Decirle que está totalmente sola en el mundo, que nadie la echa en falta. Que se desmayó en el ferry de Bornholm, volvió en sí y nadie la había echado de menos. ¿Cómo se puede explicar algo así?

—Crecí en un hogar de acogida —dice en voz baja.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —Joachim la mira con gesto de infelicidad.

—¿Por qué iba a hacerlo? Sería una pobre desgraciada a tus ojos, y no quiero compasión.

—Pero ¿qué pasó después? —pregunta Joachim. Su voz suena cariñosa, le habla como si fuera una niña pequeña. Y eso la pone nerviosa—. Dicen que desapareciste. Que no hay huella alguna de ti desde los diecinueve años hasta que llegaste a Bornholm. ¿Dónde estuviste?

Louise tensa los hombros a la vez que niega con la cabeza, aprieta con fuerza los dientes, nota la presión en la encía, le llega hasta la nuca. Siente

cómo la tensión baja a través de la columna y se extiende por los brazos. Y es bueno. Fuerza la cabeza para ponerla rígida. Puede expulsar sentimientos y pensamientos, obligarlos a estarse quietos. Louise percibe cómo la mirada de él recorre interrogante su rostro, como si estuviera buscando algo. No lo soporta. Joachim no puede mirarla así, como se mira a una extraña.

–Soy yo –dice cogiéndole la mano, y le susurra al oído–: Vámonos de aquí. –Apoya su rostro sobre el de Joachim, que cierra los ojos; siente su respiración contra la piel. Nota que los dos se van tranquilizando. Sus cuerpos se compenetran muy bien, así ha sido desde que se conocieron, y Louise sabe lo que eso significa. Significa que tienen que estar juntos–. Soy yo, tú me conoces –dice de nuevo–. Nunca te he mentado, Joachim, nunca.

Lo besa, él se deja besar. Por un instante es como su primer beso, aunque entonces fue al revés: fue él quien la besó a ella, que le dejó hacerlo. Louise lo suelta, se echa hacia atrás por un segundo. Sus rostros siguen tan juntos que cada uno siente el calor del otro, pero ella quiere mirarlo. Y quiere que también él la mire a ella.

–Tienes que creerme, Joachim, es importante que me creas ahora. Todo lo relevante de mi vida me ha sucedido a tu lado. Eso es lo único que significa algo. Todo lo que pasó antes es niebla y oscuridad y... no importa. No importa nada en absoluto, ¿entiendes? –Louise se da cuenta de que Joachim duda y se echa un poco más hacia atrás. Ella sigue su movimiento, se acerca a él, pero Joachim apoya una mano sobre su hombro, la empuja hacia atrás con suavidad, y al mismo tiempo con decisión.

–Pero Louise..., uno no puede decidir de repente que el pasado no importa –dice con preocupación–. Tienes que contármelo todo. Tengo que saber lo que sucedió.

–¿Por qué?

–¿Por qué?... Porque de pronto hay un hombre que afirma que eres otra persona. Porque la Policía dice que desapareciste sin dejar rastro durante más de cinco años. –La mira largamente, insistente–. Sí que significa algo. Significa mucho para mí que seas tú quien me explique lo que sucedió durante todo ese tiempo. Que me cuentes la verdad.

–Tienes que creerme –responde ella suplicante–. Nada tiene importancia, solo tú y yo –suplica, advirtiendo la duda en su rostro. Cae sobre sus ojos como una sombra que se extiende por sus facciones. Él le toma las manos en las suyas, la mira extrañado, como si fuera totalmente incapaz de

reconocerla—. Sácame de aquí —le ruega, y él nota la desesperación en su voz. Tiene que creer en ella.

Louise se pone en pie. No tienen derecho a retenerla, no ha hecho nada.

—¡Vámonos! —Louise gira el pomo de la puerta, que está cerrada con llave por fuera—. ¡Queremos salir! —grita. Golpea la puerta tres veces.

Aparece la agente bajita de nariz torcida. ¿Por qué entra? ¿Porque Louise ha gritado?

—Vamos a tomarnos las cosas con tranquilidad —dice la mujer mientras se dirige hacia Louise con los brazos abiertos.

Louise la ignora, intenta escabullirse por un lado. Pero la agente la sujeta con movimientos tranquilos.

—Suélteme. No tiene ningún derecho...

La agente la interrumpe:

—Louise, nadie quiere hacerle ningún daño.

Louise mira a Joachim. Musita su nombre, es una insistente petición de ayuda. Él no la cree. Louise lo nota ahora, él los cree... solo a ellos. La revelación consigue oscurecer un instante los ojos de Louise: está sola, es ella contra ellos. Todo está fuera de control. Llega otro agente, el de antes, el de los dedos rugosos. Louise se da cuenta de que ha gritado otra vez, pero no puede evitarlo. Algo se retuerce en su interior, pugna por salir.

—¡Joachim!

Se percata de un detalle en el rostro de uno de los agentes. Una mancha roja justo encima de su boca. Y comprende que lo ha golpeado o lo ha empujado. Los agentes le sujetan los brazos, la inmovilizan.

—Tranquila —dice uno. Louise se retuerce, intentando soltarse, pero es imposible. No tienen ningún derecho a tratarla así. Ahora da patadas. No quiere, es lo último que quiere hacer, pero da patadas. Golpea tan fuerte como puede, con las dos piernas; da patadas a Joachim para que la mire, a los agentes porque la tienen sujeta.

—¡Tienes que creerme, Joachim! —grita, y ve que un tercer agente entra por la puerta. Es mayor que los otros, sus voces se confunden. Louise no capta más que una palabra: médico.

Una corriente eterna. Agua que corre clara, guijarros, un arroyo. Incluso puede ver lo que hay aquí y allá a su alrededor: agujas de pino, el bosque y... ¿un camino? Louise abre y cierra los ojos unas cuantas veces mientras el sueño se difumina lentamente. ¿Dónde está? Hay luz, el techo es blanco. Gira la cabeza y ve el ancho marco de una ventana. Las finas cortinas blancas están entreabiertas, fuera brilla el sol. Oye pasos y se vuelve hacia el sonido. Una mujer en bata de manga corta, de color verde claro, sobre unos pantalones blancos, entra en la habitación.

—¿Ya estás despierta? —dice la mujer con una sonrisa.

Llega al lado de la cama de Louise, aprieta unos botones y el cabecero empieza a levantarse lentamente. Louise intenta moverse otra vez, pero nada obedece como solía. La mujer se da cuenta de los esfuerzos de Louise.

—Es el sedante, aún no se ha pasado el efecto. Enseguida te encontrarás mejor —dice. Le da una palmadita en el brazo.

—¿Dónde estoy? —pregunta Louise. Le cuesta articular las palabras, tiene la boca seca. La mujer vierte zumo en un vasito de plástico, se lo da y se queda mirando mientras ella lo vacía. Frambuesa, el sabor de la infancia.

—Estás en el hospital —responde entonces la mujer—. En la planta de psiquiatría de Rønne. Yo me llamo Sanne.

Louise la mira con los ojos muy abiertos. Sanne. Conoce a una Sanne, pero no es ella. ¿O sí lo es? Mira a su alrededor en la habitación blanca. Es como si todo lo que tenía dentro de sí se hubiera desgarrado. Ve, comprende, y sin embargo, ni ve ni comprende. Como si fuera un caleidoscopio al que se dan vueltas para que todos los cristalitos vuelvan a recolocarse, pero en una forma nueva.

—¿Qué día es hoy? —pregunta con prudencia.

—Sigue siendo martes, solo has estado dos horas fuera de circulación. Tu marido acaba de irse. Estuvo aquí sentado cogiéndote la mano, pero el médico dijo que era mejor que estuvieras sola cuando despertaras.

Louise mira al techo, pensando, intentando pensar. Su marido. Todo el

tiempo acechando desde las profundidades, amenazando con arrastrarla al fondo con él. Con un gran esfuerzo, mete las manos debajo del edredón. La funda es blanca y agradable.

–Estoy helada –dice.

–Es por el sedante –afirma Sanne, y le sube el edredón hasta la barbilla, la arropa–. Te dejó una nota. –Sanne la coge de la mesilla situada junto a la cama y se la entrega.

–Déjala ahí –dice Louise, fatigada–. La leeré más tarde.

Cuando vuelve a despertarse, en el quicio de la puerta hay una mujer de pelo oscuro, alta y corpulenta. Se acerca a la cama, extiende la mano pero Louise no consigue tocarla. La mujer se sienta con tranquilidad.

–Soy la médica jefe. Me llamo Anna Pontoppidan –dice, observando a Louise.

Espera. ¿A qué espera?

–¿Sabe dónde está? –pregunta tras una larga pausa.

–La enfermera me lo dijo. Estoy en el hospital de Rønne – responde Louise con rapidez.

–¿Puede decirme su nombre?

–Louise Andersen –responde.

–¿Sabe por qué está aquí?

–No. Es decir, recuerdo que me sedaron, pero no sé por qué. No comprendo qué es lo que está pasando.

–Nos hemos enterado por la prensa de que tuvo un colapso en el ferry hace tres años. Recibió un fuerte golpe en la cabeza. La tuvieron unos días en observación y se recuperó. De modo que no había nada alarmante en su estado en aquellos momentos. Nada hacía sospechar que pudieran haberse producido daños más serios. Estaba un poco confusa, y hubo que recordarle quién era y dónde estaba. Pero, a juzgar por el informe, se repuso enseguida. De modo que no había obstáculo alguno para darle el alta. En aquel momento.

Anna la mira con gesto serio. Como para poner de relieve lo que Louise ya ha comprendido. Que ahora las cosas son muy distintas. Los pensamientos de Louise retroceden hacia los días que pasó entonces en la cama del hospital. El mismo hospital, la misma cama cubierta por las mismas sábanas blancas. La misma desazón en el cuerpo. Recuerda la sensación que la asaltó de estar sola en el mundo. Recuerda el abismo, el vacío. Podía hacer todas las cosas básicas. Podía comer sin derramar nada, ir al baño, leer un periódico y fingir

que todo lo escrito en él le resultaba interesante. Podía hablar con la gente sobre el tiempo. Podía responder a sus preguntas, tan llenas de preocupación. Pero en su interior todo era un espantoso vacío por el que ella revoloteaba frenética, sin conseguir hallar una salida. Aquella vez la dejaron irse al cabo de pocos días. Pero ahora... Basta con una breve mirada a la doctora. Ahora, Louise no puede fingir que no existe el vacío. Ni siquiera puede intentar engañarse a sí misma. Suspira. Tal vez la doctora tome ese suspiro como una señal de que Louise está lista para oír más cosas, y vuelve a hablar.

–Estamos estudiando si padece usted lo que llamamos amnesia psicógena o amnesia retrógrada. Una pérdida de memoria provocada por motivos psíquicos. Puede tratarse de experiencias traumáticas o de alteraciones extremas de las emociones. No existen necesariamente síntomas físicos, por eso puede ser difícil detectarla. Por regla general va acompañada de depresión profunda, pero no siempre. Es una pérdida de memoria dirigida hacia la propia identidad. Se olvida todo lo que tiene que ver con uno mismo. En la mayoría de los casos la situación dura solamente unas horas o unos días, y por regla general el paciente está rodeado de familiares que se percatan de la situación y pueden advertir al sistema sanitario. Pero en algunos casos se produce de forma que nadie del entorno descubre lo que sucede. Hay varios ejemplos de lo que llaman «caminantes», seguro que conoce algunos por los medios de comunicación.

La doctora mira interrogante a Louise, que sacude la cabeza.

–Puedo darle un ejemplo –prosigue la doctora, que se reclina en la silla–. Una mujer se acercó a un empleado de una estación del metro de Londres a pedir ayuda. No tenía ni la menor idea de quién era, ni adónde iba. Intentaron descubrir su identidad mostrando una fotografía suya en canales de televisión de todo el país, pero nadie reaccionó. La examinaron a fondo. No encontraron síntomas físicos, y tampoco en psiquiatría pudieron descubrir nada. Incluso intentaron entrevistarla bajo los efectos de un sedante o mediante hipnosis. Es un método muy discutido, y algunas veces da resultado. Pero ella seguía siendo incapaz de recordar nada. Por lo demás, no tenía problemas de otro tipo y acabaron dándole el alta. Sin embargo, un año más tarde, su familia de Estados Unidos envió una denuncia por desaparición a la Policía inglesa. Había sucedido como consecuencia de una seria crisis de su matrimonio. La familia la encontró; le dieron toda clase de información sobre ella misma y finalmente recuperó la memoria.



Anna, la doctora, la mira, y Louise intenta relacionar consigo misma esa increíble historia.

–Si ella había huido de sus problemas... –Louise vacila, le resulta difícil hallar las palabras adecuadas–. ¿No podría ser que, sencillamente, no quería que la encontraran, que solo fingía ser incapaz de recordar?

–Sí, desde luego, esa es otra posibilidad. Y por supuesto que hay ejemplos de personas que fingen ser incapaces de recordar a fin de huir de algo desagradable. Pero disponemos de test que lo tienen en cuenta. Hacemos exámenes exhaustivos. Y es en ellos en los que querríamos que participara usted.

–¿Van a volver a sedarme? –pregunta Louise, que nota cómo todo el cuerpo se le pone rígido.

–No, no se preocupe. Como ya le he dicho, existe un método muy controvertido, una especie de hipnosis, pero en Dinamarca no lo utilizamos. El problema de la hipnosis es que existe el peligro de que las preguntas en sí mismas creen recuerdos nuevos, y que lo que descubramos no sea la verdad. –Vacila, pero continúa–: No hay nada misterioso en las exploraciones que pensamos llevar a cabo. Son conversaciones y cuestionarios que nos mostrarán qué partes de su memoria son las afectadas. Hay test motrices y escáneres. Simplemente comprobaremos cómo funciona ahora su cerebro, y eso nos aclarará lo que le sucede. Y se lo aclarará también a usted.

Louise cierra los ojos, siente un vértigo negro y vuelve a abrirlos al momento. ¿Se le aclararán las cosas? Mira la ventana, la cortina, la maceta, alguien debería regar la planta. Vuelve a cerrar los ojos, y al hacerlo ve la fotografía. No hay duda, es ella la mujer del vestido claro, el pelo con un bonito peinado, las manos con los anillos. La gran turquesa, el fino anillo de oro. Un anillo de boda. Todo da vueltas, siente que tiran de ella hacia el fondo, y aferra el edredón con las manos para sujetarse.

–¿Hay más?

–¿Más qué?

–Más ejemplos.

Anna asiente pensativa, reflexiona un momento, y entonces le explica:

–También pueden existir síntomas físicos que compliquen el diagnóstico. Un hombre mayor cayó al suelo con dolores en un costado, despertó con movilidad reducida en todo el lado derecho y pérdida completa de la memoria autobiográfica. Su familia estaba convencida de que se trataba de algo físico y

durante largo tiempo se opusieron a que se diagnosticase como una reacción a algo psíquico. El hombre aprendió a reconocer a su mujer y a sus hijos, pero no recuperó la memoria. Después de varias semanas negando que hubiera sucedido algo en el pasado, la mujer les contó lo difíciles que fueron los años de infancia del marido y los serios problemas que se le habían presentado en el trabajo inmediatamente antes de la pérdida de memoria. Cuando le expusieron su historia al hombre, él recuperó la memoria –dice Anna.

Louise mira fijamente la puerta, que la doctora deja abierta al salir. Una puerta cerrada. No sabía que fuera posible anhelar de tal forma una puerta cerrada. Un lugar donde estar completamente sola. Se hunde en la almohada. Le llega entonces el recuerdo del mensaje. Le dejó un mensaje. Echa tanto de menos a Joachim. Lo necesita más que nunca. Su cuerpo obedece ahora un poco mejor, y extiende un brazo hasta la mesilla. Coge el papel. Exhausta, se deja caer de espaldas otra vez y lee: «Te tengo en mis pensamientos día y noche, estás conmigo todo el tiempo. No estás sola. Te quiero». Louise lo lee varias veces, siente el calor que se extiende por el interior de su cuerpo. Necesita esas palabras. Pero la letra... Los arcos, las tes mayúsculas que se extienden muy por encima de las demás letras. ¿Es esa la letra de Joachim? Vuelve a mirar la firma. El garabato debajo de las palabras. Un movimiento de pluma tan rutinario, tan propio del firmante, que resulta ilegible.

No lo reconoce. Por mucho que lo mira, no consigue encontrar una J entre esas líneas. Suelta el papel como si le quemara la mano. Hay una E. Una E grande y retorcida. «Tu marido.» Eso dijo la enfermera. «Te ha dejado una nota.»

Louise jadea. Es él quien ha escrito esa nota, ha sido ese hombre, Edmund. Lo recuerda. Helene, Helene, gritaba una y otra vez. Él estuvo aquí..., sentado a su lado mientras ella estaba inconsciente. ¿Le cogió la mano? Louise se sienta en la cama, al menos lo intenta. Siente deseos de gritar, de chillar, de que Joachim se la lleve de allí. Con la mano izquierda arruga el papel hasta que no es más que una bola informe. Y lo arroja por la puerta.

Joachim va de un lado a otro de la cocina como un león enjaulado. El viaje de Rønne a Christiansø sin Louise fue horrible. Sus pensamientos durante el recorrido de una isla a otra habían estado solamente con Louise. Fue muy duro ser testigo de su derrumbe en la comisaría y de su ingreso en el hospital. Joachim siguió a la ambulancia en su Volvo, pero Louise no estaba consciente cuando le impidieron el acceso a la pequeña planta de psiquiatría del hospital. Fue la médica jefe, Anna, quien recomendó a Joachim que se fuera a casa unas horas para recoger algunas pertenencias de Louise. Algo de ropa sobre todo, porque la que llevaba puesta había quedado destrozada en la lucha con los agentes.

Joachim se sienta en la silla de Louise, mira los armarios de cocina color turquesa, los viejos muebles de madera que ella había pintado antes de que él se mudara. Louise había puesto en orden el apartamento, pintó las paredes de blanco, escogió las cortinas claras, las alfombras estampadas con cuadrados en tonos apagados de azul y verde. Los mismos colores en todas partes: los del cielo, el mar, las algas. Cuando Joachim se fue a vivir allí, no le apeteció cambiar nada. Llegó con su ordenador y sus libros, nada más. El pequeño despacho es lo único que muestra su huella: un espacio lleno de frustraciones. Allí dentro luchó y perdió. Lo que él llama hogar es el resto del apartamento: la cocina, el dormitorio, el saloncito. Y nunca se ha sentido tan en casa como aquí, con Louise. Feliz.

¿Helene?

Joachim se pone en pie. Helene. Su deslumbrante, su vivaz Louise... ¿es en realidad otra persona? La doctora no quiere adelantar nada, pero la Policía parece segura de que Edmund Söderberg tiene razón al afirmar que Louise es Helene, su mujer desaparecida. Joachim entra en el dormitorio, vuelve a salir. ¿Por qué ha ido allí? Bueno, claro, a por ropa para llevársela a Louise. Ese nombre lo destroza. Helene. Helene es un nombre de la mitología griega y ahí debe quedarse, no tiene por qué aparecer en Christiansø. La bella Helene, Helena. El dios Zeus, disfrazado de cisne, la engendró con Leda. Helena nació

de un huevo, bella y blanca como un cisne. La más hermosa de todas las mujeres, tanto que no había hombre que no enloqueciese por ella, todos la deseaban, desde Odiseo y Joachim hasta el tal Edmund. No, está mezclando cosas, Joachim se vuelve a sentar. Se rasca la cabeza. Piensa en el mito griego, justo ahora parece tener más relación con la realidad. Para que todos los pretendientes no se mataran unos a otros, hicieron un pacto: el padre de Helena..., no, el humano que hacía las veces de padre y el encargado de su educación, pues los dioses no pierden el tiempo en ese tipo de cosas, sería quien decidiera a quién tenía que pertenecer Helena. Una vez que se tomara la decisión, todos los demás pretendientes reconocerían el derecho del elegido a casarse con ella. Todos menos uno. Odiseo era uno de los pretendientes. Él también había firmado el pacto, pero después intentó retirar su apoyo al compromiso de boda. Se hizo el tonto, pero lo desenmascararon. Lo obligaron a confirmar que Menelao, rey de Esparta, se casaría con la bella Helena. Así reinarían la paz y la tranquilidad, y Odiseo se casó con otra, con Penélope. Pero el conflicto en torno a Helena distaba mucho de haber terminado. La belleza provocó una guerra. Las tres diosas más bellas, Afrodita, Hera y Atenea, estaban en desacuerdo sobre cuál de ellas era la más hermosa. Convocaron a un príncipe troyano, Paris, para hacer las veces de juez. Cada una de ellas le prometió una recompensa a cambio de solucionar la disputa. Hera le prometió el poder; Atenea, la sabiduría, y Afrodita le prometió el amor. Paris eligió a Afrodita como la más bella de las tres, y a cambio la diosa robó a Helena para entregársela, y ese fue el comienzo de la larguísima guerra entre Troya y Esparta. La guerra de Troya, que al final lanzó a Odiseo a su largo viaje, huyendo del conflicto. Una vuelta a casa que duró diez largos y azarosos años.

Joachim suspira hondo, su breve excursión mental por los mitos griegos no le ha mejorado el ánimo. Mira a su alrededor, buscando algo. Una señal, una huella, algo que pueda descifrar a la mujer que él creía conocer. ¿Realmente está casada y pertenece a otro hombre? ¿A Edmund Söderberg? Resulta increíble, precisamente a un individuo como ese, tan próximo a Menelao como podría encontrarse en la Dinamarca actual. Rico y poderoso como un rey. Pero entonces, ¿Joachim quién es? ¿Paris, que se la robó al rey? No, se siente más como Odiseo. Cansado, huyendo de una guerra que nunca deseó. En un viaje. Un viaje largo y penoso. Un viaje que no sabe cómo acabará. ¿Cuál es su hogar, si no es este?

Entra en el dormitorio. Es imposible. Hay algo que no concuerda. Da una vuelta por el cuarto. Lo mira todo, un mueble tras otro. Ella eligió todas las cosas del apartamento, fue ella quien decidió cómo sería. No sabe casi nada de ella, eso es cierto. Lo tiene todo delante de sus ojos. Si ella es otra persona, debería existir alguna huella, y tendría que estar aquí.

–Vamos, Joachim –se dice a sí mismo en un murmullo.

Empieza en el dormitorio. Abre todos los cajones de la cómoda, todos los cajoncitos de los armarios, rebusca por las baldas. Ropa, perfumes, joyas, cremas, todo eso lo conoce. La mayor parte de la ropa es similar; telas suaves, de los mismos colores que la decoración del piso: azul y verde y un abanico de tonalidades intermedias. Las joyas son distintas. Grandes, algunas de oro. Brazaletes tintineantes, largos collares, enormes pendientes. Cierra los ojos y se la imagina ante él. Muy lejos de esas mujeres tan sensatas, con pantalones y peinados prácticos. Sabe que ella nunca gasta demasiado en ropa. Tampoco es que les sobre el dinero como para poder hacerlo, el café da justo para adquirir lo necesario. Por eso lo compra casi todo de segunda mano; cada prenda por separado no es nada especial, pero cuando las combina...

No encuentra nada en el dormitorio, nada que no supiera ya. Maldita sea, tener que ir a la comisaría, y sobre todo permanecer en el horrible despacho de Iben Hansen Hansen, todo para obligarse a reconocer que en el fondo no sabe nada de la mujer con la que lleva viviendo más de dos años. ¿Cómo fue capaz de no darle importancia a ese hecho? Ahora no lo entiende. Pensar en lo ansioso que estaba por olvidar todo lo relativo al pasado. El divorcio de Ellen. La guerra de la que había huido. Estaba mucho más herido de lo que pensaba. Y Louise. Helene. ¿De qué había huido ella? La doctora dijo que ese tipo de pérdida de memoria puede producirse cuando sucede algo tan terrible que uno es incapaz de superarlo y no quiere saber nada de sí mismo, no quiere relacionarse con ese episodio. ¿Qué le sucedió? ¿Qué se oculta en su pasado?

Joachim continúa la búsqueda por todos los cajones y armarios de la cocina y del salón. Rebusca por todas partes sin encontrar nada. Da vueltas y más vueltas sin pausa, de una habitación a otra. Se queda un buen rato con los brazos caídos a los costados y la cabeza llena de pensamientos imposibles de coordinar. Porque ella estaba aquí. Los dos vivían juntos. ¿No se habría dado cuenta un día u otro, si ella escondiera algo? ¿Nunca le enseñó Louise nada de su pasado? ¿Una foto, una carta, un diario? No... O sí. Recuerda una mochila vieja sobre la que él hizo algunos comentarios, se burló un poco. Esa vez,

Louise dijo que era la mochila que llevaba cuando llegó a Bornholm. ¿Por qué se burló de ella? Porque no encajaba lo más mínimo con el estilo de Louise. Estaba gastada, era de lona, tenía cierto estilo militar. ¿De qué color era? ¿Gris?

Joachim levanta la trampilla de acceso al desván. Nunca ha puesto los pies en el viejo desván. La escalera plegable funciona mal, las bisagras están oxidadas, pero finalmente consigue subir los pocos escalones hasta situarse debajo del viejo tejado de pizarra. Sillas de los años setenta, de color naranja y marrón. ¿En qué pensaban en aquella época? Joachim desperdiga por el suelo el contenido de dos cajas de mudanza. Ropa. ¿De Louise? Rebusca por los bolsillos. En la caja número dos encuentra la mochila, pero está vacía, a excepción de un posavasos viejo, de los que ponen los camareros debajo de una bebida o de un vaso de cerveza de barril.

–Nada –susurra Joachim cuando se dirige de nuevo hacia la abertura de la trampilla–. Abajo, al salón, sin nada –dice mientras sigue estudiando la mochila. El fondo está casi..., ¿qué? ¿Oxidado? Pero la tela no se oxida, ¿o sí? Sea como sea, nota un polvillo metálico en la mano al tocar la tela. A lo mejor la mochila ha estado en algo..., ¿en agua herrumbrosa?

Mira el descolorido anuncio del posavasos. Campari. El cartón está lleno de manchas diversas. Quizá Campari y soda, ¿no era eso lo que se bebía años atrás? En la parte posterior hay un número de teléfono: 91880119. ¿Puede ser alguna otra cosa? Una fecha..., no, un código, no, es un número de teléfono, escrito con bolígrafo negro, a toda prisa y con bastante descuido, pero no hay duda de qué números son. Joachim saca el móvil, busca el número en las páginas amarillas de Google. «No tenemos resultados para el teléfono 91880119», lee Joachim. Y sigue: «Puede tratarse de una tarjeta telefónica, de un número privado o de un número inexistente».

–No, mierda –dice Joachim, y marca el número a toda prisa. Espera impaciente mientras suenan las llamadas.

–Peter –dice una voz al otro extremo. Una voz joven, un hombre en torno a los veinte años quizá. Un rumor de fondo, el murmullo de muchas voces.

–¿Con quién... con quién hablo? –pregunta Joachim.

–Con el piso de abajo. ¿Con quién querías hablar?

Joachim piensa. El piso de abajo. ¿Qué coño significa eso?

–Con Louise Andersen –dice a toda prisa.

–Louise... Creo que no tenemos ninguna Louise por aquí. ¿Eres de la

auditora nueva? –pregunta Peter. ¿Y si lo es? Joachim piensa que puede aprovecharlo.

–Peter –dice Joachim–. Me llamo Joachim. Estoy investigando el caso de una mujer desaparecida, Louise Andersen. Hemos encontrado tu número entre sus cosas.

–¿Cómo? No tengo ni idea –responde Peter, un poco demasiado rápido, le da la sensación a Joachim.

–Lo que quiero es darte la oportunidad de ayudarnos antes de que la información de que disponemos llegue a la Policía –dice Joachim.

–¿A la Policía? ¿De qué está usted hablando? ¿Quién es usted?

–Ya te lo he dicho. Me llamo Joachim. Hemos encontrado tu número entre las pertenencias de esa mujer.

–No la conozco. ¿Louise qué? ¿Fue ella a quien echaron de la dirección?

–Es posible –aventura Joachim, mientras piensa cómo sacarle más cosas a Peter–. ¿Tú la conocías?

–No –responde Peter, vacilante–. Nos fuimos el año pasado, después de que se aprobara la ley de finanzas. Pero eso le pasó a medio ministerio –dice Peter, que añade–: Es ridículo.

–¿Y ella trabajaba también en el... el Ministerio de Finanzas? –pregunta Joachim, intentando ganar tiempo y encontrar las preguntas que lo puedan solucionar todo.

–¿En el Ministerio de Finanzas? No, en el Ministerio del Interior y Asuntos Sociales. Oiga, ¿no se habrá equivocado de número? Yo no sé nada de esa mujer. No vuelva a llamar –dice Peter, pero sin colgar el teléfono.

–¿Y qué me dices de Helene Söderberg? ¿Te suena ese nombre? –pregunta Joachim. Y entonces llega el sonido. El sonido del vacío, de la nada, de Peter que ha dado fin a la conversación. Joachim se queda con el teléfono móvil en una mano y el posavasos en la otra. Es absurdo. Un posavasos de mierda. Con el número de un tal Peter del Ministerio del Interior y Asuntos Sociales. ¿A qué se dedica ese sitio? Niños en riesgo de exclusión social, números de registro de identidad, esas son las cosas de las que se ocupa el Ministerio del Interior. Y de las estadísticas, claro.

Se rinde y entra en el dormitorio, se sienta en la cama, mira por la ventana. El mar está tranquilo, apenas se mueve. El cielo vespertino es azul oscuro, muy intenso. Hay un exceso de elementos estivales. Joachim ansía un soplo de viento, una borrasca. O una tormenta, un trueno. Cualquier cosa menos esto,

que es tan opuesto a cómo se siente él por dentro. Solo, sin Louise. Sin la más mínima idea de qué le pasa a ella. A ellos.



Louise va sentada al lado de Joachim en el vuelo hacia Copenhague, el Hospital Nacional y todas las pruebas posibles. Edmund habría querido acompañarlos, se lo dijo cuando volvió a visitarla en el hospital, una vez que hubo vuelto en sí. Pero ella le dijo que no.

En el asiento de detrás va Morten Rask, el policía. Louise está exhausta, pero no reclina su asiento, porque no quiere estar más cerca del agente. Todo el tiempo se imagina sus manos. Cómo tamborileaba sobre el tablero de la mesa mientras la interrogaba. La piel rugosa de sus gruesos dedos. Le da náuseas. Y, como contrapartida, él no disimula su convicción de que les está mintiendo. Hay una mujer desaparecida, o tal vez dos, de forma que ahora es asunto de la Policía; eso le dijeron a Joachim cuando protestó por el viaje a Copenhague. Joachim le tiene cogida la mano. Ella siente su calor en su propia piel, que parece demasiado fina desde... ¿desde que la sedaron? ¿O es el *shock* lo que le ha producido esa constante sensación de frío?

Aterrizan en el aeropuerto de Kastrup. El agente se pone al lado de ambos, los lleva a la parada de taxis y les abre la puerta trasera. Él se sienta delante y le dice al taxista que los lleve al Hospital Nacional.

El departamento de análisis clínico está en la planta baja. Y allí, por desgracia, está también Edmund, según comprueba Louise con una sola mirada al corredor. Está hablando con un empleado del hospital, quizá un psiquiatra. Louise advierte el respeto que muestran todos hacia Edmund. Igual que los policías de Bornholm. Joachim aprieta la mano de Louise.

–Helene –dice Edmund mirándola desolado.

Louise aparta la vista.

–¿Dejamos que la ciencia hable primero? –le dice Joachim a Edmund.

–Desde luego –responde Edmund con tranquilidad–. Acabo de traer las muestras de sangre de los niños.

Los niños. Louise vuelve a pensar en la fotografía, en los dos niños que aparecen en ella. Una niña regordeta y un niño más mayor que mira hacia otro lado. Un nervio golpea contra sus sienes, se lleva la mano a la cabeza, aprieta, intenta detener el tembloroso movimiento.

–¿Estás bien? –Es la voz de Joachim. Louise se percata de que todos la están mirando. Cierra la boca, no se había dado cuenta siquiera de que la tenía muy abierta. Aparece otro médico.

–¿Los niños? –repite balbuceante.

–Sofie y Christian –dice Edmund–. ¿No recuerdas...?

El médico toma amablemente a Edmund por un brazo, le impide que diga nada más.

–Lo siento, creía que le habían informado. Sí, hay dos niños, y vamos a analizar también su ADN. No hay nada seguro –dice el médico.

–No, no hay nada seguro –repite Joachim–. Y me parece conveniente no olvidarlo. Y teniendo esto en cuenta, ¿no será mejor que dejemos a Louise en paz? Creo que en los últimos días ha estado sometida a bastante tensión.

Edmund vuelve a dar un paso adelante y alarga los brazos. Lleva puesto un traje nuevo, azul oscuro, el color de la seriedad. Louise se esfuerza por controlar la respiración. Dos hijos. Un hombre de cabello oscuro y dos hijos.

–Ahora vamos a empezar con la exploración –dice el médico con voz serena. Debe de estar acostumbrado a esas cosas, pleitos de paternidad, hijos ilegítimos que de pronto exigen la nutrida herencia de su difunto progenitor... Aquí se hacen todas esas pruebas, aquí se siguen las huellas de la sangre hasta alcanzar un resultado, hasta saber quién es padre de quién.

El médico abre los brazos en un gesto tranquilizador, pero no puede ocultar que se siente incómodo con la situación. Con elegancia, se lleva a Edmund a donde se encuentra una mujer de bata blanca que ha estado allí todo el tiempo como testigo mudo de aquel espectáculo, asombrada. Louise odia a estos testigos anónimos. ¿Por qué unas personas cualesquiera tienen que verla en ese estado, tan desnuda, flotando en la inconsciencia?

**L**ouise se somete a un escáner. Mientras está tumbada en el estrecho tubo blanco, rodeada por fuertes luces, el médico descubre una herida antigua producida por un golpe. ¿El mismo del que habló la médica jefe de Rønne? Sí,

es posible, piensa Louise. Los médicos no pueden decir de dónde procede el golpe. Edmund contó a los médicos que la tarde de su desaparición había salido a pasear a caballo. Y que habían encontrado el caballo y el casco de Helene, pero que Helene no apareció por ningún lado. Los médicos no pueden decir si el golpe de la cabeza se produjo por una caída de caballo. Solo que se trató de un golpe muy serio.

–¿Muy serio? –pregunta Louise más tarde, esperando detalles.

–Potencialmente mortal –es la sombría respuesta.

Hacen pasar a Louise a una habitación individual del hospital. Le dan una pastilla, la autorizan a descansar mientras analizan los resultados de la prueba. Mientras los jueces votan, como lo define Joachim, le permiten esperar con ella. Se sienta en una silla al lado de la cama. Louise pide que corran las cortinas y apaguen la luz. Se agota enseguida, con pastilla o sin ella; se siente como si viviera en una campana que repica dentro de su cabeza y de la que no puede escapar. No es capaz de preguntar, no es capaz de responder. Se duerme inmediatamente. Cuando despierta, reina ya la penumbra del anochecer. Joachim está durmiendo en la silla. Tiene la barbilla pegada al pecho y la boca entreabierta.

Se vuelve sobre un costado para poder mirarlo mejor. Se queda quieta a fin de no alterar su sueño. La tez está arrugada y curtida. Su vida ha sido dura y ha dejado huella. Al mismo tiempo, en sus arrugas hay algo inocente. ¿Cómo sería Joachim de niño? Louise siente un pinchazo. Están investigando si ella tiene hijos. Pero... ¿es posible olvidar cuando se han tenido hijos? No. Por eso, ella tampoco es... Helene. Es imposible olvidar a los hijos.

Cuando por fin vienen a por ellos, Louise tiene la sensación de que todo será demasiado difícil. Quiere saberlo, y al mismo tiempo no quiere saberlo. Los conducen hasta el despacho del médico, que está en un rincón y en el que cabe una mesa oval de reuniones, un escritorio al fondo y, junto a este, unos sillones. El médico se sienta a un extremo de la mesa, sobre la que hay un montón de papeles. Louise se sienta al otro extremo, con la espalda hacia el escritorio, pero teniendo a la vista la puerta y las ventanas. Joachim se acomoda a su lado.

Edmund hace su aparición. Llena el espacio, tiene una gran autoridad, más que el médico. ¿Más que Joachim?

Por fin, el médico carraspea y mira a Louise a la cara.

–No existe duda alguna respecto a las conclusiones de las pruebas –dice en

voz baja, como si se avergonzara del resultado científico. Louise lo mira mientras habla, mientras explica las pruebas de ADN y la probabilidad estadística mínima de que estén equivocadas. Louise no lo oye, solo oye la conclusión: que ella es Helene Söderberg, la mujer desaparecida tres años antes.

Louise. Helene. Está sentada en la silla. Siente sus pies apoyados en el suelo, la parte posterior de los muslos sobre el asiento, la espalda contra el respaldo, la mano en la de Joachim. Sin embargo, es como si desapareciera. Más ligera. Se difumina. Helene. Louise. Lo que le están contando significa que ella no sabe nada. No se mueve. No dice nada. Su mano no suelta la de Joachim, pero ella desaparece mientras está allí sentada. Renuncia a encontrarse. Louise. Helene. Joachim. Edmund. Joachim y Louise. Helene y Edmund. Sofie y Christian. Hijos. Sus hijos. No está sola en el mundo. Nada es como creía. No está perdida. No es una niña de un hogar de acogida. Alguien la echó de menos. Alguien la echaba en falta. Pero ella lo olvidó, eso es todo. Lo olvidó. Pero ellos no la olvidaron a ella.

El restaurante se llama The Real Chinese, y ahí sentados están del todo fuera de lugar, mudos, en compañía de los más destacados arribistas de la gran ciudad. Los ojos de Joachim observan el menú, su mirada se queda fija en la palabra «real». Auténtico. El auténtico nombre de Louise es Helene. Los últimos días no han tratado de otra cosa. La terapia de Louise, no, otro error, la de Helene, con los psiquiatras más ilustres del país. Fatigosamente, intentaron extraer fragmentos de memoria de la oscuridad en la que está viviendo. Sin suerte. Pero los dibujos, las fotografías, hasta las grabaciones en vídeo, acabaron convenciéndola. Y convencieron también a Joachim. Fueron a realizar las exploraciones a la clínica de la memoria del Hospital Nacional, ubicada en un viejo edificio gris al lado del Instituto Niels Bohr, uno de los pocos departamentos bonitos del hospital, repleto de secciones y edificios. Sin embargo, Joachim habría preferido que ella fuera víctima de casi cualquiera de las innumerables cosas que le pueden pasar a una persona. Pero no de amnesia retrógrada ni de amnesia psicógena.

Ahora no hay duda alguna. Aunque el médico del Hospital Nacional lo había anunciado ya un par de días atrás, la verdad era difícil de aceptar. Sobre todo para Helene, que quería huir y le suplicó a Joachim que se la llevara de allí. Pero Joachim rechazó la idea, sigue comportándose con sensatez. Lo dice siempre, una vez tras otra: hay que ser racionales.

Fue ella quien propuso salir juntos esa noche para hablar con tranquilidad. Pero ahora está muda y evita su mirada. Joachim juguetea nervioso con los palillos chinos, mira a todas partes en busca de un camarero. Ninguno de ellos debe escuchar la conversación que se avecina. ¿Qué hacemos ahora? Hay niños. Eso lo cambia todo. Joachim es incapaz de imaginar siquiera cómo serán las cosas para ella. Para *Helene*. ¿Tal vez volverá a usar ese nombre? Él puede acostumbrarse sin demasiado problema a llamarla Helene, está convencido. También puede acostumbrarse a hablar de niños. Esas ideas le estuvieron rondando por la cabeza mientras ella era objeto de pruebas y exploraciones a cargo de médicos y psiquiatras.

Se había imaginado las cosas de otra forma. Se había imaginado que esta noche habría una pausa en la pesadilla que ella está viviendo. En la que están viviendo los dos. Una velada que les permitiría dejar a un lado todo lo demás. Casi como si ambos se fugaran. Eso les ayudaría. Por un instante, él se ve desde fuera, qué aspecto tendrán los dos a los ojos de los demás comensales. Pálidos, deprimidos, mudos. Tiene que decir algo. No pueden seguir allí sentados sin dirigirse la palabra. Demonios, tiene que encontrar algo de que hablar con la mujer a la que tanto ama. Una pregunta. Una simple pregunta, ¿tan difícil tiene que ser? Quizá algo sobre la otra mujer..., la que la Policía está buscando, la auténtica Louise Andersen.

–Encontré un posavasos en tu mochila vieja –dice Joachim.

–¿Un posavasos?

–Había un número escrito –continúa él, y le habla de Peter, el del Ministerio del Interior y Asuntos Sociales. Le cuenta la conversación. La mira mientras enumera las actividades de la institución: exclusión social, estadísticas de todo lo que sucede en Dinamarca..., pero ninguna de sus palabras despierta recuerdo alguno en ella. Nada le suena. Además, ya habló a la Policía sobre Peter el del ministerio, y tampoco ellos han podido encontrar ninguna relación entre el posavasos, Helene y Louise–. ¿Te han interrogado hoy? –pregunta él, casi sin reconocer su propia voz.

Acerca una mano a la de ella, que la atrae hacia sí bruscamente. Pone las dos manos en su regazo. Joachim comprende: algo va mal, muy mal.

–¿Qué te dijeron? –pregunta insistente al ver que ella no dice nada.

–Siguieron preguntando por Louise todo el tiempo –dice ella en un suspiro–. Parecen segurísimos de que, pese a todo, algo sí que puedo recordar. Los médicos dicen que mi memoria puede volver, y que cuanto más información me den, mayores serán las posibilidades de que recuerde algo. Pero la Policía pregunta como si siguieran convencidos de que les estoy mintiendo.

–Pero ¿han descubierto algo más sobre ella?

–No. Todas sus huellas desaparecen cuando se marcha de la habitación de un club de Randers. Aparte de un único y breve indicio, no hay nada antes de que aparezca en el ferry de Rønne con la mochila de Louise Andersen.

–Una mochila oxidada.

–¿Qué?

–Nada –dice Joachim, encogiéndose de hombros–. La tela tenía manchas de óxido. –Louise sonrío y sacude la cabeza.

–Tú y tus detalles.

–El relato está en los detalles.

–Igual que el demonio –dice Louise. Por un momento, es como si volvieran a ser Louise y Joachim antes de que sucediera todo aquello. ¿Quizá lo nota ella también? ¿Y será por eso por lo que se echa un poco hacia atrás?

–Y te internaron en el hospital de Rønne, ¿no?

–Sí.

–¿Y te acuerdas de eso?

–Me acuerdo de cuando desperté. Y de que tenía dolores, dolor de cabeza.

–A causa del golpe –dice Joachim, intentando recordar todo lo que le había explicado la Policía. Que Helene llegó en el ferry de Rønne y la encontraron inconsciente en el muelle; que una ambulancia la llevó al hospital, donde volvió en sí. Llevaba la mochila de Louise Andersen. Los médicos la llamaron Louise, y ella reaccionó como si ese fuera su nombre.

–¿Quieren pedir ya? –El camarero los mira.

Joachim hace la comanda sin fijarse. Demasiada comida. Sabe perfectamente que ambos no harán más que picotear un poco sin apetito. Cuando se va el camarero, hace ya rato que ella está sumergida en sus propios pensamientos. Él está a punto de decirle algo para que le preste atención, pero vacila. ¿Qué nombre debe usar? No tiene más remedio que preguntárselo a ella, y le fastidia hacerlo. Le fastidia todo lo relacionado con la situación.

–¿Louise? –prueba, y ella reacciona. Claro que reacciona, pero con una expresión extraña en el rostro—. ¿Sigo llamándote Louise?

–Es extraño, no... no lo sé. –Se cubre la cara con las manos, se queda así un instante y luego vuelve a bajarlas—. He estado todo el día respondiendo a preguntas sobre una mujer que se llama así.

–¿Quieres empezar a utilizar el nombre de Helene? ¿Te llamo así? –Joachim oye su propia voz, que también es distinta a la habitual.

–Joachim, hay algo que necesito decirte. –Se echa hacia delante y extiende las manos en busca de la suya, y ahora es él quien mueve las suyas, buscando las de la mujer. Ella tiene la cabeza agachada, mira hacia abajo, el cabello le cubre el rostro y él no puede verla bien. Esto va muy mal, el lazo que siempre ha existido entre ellos ha desaparecido—. Joachim... No puedo continuar nuestra convivencia. Tengo toda una vida esperándome en Silkeborg. Un marido, dos hijos. No puedo seguir.

–Claro que no podemos seguir como si no hubiera pasado nada. –Joachim

habla deprisa, ansioso—. Claro que todo cambia, pero encontraremos una salida... Podemos irnos a vivir cerca de ellos. Naturalmente, los niños serán parte de nuestra vida, naturalmente, yo... —Ella le suelta la mano, pero él no la mueve.

—No —dice ella—. No, no me entiendes. No puedo seguir. Tengo toda una vida. Otro trabajo, un montón de empleados, una gran empresa. Tengo un marido. Edmund es mi marido. Tú y yo... no podemos seguir viéndonos.

—Te comprendo perfectamente —responde Joachim, pero es mentira. La forma en que habla, como una muerta..., es evidente que está conmocionada—. Louise, perdona, quiero decir Helene. —Joachim le aferra otra vez la mano. Ella tiene miedo. Claro que tiene miedo, pero ahora no tiene por qué suceder nada. Ahora no van a tomar decisión alguna—. Helene, nadie dice que sepas ahora mismo lo que quieres. Estás en estado de *shock*, todo ha ido muy deprisa. Vámonos de aquí, ha sido un grave error salir del hotel, vamos para allá.

Ella sacude la cabeza, y Joachim siente mucho calor, está sudando, le duele el pecho.

—¿Es por el dinero, porque Edmund es rico?

—¿Cómo puedes soltar semejante cosa? —Lo dice rápida, sincera. Claro que no ha pensado en eso. Joachim se odia a sí mismo por haberlo mencionado.

—Perdona, no es eso lo que quise decir. —Puede pedir excusas, pero no puede borrar las palabras que ha pronunciado. Ella se queda en silencio un buen rato y, cuando vuelve a hablar, su voz es otra. Esta vez se expresa con la intención de que él se dé cuenta de que lo ha pensado a fondo y lo hace con total sinceridad:

—Si no hago lo que es justo y regreso de todo corazón a mi antigua vida, jamás podré perdonármelo. Me horroriza pensar en todo lo que he perdido ya. Me odio a mí misma por haber engañado a mis propios hijos. Han desaparecido mis años allí, tres años de la vida de mis hijos, pero tú eres incapaz de entenderlo... Creían que yo había muerto.

Se inclina hacia delante, hunde el rostro entre las manos, llora. Joachim se levanta, siente el cuerpo adormecido y lo observa todo desde fuera como si no tuviera nada que ver con él. Se ve sentándose a su lado para confortarla, se ve abrazándola. Se levanta, se la lleva consigo, la estrecha entre sus brazos mientras escapan del restaurante y de todas las miradas.

En la calle vuelve a abrazarla. Nota que ella no solo no lo rechaza, sino que



se refugia en él. Permanecen así un largo rato, hasta que ninguno de los dos puede seguir llorando. Él aspira su aroma suave y dulce. La entiende bien, y eso es lo que más duele. Comprende que ella no tiene más remedio que hacer lo que ha decidido.

–Pero ¿es imprescindible que todo vaya tan deprisa, que todo sea tan definitivo? –pregunta, sin embargo.

–Es la única forma de hacerlo.

Joachim asiente. No puede, no quiere soltarla.

–Me tengo que ir ya –susurra ella, y se suelta con suavidad; dice algo sobre la necesidad de someterse a más pruebas, pero Joachim no la escucha. Siente demasiado dolor. Ella se acaricia un pequeño mechón de pelo detrás de la oreja y él observa el gesto para no olvidarlo. ¿Realmente es esa la última vez que la verá hacerlo? ¿No despertará ya cada mañana y la verá profundamente dormida y acurrucada a su lado?

–Me están esperando. El coche aguarda...

Mira al suelo, avergonzada, y Joachim comprende que es Edmund quien la espera. Así que ya lo ha hablado con Edmund. Un hombre que había vivido tres años sin su Helene desaparecida y que reaccionó a un soplo que le dio un compañero de profesión, alguien a quien conocía poco, que le escribió para decirle que había visto a una mujer que se parecía a su esposa desaparecida. Edmund reaccionó esa misma tarde, y voló en avión privado. Pasó la noche en un banco delante del café, vestido con su traje de chaqueta hecho a medida, que costaba miles de coronas. Se levantó con las primeras luces del día y entró en el local, preguntó por su Helene y la llamó. Hasta que la encontró.

Joachim sacude la cabeza.

–Pero no olvidarás lo que hemos vivido juntos, ¿o quizá sí? –susurra.

–No, nunca podré olvidarte, claro que no –dice ella con ternura. Sus ojos están llenos de amor, y él tiene que dominarse para no volver a estrecharla entre sus brazos. Mete las manos en los bolsillos. La mira con los hombros encogidos, le habla con una voz oscurecida por el dolor:

–Comprendo que no tienes más remedio que hacerlo, lo comprendo perfectamente, pero... daría cualquier cosa para que no fuera así. Siempre imaginaré cómo habría podido ser nuestra vida. Cada día, cuando despiertes, yo estaré en algún sitio pensando en que tú estarás despierta. Y te echaré de menos. –Hace una brevísima pausa–. No seguiré en Christiansø. –Las palabras que salen de su boca le sorprenden incluso a él. Es una decisión que tomó

mientras la anunciaba. Pero tiene que ser así, está totalmente seguro de que tiene que ser así—. Me iré a vivir a Copenhague, no puedo seguir viviendo allí sin ti. Pero siempre podrás encontrarme. Si ahora...

No termina la frase. Ella no dice nada, empieza a moverse intranquila. Ya no están juntos, ahora tienen que despedirse. Él quiere abrazarla otra vez, sin embargo ella se lo impide, da un paso atrás. Intenta sonreír, pero su gesto no llega a tanto, se queda en una mueca.

—Quizá puedas volver a escribir... ahora —dice ella, intentando sonar animosa.

Joachim la mira, y entonces lo entiende. También ella pensó lo mismo allí sentada, en el despacho, frustrada, furiosa. Que todo era culpa suya.

—A la mierda la escritura. Lo único que quiero es estar contigo —dice en un murmullo. La voz no tiene fuerza suficiente para sostener todas las palabras, se le quiebra a mitad de frase. Y ella da otro paso atrás—. Louise...

Ella sacude la cabeza. No sirve de nada. Se da la vuelta. Joachim se queda quieto, él también debería girarse, no limitarse a seguirla con los ojos, aceptarlo todo de una forma casi masoquista, verla alejarse por la calle sin volverse. Verla entrar en un coche bastante grande. Ella lo ha sabido todo el tiempo mientras estaban en el restaurante, sabía que se marcharía ahora mismo. El coche la está esperando. Cambia de sentido y pasa al lado de Joachim; Louise viaja en el asiento trasero, en el delantero va un hombre al que Joachim no ha visto nunca. El semáforo cambia a verde. Por fin Joachim puede moverse de nuevo, sigue al coche unos metros, en dirección a la plaza del Ayuntamiento, sus ojos están fijos en los pilotos rojos traseros. Quizá haya palabras que puedan hacer que regrese, aunque él no las haya encontrado todavía.

Joachim se detiene. Los pilotos rojos han desaparecido entre

las luces de los demás coches.

Louise ya no está.

En un día soleado y con el cielo despejado. En un día así tiene que volver Helene a casa. Va sentada en el coche, incapaz de saber si ha de mirar por una ventanilla o por la del lado contrario, pues no tiene ni idea de dónde está la casa. Apenas sabe qué aspecto tiene, pero no puede dejar de pensar: A ver si la reconoces. De pronto la ve entera, no como quien la contempla por primera vez, sino como lo que es: su propio hogar, en los alrededores de Silkeborg. Repite la palabra para sí, ve que el conductor la mira un segundo en el espejo. Viste traje y ella piensa que tiene más aspecto de empleado de banca que de chofer. Pero es el chofer privado de Edmund. Toca el claxon con antelación para que Edmund pueda preparar a los niños ante la inminente llegada de su madre. Los últimos días fueron los peores; sin Joachim, sin saber qué le depararía el futuro. Y con los psiquiatras todo el tiempo intentando hacerle recuperar los recuerdos.

Los médicos confían en que el reencuentro con los niños ayudará a la memoria de Helene. Ha habido casos así en el extranjero, explicó Hans Peter Rosenberg, el especialista más importante del país, a quien Edmund había contratado. Rosenberg había participado en un congreso internacional dedicado a la amnesia en todas sus formas. La relacionada con el estrés, la relacionada con el trauma (físico o mental). En el caso de Helene piensa que seguramente fue el golpe en la cabeza lo que provocó su pérdida de memoria. Tal vez incluso un doble golpe, un trauma doble. Es muy probable que se cayera del caballo cuando desapareció, opinaba Rosenberg. Edmund encontró el casco. Ese fue el primer impacto. ¿Pudo recibir, además, otro golpe en el ferry de Bornholm?

Sacude la cabeza. No puede seguir pensando en todo lo que ignora, le resulta agotador. Le ha estado dando vueltas a la posibilidad de contactar con alguien que haya pasado por lo mismo que ella: perderse en la propia conciencia, olvidar quién se es. Se siente como la persona más rara del mundo, cree que dejar a Joachim ha sido una enorme equivocación. Pero todo

es un error, solo puede optar entre un error u otro. No, tiene que pensar en los niños. Y en nada más.

Fue Helene quien decidió ir a casa por la mañana, parecía lo más conveniente, en lugar de aparecer por la tarde o al anochecer. No, llegar con las primeras luces del día, como un nuevo comienzo. Eso significa que tuvo que salir de Copenhague en plena noche, pero tampoco sentía demasiadas ganas de dormir. A medida que fue amaneciendo observó lo que había en torno al coche, en la ciudad y en los campos. ¿Siente algo, reconoce algo?

Llegan a la larga avenida y ve el alto seto que rodea la casa. El sol matutino se refleja en los grandes ventanales de la enorme villa... ¿O es un palacio? No está segura de cuál es la diferencia, lo único seguro es que no reconoce la casa. Decepcionada, aprieta las manos contra el asa del bolso. Inhala en breves, rápidas inspiraciones, mientras observa las paredes blanqueadas; tres pisos, dos balcones con delicadas barandas negras de hierro forjado, una ancha escalera de piedra que sube hasta la entrada, con altas puertas de doble hoja. Delante de la casa hay un anexo bien cuidado con una entrada de coches y una fuentecita en el centro. Mientras el automóvil recorre el último trecho, Helene se siente intensamente conmovida por el delicado pez de mármol esculpido del que salen dos finos chorros de agua que el sol matutino ilumina. ¿Lo recuerda, evoca alguna imagen? ¿Fue Helene quien eligió esa escultura? No se parece a nada que Louise pudiera elegir, no corresponde en absoluto a sus gustos, y a Joachim le parecería abominable. No, mejor no pensar ahora en eso. De ninguna forma.

No llega a abrir la puerta del coche, allí está Edmund, no lo vio salir de la casa.

–Bienvenida al hogar –dice con una sonrisa esperanzada. Extiende una mano, que ella toma vacilante. Es la primera vez que se tocan. No, es la primera vez que ella lo toca voluntariamente: en el café, Edmund la había agarrado por la muñeca. El café está cerrado, pero le pagó a Lina tres meses de sueldo, y el alquiler del local no se ha cancelado, sino que se ha transferido a Söderberg Shipping. Edmund se encargó de todo.

–¿Ha sido pesado el viaje? –pregunta él.

Ella pone expresión de cansancio. Sí, lo ha sido. Cada kilómetro que se alejaba de Joachim se hacía más y más difícil. Pero no tan difícil como debió de ser su desaparición para los hijos de Helene, se dice a sí misma una y otra

vez mientras sube las escaleras detrás de él. Edmund se detiene a mitad de escalera.

–Pues resulta que los niños están durmiendo todavía... ¿Quieres ver el resto de la finca, o prefieres echar primero un vistazo a la casa? –Habla con voz lenta y amable.

–Me gustaría verlo todo, no estoy cansada –responde ella, un poco decepcionada por no poder reunirse ya con los niños.

Edmund le indica que lo acompañe a la parte trasera de la villa. Sobrecogida, Helene mira el lago que destaca más allá de los parterres recién cortados del jardín. Naturalmente, Helene sabía que hay personas que viven así. Los ricos. Pero estar allí y saber que es suyo ese jardín que termina en la orilla de una laguna... Parece tan irreal. Y enfrente de la casa hay una terraza con una preciosa cerca en piedra natural. Helene da un respingo al verla.

Reconoce la terraza. Reconoce la puerta doble de cristal de entrada a la casa. Y recuerda la fotografía que vio en la comisaría. La foto de cumpleaños en la que aparece ella, con la bandeja en las manos. Se le viene a la cabeza que aún ignora de quién era el cumpleaños que festejaban en la foto. ¿De uno de los niños? Christian y Sofie. Repite sus nombres, tiene miedo de volver a olvidarlos. Es absurdo, ella misma intervino en la elección de sus nombres.

–¿Cuándo suelen despertarse los niños? –pregunta.

–Depende. Ayer les costó dormirse, creo que debemos dejarlos dormir, pero también es posible que se despierten temprano; están nerviosos y emocionados. –Edmund hace un gesto de disculpa por la vaguedad de su respuesta.

Van paseando lentamente hasta el lago. Helene sigue extrañada de lo natural que parece todo, aunque la situación es de lo más incómoda.

–¿Reconoces algo? –pregunta Edmund.

Helene mira hacia atrás: la casa, el techo de tejas vidriadas, los muros encalados, la fuente, que no le interesa. ¿Reconoce la casa? Mira a Edmund, que está esperando una respuesta.

–Quizá las vistas –responde ella con prudencia, aunque no es cierto. Le gustaría poderle ofrecer algo a Edmund.

–¿Las vistas?

–Sí. El agua. Quizá sea por eso por lo que elegí tener la misma vista en Christiansø.

Continúan el paseo hacia el lago, juntos. Al otro lado del lago, en la ladera

de la colina, ve ganado pastando. Una fugaz mirada a Edmund. No sabe nada de él. Debería preguntarle algo, pero ¿qué? ¿Por dónde empezar? Tienen tiempo de sobra. En estos momentos tiene más que suficiente con hacerse una idea de conjunto de la propiedad y sus alrededores. Hay un embarcadero, pero sin barca. La superficie del agua está llena de anillos que surgen, se extienden y desaparecen sin pausa.

Después, Edmund le enseña la mansión. Un espacio tras otro de techos altos con grandes muebles tapizados de terciopelo, jarrones de porcelana y arañas en los techos. Helene se siente incapaz de relacionar aquel estilo consigo misma, toda la casa tiene algo impersonal, no da la impresión de ser un lugar donde vive gente, es más como un museo... No, un museo no, pero sí algo que está ahí principalmente para ser admirado. En Christiansø era completamente distinto. Allí, el piso no fue nunca un sitio para enseñarlo a los demás, solo el sitio donde vivían Joachim y ella. Si el piso de encima del café era el nido de ambos, ¿esto qué es? Helene llega a pensar en las tumbas de los faraones egipcios. Todo lo que se tenían que llevar consigo cuando murieran, riquezas incomprensibles. ¿La casa es una cámara funeraria? No debe pensar esas cosas. Ni tampoco en Joachim. Ni en que ella es la única heredera de todo cuanto hay en este lugar; es demasiado inabarcable, tiene que digerir la realidad muy poco a poco. Ahora solo se trata de los niños. ¿Cuándo se despertarán? ¿A qué hora podrá verlos? Cuando suenan pasos en la escalera, da un respingo. Edmund le pone una mano sobre el hombro, ella tiene que hacer un esfuerzo para no quitársela.

–Es Caroline, la señora que se ocupa de los niños –la tranquiliza Edmund.

Una mujer entra en el salón. Helene calcula que andará por los setenta años de edad. Viste un conjunto rosa, la falda le llega hasta las rodillas. Tiene el pelo largo y lo lleva suelto, algo infrecuente en una mujer de su edad, pero le sienta bien. La mujer estrecha la mano de Helene y se presenta como Caroline.

–¿Nos hemos visto alguna vez? –pregunta Helene, que expresa sus dudas.

–No. Me contrataron después de su desaparición –responde Caroline con respeto, a la vez que cariñosa.

Helene mira a Edmund. Parece que eligió a una buena sustituta durante la ausencia de Helene. No una madre, sino una mujer afectuosa.

–Los niños ya están despiertos y listos. ¿Le parece bien ahora? –pregunta Caroline, y Helene siente un estremecimiento.

Ahora, pues. De verdad. Por fin. Edmund apoya una mano sobre el hombro

para tranquilizarla, y esta vez ella lo agradece.

–Tráigalos, Caroline –dice Edmund. Y añade en voz baja a Helene, cuando la anciana ha desaparecido–: Se ofreció a marcharse ayer.

–¿Y eso por qué?

Edmund se muestra indiferente:

–Seguramente no quería interponerse entre tú y el reencuentro con los niños. Pero yo le pedí que se quedara un poco más – dice con una sonrisa prudente.

Helene baja la mirada, claro que la anciana señora debe quedarse un poco más, por si acaso Helene vuelve a perder la cabeza y desaparece. Los oye bajar por la escalera. Las pisadas blandas y pausadas de Caroline y las de otras dos personas. Unos pasos se arrastran, los otros son cortos, nerviosos. Helene contiene la respiración, le da miedo cómo reaccionarán al verla. Y sentimientos opuestos pugnan en su interior: alegría y decepción. No los reconoce, no los ha visto nunca. Y sin embargo... La niña se parece a ella, eso es innegable. El niño, Christian, es grandote, más de lo que corresponde a sus ocho años de edad, y de complexión fuerte. Es su padre de niño. El mismo pelo oscuro, la misma nariz recta, un poco grande, las mismas cejas bien marcadas. Un chico guapo, es evidente que llegará a ser un hombre apuesto. Pero la niña. Helene se queda con la mirada fija en ella, desconcertada, absorbiendo hasta el último detalle. El pelo claro, despeinado, los ojos. El mismo color gris verdoso, un poco indefinible, que tienen también los ojos de Helene. Está quieta, con los hombros levantados hasta las orejas, tiene cogida de la mano a Caroline y mira de reojo a Helene. Christian se ha parado en la puerta, mudo, sin saber qué hacer. Es evidente que lo que más le apetece es salir corriendo. Ella no debe hacer nada ni decir nada. Ella es la madre de los niños. Esa palabra... Se siente mareada, solo en este momento la comprende de verdad. Es madre de dos personas que viven y piensan. Y ella no ha estado allí con ellos. Se acerca con mucha prudencia, se pone en cuclillas delante de Sofie.

–Hola, Sofie, seguro que no te acuerdas de mí, eras pequeña cuando yo... – Vacila. ¿Qué palabra debe usar? Una mirada fugaz a Edmund, pero la expresión de su rostro no le sirve de ayuda–. Me di un golpe en la cabeza, a lo mejor ya lo sabías, y me olvidé de todo. Estuve fuera, pero por suerte vuestro padre me encontró y ahora estoy en casa. Tendremos tiempo de sobra para volver a conocernos. Mucho, mucho tiempo. –Helene da un apretoncito al

brazo de la niña y se levanta, se vuelve hacia Christian, que ha estado escuchando con atención.

—¿Y tú, te acuerdas de mí? —le pregunta Helene con gesto alegre.

El niño vacila, la mira y al final dice en un susurro:

—Creía que habías muerto.

Esas palabras tan serias no encajan en la delicada voz infantil. Le hacen daño a Helene en el corazón, un daño físico real. Es solo un niño pequeño. Y aunque su aspecto engaña, debe recordar que solo tiene ocho años. Un niño pequeño que perdió a su madre.

—¿Me enseñáis vuestros cuartos? —pregunta entonces. Ninguno de los dos dice nada. Helene no sabe qué hacer.

—Vamos, enseñadle el cuarto a mamá —dice Edmund con decisión.

Helene se siente aliviada cuando Edmund sale del salón y los niños lo siguen. Helene se une a ellos, y mientras suben la escalera observa a los tres delante. Son su familia. Está con su familia.

Helene pasa dos horas sentada en el suelo de la habitación de Sofie. En cuanto a Christian, después de mostrarle en un momento su cuarto, todo ordenado y organizado, dijo que tenía que hacer deberes. Edmund protestó, pero Helene se apresuró a decir que claro que podía hacer las tareas que tuviese, que no quería imponer su presencia. Él es el mayor, tenía cinco años entonces y vivió su desaparición de una forma completamente distinta. Hará falta un tiempo hasta que entienda que ha vuelto de verdad. Afortunadamente, Edmund comprendió y se retiró cuando Sofie aceptó la propuesta de Helene de jugar un poco en su cuarto con las muñecas. Una habitación de niña fastuosamente amueblada. El sueño de todas las niñas que quieren ser princesas. Helene se pregunta si habría participado ella de alguna manera en la elección de esas cosas, o si todo es posterior a su desaparición. Pero cambian los vestidos a las muñecas y hablan de cuál es amiga de cuál. Sofie mira de reojo a Helene de vez en cuando.

—¿Quieres ver a *Lucky*? —pregunta de pronto la niña.

—¿Quién es *Lucky*?

—Mi poni, es todo blanco. —La niña resplandece al decirlo, ya no parece cohibida. Cuando bajan la escalera, le coge la mano a Helene.



**E**ntran en la cuadra. Un largo pasillo iluminado por grandes claraboyas en el techo. A cada lado hay amplios boxes y, al pasar, algunos caballos asoman la cabeza. Orejas pequeñas, triangulares, dirigidas hacia ellas con curiosidad, ojos inteligentes y grandes ollares en cabezas de delicadas formas. Raza árabe. Por lo que puede ver Helene, todos los caballos de la cuadra son de la misma raza.

Una sensación repentina, desacostumbrada, atraviesa a Helene: en ese lugar hay algo conocido, por primera vez tiene esa sensación, en la cuadra. El olor a heno, a hierba, a caballo... Helene inspira con ansia, intenta absorber con el aire todas las impresiones. Al fondo hay una chica que está barriendo el pasillo del establo. Una chica guapa, de cabello oscuro, que rondará los veinte años de edad; está en buena forma, es evidente, con caderas redondeadas y unos pechos que la ropa de montar pone de relieve. Saluda amigablemente a Sofie, pero a Helene le dirige una inclinación de cabeza fría y desabrida. Helene se alegra de que Edmund no la eligiera a ella como niñera durante su ausencia. Pero de todos modos Helene extiende la mano y saluda. La chica acepta la mano con desgana, la estrecha apenas y la suelta inmediatamente.

–Me llamo Katinka, señora –se presenta. Señora. Helene no lo esperaba, debería haber dicho otra cosa, no hay que llamarla señora. Qué ridículo, llega a pensar Helene antes de que Sofie la arrastre más hacia el fondo. Un caballo árabe blanco como la tiza está ya expectante asomando la cabeza por la portilla del box. Sofie abre la puerta y saca al caballo como si estuviera más que acostumbrada.

–Mira, mamá, este es *Lucky*.

Helene sonríe. Nota las lágrimas a punto de brotar, pero las reprime. Mamá.

**D**espués del desayuno, Caroline se lleva a los niños a sus cuartos mientras Edmund anuncia que no tiene más remedio que ponerse a trabajar.

–Solo una hora –se disculpa.

Helene se ha quedado sola. Por primera vez en varios días está totalmente sola en ese dormitorio. Va hacia la puerta doble de cristal, ve que da a uno de los preciosos balcones. La vista es encantadora: la pradera llena de arriates, el lago con barcas blancas meciéndose en el agua, el bosque alrededor, los

bonitos edificios del ganado. Es incomprensible que aquel sea su hogar. Se da la vuelta y mira la cama. Cama doble. Se sienta. Pasa la mano sobre el espeso edredón. Se tumba en la cama para probarla, de espaldas, mirando al techo. Se levanta de nuevo, se acerca al ventanal, apoya la frente sobre el frío vidrio. Está sudando, se pregunta cuándo encontrará de nuevo la tranquilidad y la temperatura de su cuerpo. Edmund va por el parterre hacia el embarcadero, habla por el móvil, gesticula tranquilo con una mano. Su marido. Los niños descansan en sus habitaciones. Ella está en su dormitorio. Está en casa.

En la cena, Christian revive por fin. El chico mudo e introvertido ha desaparecido, ahora está contando un chiste que escuchó en la escuela, un chiste muy largo sobre un pato que entra en una carnicería y pide maíz. La forma en que lo explica es más graciosa que el chiste en sí, y lo más divertido de todo es que Sofie se parte de risa.

Después llega Caroline y acompaña a los niños al piso de arriba, tienen que bañarse e irse a la cama. La sobremesa está siendo de lo más agradable, pero Helene se da cuenta de que los niños están agotados. Seguramente lo mejor es dejar que sigan sus rutinas en paz. A fin de cuentas, no es más que la primera noche que está ella en casa. Los dos niños van a donde está sentado Edmund a darle las buenas noches. Sofie trepa hasta sentarse en sus rodillas y le da un abrazo, y Christian se limita a decir «buenas noches». Sofie vacila un instante, luego se acerca a Helene, que abre los brazos, y la niña trepa enseguida a sentarse sobre ella y le rodea el cuello con sus brazos. Sofie aprieta, Helene cierra los ojos y disfruta del aroma del cálido cuerpecito. Vuelve a abrir los ojos y ve a Christian ante sí. Vacilante, inseguro, pero casi pegado a Helene, que le pasa un brazo sobre los hombros y lo atrae también hacia ella. El niño se aprieta contra su cuerpo mientras sus serios ojos azules miran con intensidad a los de su madre. Es la primera vez que mantienen contacto visual de verdad. Ella y su niño.

–Buenas noches, mamá –dice Christian.

Helene lo abraza fuerte un buen rato. Mamá. Le sienta bien oírlo, que la llamen así, aunque quizá ella no es más que eso..., quizá no es nada en sí misma, la persona más terriblemente carente de identidad que existe en el mundo, pero si la llaman algo, pues al menos eso tiene. Mamá, esposa, heredera. Aún hará falta mucho más tiempo para acostumbrarse a esto último. Cada vez que Edmund intentaba hablarle de la empresa, ella tenía que pararlo. Es demasiado. Una cosa cada vez, y lo más importante en primer lugar.

–Buenas noches, corazón –dice Helene con la voz quebrada por la emoción.

Siguen sentados un rato en silencio. Edmund juguetea con la servilleta.

–¿Te gustó la cena?

Helene mira el plato. Casi ni ha tocado la comida. Solo un pedacito de uno de los filetes de cerdo. Salsa cremosa de espárragos blancos, patatas.

–Es uno de tus platos favoritos –dice Edmund.

–¿Sí? –Helene mira la comida, confusa. Con lágrimas en los ojos, no sabe por qué. Sí, porque le han servido lo que más le gusta y lo ha dejado prácticamente sin tocar. En la isla nunca habría preparado una comida tan contundente.

–¿Quieres ver fotos? –pregunta Edmund, y se pone de pie. No ha visto las lágrimas de Helene, tampoco hace ninguna falta que las vea. Helene asiente con la cabeza y lo sigue a la sala que da a la terraza. La gran puerta de cristal está abierta y el sol vespertino ilumina el salón. Fuera, en el extremo del jardín, espera el agua; Helene piensa que parece más un mar que un lago. Dos sofás grandes tapizados en felpa de color verde desvaído ocupan el centro del espacio, con una mesita baja entre ambos. Junto a las paredes hay consolas blancas con flores frescas en jarrones antiguos, y de las paredes cuelgan cuadros. Son paisajes de colores sombríos, como el que está colgado en el dormitorio, y Helene se extraña. ¿Sería quizá ella misma quien eligió la pintura?

–Las ordenamos en el álbum después de tu desaparición –dice Edmund. Helene lo mira. Y después mira el álbum de fotos encuadernado que hay sobre la mesita–. Podemos sentarnos más cómodos y mirar tus retratos. También las fotos en las que estabas conmigo y con los niños, todos juntos. –Helene baja la vista. Tiene la imagen grabada en la mente. Edmund se sentaba con los niños todas las tardes a mirar viejas fotografías de su madre desaparecida. En ese mismo instante, ella estaba sirviendo los típicos emparedados de caballa ahumada y amaba a Joachim. ¿Qué clase de persona es? Casi habría sido mejor que hubiese muerto.

Se sienta en el sofá, Edmund abre el primer álbum, se mueve para acercarse más a ella y le deja el álbum sobre las rodillas; mira entonces la primera instantánea, en la que posa a lomos de un caballo árabe castaño. Pantalones azules de amazona y una ancha sonrisa.

–¿Has vuelto a montar después de... del accidente?

Helene sacude la cabeza, recuerda su visita a la cuadra con Sofie ese mismo día. No sintió miedo de los caballos, pero tampoco el impulso de acercarse a ellos.

–Montabas todos los días, los caballos son tuyos –continúa Edmund.

–¿Son caballos de cría? –pregunta ella con curiosidad.

–Algunos de cría, pero principalmente de deporte, equitación de fondo... Una afición, nada más. –Edmund se encoge de hombros con indiferencia, lo que quiere es hablar de otras cosas. Señala otra foto de Helene, de pie al lado de un caballo más oscuro.

–Este es *Samir*, tu caballo favorito. Era el que montabas aquel día.

El accidente. El golpe en la cabeza. De eso es de lo que quiere hablar. Helene contempla su foto. Tanto ella como el caballo están plenamente relajados, tranquilos y felices.

–Estabas practicando para una carrera de fondo, era bastante habitual que pasaras fuera mucho rato, incluso después de oscurecer. Pero entonces apareció *Samir* al trote, venía del bosque y estaba solo. El personal de las cuadras vino a avisarme, montamos y salimos a buscarte. Yo seguí todos los senderos que solías recorrer. Fui de un lado a otro toda la noche, llamándote. –La voz de Edmund es tranquila, pero le tiemblan un poco las manos con las que sujeta el álbum. Helene intenta imaginárselo montado a caballo, cabalgando por el bosque, iluminándose con una linterna, llamándola, con el miedo a encontrarla herida, quizá muerta.

–Tu casco estaba entre la hierba alta.

No dice nada más. El salón está en silencio. El sol se está poniendo, la luz de la estancia se vuelve naranja, entra un soplo de brisa con un tenue aroma. ¿Qué es lo que huele así? El lago, claro. Es agua dulce, su aroma es tan distinto al del mar al que se había acostumbrado... Este aroma es más como... ¿Como qué? ¿Tierra de macetas? Edmund se incorpora y cierra los ojos, Helene hojea el álbum, la página siguiente también está llena de fotos suyas con distintos caballos, y las sucesivas, y el álbum entero. Muchas fotos del caballo oscuro, *Samir*. Edmund enciende la araña del techo, gira el mando hasta que queda satisfecho con la potencia de la luz, luego vuelve al sofá, se sienta junto a ella. Esta vez un poco más separado.

–La Policía peinó el área, pero no encontraron ninguna huella. Estuvimos examinando toda la zona día tras día, con perros y helicópteros. Incluso buscamos en la laguna. La Policía habló de suicidio, pero... –Edmund suspira–. Después pusimos anuncios en los medios de comunicación, hasta en el extranjero. Pero no salió nada, no había ninguna huella que poder seguir. Habías desaparecido sin más. Por completo.

Helene escucha con atención. Lo que está contando es su historia. Lo que le sucedió a ella.

—¿Y a qué me dedicaba yo, aparte de los caballos? Si estos eran afición, ¿en qué trabajaba?

—Participabas en la gestión de la empresa, que era de tu padre. Fue él quien creó Söderberg Shipping, el que puso los cimientos de todo. Nosotros nos limitamos a continuar su trabajo.

—Mi padre. —Helene repite la palabra y nota que despierta calor en su pecho. Sigue sorprendiéndola: no es una niña de acogida, no carecía de familia, tiene una historia—. Háblame de mi familia. ¿Cómo están mis padres? —dice con vehemencia.

—Pertenece a una familia muy conocida. Tu tatarabuelo fue uno de los fundadores de los Encuentros de Himmelbjerg. —Helene se da cuenta de que, todo el tiempo, Edmund está buscando algo, una chispa de reconocimiento en sus ojos. Y cada vez sufre una pequeña decepción. Pero continúa—: Los Encuentros de Himmelbjerg eran asambleas populares. Reuniones políticas que buscaban instaurar la democracia en Dinamarca.

Helene asiente, algunas de las cosas que le dice Edmund ya las conoce. Son hechos, cosas que todo el mundo sabe. También sabe que Montevideo está en Uruguay, que Dinamarca se convirtió en país democrático en 1849, que el arroz de jazmín es más pegajoso que otras clases de arroz pero es el mejor para comer con palillos. Sabe millones de cosas, podría pasarse años hablando de todo lo que sabe. A lo que no consigue llegar es a ella misma y a todo cuanto la rodea.

—¿Y mi padre? ¿También él participaba?

Edmund sonríe.

—Tu tatarabuelo. Eso fue hacia 1840. Tu padre se llamaba Aksel. Era uno de los empresarios más influyentes de Dinamarca. —Edmund habla como si estuviera leyendo en un libro, sin equivocarse, sin traslucir el más mínimo sentimiento. Habla de la empresa, de cómo el padre hacía viajes comerciales por los lagos, transportando sobre todo maderas y turistas. De que pronto se dio cuenta de que el futuro no estaba en los lagos sino en el mar, así que amplió el negocio, empezó a construir sus propios barcos en Frederikshavn. Pero mantuvo la sede social en Silkeborg, donde habían vivido siempre, aunque mucha gente de la empresa intentó convencerlo a lo largo de años de

que debía trasladar las oficinas a Copenhague, o a Aarhus..., o incluso a las Filipinas.

–¿Hay fotos tuyas? ¿Y qué hay de mi madre y mis hermanos?

Edmund alarga una mano para coger otro álbum, pasa páginas adelante y atrás, se lo entrega entonces a Helene, abierto por una página de viejas fotos en blanco y negro.

–Estos son tu padre y tu madre. Eres hija única –le explica en un tono impersonal y un tanto formal.

Helene observa las fotografías. Una foto de bodas: una mujer muy joven, sentada en una silla y embutida en un sencillo vestido blanco, con un velo que le cuelga sobre los hombros. El rostro tiene una expresión de incomodidad, de cierta timidez. Edmund se le acerca un poco más, con cautela; le pone una mano en el hombro, pero enseguida la retira. Helene se concentra otra vez en las imágenes: su padre. Se yergue estirado y autoritario en la foto de bodas. Era mucho mayor que la novia. Calcula que andaría por la cincuentena; reconoce en su barbilla y sus ojos los suyos propios, igual que las cejas tan marcadas. Helene mira todas las fotografías, una tras otra, hojea el álbum entero, ve cómo se desarrolla la vida de sus padres. Al principio, la madre es joven, luego va haciéndose más seria. Y luego nace Helene; los padres están más entrados en carnes. Aparecen colores en los retratos, cambia la ropa, los dos tienen arrugas. Helene pasa páginas, sus dedos lo descubren antes que sus ojos: el borde deshilachado en el interior del lomo del álbum, donde están pegadas las hojas.

–Falta una página –dice Helene.

–¿Ah, sí? –Edmund lo comprueba con el dedo–. Es cierto. Es un álbum viejo –añade. Pasa páginas por ella; siguiente página, Helene ve fotos tuyas recién nacida, ve a su madre con ella en brazos, su rostro tiene una expresión cálida y cariñosa. Se ve a sí misma crecer, aprender a caminar, se ve con el que debió de ser su primer poni. Absorbe cada una de las imágenes, y Edmund le deja tiempo para hacerlo, está sentado a su lado, en silencio.

–Mis padres ¿han muerto? –pregunta Helene, aunque conoce la respuesta. Si estuvieran vivos, se encontrarían allí. Ellos también la habrían echado de menos.

–Sí, los dos. ¿Quieres ver fotos de los niños cuando eran pequeños?

–Y... ¿primos, primas..., otros parientes?

Edmund vacila.

–Bueno, sí, claro, pero...

–¿Pero?

–Ya sabes cómo son las cosas cuando hay dinero de por medio.

–No, no lo sé.

–Las familias... Todo el dinero que había ganado tu padre –dice Edmund, encogiéndose de hombros–. Creo que la familia esperaba algo más de lo que tu padre estuvo dispuesto a concederles.

Helene asiente, muda, invadida de sentimientos, cuando abre otro álbum.

–¿Christian? –pregunta en un susurro, y Edmund asiente con la cabeza. Los dos tienen lágrimas en los ojos.

Helene pasa lentamente las páginas del álbum. Pasa las páginas de su propia vida, que no habría debido desaparecer de la forma en que lo hizo. Intenta forzar una y otra vez su cerebro: quiere recordar. No quiere estar allí sentada mirando sin más, quiere saber qué sentía cuando se tomaron aquellas fotos.

–¿Recuerdas algo? –pregunta Edmund, quien obviamente está pensando lo mismo que ella.

Helene sacude la cabeza, desconsolada.

–A lo mejor vendrá bien que vuelva a empezar la terapia –dice, aunque la simple idea ya le produce cansancio. Edmund contrató a los mejores psiquiatras y a los mejores terapeutas para que volvieran a ponerle en marcha la memoria. Pero los médicos del Hospital Nacional ya lo habían intentado. Y todas las veces quedaba exhausta, casi como si cada intento amenazara con costarle la vida.

Edmund le coge de pronto una mano, se la lleva a la cara. Sobresaltada, Helene intenta liberarla, pero él la sujeta con fuerza.

–Helene, te he echado mucho de menos –le dice inclinándose hacia ella, que ahora nota los labios del hombre sobre los suyos, labios suaves, mejillas afeitadas con esmero. Es su marido, es un hombre apuesto. Apoya la mano sobre su pecho, nota los músculos firmes, y lo hace detenerse.

–Es demasiado pronto, no puedo...

Él quita la mano y se levanta.

–Perdona –dice.

–No tienes por qué disculparte, es por mi culpa. Es que estoy muy cansada.

–Helene se levanta también, se queda ante él llena de timidez.



Se preparan para acostarse en silencio, se tumban uno junto al otro. Entre los dos hay suficiente espacio en la amplia cama de matrimonio, y cada uno tiene su propio edredón.

–Buenas noches –dice Edmund a la vez que se gira de espaldas a ella. Su respiración empieza a sonar pesada, pero Helene no está segura de si duerme o solo lo finge. Ella sigue largo rato despierta, escuchando los ruidos nuevos. Un leve sonido a hueco puede proceder del tubo de la chimenea del dormitorio. Fuera suena el murmullo de los árboles. Pero lo que oye es a Edmund, sobre todo a Edmund. A partir de ahora lo oirá dormir todas las noches. Todas y cada una de las noches. Es su marido. En cierto momento estará preparada, sucederá así, y lo sabe. Y sin embargo, echa terriblemente de menos a Joachim. ¿Habrá vuelto a escribir?

Joachim despierta con un terrible dolor de cabeza y sabor a caballa en la boca. ¿A caballa? Se queda tumbado un buen rato encima del colchón con los ojos cerrados, no le apetece ver lo que hay a su alrededor. Un cuchitril asqueroso en el barrio de Nørrebro, con paredes descascarilladas y suelo de linóleo. Todo huele a rancio, y en los rincones hay unas marcas de algo ácido que le hacen pensar que alguien vivió allí con un gato. Delante de la ventana, en el exterior, hay un cartel de se vende que se mueve con la brisa matutina.

–Joder –farfulla. Tendría que estar agradecido. Quien lo había ayudado era Gudrun, la de la editorial, había dicho que podía dormir en el apartamento hasta que lo vendieran. Lo había comprado para su hijo, que ahora se iba a Nueva York a continuar sus estudios. Pero qué lejos está eso de mi propia vida, piensa, y vuelve a cerrar los ojos. Una vida con hijos que estudian en una universidad de los Estados Unidos. Una vida para personas con un trabajo de verdad, con una relación de verdad.

Joachim se vuelve sobre un costado y abre los ojos pese a su falta de ganas, ve las cajas de mudanza aún cerradas, amontonadas junto a las paredes. Lo único que ha hecho ha sido organizarse una cama con el colchón directamente en el suelo y colocar el ordenador en una mesita baja de color rojo que dejó el hijo de Gudrun. Al lado del ordenador hay dos botellas vacías y un vaso medio lleno de vino. Eso es todo lo que consiguió ayer, cuando intentó escribir algo.

Se pone de pie tambaleándose. Va al diminuto cuarto de baño, casi hay que entrar de lado, parece increíble que hayan encontrado sitio hasta para una ducha. Evita mirarse al espejo, porque sabe exactamente qué aspecto tiene después de la paliza de anoche. Con el rostro hinchado y enrojecido, parece mayor que los cincuenta y dos años que realmente tiene. Luego dedica unos minutos más a buscar las pastillas para el dolor de cabeza, pero no las encuentra. No empaquetó las cosas personalmente, sino que le pidió a Lina que lo hiciera ella, se siente incapaz hasta de volver a Christiansø ahora que

no está Helene. Su viejo Volvo sigue en Bornholm. Los de las mudanzas trajeron las cajas al día siguiente. Ropa vieja y manuscritos aún más viejos.

¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué debe hacer? ¿Quedarse él solo en un apartamento de Copenhague, despertarse una mañana tras otra, siempre igual? ¿Esperar confiado a que Louise cambie de opinión y vuelva con él? Pero ahora ella tiene una familia. De pronto le han ofrecido algo con lo que él no puede competir. Marido e hijos, un hogar. ¿Qué puede ofrecer él?

Tiene que intentar escribir. Ahora ya es suficientemente desdichado, solo es cosa de ponerse a trabajar. Quizá todo lo sucedido acabe siendo una bendición. Se sienta delante del ordenador, que está encendido, y se queda atascado. Se levanta, da un paseo por la habitación, se asoma a todas las ventanas. Echa de menos a Louise. A Helene. Siente físicamente la añoranza, como si se le hubiera desprendido una parte de su propio cuerpo, es dolorosísimo. La llamará por teléfono. No hay nada malo en que la llame, ¿no? Solo para decirle que la echa de menos y preguntarle qué tal está. Piensa en ella, en cuando se despidieron delante del restaurante. Ella lloraba. Le pidió que la dejara en paz.

Vuelve al ordenador. «Mierda de *wifi gratis*.» La red no aparece en la lista de redes accesibles como anoche. En cambio, ve que entra bien la de la vecina, «Red de pesca de Rebekka». Joachim lo piensa un momento antes de meterse una camisa por la cabeza, calzarse los zapatos desgastados y bajar los nueve escalones de la escalera. Llama con los nudillos a la puerta de Rebekka, que abre al cabo de un minuto. Unos veintidós años, estudiante, *sexy*... ¿y qué? No es tan guapa como Helene.

–¿Sí?

–Hola, Rebekka –dice Joachim, y ella se ruboriza un poco, lo que le sorprende. ¿Quizá lo ha reconocido?–. Acabo de mudarme. Solo quería decir hola.

–¿Ah, sí? Hola –dice con una sonrisa no muy abierta. Dientes bonitos, niña de papá, laca de uñas rosa, desconchada, máscara del día anterior..., todos esos detalles insignificantes. ¿De qué le pueden servir?

–Oye..., ¿puedo robarte un poco de internet? Hasta la semana que viene no me ponen el mío.

**D**e vuelta en el apartamento, entra en la red de Rebekka y se queda sentado un momento con la mirada fija en el logo de Google.

–Vamos –masculla. Tiene que escribir. Sobre su desdicha. No debe buscarla, no debe gastar más tiempo en Helene, piensa mientras escribe «Helene Söderberg» en el cuadro de búsqueda. Aparecen muchísimas páginas sobre la firma y sobre su tatarabuelo, que participó en los encuentros nacionalistas de Himmelbjerg y fue uno de los luchadores por la democracia en Dinamarca. La lectura no le sienta bien, se siente pequeño, de pronto nota que aquel apartamento microscópico de dos habitaciones es justo lo que a él le corresponde. La familia de Joachim difícilmente puede definirse como «estirpe», no hay nada que le permita competir con los Söderberg.

Joachim sigue leyendo. Le sorprende lo poco que hay sobre ella. Encuentra una entrevista en una revista femenina de hace cinco años. Hay una fotografía suya. El pelo es distinto, liso y más claro. Uniformemente rubio, seguramente algún peluquero tendrá algo que ver. Guapa, eso salta a la vista, pero con un estilo señora bien. El estilo de la ropa también es diferente, lleva un vestido más formal, azul oscuro, y un collar pequeño. Además hay fotos de la casa, tanto del interior como del exterior. Todo es pomposo, lujoso, alejado de la vida que habían compartido. Lee el texto; Helene le habla al periodista sobre su profundo arraigo en la identidad local, el romanticismo y, sobre todo, lo danés... Como si Dinamarca hubiera nacido en el Himmelbjerg de los cojones. Joachim se esfuerza lo indecible por seguir leyendo. Helene menciona varias veces a Edmund: *Mi esposo*. Lo presenta como ejemplo de un hombre que entiende la importancia de que los dos integrantes de la pareja participen por igual en el trabajo doméstico, un hombre moderno que no se limita a decir que está a favor de la igualdad de hombre y mujer, sino que realmente la vive.

Suena el timbre de la puerta. Joachim se levanta como impulsado por un resorte. ¿Será ella? ¿Ya? Fuera hay un hombre trajeado con un portafolios en una mano.

–Buenos días, mi nombre es Schmidt, soy el abogado de la familia Söderberg. ¿Puedo pasar? Solo le entretendré un momento.

Confuso, Joachim le estrecha la mano al abogado y le permite entrar. El abogado mira la habitación, el colchón en el suelo, las botellas de vino que siguen sobre la mesa, las cajas de mudanza con el contenido revuelto porque

Joachim había estado rebuscando en ellas como loco. Joachim siente vergüenza, se lleva enseguida las botellas a la cocina y cierra el portátil.

–Perdone, me acabo de mudar, está todo un poco... –No sabe qué más decir.

El abogado señala la silla con gesto interrogante. Joachim dice que sí con la cabeza y el abogado se sienta, pone la cartera en la mesa y la abre.

–¿De qué se trata? –pregunta Joachim.

–Tengo que discutir con usted este asunto, a ver si podemos llegar a un acuerdo satisfactorio para todas las partes. Quizá debería sentarse, tengo unos papeles que me gustaría que viese.

Joachim vuelve a notar la resaca, a lo mejor hasta sigue un poco borracho. ¿El abogado de la familia? Sacude la cabeza para sí mientras acerca una caja de mudanza a la mesita y se sienta. Está demasiado bajo, coloca otra encima de la primera, ahora está un poco demasiado alto en relación a la mesa, pero mejor así. El abogado de la familia, claro, la familia Söderberg tiene de esas cosas.

–Un acuerdo, dice usted. No entiendo.

El abogado carraspea, se sienta y levanta unos papeles.

–Ya conoce usted a la familia Söderberg. Esta historia es... enojosa. Una cosa es que Helene desapareciese, su amnesia, todo lo que sucedió es terrible, pero...

El abogado empuja el montón de papeles sobre la mesa, Joachim los mira fijamente. «Acuerdo de confidencialidad», pone con grandes letras encima de todo.

Joachim sigue leyendo. «Acuerdo firmado entre las partes», y luego vienen su nombre y el de Edmund Söderberg. El abogado empieza a explicarle a qué se debe su visita:

–Sería muy molesto para la familia que se filtraran muchos detalles. Que vivió con otro hombre durante su ausencia... También hay que pensar en Helene, hay que protegerla. –El hombre mira a Joachim con expectación mientras este lee los papeles a fondo.

Tiene que firmar que no dirá palabra alguna a nadie, ni a la prensa ni a ninguna otra persona, ni siquiera a familia y amigos. Tampoco podrá escribir sobre Helene. Está todo especificado, y la lista es larga: ni en forma de libro, ni de ensayo, artículo, columna de prensa, etcétera. Es un acuerdo exhaustivo. Mira la cantidad escrita en la última página y recibe una fuerte impresión. 500.000 coronas. Medio millón.

–Tenemos bien claro que esto no es muy agradable para usted, de modo que querríamos compensarlo –dice el abogado.

¿Compensarlo? Joachim no sabe bien qué es lo que pagan realmente con ese dinero. ¿Su silencio? ¿Se trata de evitar historias sobre la desaparición de Helene, o es que quieren asegurarse de que la abandona definitivamente? ¿Le pagan para que la olvide por completo?

–Si Helene decide abandonar a Edmund, yo estaré aquí. –Joachim deja sobre la mesa el acuerdo de confidencialidad. La mano le tiembla un poco.

El abogado arruga las cejas, parece desconcertado.

–El acuerdo no le priva del derecho a expresarse sobre lo sucedido en los tres últimos años. Al firmar, solo se compromete a no decir nada sobre Helene...

–Pero quiero estar bien seguro de que eso no significa que yo renuncie a Helene, ¿vale? La amo, y sé que ella me ama a mí. Entiendo que no tiene más remedio que hacer lo que está haciendo, pero siempre puede cambiar de opinión.

–No acabo de entender lo que me dice. Helene Söderberg ha vuelto con su familia, y ahora la familia quiere asegurarse de que esté tranquila y de que no corran por ahí historias desagradables.

Historias desagradables. Se siente como si le hubieran dado un puñetazo en el hígado. Joachim queda reducido a una historia desagradable. A algo temido por la familia. A unas molestias que pueden alterar sus vidas perfectas. ¿Volverán a entrevistar a Helene en las revistas femeninas? ¿Contará lo desgraciada que fue hasta que, afortunadamente, su *moderno esposo* consiguió encontrarla por fin? Joachim nota que se le está revolviendo el estómago, vuelve a sentir gusto a caballa en la boca. ¿Caballa? Pero si nunca come caballa. ¿Comió caballa anoche?

–No puedo firmar –dice con determinación, apartando los papeles.

–Pero... –El abogado está visiblemente desconcertado.

Joachim se pone en pie.

–Lo lamento. Me fastidia muchísimo que resulte incómodo para la familia, pero no puedo firmar. –Vacila, y continúa con voz más grave–: No tengo ninguna intención de causarle problemas a Helene, no pretendo decir nada en absoluto que pueda causarle dificultades. Pero tampoco puedo vender como si nada todo lo que he vivido con ella. Nuestro tiempo juntos, eso también es parte de la historia de Helene. No quiero olvidarla. Un escritor no puede

vender sus vivencias, que son lo único que tiene –dice Joachim, sintiendo que lo que dice es verdad. Los recuerdos de su tiempo con Helene son lo único que tiene.

El abogado se pone en pie y se queda indeciso. Joachim le da los papeles, pero el otro los rechaza con un movimiento de la mano.

–Consérvelos, piense un poco en el tema, quizá cambie de opinión. Está también el asunto de Louise –dice el abogado, que dirige a Joachim una mirada penetrante.

–¿Qué asunto?

–En principio, Helene parece sospechosa en el caso de la desaparición de Louise Andersen. De modo que es preferible que no circulen por ahí demasiadas historias.

Joachim mira boquiabierto al abogado, intentando comprender lo que dice aquel gusano. ¿Que para Helene hay menos peligro de acabar en la cárcel si Joachim firma?

–No cambiaré de opinión –dice al fin. Joachim sigue con los papeles en la mano extendida, pero el abogado cierra la cartera y pasa rápido por delante de él hacia la puerta, mientras repite:

–Piénselo. En el compromiso figuran mi número de teléfono y mi dirección, llámeme cuando cambie de opinión. Cuando haya firmado, no pasará ni una hora hasta que el dinero esté en su cuenta corriente.

Con decisión, Joachim rompe el compromiso por la mitad. El ruido del papel hace que el abogado se dé la vuelta. Consternado, ve los folios partidos por la mitad caer lentamente al suelo. El abogado sacude la cabeza y sale por la puerta, que cierra de un portazo.

Joachim está otra vez solo. Solo. Esa es la verdad. Helene no lo eligió a él. Pero él sí que ha elegido esperarla, aunque tenga que hacerlo el resto de su vida. Además, está seguro de que en todo este asunto hay algo que no cuadra. ¿Por qué apareció Helene en Bornholm con la identidad de Louise Andersen? ¿Qué ha sido de la auténtica Louise? ¿Qué tenían que ver una mujer con la otra? Una era una niña de inclusa, la otra, la hija de un millonario. Joachim tiene que descubrirlo, tiene que encontrar la verdad. Revuelve en la bolsa del portátil y encuentra lo que busca: en el fondo, junto con unos trastos viejos, el posavasos. Es la única huella, la primera frase del relato de Louise Andersen. Un pedazo sucio de cartón que en tiempos sirvió para poner encima una bebida. Con el número de teléfono de un tal Peter, del Ministerio del Interior y

Asuntos Sociales. 91880119. Hace tiempo que Joachim comunicó a la Policía la información sobre Peter, pero no encontraron nada útil. Un número de teléfono casi borrado, escrito en un posavasos, no parece muy prometedor para conseguir grandes avances..., y Joachim les da la razón. No vale para nada. Tira el posavasos sobre la mesa.

–Joder –farfulla mientras vierte agua caliente del grifo sobre el café soluble. De vuelta al salón, hay solo un paso. Mira el posavasos–. No –dice, sacudiendo la cabeza. ¿Puede ser tan sencillo? El número de teléfono. Coloca el posavasos al revés, y entonces es: 61108816. La escritura parece incluso más clara así, aunque es difícil decirlo con seguridad. Una escritura descuidada. Los unos no son más que una línea. Joachim coge el teléfono, hay que intentarlo.

–Algade, Gorm al aparato –dice una voz masculina, harta hasta de la vida.

–Louise Andersen –dice Joachim. Nada más. Cuenta tres segundos de silencio.

–¿Con quién hablo? –pregunta la voz con tono brusco.

–¿Dónde está Louise? –pregunta Joachim.

–No sé de qué me estás hablando. ¿Qué coño haces llamando aquí?

–Ha desaparecido, solo estoy intentando encontrarla. Entre sus cosas estaba su número de teléfono.

–Nunca he oído ese nombre –dice el otro, y cuelga.

Joachim sabe que miente. Gorm, de Algade. Los tres segundos de silencio lo decían todo.



Helene se da la vuelta en la cama. Mira a Edmund, que sigue dormido. Se levanta haciendo el menor ruido posible. Al lado de la cama hay un sillón, y encima de él una bata. Se la pone, va al cuarto de baño del dormitorio. La zona de dormir, así debería describirla, pues solo el vestidor es ya toda una habitación. Echa de menos a Joachim. Todo su cuerpo lo añora. Sus brazos estrechándola, sus labios, sus ojos. Abre el grifo y se da una ducha ansiosa, violenta, se enjabona a fondo, se lava el pelo, todo el rato con la esperanza de que Edmund no se despierte, y sale. Se siente aliviada cuando está otra vez cubierta con la bata. Edmund sigue dormido y Helene entra en la habitación vestidor, contempla las largas filas de vestidos y trajes que cuelgan de las perchas. Indecisa, va mirando las ropas en busca de algo que le apetezca ponerse. Se prueba una falda de seda con chaqueta azul a juego. Se mira en el espejo. Aún tiene las piernas desnudas, solo falda y chaqueta. ¿Está bien? Intenta meter las manos en los bolsillos de la chaqueta. Queda muy de mujer de negocios. Hay algo en el bolsillo. Mira el papelito, es el recibo de una máquina de aparcamiento.

—¿Qué es eso?

Levanta la vista. Edmund está en la puerta, mirándola.

—No sé. Un recibo de aparcamiento, de cinco coronas.

—Guardabas todos los recibos —dice Edmund, que entra en el cuarto de baño.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —exclama él, molesto. Asoma la cabeza por la puerta—. Tú te encargabas de las cuentas, y eres muy ahorradora.

—¿Ah, sí?

—Mucho. Todos los gastos son deducibles. Un importe de cinco coronas significa un ahorro de una corona con veinticinco para la sociedad. ¿De cuándo es? Seguro que aún puedes incluirlo. Quiero decir que se pueden contabilizar gastos de hasta cinco años de antigüedad —dice a gritos desde el baño.

Helene observa el papelito. El primer signo, insignificante, de su antiguo yo. Una tacaña. Estupendo. La fecha... 23 de marzo. La Fábrica de Papel. 23 de marzo... Como le han explicado, eso fue tres días antes de su desaparición. Mete el recibo en el cajón de la mesilla de noche. A lo mejor vuelve a encontrar pronto su antiguo yo y se pondrá roja de furia y de todos los colores por haber perdido 1,25 coronas de beneficio para la compañía. Vuelve a su gran proyecto de encontrar ropa adecuada. Ropa de montar. Saca un par de pantalones y se los prueba poniéndolos delante del cuerpo. ¿Recordará cómo se monta a caballo?

–No creo que los vayas a necesitar por el momento –dice Edmund detrás de ella.

–Solo estoy mirando. –Helene vuelve a colgar los pantalones en la percha. Se da cuenta de que eso es lo que se dice en las tiendas de ropa cuando el dependiente es demasiado insistente–. Creo que podríamos hacer algo con los niños –dice.

–Caroline ya los ha llevado a la escuela. Acordamos que les vendría bien que mantuvieran la rutina cotidiana todo lo posible. –Edmund responde tranquilo, como si fuera la cosa más natural del mundo que discutiera esas cosas con la niñera antes que con ella.

Helene se siente decepcionada, se había hecho a la idea de pasar el día con los niños.

–Pensé que podíamos pasar el día juntos, solos tú y yo, muy juntos...

Edmund se interrumpe, cohibido. Helene comprende, aunque él no lo haya dicho directamente: sexo. Eso es lo que quiere. Se siente intranquila ante la simple idea. Y enfadada. Pero ¿qué espera ese hombre, qué es lo que espera de ella realmente? Se domina. La ha estado echando de menos, es comprensible. Porque él no ha olvidado nada, la echó de menos todo el tiempo en que estuvo ausente. Tres años.

–De todos modos, creo que me gustaría intentar dar un paseo a caballo. –Se disculpa ella–. Tengo que hacer algo de lo que hacía entonces, antes del accidente, a ver si eso me despierta la memoria.

Edmund se siente decepcionado y se le nota, pero no protesta.

–Le diré a la chica de la cuadra que ensille a *Samir*.

En el patio de cuadras espera Katinka con el caballo ensillado. Está igual de taciturna que el día anterior. Helene se acerca a la cabeza de *Samir*, el caballo bufando suavemente, no cabe duda de que la reconoce. Con cuidado, pone la mano sobre el cuello del animal, siente el calor que surge de la sedosa piel cubierta del pelaje estival. El caballo no le da miedo, pero ¿sabrá montar? A lo mejor es como montar en bicicleta, algo que se queda siempre en la memoria una vez que se ha aprendido. Helene pone las manos sobre la silla, siente el cuero liso, bien encerado, se recuesta prudente sobre el costado del caballo y cierra los ojos. ¿Sabe lo que tiene que hacer, recuerda algo? Abre los ojos. Es de lo más lógico. Poner un pie en el estribo y aplicar la fuerza suficiente para sentarse sobre la grupa.

Llega Edmund paseando tranquilamente, también él lleva ropa de montar.

—¿Quieres que te ayude? —Coge las riendas que sostenía Katinka en las manos.

Helene se da cuenta de que la chica mira a Edmund de una forma muy distinta a como la había mirado a ella: embelesada, extasiada. Es lógico, piensa Helene. Edmund extiende los brazos para levantarla. Pero sin llegar siquiera a pensarlo, ya tiene el pie en el estribo y salta sobre la silla sin ayuda. Está montada, y es consciente de que sabe montar. Si hay algo que sabe hacer, es montar.

—Mira, preferiría dar el primer paseo yo sola —dice extendiendo el brazo para coger las riendas.

Edmund las suelta.

—Entiendo.

Helene aprieta un poco los muslos, se coloca bien en la silla, nota que está hecha justo a su medida, que se adapta bien a ella. Lanza una última mirada a Edmund y a Katinka, que siguen uno al lado del otro. ¿Se habrán acostado juntos? Quizá. Edmund es un hombre en su mejor edad, y la chica de la cuadra está visiblemente celosa de Helene. *Samir* abandona la cuadra y pone rumbo al bosque. Hayas, brezos y coníferas, y entre ellos una red bien señalizada de anchos caminos de herradura. Cabalga con el lago al lado izquierdo. La gran superficie azul la acompaña siempre, un recuerdo constante de todo lo que no consigue entender, de todo lo que no puede ver, de lo que permanece al fondo.

Helene está sorprendida de lo bien que monta. Instintivamente comprende que las señales al caballo han de ser leves y sutiles. Es cuestión de dónde se

carga el peso, de moverse hacia un lado u otro. Es como si ella y el caballo estuvieran charlando y el cuerpo de ella lo entendiera todo perfectamente. Se relaja, puede respirar hasta llenarse bien de aire y liberar las tensiones que la han estado agobiando durante los últimos días.

Poco a poco, Helene va dándose cuenta de que, todo el rato, *Samir* intenta dirigirse a una dirección determinada: hacia el este, en sentido contrario al que siguen. *Samir* se inquieta, acelera el paso, pasa del trote al galope. Helene sigue sus movimientos con vacilación. Se levanta un poco sobre los estribos, aprieta las rodillas con más fuerza y se inclina hacia delante. El caballo acelera el paso y ella se inclina aún más, aprieta aún más las rodillas. Una sensación la invade: libertad. No tiene miedo, aunque las curvas que traza el caballo los hace escorar un poco hacia un lado. Trazan una curva más, y otra, y de pronto, abruptamente, el caballo se detiene. Helene se ve arrojada por un momento hacia delante, pero enseguida recupera el equilibrio. El caballo está totalmente inmóvil y respira jadeante, también ella está sin aliento.

Hay un claro por el que corre un riachuelo. Helene desmonta, deja sueltas las riendas, *Samir* se pone a mordisquear la hierba. La mujer se acuclilla al lado del arroyo, forma una copa con las manos y con ellas bebe un trago de agua. Disfruta de la sensación del agua helada cayendo sobre la nariz y la boca. Y de pronto siente algo más, una punzada de... reconocimiento. Ha estado allí antes, no le cabe ninguna duda. Ha soñado con ello. Con el arroyo, con el bosque. Sola, igual que ahora. En el sueño era de noche. ¿Quizá no era un sueño sino un recuerdo? Su mirada busca al otro lado del arroyo. En el espeso bosque.

–Una carretera –musita.

Recuerda un camino que atraviesa el bosque. Con suma prudencia, Helene da un paso y entra en el agua mientras *Samir* la mira, inquieto.

–Tranquilo –dice Helene. Unos pasos más y está en la otra orilla del arroyo. Oye los relinchos intranquilos de *Samir*, se siente inseguro, la está llamando. ¿A lo mejor fue así como sucedió? ¿Fue así como desapareció, y el caballo lo recuerda?

Las coníferas forman una espesura impenetrable, tan densa que muchas están secas, las ramas se parten al menor roce, quebradizas como alas de mariposa; Helene se cuelga en medio de los árboles, esparciendo por el aire el polvo de las ramas. Y por fin llega al lado de la carretera. Un camión pasa rugiendo, el conductor toca el claxon para que Helene se aparte del arcén. Allí..., fue allí

donde estaba cuando desapareció. ¿Cuándo se marchó? Siente deseos de regresar con Edmund y contárselo. Que puede recordar: el arroyo, el bosque, la carretera. El problema es que ha sentido algo que es difícil compartir con Edmund. La extraña intuición de que se marchó voluntariamente. Helene vuelve por el bosque y cruza el arroyo, pero la acosan las preguntas. ¿Por qué abandonó al caballo? ¿Es cierto lo que dicen, que se cayó? Se dio un golpe en la cabeza. ¿Por qué iba a llegar hasta la carretera y... Y qué? ¿Alguien la llevó? ¿A Copenhague? Nada tiene sentido. En cualquier caso, no es solo la historia de que se golpeó.

*Samir* levanta la cabeza y parece aguzar la vista para mirar el sendero. Helene oye cascos de caballo, y Edmund aparece en el claro. Desmonta de su palomino, pero no suelta las riendas, lo lleva tras de sí por el quebradizo sotobosque, hacia ella.

–Me quedé preocupado. Pensé que llevabas demasiado tiempo. –En su rostro hay algo oscuro, algo oculto, que ella no ha visto hasta ese momento. Está inquieto.

–No pasa nada... En realidad, no estaba del todo segura de encontrar el camino de vuelta –afirma Helene. Intenta parecer normal, despreocupada.

Edmund está a punto de cogerla de la mano, pero ella se apresura a volver con *Samir*, pasando al lado de su marido. Monta rápidamente.

–¿Volvemos a casa? –dice ella, empujando los talones contra los costados del caballo.

Es horrible tener que ir de visita al viejo mundo para conseguir un poco de reconocimiento. Joachim sube la escalera que conduce a la gran editorial, pasa delante de redactores muy atareados y de jóvenes becarios mal pagados que están dispuestos a hacer y decir lo que sea para asegurarse un puesto en el sector del libro. Es todo aquello de lo que huyó. El mundo de Ellen. Un mundo con su propia lengua y sus propios códigos, un universo en el que todo es cuestión de quién vive bien calentito ahí dentro y de quién se queda fuera. Joachim sonríe a uno de los redactores más antiguos. Este no le devuelve la sonrisa, pero hace con la cabeza un gesto de saludo un tanto frío. Sin duda, se trata de un código. Joachim no está aún lo bastante metido en el ajo, nunca se ha sentido parte de... lo que sea. A Ellen se le daba mucho mejor, era una auténtica maestra; ella se sabía los códigos. Los recuerdos se agolpan mientras recorre la editorial. Cómo desarrolló una técnica para manejarse con Ellen. Era imposible descubrir cuándo ella decía la verdad y cuándo mentía, pero Joachim descubrió algo cuando ya llevaban unos años juntos: Ellen hablaba más despacio cuando no era sincera. Normalmente se expresaba rápido, se le daba muy bien la charla ligera; respondía con brevedad, muchas veces de forma agresiva. Solo cuando le contaba alguna mentira disminuía la velocidad, aunque no mucho, un ligero porcentaje; sin embargo, bastaba para que, de alguna manera, Joachim se percatase de cuál era la verdad.

Más rostros conocidos levantan la vista, pero nadie saluda, ya siente un nudo en el estómago. Joachim no comprende los códigos. No se trata de cuánto venda, es casi lo contrario. En los libros que venden más de unos centenares de ejemplares, quizá hasta un par de miles, hay algo que no funciona del todo bien, por definición. Joachim se ha dado cuenta perfectamente. Tiene que ver con una ecuación matemática muy especial: si te consideras a ti mismo una de las escasísimas personas inteligentes del país, de las poquísimas que tienen el único gusto literario correcto, no podrá gustarte lo que les gusta a muchos, pues eso significaría que compartes tus gustos con la mayoría, de manera que dejas de ser uno de los pocos elegidos. Es muy simple, pero al mismo tiempo

tremendamente complicado, porque es algo de una importancia primordial para muchas cosas, como quién saluda a quién, quién no se merece más que una mirada, de quién se habla mal, al lado de quién no conviene ser visto en una recepción, dónde se va de vacaciones... Resumiendo: para todo.

Entra en el despacho, Gudrun está en el centro del cuarto con un montón de papeles en una mano, los papeles de Joachim Gudrun. Segura de sí misma, caderas anchas, cabello negro.

–¡Mi escritor favorito! –exclama con una sonrisa.

Se dan un abrazo largo y cálido, se conocen de toda la vida, y ella le pregunta por el apartamento, si le viene bien. Está con él desde el primer momento, cuando era joven y prometedor y estaba en la cima. Y ahora, ¿qué dicen de él? Gudrun sigue creyendo en Joachim, pero ¿por qué le escribió él, entonces, aquel correo electrónico? Le dijo: «¡Por fin he salido del agujero!». Y ahora que está delante de Gudrun, se siente avergonzado. No es más que un pobre tipejo solitario e inmundo que ha perdido a su amada y lleva semanas sin escribir una sola palabra aprovechable. Lo único que ha hecho en el ordenador es buscar en Google fotos de Helene Söderberg, además de descubrir la dirección correspondiente al número de teléfono del posavaso. Una tienda de fotografía de la calle Algade. Y se lo contó a la policía, a Iben Hansen Hansen, le contó que no se trataba de Peter, el del Ministerio del Interior y Asuntos Sociales, sino de Gorm, de Algade Foto; Joachim había rastreado el número en Google, había encontrado una página web bastante primitiva con ofertas de material fotográfico de segunda mano, del siglo pasado. Iben dijo que transmitiría la información, pero Joachim se dio cuenta de que mentía, de que no tenía el menor interés, todos creen que está zumbado. Además, ya ha aparecido la bella Helene Söderberg, mientras que a Louise Andersen no la echa nadie de menos. Nadie, aparte de Joachim... Él es el único que la echa en falta.

Gudrun lo saca de sus cavilaciones.

–Venga, háblame del libro, que me tienes en ascuas.

La mujer se sienta bien acomodada en uno de los dos sillones burdeos instalados en una esquina, enfrente de la ventana. Joachim se sienta en el otro, pone las manos sobre los muslos, siente la desesperación extenderse por su interior. No ayuda mucho mirar la estantería en la que están todos los libros editados por Gudrun este mismo año. Mientras ella sirve café, él se queda mirando demasiado tiempo uno de los libros nuevos. *El sistema*, se titula. Un

gran éxito mundial sueco, de quinientas páginas, sobre el gran botánico sueco Carl von Linné, habitualmente llamado Linneo. Joachim le da la vuelta al libro y lee que, en 1735, Linneo viaja a Harlem, en los Países Bajos, donde escribe *Systema Naturae*, trece páginas que cambiaron la concepción del mundo. La novela es un *tour de force* de sabiduría y narración: pasamos de 1666, en Stavanger, donde una de las bisabuelas de Linneo, acusada de brujería, fue quemada en la pira, a los círculos más íntimos de la Europa ilustrada, donde se arrinconó la religión y nació un tiempo nuevo. Por un instante, Joachim duda si todas las estrellas del libro son un intento de reproducir el cielo nocturno meridional, o si realmente se trata de un montón de reseñas muy positivas.

Joachim levanta la vista y mira a Gudrun, que sonríe. En realidad, no tiene nada, absolutamente nada que contar, ni siquiera trece páginas, por no hablar de quinientas o de cualquier cifra intermedia. Bueno, sí, que lo han abandonado, no hay mucho más que explicar. Y ahora está ahí sentado y no tiene más remedio que reconocerse a sí mismo que había una pequeña parte de él que albergaba la esperanza de poder intentar algo con ella. Hubo un tiempo en el que Gudrun se interesó por él. Una fiesta en la editorial, unos cuantos años atrás, pero él la rechazó, con buenas maneras, eso sí, con simpatía, y después los dos hicieron como si nunca hubiera pasado nada. Ella estaba felizmente casada, y por lo que él sabe, sigue con el mismo hombre. Pero en aquella ocasión ella estaba planteándose tirarlo todo por la borda por él. Se ve a sí mismo desde fuera. Todo el tiempo, todo el día, ha sido dolorosamente consciente de sí mismo. Joachim sin Helene. Nada. La mirada de Gudrun empieza a vagar por las pilas de papeles de su escritorio. Joachim tiene que ofrecerle algo ahora mismo, pues si no lo hace, nunca podrá reclamar su espacio en ese mundo.

—Es romántico a más no poder, un amor enorme, desgraciado, me quedé hecho un trapo, llorando como un tonto —le dice, y Gudrun esboza media sonrisa—. Es a la vez una trama de desaparición y un misterio —continúa explicando—. Una mujer, Louise Andersen, que desaparece y reaparece, aunque resulta ser otra... —Joachim se pone de pie, porque es una tontería decir esas cosas y seguir sentado.

Gudrun levanta la vista, realmente interesada.

—¡Cuéntame más! Las páginas que me mandaste eran buenas de verdad, es evidente que tienes entre manos algo especial.



–Bueno... –Joachim intenta recordar lo que ponía en esas páginas. Le había enviado todo lo que consiguió escribir la mañana anterior a la aparición de Edmund en el café. Las páginas que no había borrado. No recuerda cuántas eran; lo único en lo que consigue centrarse es en el rostro de Helene diciéndole adiós delante del restaurante. Gudrun vuelve a hojear los papeles y continúa, entusiasmada:

–Suenan a un libro de verano estupendo. ¿Lo editamos en junio? Si todos trabajamos deprisa, lo podríamos hacer.

Gudrun le hace un guiño de entendimiento. Los dos están ya bien curtidos, conocen bien el negocio. Una edición de verano significa que tiene que ser algo ligero, algo que apetezca llevarse a la playa, algo en lo que se puedan saltar unas páginas sin perder el hilo.

–Bueno, no estoy seguro de poder tenerlo listo tan pronto. Querría hacer algo realmente bueno –dice él sin mucho énfasis.

–Joachim, todo lo que tocas acaba siendo bueno, no tienes más que ponerte a escribir. ¡Escribir, escribir, escribir! Ahí radica el problema, si quieres que te lo diga. Piensas demasiado y escribes poco.

**J**oachim está en la calle. La reunión ha sido una pérdida de tiempo para los dos. Antes de que Helene desapareciera de su vida, él no tenía la más mínima idea de lo solo que estaba, no tenía familia, no tenía amigos. Bueno, sí, un tío abuelo y una tía anciana a los que podría recurrir, y algunos amigos del pasado. Hombres ya viejos, más bien gordos, medio calvos, bastante inútiles. Podrían quedar para emborracharse y gimotear porque nada salió como habían imaginado. Que sus mujeres estaban gravemente enfermas, que ellos estaban hasta las narices del trabajo. Pero lo único que quiere es hablar con Helene. Intenta decirse a sí mismo que va a escribir sobre ella. Sobre su añoranza. Pero lo que realmente quiere es recuperarla.

Perdido, empieza a caminar calle adelante. Sabe perfectamente adónde se dirige: hacia la tienda de fotografía. Joachim no tiene muy claro lo que dirá una vez allí. ¿Quizá puede presentarse como miembro de la Policía? Sabe que no puede dejar a Helene, y que Helene está estrechamente relacionada con Louise Andersen, la desaparecida. No puede abandonar la idea de que el camino que lleva a recuperar a Helene pasa por encontrar a Louise Andersen,

averiguar por qué apareció Helene con la identidad de Louise. Y el teléfono del posavasos es su única pista. Joachim acelera el paso, hasta siente deseos de correr, quiere notar los latidos del corazón, la respiración, quiere sudar. Pero sería una estupidez echar a correr por una acera del centro de Copenhague llena de personas vestidas de verano peregrinando a los parques con sus cestas de pícnic. Toda esa vida que hay a su alrededor, y de la que él no forma parte.

Algade Foto. Joachim se detiene. No creía que siguiera existiendo ese tipo de tiendas. Un escaparate con aparatos de cine de pequeño formato. Un proyector de Super 8, pequeñas bobinas grises, objetivos intercambiables; cosas de cuando el mundo aún se podía palpar, piensa Joachim, que se queda un momento curioseando el escaparate. Intenta hacer acopio de ánimos para entrar, prefiere pensar un poco más en la antigua sociedad. Filosofar sobre el hecho de que cuando él era joven, todavía era posible explicar el funcionamiento de las cosas. Si uno se viera transportado mil años hacia el pasado, o dos mil años, y tuviera que describir el futuro a Julio César, eso aún sería posible en 1985. El motor de explosión que mueve un vehículo, la cámara que confina la luz en una película, la locomotora que... Pero ¿y ahora? Hoy no se puede explicar. Facebook y Twitter y mujeres que resultan ser otras al cabo de tres años. No, Julio César nunca lo creería.

–Bueno –susurra, y entra en la tienda. Un hombre mayor está encorvado sobre una cámara desmontada que hay en el mostrador. Levanta la vista.

–¿En qué puedo ayudarle?

Joachim le pone delante una foto de Helene que guarda en el teléfono móvil. Quiere comprobar si se produce alguna reacción. Mientras el hombre estudia la foto, Joachim piensa en el día en que la tomó. En la playa del norte de la isla, los dos habían estado bañándose.

–No puedo imprimirla con demasiada calidad –dice el hombre. Su voz no deja traslucir ni asomo de reconocimiento.

–¿La conoce usted?

El hombre sacude la cabeza.

–Que si la conozco... ¿Fue usted quien telefoneó? Pues lárguese.

–Helene Söderberg. ¿Le dice algo ese nombre?

El hombre entorna los ojos con desconfianza.

–¿Quiere que lo acompañe a la puerta?

Joachim siente que el cuello se le enrojece un poco, como un niño al que

han pillado en un renuncio.

–Estoy investigando una desaparición. Se trata de la mujer a la que amo – aclara Joachim, y se siente bien. Es la primera vez que dice algo verdadero. Todo el santo día... dándole vueltas y más vueltas a lo mismo, también con Gudrun, en la editorial, ni siquiera a ella se atrevió a decirle de qué iba todo. Va de amor, y ya está.

Joachim capta la mirada del anciano. ¿Parece ahora un poco más amistosa?

–Se trata de dos mujeres –explica–. Helene Söderberg, la de esta foto, y otra mujer, Louise Andersen... ¿Las conoce, o al menos a una de las dos?

–No, y ya se lo he dicho. –Vuelve a dirigir toda su atención a la cámara. Joachim se queda sin saber qué hacer.

–¿Se encarga usted de la tienda desde hace poco? ¿Puede ser que los anteriores propietarios tuvieran relación con ellas? –pregunta.

–No, la tienda es mía desde hace treinta años y pienso conservarla treinta años más.

El hombre habla sin levantar la mirada del mostrador. Joachim se acerca a una estantería llena de trípodes y bolsas para cámaras, luego a las vitrinas llenas de relucientes cámaras nuevas. Se da la vuelta y ve de pronto unos ojos. En el fondo de la tienda hay un hombre joven y larguirucho que lo mira de hito en hito. Joachim da un paso hacia él, pero eso provoca un buen susto al joven, que abre aún más los ojos y sacude la cabeza. Joachim vacila. El viejo está totalmente concentrado en su trabajo en el mostrador. El joven sigue mirando fijamente a Joachim, con tal intensidad que no deja duda alguna: sabe algo. Quiere hablarle, pero no lo hará mientras el viejo pueda oírlos. Joachim se dirige a la salida.

–Bueno, lamento mucho las molestias –dice.

–Vale, vale. Espero que encuentre lo que anda buscando –dice el hombre, levanta la mirada un segundo y Joachim percibe una chispa de algo. De agresividad, de incomodidad.

**J**oachim espera en una cafetería, se ha sentado a una mesa al lado de la ventana para poder vigilar la puerta de la tienda de fotografía. Durante las últimas dos horas apenas han entrado clientes. El viejo y el joven salen al mismo tiempo. El joven se pone en camino de inmediato mientras el anciano

se queda a echar el cierre. Poco a poco, una persiana metálica baja hasta cubrir la puerta. Joachim sigue al joven con la mirada todo el tiempo que puede. Por fin, el viejo termina y desaparece en dirección contraria. Joachim casi corre por la acera. A cien metros ve al joven entrar en una calle lateral. Joachim lo alcanza y le pone una mano en el hombro.

–¿Sabes tú algo? –Joachim jadea.

–No, en realidad no –responde el joven, titubeante. Lleva desatado el cordón de la deportiva izquierda, que además está oscurecida por la humedad de tanto meterla en los charcos y las basuras de la ciudad.

–Me di cuenta de que querías contarme algo. ¿Qué es lo que sabes?

–Es solo la Louise esa por la que preguntó.

–¿Sí?

–A veces llaman diversas mujeres –dice el joven, con la mirada fija en el suelo.

–¿Llaman? ¿Y qué dicen?

–Eso no lo sé. Quieren hablar con Gorm.

–¿Y de qué hablan? –Joachim está ansioso, siente deseos de presionar al joven, de exprimirlo para sacarle las respuestas igual que se extrae el jugo de una fruta, con fuerza, hasta la última gota.

El joven se encoge de hombros.

–Gorm siempre cierra la puerta. Muchas veces la que llama es una tal Miss Daisy.

Joachim mira al joven, desconcertado.

–¿Quién es Miss Daisy?

–Solo sé que llama bastante. Charla con Gorm. –El joven vuelve a encogerse de hombros con indiferencia.

–Cuéntame todo lo que sepas –dice Joachim intentando animarlo–. Nadie sabrá que has hablado conmigo, te lo prometo.

El joven alza tanto los hombros que casi le llegan hasta las orejas.

–No sé nada más. A lo mejor la que andas buscando y Miss Daisy tienen algo que ver.

Joachim suspira, es evidente que no podrá sacarle nada más. Pero, a pesar de todo, algo sí que tiene. Un nombre: Miss Daisy. Puede buscarla a ella, aunque ¿quién será esa mujer? Además, ahora sabe con toda seguridad que el anciano le mintió. De forma que pueden salir a relucir aún más cosas. Claro que sí. Joachim tiene una pista nueva, algo que seguir. Siente una calma

inesperada. Sigue habiendo una oportunidad. Si es que encuentra a Louise. Si es que consigue enterarse de por qué Helene se hizo pasar por ella. Tiene que haber una explicación. Una esperanza.

**H**ans Peter Rosenberg, psiquiatra. Una vez por semana, dice la cita. Una vez por semana, Edmund hace pasar a Rosenberg durante el tiempo que sea necesario. Helene se sienta delante de él en el salón que da al lago. Preferiría estar con los niños, no está nada segura de que vayan a servir de algo las preguntas del psiquiatra.

–¿Nada? –pregunta Rosenberg otra vez, removiéndose inquieto en la silla.

Helene titubea, intenta beber un poco de té.

–¿Esto es confidencial?

–Naturalmente –protesta él, indignado.

–¿También para mi marido?

Él está a punto de decir algo, pero se detiene. Helene lo observa: está sonriendo.

–¿Ha oído hablar del juramento hipocrático? ¿No? –Helene no puede evitar contagiarse de su sonrisa–. Es un juramento, la promesa que tienen que hacer todos los médicos. Llevamos haciéndolo desde trescientos años antes de nuestra era. ¿Vale?

Helene asiente. Piensa.

–He tenido una... –Busca la palabra–. Una chispa de recuerdo.

–¿Y qué era?

Helene le habla del arroyo, del bosque. Le dice que sabía que existía una carretera al otro lado. Le cuenta también que le hizo sentir bien... tener una prueba de que es Helene, de que es la mujer que vivía allí antes. Y que desapareció. Pero al mismo tiempo la dejó intranquila.

–¿A qué se refiere? –pregunta el psiquiatra.

–Es lo único que recuerdo. Solamente, que atravesé el bosque corriendo. – Helene se encoge de hombros, entregada–. Cuando me encontré junto a la carretera tuve una sensación extraña. Como si estuviera... como si estuviera huyendo.

–¿Huyendo?

Helene asiente. Huyendo. Esa es la palabra.

–¿Cómo les va a su marido y a usted? –pregunta él.

–Bien. Es algo muy reciente.

–Claro. ¿Le ha preguntado a él?

–¿El qué?

–Si eran felices. Quizá en el matrimonio pueda encontrarse un factor desencadenante de su amnesia –dice Rosenberg, que añade–: Tiene que haber algo que lo lleve a uno a huir.

–Él dice que éramos felices.

Rosenberg la observa un instante.

–Helene..., tal vez deba concentrarse en lo que sucedió justo en torno al momento en que desapareció. En esos días. Olvide por ahora las cosas más importantes. ¿Entiende?

–Quizá.

–Da la sensación de que su memoria desea franquearle el paso. Pero solo por una puerta determinada –dice, se echa un poco hacia delante en su silla, junta las manos, baja la voz–. No sirve de nada pasarse el rato mirando fotografías viejas de usted y de los niños. Evite presionar a su mente. Concéntrese en las cosas de las que está segura. Cuando corría por el bosque, continúe desde allí. No puede forzar los recuerdos. Lo que sucedió justo antes de echar a correr. O justo después.

**E**s Edmund quien acompaña a Rosenberg hasta la salida. Helene se siente irritada, es una señal de menosprecio, suena a eso de «ahora los adultos tenemos que hablar». Hay algo aquí..., piensa. Algo a lo que no termina de acostumbrarse. Algo que tiene que ver con los papeles de género. Que Edmund se rodee de domésticas, una dama de edad avanzada vestida de gobernanta, una moza de cuerdas... Helene no puede ser la mujer que se limita a estar ahí y sonreír dulcemente mientras él habla con los adultos sobre cosas de adultos. Hay en ella demasiado de Louise, demasiado de una mujer que dirigía un café, que se levantaba por la mañana temprano e iba a la tienda de ahumados a por el pescado, que hacía su propio pan agrio con leche de St. Clemens y miel de su jardín. Negociaba con Carlsberg para que pusieran sombrillas plegables a cambio de servir cervezas especiales de la vieja fábrica. Quitaba tripas, vejigas natatorias y sangre, las salaba para tenerlas listas para el menú de

otoño, una delicia con mermelada de remolacha y compota de ajo de osos: una receta isleña de casi cien años de antigüedad en la que no se podía modificar absolutamente nada si se quería evitar un levantamiento popular en la isla. Hacía las cuentas y limpiaba los congeladores con lejía para eliminar el olor a animales muertos y a sorbete de limón. Desde luego, en algún momento tendrá que contárselo a Edmund. ¿Sabrá él qué es la lejía?

En la explanada de delante encuentra a los niños e intenta comportarse como es debido, pero resulta difícil. El recuerdo no para de acosarla. El arroyo, el agua fría, el bosque. Por primera vez en tres años, la memoria asoma un poco la cabeza... solo para llevarla a un pasado que no puede compartir con nadie más que con Rosenberg. Él asegura que ahí es donde hallará la fuente de la memoria. ¿Por qué corrió? ¿Había encontrado a otro hombre y quería marcharse con él? Eso le pareció demasiado difícil de imaginar. Porque ¿quién podía ser? A Joachim no lo conoció hasta mucho después. ¿Había encontrado Edmund a alguien? Dios mío, esas cosas pasan todos los días..., cada segundo, en algún sitio. No es algo que te lleve a perder la memoria, si acaso perderías el buen humor. ¿Y entonces?

Intenta mostrarse cercana, no quiere desperdiciar el momento ahora que, por fin, está con ellos. Sofie no le suelta la mano ni un segundo y Christian la hace sonreír, y en sus ojos Helene descubre que él también disfruta. Ellos comparten la alegría, eso es bueno, él se decantará hacia lo físico con ella cuando recupere la confianza. Cada vez que se sientan, Sofie trepa a su regazo. Helene disfruta del peso de su cuerpecito infantil. Siempre piensa que Christian tendría seguramente ese tamaño cuando ella desapareció.

Después de la cena, y una vez que han acostado a los niños, encuentra a Edmund en el despacho.

–¿Se han dormido? –pregunta, levantando la mirada de sus papeles.

–Sí, sin ningún problema.

Helene mira a su alrededor. La biblioteca, seguramente debería llamarla así. Un espacio amueblado en estilo clásico, con estanterías de madera maciza desde el suelo hasta el techo. Todas las lámparas de la habitación tienen tulipas verdes de cristal. En el centro hay un tresillo tapizado en un precioso cuero color burdeos.

–Tu mesa está allí. –Edmund señala un escritorio gemelo del suyo, aunque una pizca más pequeño. Ella se dirige hacia el mueble con curiosidad. Está frente a una ventana con vistas al jardín y el lago. Ahí tiene sus vistas al agua–.



Aquí es donde solemos trabajar por las tardes. Pero tú tienes además un despacho como es debido.

Edmund se ha levantado y está ahora al lado de ella junto al tresillo. La mira con ojos encendidos de deseo indisimulado. Ella se acerca al sofá, siente que su vestido de color crema es un poco más ceñido de lo que le gustaría. Se le marca todo, esa es la sensación que tiene. Todas las curvas, los pechos, las caderas. Se sienta en el sofá, él se acomoda a su lado y le pone una mano en el muslo.

–Helene... –Su voz suena a excitación.

–¿Cómo iba realmente nuestra relación? –lo interrumpe ella.

Él vacila antes de responder:

–Bien.

Sigue con la mano sobre su pierna, pero sin moverla. Está esperando una señal. Su piel es morena, dorada, sus ojos, vivos y bellos. Objetivamente, no hay duda de que Edmund es un hombre guapo. Un buen padre. ¿Por qué... huyó?

–Cuéntame algo más sobre nosotros. ¿Éramos felices? ¿Nos acostábamos con frecuencia? –Helene no tiene más remedio que preguntárselo, aunque está segura de que él no tiene ningún deseo de hablar de ello, siempre se controla. Se produce una larga pausa, y entonces él le pasa el brazo por los hombros y la atrae hacia sí, estrechándola contra él.

–Todas las parejas tienen crisis –dice ella–. ¿Cuál era nuestro problema?

–Sacar tiempo para estar juntos –responde él con rapidez–. La adquisición nos exigía tanto...

Helene lo interrumpe:

–¿Qué adquisición?

Edmund titubea:

–No pensaba que eso te fuera a interesar ahora.

–¿El qué?

–Llevamos unos cuantos años intentando adquirir una naviera holandesa. Su compra nos convertiría en una de las mayores empresas del ramo en todo el mundo. Era tu proyecto, tu sueño, Helene –dice Edmund, impulsivo–. Estuviste fuera mucho tiempo. –Se encoge de hombros.

–Pero... ¿éramos felices?

–Éramos felices, muy felices, Helene. Cada uno era el mejor amigo del otro, todo lo compartíamos, trabajábamos en sintonía, pasábamos juntos el tiempo

libre, nos ocupábamos de los niños. Y dormíamos juntos... –Baja la mirada con timidez–. Nos acostábamos con frecuencia.

Se inclina hacia delante en un movimiento natural imparable. Se besan. Los labios de los dos se encuentran en un beso abierto, inquisitivo. El corazón de Helene palpita con fuerza. Es imposible sentir nada en absoluto cuando uno está siempre escrutando sus propias reacciones. Debe relajarse. Es evidente que Edmund no tiene ese problema, su respiración lo pone claramente de manifiesto. Vuelve a besarla, le coge el rostro entre las manos. No obstante, en su beso hay algo que no acaba de ser como debería. Ni demasiado húmedo ni demasiado seco, la boca no está ni demasiado abierta ni demasiado cerrada, le pasa la lengua por los labios, es cálida, agradable. Y sin embargo, Helene lucha contra sí misma. Quiere y no quiere. De pronto, él la suelta y se levanta. Helene lo mira, confusa. Él le da la mano, ella la toma, y él se dispone a salir del despacho. Recorren el largo camino a través de la casa, suben las escaleras, entran en el dormitorio, se acercan a la cama. Evidentemente, Edmund no es de los que se arrojan sobre su mujer en la biblioteca. ¿Se siente desilusionada? De buenas a primeras no es sencillo, y la interrupción no lo facilita. Él se desviste, sin prisa, y deja la ropa encima de una silla con pulcritud. Ella lo contempla, entretanto, lo observa desnudarse. Tiene vello oscuro en el torso y el estómago. Los músculos se dibujan con claridad. No hablan, él no la mira. Cuando está listo, se acerca. No vacila, la desnuda con el esmero y la concentración que usó él al desvestirse. Ella lo deja hacer. Levanta los brazos para que le saque el vestido por la cabeza. Levanta los pies, uno cada vez, para que le quite las bragas. Ahora están desnudos. Dos cuerpos. Marido y mujer. Él la toma otra vez de la mano, la conduce hacia la cama.

–Eres tan bonita. Siempre has sido preciosa –dice él, excitado.

Se tumba encima de ella, que se siente estrujada contra la cama bajo el peso de su cuerpo. Él aprieta los codos contra el colchón, le coge otra vez el rostro entre las manos y la besa. El mismo beso perfecto, bien organizado. Helene responde al beso, tiene que hacerlo. Con cuidado le va pasando las manos por el torso. Siente su miembro endurecido contra los muslos. Él se ladea un poco, el vientre de uno contra el del otro.

–No –susurra ella.

–¿Cómo? –dice Edmund, quitándose de encima. Los dos están acostados, juntos, jadeantes.

Ella oye el viento entre los árboles... y muy lejos, en el lago, la sirena de un barco.

–Perdona –susurra Helene.

–No pasa nada –dice él, poniéndole una mano sobre el brazo. Tenemos mucho tiempo, tenemos todo el tiempo que necesites. –Suenan el teléfono–. Esto puede esperar.

–No, cógelo –dice Helene, quizá con demasiado interés.

–Seguramente será algo del trabajo, enseguida vuelvo. –Se levanta, se viste con el mismo esmero que mostró al desvestirse y baja la escalera mirando el móvil.

Helene se queda sola en la cama. La primera vez es la peor, se dice a sí misma. Abre el cajón de la mesilla. Ya lo había hecho anteriormente, de modo que sabe lo que contiene. Un frasco de aspirinas, unos pañuelos y una biblia muy antigua. Le cuesta descifrar la inscripción de la portadilla interior, pero al final lo consigue. Es una dedicatoria. De Blicher, el pastor luterano y escritor que participaba en los Encuentros de Himmelbjerg, al tatarabuelo de Helene. Ve también el recibo del aparcamiento, fechado el 23 de marzo. No hay año, pero Helene sabe que desapareció el 26 de marzo. Tres días antes de que se marchase la vieja Helene, tuvo... ¿Qué? Una cita en ese lugar. ¿En la Fábrica de Papel? Helene no sabe lo que es. ¿Significa eso algo? El psiquiatra dijo que tenía que empezar con los días en torno a la desaparición. ¿Qué tenía que ver ella con esa fábrica de papel?

Oye los pasos de Edmund en la escalera, está volviendo. A toda prisa mete el recibo en el cajón. Se tumba de costado, con la espalda hacia el lado de él. Piensa en *El mediero*, el único relato de Blicher que ha leído, aunque no recuerda cuándo, su memoria es su enemiga y la odia. Recuerda los idiomas, el sabor de la sopa de pan con cerveza, recuerda *Casablanca*, y recuerda *El mediero*. «El mayor infortunio en el mundo es perder a la persona amada.» Joachim. A él no lo ha olvidado. Cierra los ojos y finge dormir. Se imagina a Joachim sentado frente al ordenador. Quizá sea feliz ahora porque, por fin, puede volver a escribir.

Joachim se despierta temprano. Es pensar en Helene lo que lo saca del sueño. Que ella es feliz ahora. Que está acostada con Edmund, su marido, y que se ha olvidado por completo de él, de Joachim. Así se siente. Infinitamente abandonado.

Se sienta en la cama, la espalda contra la pared fría, contra el gotelé amarillento. En esta historia hay algo que no cuadra. Recuerda lo que le dijo el joven de la tienda de fotografía, que de vez en cuando Gorm hablaba por teléfono con distintas mujeres, frecuentemente con una llamada Miss Daisy.

Miss Daisy.

Joachim se queda con la mirada fija, enciende el ordenador y busca la página de la tienda de fotografía. El nombre completo de Gorm está en la página del comercio, y su dirección particular la encuentra sin problema. Una dirección en un barrio de chalés. Joachim busca la guía urbana. Hay un autobús que sale de Nørrebrogade, luego ha de tomar el metro y caminar quince minutos. Estudia el mapa, memoriza los nombres de las calles del último trecho. Y con eso puede ponerse en camino.

Encuentra la casa sin dificultad, aunque le entran dudas. ¿Será esta realmente? ¿Un hombre que lleva una tiendecita de fotografía puede ser propietario de una gran villa pintada de blanco? ¿Quizá es la mujer quien gana mucho dinero? ¿O habrá heredado? La villa está apartada del camino, tiene un sendero enlosado, está flanqueada por setos de un metro de altura. Joachim llama a la puerta, y un momento después la abre una chica jovencita de largas piernas, con aparato en los dientes.

–Hola, ¿está tu padre en casa? –dice Joachim, a la vez que piensa: la pequeña. ¿O Gorm tuvo hijos con una mujer nueva, más joven?

–Dos segundos –responde la chica, y desaparece en el vestíbulo.

De pronto, Gorm aparece en la puerta. Pero tan solo un instante, luego

avanza y sale donde está Joachim, cerrando la puerta tras de sí.

–¿Qué ocurrencia es esta de presentarse aquí? –dice con un bramido.

–Usted sabe algo. Tiene que contarme todo lo que sepa sobre Louise Andersen. –Joachim se esfuerza a seguir quieto, de pie, retador.

–No tengo ni la más remota idea, ¡y usted se va a largar de aquí ahora mismo! –vocifera, agresivo.

–Sé que usted tiene algo que ver con Louise Andersen, no hay motivo para que no me lo cuente. Le hablé de ella a Miss Daisy.

Al pronunciar ese nombre, Gorm da un respingo. Mira nervioso hacia la casa, se acerca un paso más a Joachim.

–¿Podemos hablar en otro sitio? –dice Gorm en voz baja.

Joachim asiente, nota un cosquilleo en su interior. Tiene algo, es obvio. Ahora sabrá algo más.

–Vamos a vernos en otro sitio. Si baja por la calle lateral de la izquierda, yo voy en el coche y lo recojo, ¿vale? –Gorm mira su reloj de pulsera—. Siga andando y no se preocupe, el camino es largo, estaré allí en quince minutos, veinte como máximo.

Joachim piensa deprisa. ¿Lo dirá solo para quitárselo de encima?

–Si no viene, volveré aquí.

Gorm asiente para mostrar su conformidad y entra en el chalé. Joachim camina, tuerce por la calle lateral, una vía que se ensancha al llegar a un complejo residencial que se extiende a ambos lados. Cuando lleva caminando lo que le parece un cuarto de hora, un Passat rojo frena junto a él. Joachim abre la puerta y se sienta al lado de Gorm, que no solo no se digna a dirigirle ni una mirada sino que vuelve a poner el coche en marcha sin esperar un segundo.

–¿Adónde vamos?

–Quiere conocer a Miss Daisy, ¿no?

–Quiero encontrar a Louise.

–A ella no la conozco. Pero quizá Miss Daisy sepa algo –dice Gorm sin mirar a Joachim.

Salen de la ciudad. A medida que los edificios de apartamentos crecen aumenta el espacio entre ellos, hasta que la distancia entre las viviendas se hace aún mayor mientras las casas vuelven a disminuir de tamaño. Atraviesan un polígono industrial en la parte más alejada de Bagsværd, en el último rincón de Copenhague, y Gorm cambia de dirección.

–¿Dónde vive Miss Daisy? –pregunta Joachim, sin obtener respuesta–. ¡Eh!

Gorm da un frenazo. Un camionero furioso toca el claxon detrás de ellos, los adelanta, y al pasar Gorm y él se ponen cuernos con la mano mutuamente.

–¿Quiere conocerla?

Joachim lo observa. Hay odio en la mirada del anciano. Siguen por la carretera, los dos en silencio. Joachim mira por la ventanilla, están adentrándose en un bosque. Debe de ser Hareskov, así que se hallan bastante lejos de Copenhague. Ha em-, así que se hallan bastante lejos de Copenhague. Ha empezado a fijarse en los indicadores de carretera, a fin de guardar en la memoria el lugar al que lo está llevando. Tiene miedo y lamenta no haber llevado algo consigo, un arma de alguna clase. Gorm gira para entrar por una pequeña pista del bosque, y finalmente detiene el coche. Se vuelve hacia Joachim,

–Mantente bien lejos de todo esto, pero bien lejos, ¿entendido? –dice.

–¿Dónde vive esa mujer? ¿Qué pasa aquí?

Joachim no llega a oír una respuesta. Solamente consigue darse cuenta de que Gorm saca del bolsillo de la chaqueta algo alargado, gris oscuro, que blande en arco y asesta contra la cabeza de Joachim, alcanzándolo en la sien.

–Pero ¿qué haces? –grita Joachim. Gorm vuelve a golpear con decisión, como si no tuviera nada que perder. Joachim intenta salir del coche. No debería haberlo hecho. Gorm lo golpea en la nuca. Todo se oscurece por un instante, tiene un espasmo en una mano; si pudiera salir de allí... Se mueve despacio, como en una pesadilla en la que nos esforzamos más y más pero no conseguimos nada. Gorm está fuera del coche, arrastra a Joachim por el suelo del bosque.

–Yo... he hablado de ti –dice Joachim en un murmullo. Gorm tiene la mano levantada, ¿habrá pensado matarlo?–. Le he hablado de ti a mi hermano. No escaparás.

–No vas a volver nunca. No vas a hablar con la Policía. No estoy solo, ¿te enteras? –Tiene agarrado a Joachim por el cuello de la chaqueta. Lo sacude, quiere una respuesta.

–Yo tampoco –dice Joachim, pero se da cuenta de que suena a mentira. Gorm sonrío y sacude la cabeza.

–La próxima vez no saldrás tan bien parado –dice. Y le golpea.

Joachim despierta aturdido y confuso. Se pone una mano sobre la sien, donde tiene un chichón enorme, y siente dolor. Se queda un buen rato sentado en el suelo antes de poder recordar el rostro de Gorm. El hombre que lo agredió hasta hacerle perder el conocimiento. ¿Con qué? ¿Con una chaira, una de esas barras metálicas que se usan para afilar cuchillos de cocina? Sí, Joachim está casi seguro.

Busca el teléfono en el bolsillo. ¿Seguirá ahí? La sensación de alivio le recorre el cuerpo cuando su mano toca la lisa superficie de plástico. En primer lugar, Joachim llama al 112. No sabe qué más puede hacer, pero tampoco puede responder a sus preguntas. ¿Dónde se encuentra? ¿Qué ha sucedido? Quieren saber. Al final, cuelga. Piensa en llamar a Iben Hansen Hansen. ¿Para decirle qué? No. Eso no es suficiente, está solo. Además, Helene es sospechosa en el caso de la desaparición de Louise. La mochila de Louise estaba en su poder. Quizá no debería indagar más. No está nada claro que eso vaya a beneficiar a Helene.

Se levanta a duras penas. Empieza a recorrer el camino a la inversa, hacia la carretera asfaltada. Es como si su mirada estuviera fragmentada, todo está dividido en casillas delante de él, como en un caleidoscopio, y va haciendo eses, seguramente parecerá un borracho. Continúa hasta que ve una casa en la que se aprecia el número de la calle. Una gota de sangre cae sobre el teléfono móvil mientras busca en Google las compañías de taxi. Ballerup, Værløse..., debe de haber alguna también en este pueblo. Por fin. Llama. Explica dónde está y adónde quiere ir: al servicio de urgencias más próximo.

Se cayó de la bicicleta. Eso le dice a la señora de recepción, le habla de dolor en el cráneo y de alteraciones de la visión. Le dicen que se siente y espere. Nota que se va inundando de un odio violento hacia Gorm. Un odio que, un instante después, se ve sustituido por otra cosa. Por una sensación de agradecimiento. Porque ha conseguido la seguridad. Sabe que va por el camino correcto. ¿Por qué, si no, iba a reaccionar Gorm con semejante violencia? Joachim saca el teléfono, busca «Miss Daisy» en Google. Aparecen toda clase de entradas: «Comedia americana de 1989, ganadora de cuatro Oscars, con Morgan Freeman y Jessica Tandy en los papeles protagonistas,

dirigida por Bruce Beresford y basada en una obra teatral de Alfred Uhry». Y también una empresa dedicada a proporcionar servicio de choferes como el de la película: no solo un conductor que te lleva de un sitio a otro, sino un amigo. Joachim sonríe, pero sonreír le causa dolor en lo más alto de la frente, de modo que deja de hacerlo. Sigue leyendo. Una autoescuela que solo tiene profesoras femeninas, un restaurante de Florida, otro restaurante.

La enfermera lo examina, recorre su cabeza con manos expertas. Joachim gime cuando le toca el chichón. Le examina los ojos, que ilumina con una linterna, comprueba sus reflejos, le hace un montón de preguntas. Después le da unas pastillas y dice que se tome de descanso el resto del día, y que en las próximas seis horas no duerma. Si empieza a vomitar o se siente peor, deberá avisar.

–Será preferible que esta noche esté acompañado –dice la enfermera–. ¿Vive con alguien?

–Sí –responde Joachim. Siente lágrimas en los ojos.

Al pasar por la sala de espera, camino de la salida, ve los periódicos repartidos por las mesas. El *Ekstra Bladet* tiene la portada hacia arriba, y de pronto recuerda algo. La mirada avergonzada de Gorm dirigida a su casa. La hija, la esposa. Vergüenza. Por... ¿Es posible que Miss Daisy sea una prostituta? Las mujeres que llaman por teléfono, el miedo de Gorm. Miedo a que lo descubran. Coge el periódico, se sienta en una silla y hojea las últimas páginas. Va repasando rápidamente los numerosos nombres fantasiosos y los códigos que, sin duda, significan algo. «Sorø, exclusiva, explosiva, especialista en juego de roles.» ¿Y qué decir de «Esbjerg, novedad, ofrece francés de lujo y masaje prostático»? El mundo ha ido avanzando mientras Joachim se hacía mayor. Pasa página. Y allí está. De verdad, el nombre está allí. «Miss Daisy. Te espera, siempre abiertos.» Joachim saca a toda prisa su móvil, mira a hurtadillas hacia los lados, sabe la impresión que puede dar. Un hombre que quiere usar el número de teléfono de una puta, pero que es demasiado tacaño para comprar el periódico. Una mezquindad mayúscula. Anota Miss Daisy como contacto, cierra el periódico y sale deprisa. No sabe qué parte de su mareo se debe al golpe y qué parte a la excitación de haber encontrado, por fin, una pista que seguir. Una historia. Joachim sabe que ahí existe una historia. Y hay que sacarla a la luz.



La primera vez que condujo su propio coche fue con Edmund sentado a su lado, nervioso. Intentó tranquilizarlo. Le explicó que en esos años había seguido conduciendo, en Bornholm. Estuvo a punto de mencionar el viejo Volvo de Joachim, pero se contuvo. Es tan extraño. No puede hablar precisamente de los recuerdos que conserva, y se supone que tiene que estar hablando constantemente de los que no conserva. El crecimiento de los niños, cómo se conocieron Edmund y ella en una convención Söderberg en Singapur. Esas cosas no las recuerda en absoluto. Edmund le ha dejado bien claro que prefiere que en los próximos seis meses no conduzca sola, sin algún acompañante. No pensaba seguir su consejo, pues no estaba dispuesta a seguir sintiéndose como un frágil jarrón de porcelana, pero era imposible hacer cambiar de opinión a Edmund, quien por fortuna tuvo que salir de viaje por motivos de trabajo. Le dio un beso y vio su coche salir de la parcela. Y entonces fue a por las llaves del Mercedes pequeño, que estaba guardado en el garaje aledaño a la puerta principal.

Y por fin está sola en el coche. Está como nuevo, reluciente, impersonal. No es como el de Joachim. El Volvo era casi una prolongación de Joachim y de ella misma. El viejo coche estaba repleto de toda clase de trastos, libros de Joachim, tazas, jarritas de cerámica para el café que nunca habían vuelto a guardar en su sitio...

Helene recorre despacio la tranquila ciudad, intenta captarlo todo, el barrio viejo, el *Hjejlen*, el vaporcito de ruedas amarrado junto a los demás barquitos turísticos, las casas antiguas, los embarcaderos, la historia. El aparcamiento de la Fábrica de Papel está delante de un gran centro deportivo. Hace muchos años fabricaban papel ahí, piensa Helene. Ahora fabrican músculos, lo constata al ver a dos hombres que salen del centro. Mete cinco coronas en el parquímetro. Aprieta «sí» para sacar el recibo. Es exactamente igual al que encontró en la chaqueta; solo varía la fecha. De modo que estuvo allí tres días antes de desaparecer. Tres días antes de montar a lomos de *Samir*, galopar por el bosque, detenerse en el arroyo, atravesar a la carrera el espeso bosque de

coníferas, abriéndose camino entre miles de ramitas secas por el viento. Y salir al otro lado. Como una mujer distinta, transformada, con el disco duro reiniciado. Y sin embargo... Rosenberg dijo que la memoria de Helene le había enseñado una puerta por la que estaba dispuesta a franquearle la entrada. La puerta a la parte de sus recuerdos relacionada con la desaparición. Ahora está dentro. Mira a su alrededor. Un restaurante de carne a poca distancia, con sombreros de *cowboy* en la ventana y bufé libre por 139 coronas. ¿Helene fue allí a comer? No, eso no entra en los gustos de Helene, ni en su antigua versión ni en la actual. Además, solo había metido cinco coronas en el parquímetro, lo que apenas le daba para quince minutos. No es tiempo suficiente ni para el gimnasio ni para comerse un buen filetón de falda, ni siquiera para un café con leche. ¿Y entonces? Pudo tratarse de una cita en el aparcamiento. No. Entonces no habría gastado dinero para aparcar. Si Helene es... o era una ahorradora tan fanática como afirma Edmund, se habría preocupado de no perder de vista al vigilante del aparcamiento durante el tiempo de su cita.

Helene empieza a caminar. Qué bien que Edmund no pueda verla. Se sentiría... ¿desgraciado? Nervioso, quizá. Y ella, ¿está nerviosa? ¿Piensa que podría volver a olvidarlo todo y desaparecer? No tiene ni idea, ni siquiera entiende quién es. Observa a la gente en torno a ella, dos mujeres de su edad que entran en el gimnasio. Ellas saben quiénes son. Todos a su alrededor, el taxista, el empleado que va de un lado a otro recogiendo basura, el vigilante del aparcamiento que pone multas..., todos saben quiénes son. Con excepción de Helene. Por eso ha ido allí, por eso salió de casa a hurtadillas.

Solo hay una dirección posible, hacia el lago, siguiendo el río; la otra ruta únicamente lleva a una carretera muy transitada. Entra en una cafetería. Detrás de la barra hay una mujer de su edad dibujando corazones con espuma de leche en dos tazas de *café latte*. Helene espera a que salgan los dos clientes que aún quedan.

–¿En qué puedo servirla? –dice la mujer sin levantar la vista.

–Es una pregunta un poco rara..., pero... ¿me ha visto usted antes?

La mujer sí que levanta la mirada ahora, sorprendida. Sonríe.

–Solo en las revistas –dice.

–¿Es usted la dueña del café?

–Sí.

–¿Cuánto tiempo hace que es suyo?

–¿Y eso qué le importa?

–Yo... Es difícil de explicar –dice Helene, le da las gracias por su tiempo y vuelve a salir. Aquí es imposible este método. Seguramente es así como trabaja la Policía. Yendo de puerta en puerta. Pero ellos son muchos, y Helene no tiene ayuda. Está volviendo al coche cuando dos empleados de SAS, uniformados, pasan a su lado. Solo hay dos plazas de aparcamiento delante del hotel, y ambas están ocupadas por minibuses azul cobalto del establecimiento. Piensa un instante y asiente en silencio con la cabeza. Sí, tiene sentido. Que esa vez fuera al hotel a hacer algo pero no pudiera ocupar ninguno de los dos espacios de aparcamiento, y por eso aparcó algo más lejos y puso un ticket de quince minutos.

Las puertas de cristal se desplazan hacia los lados y ella entra en el vestíbulo.

–¿Señora Söderberg?

Helene se vuelve. Un hombre trajeado se dirige hacia ella, expectante. Le dirige una mirada inquisitiva. Un hombre elegante, tal vez un poco femenino, con el traje perfectamente planchado, cabello gris muy corto.

–No se imagina cuánto me alegro de verla a usted... hoy –se apresura a decir. Helene sabe perfectamente que iba a decir «con vida».

–Muy amable por tu parte... por su parte –dice Helene.

–¿Y qué... qué puedo hacer por usted? –pregunta el director del hotel, al tiempo que hace señas para que se marche a uno de sus empleados, que está allí quieto con unos papeles.

–Vengo porque... bueno... quizá conoces... conoce usted mi situación, ¿me equivoco?

La expresión del rostro del director no ha cambiado: abierta, despejada, relajada.

–Amnesia. –Helene lo dice en un siseo, ni ella es capaz de entender por qué es tan doloroso pronunciar esa palabra.

El director mira un instante hacia atrás, hacia el grupo de clientes que está allí cerca, con sus maletas en una jaula portaequipajes. Sin duda alguna estaba ocupado en otra cosa, pero invita a Helene a entrar en su despacho y se sienta paciente delante de ella. Serio y cuidadoso.

–Solo quería preguntar si he estado antes aquí. –Helene lo suelta sin preámbulos y espera tensa su respuesta.

–Hemos acogido aquí muchas de las convenciones Söderberg. Sí.

Naturalmente. Usted es una huésped muy apreciada – dice a la vez que asiente con la cabeza.

–Pero... ¿he estado aquí yo sola? ¿Justo antes de mi desaparición? Fue el 23 de marzo de hace tres años. ¿Trabajaba usted aquí entonces?

–En esa época yo era *sous chef*. Pero no sé si estaría trabajando en ese momento. Es que hace unos años ya.

–¿Tienen cámaras de vigilancia?

–Sí. –El director la mira un poco asustado.

–¿Conservan las cintas?

–No son cintas, son solo archivos. No obstante, sí, los conservamos. Pero seguramente no querrás... –dice a la vez que se pone en pie. Helene se da cuenta de que ha pasado al «tú».

Helene carraspea y se levanta también:

–Me gustaría verlos –dice, poniendo sobre la mesa el recibo arrugado del parquímetro, y añade–: No nos llevará mucho tiempo, solo tenemos que repasar un cuarto de hora.

Las grabaciones son en blanco y negro, las imágenes, no demasiado claras, sobre todo cuando el técnico las acelera para repasar la mañana del 23 de marzo. A esa velocidad es como si la gente saliera y entrara en el vestíbulo a la carrera, con una rapidez histórica.

–15.43 –le dice Helene al técnico. Ve la indicación de la hora en la parte baja de la pantalla. El técnico detiene la grabación a las 15.41 y la vuelve a poner en marcha, ahora a velocidad normal. El director está justo detrás de Helene, mirando él también. Ve a una pareja de edad que entra, les dan la tarjeta-llave de su habitación. Van al ascensor. Y ya son las 15.43. Una camarera de habitaciones empuja un carro con ropa de cama hasta la salida. 15.44. Helene suspira. El director del hotel carraspea. Tenía que ser entonces. 15.47. Nada aún. No hace falta tanto tiempo para llegar al hotel desde el aparcamiento. Menos de un minuto.

–Lo siento –dice el director cuando en la pantalla están a punto de ser las 15.50.

–Gracias por su tiempo. –Helene se levanta.

–Permítame que la acompañe a la salida.

Helene sale al pasillo detrás del director, cuando oye al técnico a su espalda:

–Espere un momento.

Helene mira hacia atrás por encima del hombro, a la pantalla. Y se ve a sí misma en la grabación, entrando en el vestíbulo del hotel. Vuelve y se sienta otra vez ante el monitor. En la grabación, Helene va muy erguida y decidida hacia el recepcionista. Lleva puesta la chaqueta azul en la que encontró el recibo. Pantalones a juego, zapatos oscuros de charol. Le resulta difícil reconocerse, hay en ella algo duro e intransigente, la forma de caminar. En la grabación, Helene saca algo del bolso y lo levanta. ¿Una foto? ¿Una tarjeta? Imposible verlo. El recepcionista sacude la cabeza, no se le ve la cara, la cámara está situada a su espalda. Con insistencia, Helene acerca más el papel al recepcionista, que hace un gesto de indiferencia y abre los brazos como pidiendo excusas. Helene se queda inmóvil un momento, luego vuelve a meterse el papel en el bolso y sale del hotel. Eso es todo. La grabación no muestra nada más.

–¿Puedo volver a verlo? –pregunta Helene. El técnico rebobina. Ven tres veces la misma breve escena. Pero Helene no consigue sacar nada nuevo, más bien al contrario. No hay duda de que es Helene la que está en las imágenes, y que ha ido allí a informarse de algo—. ¿Puedo hablar con el recepcionista? –pregunta Helene después de ver aquella edición de sí misma tres años antes.

–Nos pasaremos por recepción a ver los turnos de aquel día –dice el director.

Vuelven al vestíbulo. El director busca unas plantillas en el ordenador y llega al día en cuestión.

–Por lo que veo aquí, era Martin. Fue con quien hablaste ese día. –El director se vuelve hacia la chica de la recepción—. ¿Dónde anda ahora Martin?

–Ya no está con nosotros –dice la joven recepcionista.

El director mira a Helene con un gesto de excusa.

–¿Está muerto?

–No, espero que no. –El director dibuja una sonrisa.

La recepcionista se inmiscuye.

–Trabaja a tiempo completo en De Små Fisk –dice, feliz y contenta, con una pronunciación muy dialectal.

–¿De Små Fisk? –pregunta Helene.

La chica no puede ocultar su asombro al responder:

–Bueno, es esa área recreativa que hay en uno de los lagos. –Saca un mapa turístico y lo extiende delante de Helene. Hace una cruz en el mapa. Helene odia los mapas, era siempre Joachim quien se encargaba de esas cosas. Navegación. ¿Dónde coño está cuando más lo necesita? Sentadito escribiendo, feliz otra vez, seguramente con alguna de sus antiguas amantes.

–De Små Fisk está ahí –dice la recepcionista–. Y ahí está la escuela de buceo. Estoy casi segura de que lo encontrará en la escuela. Martin es instructor de buceo.

Instructor de buceo, nada menos. Helene se pregunta: ¿por quién o por qué preguntó ella aquel día de hace tres años a Martin, el instructor de buceo?

En el tren viaja un hombre mayor con un precioso abrigo beis que lo mira con manifiesta displicencia. Joachim sabe perfectamente que ofrece un aspecto de lo más lamentable, con esos restos de sangre y la herida en el labio. Se hunde más en el asiento y apoya la frente sobre el frío vidrio. No tiene más remedio que recoger el coche —que había dejado en Bornholm—, por toda clase de motivos prácticos y afectivos. Todo sucedió tan rápido... Además, fueron a Copenhague en avión, pues la Policía lo quiso así a fin de acelerar las cosas. Pero Joachim no puede engañarse a sí mismo, hay algo más. Se dejan cosas atrás para poder regresar, y cuanto más importantes son las cosas, mayor es la esperanza. ¿Es este el caso?

El burdel es ciertamente tan fácil de encontrar como aseguró Fanny cuando Joachim habló con ella por teléfono. Baja los tres escalones que llevan a la puerta del semisótano. «Abierto», pone en un cartel escrito a mano en grandes letras femeninas. Las cortinas cubren totalmente las ventanas y están decoradas con corazoncitos rojos en la parte exterior. Para que nadie se confunda. Entra en una sala bien iluminada. Ahí está sentada una chica joven y delgada, detrás de una especie de cabina cuya placa de cristal está grasienta y manchada de parafina.

—Bienvenido.

Joachim reconoce aquella voz chillona: es Fanny, la mujer con la que habló por teléfono. Mira a su alrededor: paredes pintadas de blanco, pequeños focos muy potentes en el techo y, al lado de la pared, cuatro sillas de mimbre. En una de ellas está sentado un hombre rapado leyendo una revista de automóviles. El cancerbero: la camiseta sin mangas que deja al descubierto los tatuajes y los músculos no deja lugar a dudas.

—¿Cómo... cómo hacemos? —pregunta Joachim.

—¿Eres nuevo? —pregunta Fanny con una sonrisa.

Su mirada no deja traslucir que se haya fijado en el rostro golpeado de Joachim. Allí están acostumbrados a la total discreción. Nadie desea ser reconocido, nadie quiere encontrarse con preguntas ni comentarios

innecesarios. Y es curioso, pero Joachim se siente en manos seguras, se relaja un poco más en esta situación de por sí tan incómoda.

–Tengo para ti una chiquita de lo más dulce y redondita. Unas formas despampanantes, una sonrisa deliciosa. Pero si prefieres una pelirroja realmente salvaje, también lo podemos organizar. ¿Qué preferencias tienes? También tenemos una rubita muy descarada. –Fanny le sonríe con desvergüenza, y él no puede evitar responder con otra sonrisita.

–La rubia –dice–. Si no hay que esperar.

–Pues entonces creo que nos decantaremos por Mindy. –Acerca la cabeza y susurra–: ¿Y hay deseos... especiales?

Joachim se ruboriza, no tiene ni idea de qué responder a semejante pregunta.

–Así que lo normal, imagino –dice Fanny.

Él asiente.

–Muy bien. ¿En efectivo? También aceptamos MobilePay, en los extractos de cuentas aparecerá como *wellness*, de lo más discreto.

Joachim farfulla algo de Visa, Fanny sonríe, le indica que se siente al lado del canchero. Joachim intenta concentrarse en el motivo que lo ha llevado hasta allí: encontrar a Louise Andersen.

Fanny vuelve, por fin.

–Ya tienes a Mindy preparada, no tienes más que entrar por la puerta que está abierta.

Baja al pasillo, con las mismas paredes pintadas de blanco y un débil olor a amoníaco. Entra por la puerta abierta y se encuentra en una habitación en la que hay una cama negra metálica con pomos de latón, una mesilla de noche a juego con un armario debajo, y nada más. Oye unos pasos a su espalda, se vuelve bruscamente y clava la mirada en los ojos de Mindy. Su cabello es tan rubio que parece casi blanco, los ojos, sesgados, muy alejados uno del otro, pintados de negro de una forma que pone de relieve su carácter gatuno. La piel está empolvada, solo los altos pómulos muestran algo de colorete. En cambio, los labios son de un rojo deslumbrante. Mindy cierra la puerta sin desviar la mirada de Joachim, pasa muy pegada a él, le acaricia las caderas con una mano y ya no está. Joachim se da media vuelta con los ojos muy abiertos, como un tonto, ahora la ve al lado de la cama, esperándolo. Lleva liguero negro, sujetador y tanga. Calza unos zapatos de altísimos tacones de aguja, sus pechos tienen una redondez perfecta. Joachim abre la boca para decir algo, para plantear sus preguntas, pero ella está ya delante de él, le coloca el índice



sobre los labios mientras la otra mano entra por el pantalón, la siente fría sobre la piel, que de pronto se llena de calor.

Joachim no ha estado nunca con una prostituta. Nunca tuvo ocasión, pues cuando era joven era demasiado inseguro. Y después conoció a Ellen y se hizo escritor. Así empezó a recibir ofertas con las que jamás había soñado. Bellas mujeres que le escribían, lo telefoneaban, lo invitaban a dar lecturas públicas. Aunque esas ofertas empezaron a hacerse más raras cuando sus ventas comenzaron a reducirse. De modo que se quedó en el misterioso autor que no daba demasiadas señales de vida y que se había ido a vivir a Christiansø. Pero Joachim decía que no a casi todas. El tiempo pasado con Ellen lo había vacunado. Todas aquellas relaciones extramatrimoniales ya no eran necesarias en esa época, porque estaba casado. Con Louise (Helene) podía respirar, algo imposible con Ellen. Se obliga a recordar el motivo por el que está aquí. ¿Por fin se había vuelto inflexible? Ellen se quejaba de que no lo era, a diferencia de esos artistas a los que ella tanto admiraba. El pintor inglés Turner hizo que unos marineros lo ataran al mástil de un barco. Y así pasó Turner cuatro horas de borrasca, para conseguir la impresión visual absoluta de una tormenta. ¿Es así? ¿Ahora es ya intransigente, está atado a un mástil llamado Helene? ¿Qué diría Ellen si pudiera verlo? ¿Se habrá convertido Joachim, por fin, en el artista que ella deseaba que fuera?

Se tumba, nota las manos expertas de Mindy, que lo toca con habilidad, consciente de su objetivo. No hay calor, ni en su mirada ni en sus tocamientos. ¿Es por eso por lo que le deja hacerlo? ¿Porque de esta forma se siente menos infiel a Helene? Pero, en realidad, ¿se puede hablar de infidelidad cuando de hecho fue Helene quien lo abandonó? Joachim no puede ni imaginarlo, solo se quita la camisa, se desabrocha el pantalón y se lo baja del todo. Su erección deja claros sus impulsos. Pero empieza a hablar. Con una extraña sensación de que esa es la última oportunidad.

–Estoy buscando a una mujer que trabajaba aquí hace tres años. Se llama Louise. ¿La conoces?

Mindy suspira, pasa con elegancia por encima de Joachim, baja los pies al suelo y se sienta de espaldas a él. Se estira como suele hacerse cuando duelen los músculos. Joachim se incorpora, intenta vestirse a toda prisa, los calzoncillos acaban al revés, nota que le aprietan el pene erecto.

–Ya sabía yo que no habías venido a echar un polvo –dice ella secamente.

Joachim saca el teléfono móvil del bolsillo, busca una foto de Helene. Da la vuelta a la cama, hasta llegar delante de Mindy, y le enseña la foto.

—¿Conoces a esta mujer?

Un instante de confusión. Las cejas se enarcan. Una fracción de segundo, y el rostro vuelve a quedar inexpresivo.

—Nunca la he visto, ¿vale?

Joachim está seguro. La confusión de su rostro lo ha dejado bien claro. No asocia a Helene con el nombre de Louise. De forma que tiene que asociar el nombre de Louise con otro rostro. Ojalá tuviera también una foto de la verdadera Louise, así podría hacerla hablar.

—¿Conocías a Louise? ¿Sabes dónde está ahora?

Mindy se levanta despacio.

—¿Te refieres a Stella? Creo que lo dejó.

Joachim repite el nombre, lo saborea. Stella. Naturalmente. No hay ninguna prostituta que use su nombre verdadero. Todas son Vanessa, Mindy, Pamela y cosas por el estilo.

—Si no quieres follar, más vale que te marches —dice Mindy.

—Stella —dice él—. ¿Louise Andersen se hacía llamar Stella? Tengo que encontrarla, es importante —insiste Joachim.

Le pone una mano sobre el brazo y ella la mira como si fuera el peor insulto, pero Joachim sigue hablando, ansioso.

—Tú puedes ayudarme, necesito saber lo que ha sido de Louise, de Stella, la mujer de la foto. Ella creía ser Louise, durante tres años vivió como Louise y ahora necesito saber qué es lo que pasó realmente. Tú puedes ayudarme. Solo dime lo que sabes, por muy insignificante que pueda parecer. A lo mejor me permite avanzar. —Mindy entorna los ojos, como si estuviera reflexionando—. Te pagaré bien si me cuentas algo.

Ella cruza lentamente los brazos y retrocede.

—Espera un momento. —Y desaparece por la puerta.

A lo mejor quiere hablar. No, es más probable que haya salido a por el portero, para que eche de allí a Joachim a patadas. Pero algo sabe, está seguro de ello. Es frustrante estar tan cerca de una respuesta y no conseguir nada. Mira a su alrededor, tiene que actuar deprisa. La mesilla de noche, el armarito. A la velocidad del rayo, se acerca, abre y encuentra el bolso de la joven. Un bolso de cuero, muy caro, lo agarra y rebusca en él mientras su atención se centra en percibir pasos en el exterior. En el mismo momento en que toca el

posavasos sabe que significa algo. Lo saca y lo mira. Exactamente igual que el de Helene, y que ahora es de Joachim. Este está más nuevo, no tan manoseado, pero el anuncio de Campari es el mismo. En vez de un número de teléfono, en la parte de atrás hay una fecha y una hora. Hoy. Por la tarde. Pero ¿dónde? Oye ruidos en el pasillo, vuelve a meter el bolso en el armarito, cierra y retrocede tres pasos. Se abre la puerta y en ese momento se guarda el posavasos en el bolsillo. El hombre de la silla de mimbre entra primero y se acerca a él, amenazante; Mindy llega detrás.

–¿Qué coño pretendes? –grita el vigilante, aunque no espera que le responda.

Joachim coge la camisa y los zapatos justo antes de que el vigilante lo agarre con fuerza por el hombro derecho y lo eche hacia atrás. Con un esfuerzo ímprobo, Joachim consigue no caer. «Tómeselo con tranquilidad.» Joachim recuerda las palabras de la enfermera. Se defiende poniéndose los brazos delante de la cara.

–Perdón, perdón, ya me voy –dice.

–Por mis huevos que de eso puedes estar seguro.

–He sufrido una conmoción cerebral –dice Joachim para excusarse; no quiere que le vuelvan a pegar.

El vigilante no se mueve, tiene la cabeza justo encima de la de Joachim, que siente el corazón palpar con violencia. Finalmente se mueve un poco y le da a Joachim la ocasión de escapar hacia la puerta. Mindy vigila con los brazos cruzados y el mismo gesto inexpresivo. De una belleza irreal, consigue pensar Joachim en medio de todo lo que está pasando. El vigilante lo sigue muy de cerca mientras él recorre el pasillo y atraviesa el vestíbulo. Al subir los tres escalones recibe un último empujón en la espalda que le hace tambalearse y perder la camisa y los zapatos. En el vestíbulo acierta a meter los botones en los ojales, penosamente consciente de la indignidad de la situación. Como si alguien pudiera observarlo, como si Helene pudiera observarlo ahora. ¿Qué pensaría ella? Joachim intenta mostrarse indiferente. Helene no puede verlo, nunca más volverá a verlo, está feliz en su nueva vida, sin penas ni sufrimientos. Si no fuera así, ya se habría puesto en contacto con él.

Helene se dirige directamente a la escuela de buceo, no hay razón alguna para esperar. Quiere ver al tal Martin y preguntarle qué fue lo que le mostró aquella vez en la recepción del hotel. Conduce despacio y se tiene que detener varias veces para comprobar el mapa. El coche tiene GPS, pero no consigue hacerlo funcionar. Es modernísimo, eso es todo lo que sabe. Edmund le contó que la Policía se quedó el antiguo cuando la estuvieron buscando, pues intentaban encontrarla con ayuda de las direcciones que había archivado como favoritas. Ojalá lo tuviera ahora. Así podría utilizarlo para recorrer todos esos sitios y comprobar si le despertaban algún recuerdo. Helene piensa en la mujer a la que vio en la grabación de la cámara de vigilancia. La misma mujer que está conduciendo ese coche en ese mismo momento, pero tan diferente, tan fuerte, tan insistente..., una mujer a quien no se le puede decir «no». Ya solo su forma de andar, de entrar en el hotel... Como si todo fuera suyo. Una reina.

Helene mira por el retrovisor. Ese monovolumen verde oscuro... también iba detrás de ella la última vez que miró. Pone el intermitente y gira a la derecha. El coche de detrás continúa recto. Realmente, se está volviendo paranoica. Helene vuelve a mirar el mapa. Tendría que haber tomado el desvío hace tiempo, esa carretera lleva hacia Himmelbjerget. La vía es demasiado estrecha para dar la vuelta, y a ambos lados hay taludes abruptos. Continúa recto. Más carteles que indican la dirección a Himmelbjerget, la máxima atracción turística de la comarca. Frena cuando la carretera se bifurca en dos. ¿Quizá puede dar la vuelta allí? Mira hacia atrás. Ahí está el coche otra vez. Pero ahora duda: ¿la están vigilando? ¿Será que Edmund está preocupado por ella? ¿O preocupado, quizá, por lo que pueda descubrir Helene? Gira a la izquierda, acelera. Mil pensamientos atraviesan su mente, tan deprisa como pasan las ramas de los árboles al otro lado de la ventanilla. Tantea con las manos buscando las gafas de sol, está a punto de salirse de la carretera pero consigue dominar el coche. ¿Quién la está siguiendo?

Deja el Mercedes en el gran aparcamiento asfaltado de Himmelbjerget. Calcula que desaparecer en medio de la muchedumbre es la mejor manera de escapar de su perseguidor. Puestos de comida y *souvenirs*, personas por todas partes, familias de excursión, colegiales, grupos de jubilados que hacen una excursión en autobús con guía. Helene vuelve a notar la rigidez en el cuerpo. No ha vuelto a hablar con Joachim desde aquella noche en el restaurante. ¿Debe hacerlo? No, no servirá de nada. Sabe lo que pasaría. Una conversación que no le proporcionaría lo que echa en falta. Tiene dentro un hueco que no hace sino crecer. En ese mismo instante suena su móvil.

–Helene, ¿dónde te has metido? –Edmund suena frenético.

–Perdona que no te llamara –dice Helene–. Resulta que una vieja amiga me reconoció. Fue un gusto encontrarme a alguien de entonces... Me puse a hablar y se me fue el tiempo.

La mentira brota de sus labios de una forma tan ágil e inocente que hasta ella se asombra. Echa un vistazo hacia atrás por encima del hombro, el coche verde oscuro ha aparcado bastante cerca del suyo.

–No deberías salir.

–Edmund –dice Helene–. Eso no es posible, no puedo pasarme el tiempo encerrada en casa.

–No estás encerrada –replica él, indignado–. Es solo que estamos... preocupados por ti.

Helene respira hondo. Lo que dice es muy cierto. Pero... ella no tiene más remedio que averiguar algo.

–¿Con quién estás? –pregunta Edmund, conciliador.

–Con Vibeke –responde Helene con rapidez–. No creo que la conozcas, dice que no la invitamos a nuestra boda. Fuimos juntas al colegio.

–¿Y volverás pronto? Los niños están esperando.

–Me daré toda la prisa posible –dice Helene. Se produce un largo silencio. Lo suficientemente largo como para que Helene consiga pensar: sabe que estoy mintiendo. Sabe dónde estoy, ¿será el hombre del coche verde quien lo ha informado? Es lógico, se dice, Edmund tiene miedo de que me marche... ¿O tiene miedo a lo que pueda encontrar?

–Pero...

Helene oye la pesada respiración de Edmund, oye también de fondo a los

niños jugando. Debería volver a casa ya mismo. No obstante, tiene que saber más.

–Lo siento mucho, pero es la única ocasión que tendré de hablar con ella – dice Helene. Una mentira penosa, pero no se le ocurren más excusas.

–Vale –acepta Edmund–. Pero ten cuidado, me inquieta un poco que conduzcas tú sola por ahí. ¿Estás segura de dominarlo?

–Todo va perfectamente. Y solo tomaré una bebida.

–Mañana te reúnes con la junta directiva. No te olvidarás, ¿verdad?

La junta directiva. Helene lo había olvidado por completo. Solo hombres, que la conocen a ella de antes, pero a quienes ella no conoce de nada. Helene preguntó si realmente era necesario. Pero ella es la única heredera, y hay contratos que esperan su firma, decisiones que llevan tres años aplazadas. Edmund le ha dicho una y otra vez que la situación los ha perjudicado frente a la competencia.

La conversación ha terminado, y Helene vuelve a mirar a su alrededor. No logra ver a ningún perseguidor. Se deja llevar por la corriente de un grupo de mayores que acaba de bajar de un autobús. Atraviesan el aparcamiento en dirección a la cima, a la que se llega subiendo una cuesta. Helene se mueve despacio para integrarse más en el grupo y mira hacia atrás.

–En realidad, el Himmelbjerget es solo el séptimo punto más alto de Dinamarca, pero es sin duda el más bello –dice la guía, que está solo unos pasos delante de Helene–. Y seguramente habrán oído muchas veces que el Himmelbjerget no es una montaña de verdad, pese a su nombre, sino solo una colina\*. Pero ¿sabían que, además, se trata de una falsa colina? –La guía se da la vuelta, su mirada roza extrañada a Helene, pero no dice nada–. Es una falsa colina porque los bordes no son uniformes, ya que se formaron cuando las masas de agua de un glaciar, al fundirse, dejaron una grieta en el paisaje. El lago Julsø, como podrán ver cuando lleguemos al punto más alto, se formó por el hundimiento del valle, donde el agua desplazó la tierra.

Helene aguza el oído: Julsø. Es el lago que da a su jardín. ¿Se verá la casa desde ahí arriba? Mientras suben el monte, Helene intenta calcular dónde estará el sitio donde vive. Por las tardes da el sol en la terraza. ¿Debe mirar hacia el este?

Los ancianos caminan despacio pero sin detenerse. Helene está impresionada por su aguante. Es evidente que varios de ellos están en mejor

forma física que ella, que poco a poco ha empezado a jadear. Suda y abre mucho la boca en busca de aire, cuando por fin alcanzan la cumbre. Mira a su alrededor, observa a la gente reunida en la cima. Ancianos, familias, niños, ninguno de ellos puede estar siguiéndola, eso es indudable. Respira ya un poco mejor. El panorama es majestuoso, la pendiente que desciende hacia el agua se divide en bosques y brezales. El sendero zigzaguea por el brezal mientras baja hacia el lago. Las explicaciones de la guía sobre la historia del lugar captan su atención, quizá porque al mismo tiempo tratan de ella misma, de su familia, del bisabuelo de su padre, que fue uno de los *Modernos*. De Steen Steensen Blicher, que luchó por la promulgación de una Constitución y se sirvió de aquel monte como marco simbólico. Por todo el lugar hay repartidas estelas conmemorativas en memoria del poeta y sacerdote. También la introducción del voto femenino en 1915 tiene al menos una. Un roble que plantaron ese mismo año se yergue ahora, macizo, con sus raíces hundidas profundamente en la tierra mientras su ancha copa de múltiples ramas forma un techo sobre su cabeza.

Helene echa la cabeza hacia atrás y ve brillar el cielo con finos rayos luminosos. Cierra los ojos un instante. Debe asegurarse. ¿La siguen? Y en caso de que sí, ¿quién? Va hacia un gran binocular metálico firmemente sujeto al Himmelbjerget. Busca en el bolso y saca una moneda. El binocular está dirigido hacia las lagunas y los bosques de alrededor. Helene gira el binocular hacia el aparcamiento, no puede ver los coches pero sí buena parte del sendero curvo. Y allí, a poca distancia de la tiendecita de *souvenirs* llenas de bastones de Himmelbjerg y demás baratijas, está el hombre mirando por unos prismáticos, que enfoca hacia ella. Helene se da la vuelta en el mismo instante en que su mirada lo alcanza. Descubierta. Helene da dos pasos atrás, con el corazón palpitando con fuerza en el pecho. De modo que no era simple imaginación. Alguien la está siguiendo. ¿Por qué? Piensa racionalmente un instante. ¿Qué aspecto tiene ese hombre? Tendrás que ser capaz de reconocerlo, Helene, se dice. Pero es demasiado tarde. Cuando vuelve a mirar por el binocular, el hombre está ya medio oculto, lleva puestas unas grandes gafas de sol, gorra, el tipo de disfraz que las superestrellas utilizan para pasar desapercibidas. Bueno, hay un detalle: botas de estilo un tanto militar. Negras, fuertes, no de las que se suelen usar en pleno verano.

Tiene que marcharse. Pero ¿cómo hacerlo sin que él la descubra y la siga? Se apresura a volver al grupo de mayores con los que subió, va muy cerca de

la guía, intenta ocultarse entre ellos. Van bajando por el Sendero de las Serpientes hacia el lago. Una mirada fugaz hacia atrás, el hombre está en la plataforma y mira en su dirección.

–¡Eh! –La guía la llama, detrás de ella, y Helene corre, tiene que irse, oye algo sobre serpientes, dos de los ancianos hablan de víboras escondidas entre los brezos. ¿Será por eso por lo que lo llaman Sendero de las Serpientes? Mira hacia atrás, no lo ve. Algunos de los abuelos están ya claramente cansados y les resulta difícil bajar la cuesta.

Helene sonríe a un matrimonio y se ofrece a ayudar al más anciano. No deja de buscar con la mirada a su perseguidor, sobre todo cuando se acercan al embarcadero del hotel Julså. Tres barcos antiguos descansan en el muelle, una mujer, a bordo de uno de ellos, el vapor de ruedas, está soltando las amarras. Helene mira a su espalda, él está bajando, adelanta a los ancianos. Ella actúa con rapidez, diez pasos y ya está en el embarcadero, justo cuando el barco se separa de la orilla. Es como si la mujer del vaporcito hubiera leído sus pensamientos; en cualquier caso, le grita:

–¡Lo lamento, tendrá que tomar el siguiente!

Helene salta, no es mucha distancia, el vapor apenas se ha separado un poco. Pero Helene está preparada para que la echen con malos modos.

–Perdone, no la había oído –dice alejándose de la mujer, entrando en la sala de pasaje, con sus viejas bancas de caoba, lacadas, relucientes al sol. El hombre que la seguía está en el muelle, delante del viejo hotel, mirándola mientras el vaporcito se dirige hacia el centro del lago. Su ropa es neutra, pantalones ligeros de verano y camisa, se oculta tras la gorra y las gafas. Helene se reclina en su asiento, exhausta, aliviada. ¿Intranquila? ¿Quién será ese hombre? ¿Por qué la sigue? ¿Tendrá Edmund algo que ver?



Las once de la noche. 23 horas. La hora anotada en el posavasos que lleva Joachim en el bolsillo, el posavasos de Campari de colores blanco, rojo y azul, que hacen pensar en la costa de Amalfi, Sofia Loren, Ferrari y las frescas brisas del Mediterráneo. Joachim espera varias horas sentado en unas escaleras a cierta distancia del burdel. ¿Qué sucederá a las once esta noche? ¿Qué hará Mindy esta noche a esa hora? ¿Con quién se reunirá? ¿Qué sucederá? ¿Y dónde?

Joachim mira el posavasos otra vez, es idéntico al que encontró entre las cosas de Helene cuando era Louise. Hace mucho rato que Joachim tiene ganas de orinar, pero no se atreve a abandonar su puesto de observación. Si Mindy sale del burdel sin que la vea perderá su única pista. Aparte de una insignificancia más: el nombre, Stella. Finalmente no tiene más remedio que moverse. Baja la escalera hasta la calle, se detiene en las puertas de los jardines traseros, pero están cerradas con llave. A cada momento se vuelve para comprobar si hay actividad en la puerta del bajo, sin embargo, no sucede nada. Renuncia a encontrar un patio y finalmente se esconde detrás de un seto ridículamente bajo que sirve para señalar la frontera entre la acera y los terrenos del complejo residencial. Se instala en la estrecha franja de hierba y orina contra el muro, sin dejar de mirar hacia la puerta del bajo. La luz anaranjada del sol vespertino forma una línea ancha sobre los tejados de las casas, y más arriba el cielo es ya azul oscuro. Dentro de una hora, Mindy tendrá que estar en un lugar determinado y sucederá algo concreto. Joachim está cansado, pero ya no le duele la cabeza y han desaparecido las manchitas brillantes de los ojos. Debe de ser una buena señal.

Por fin se abre la puerta del semisótano, es ella. Es ahora. Baja por la calle, por el mismo camino por el que subió él, hacia la estación. Él la sigue a buena distancia. Delante de la estación, la joven se detiene y para un taxi. Joachim va muy por detrás de ella cuando entra en el vehículo. Joachim empieza a correr todo lo que puede y más. Llega a la carretera justo cuando el taxi arranca. Una

mirada desesperada al tráfico. Llega otro taxi con la luz verde encendida, le hace señas con el brazo y se detiene a su lado.

–Sé que suena ridículo pero... siga a ese taxi –dice Joachim, señalando con el dedo.

Para su sorpresa, el taxista no hace ninguna pregunta y se limita a poner el intermitente y situarse a la cola del otro taxi como si fuera lo más normal del mundo. Joachim se inclina adelante y observa con nerviosismo, por un instante se siente como si fuera el actor de una película. *Siga a ese coche*. Están por la zona de Kongens Nytorv cuando el taxi precedente se detiene junto a la acera. Una de las callejuelas llenas de cafés, restaurantes y discotecas. Jóvenes vestidos de fiesta van en grupos, hombres por un lado, mujeres por otro, algunas parejas; sale música desde diversos locales, mezclada con charlas y risas. Es como penetrar en un país completamente distinto, meridional, exótico. Mientras paga, Joachim ve a Mindy salir del taxi y subir las escaleras de un club nocturno. Roxy. La fachada es negra y reluciente y el nombre está escrito con letras elegantes. El portero es como el tipo ancho y rapado del burdel, solo que vestido de negro. No mira a Joachim, no dice nada, se limita a sacudir la cabeza. Joachim sigue su marcha, pero no consigue traspasar el umbral.

–¿Eres tonto o qué te pasa? –dice el portero.

–¿Cómo? –responde Joachim.

–Ropa elegante y compañía femenina; si no, olvídate –dice el portero.

Joachim baja los ojos para mirarse. Zapatillas de deporte, pantalones vaqueros y encima una camisa totalmente arrugada. Por no hablar del chichón y del ojo morado. Se siente como un idiota. Y desesperado. Mindy está ahí dentro, falta muy poco para las once. Aún no sabe a qué va la joven, a quién tiene que ver. No tiene ni idea de qué ha ido a hacer allí. Sin embargo, tiene el presentimiento de que está a punto de perder una pista fundamental, y no puede permitirlo. La frase suena varias veces en su cabeza mientras corre escaleras abajo. Su taxi sigue allí parado. Abre la puerta a toda prisa.

Helene solo se atreve a regresar, en un taxi, cuando ya reina una profunda oscuridad. El aparcamiento de Himmelbjerget está vacío, con excepción de ella y su coche, solitario en medio del estacionamiento. Paga y el taxi se marcha veloz. ¿Y si ahora el hombre aquel sigue allí y la está vigilando? ¿La siguen? Por un instante se queda mirando los árboles agitados por el viento. Y después se dirige rápida hacia su coche.

La paranoia se ha adueñado de ella. Es evidente en todo el recorrido a la escuela de buceo. A cada momento mira por el retrovisor, pero no se ve nada. Aparca al abrigo de los árboles, se queda sentada dentro del coche un momento antes de salir. La escuela ya está cerrada. ¿Y entonces? ¿Debe renunciar y volver a casa?

—¿Helene Söderberg?

Helene ve una luz un poco más adelante. Se acerca. Hay una mujer joven sentada en una banqueta, dedicada a ordenar equipos de buceo, que mira sonriente a Helene.

—Leí que ya había vuelto —dice la joven.

Helene la mira. No estaba preparada para esto.

—Lo siento, pero yo no la recuerdo. ¿Nos conocemos?

La mujer aparta los equipos de buceo, se levanta y se acerca a ella. Instintivamente, Helene retrocede dos pasos. La mujer parece extrañada.

—Así que es verdad lo que decían, que ha perdido la memoria —dice, mirando interrogante a Helene—. ¿Se encuentra bien?

—No, yo... estoy buscando a Martin. El de esta escuela de buceo —explica.

La mujer asiente.

—Sí, sé perfectamente quién es Martin. ¿Está segura de encontrarse bien? ¿Necesita ayuda?

—Solo quiero hablar con Martin un momento —dice Helene, intentando sonar relajada.

—Vendrá enseguida. Está con un grupo haciendo una inmersión nocturna —dice la mujer, señalando con un dedo el embarcadero.

–Gracias. –Helene se da la vuelta.

Se dirige al muelle. Al cabo de un rato ve una luz debajo del agua. Se mueve, se acerca. Una larga hilera de luces serpentea hacia ella, como un luminoso monstruo submarino. El primer buceador emerge al lado de la escala, trepa y entonces se le ve con sus ropas negras ajustadas. Otro lo sigue un momento después, y otro más, y otro. Todos iguales, pesados en tierra con sus equipos. El último de la fila se incorpora, se sube las gafas de buceo hasta la frente. Un rostro pecoso, barba rojiza de tres días, ojos amables.

–Señora Söderberg –dice.

–¿Eres Martin? ¿Tienes dos minutos?

–Martin, ¿vienes a ayudarme a quitarme esto? –dice uno de los buceadores desde la caseta.

–Te tengo que preguntar una cosa, será solo un momento – dice Helene con rapidez–. Sabrás que desaparecí y que estuve tres años perdida, ¿no?

Martin asiente con la cabeza.

–Solo sé lo que salió en los periódicos.

–Poco antes de mi desaparición estuve en el hotel en el que trabajabas. Te mostré algo, te pregunté algo. ¿Qué era?

Martin piensa.

–No me acuerdo bien..., sí que preguntó por alguien. Alguien que había vivido en el hotel.

–¿Quién era la persona por la que pregunté?

–De eso no me acuerdo –responde él, encogiéndose de hombros.

–¿Se trataba de un hombre o de una mujer? Es importantísimo para mí.

–Ven pronto, Martin. ¡Aquí hace un frío de cojones! –grita otro buceador.

–Un momento –replica Martin, irritado.

La mira, Helene espera anhelante. Y en ese momento, Martin deja de mirarla y se fija en algo detrás de ella.

–¡Helene! –exclama una voz masculina a su espalda.

Siente una mano sobre el hombro y se da la vuelta. Edmund. Tiene los ojos fuera de las órbitas, manchas rojas en el cuello. Su voz está tan desencajada que apenas la reconoce.

–¿Qué haces tú aquí? –exclama Helene, sorprendida.

–¿Qué quieres decir, qué es eso de qué hago *yo* aquí? ¿Qué haces tú aquí? – Edmund casi grita, ella nunca lo había visto en ese estado. Helene no sabe qué responder.

–¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? –pregunta, por decir algo.

–Ann Louise me llamó por teléfono –dice Edmund, apartando la mano.

Helene mira hacia el sendero y ve a la joven que la reconoció al llegar. Está con los brazos cruzados, mirándolos con curiosidad.

–¿Fue ella la que te llamó? –dice Helene asombrada.

El rostro de Edmund se encoge airado.

–¿Qué está pasando aquí, Helene? ¿Es que no te das cuenta de lo que haces? No puedes desaparecer de esa forma otra vez. –Sus palabras la golpean como un puñetazo.

–Pero ya te dije que llegaría a casa tarde –se excusa ella sin mucha convicción.

–Dijiste que estabas con una amiga, pero de eso hace muchas horas. Y además, no estás con ninguna amiga. Me estás mintiendo. ¿Qué estás haciendo aquí? Ann Louise me llamó y me dijo que andabas por aquí, junto al lago, y que parecías confusa y desorientada. Estoy preocupado por ti. Y los niños están asustadísimos, ¿es que no lo entiendes?

Helene asiente con la cabeza. Es verdad, tiene razón en todo lo que dice. Está desconcertada, mira a Martin, que parece incómodo.

–Lo siento –dice Helene, dirigiéndose tanto a Martin como a Edmund–. Lo siento, ni me di cuenta.

Edmund la rodea con un brazo, le da una palmadita y dice con voz más dulce:

–Sé que no lo haces queriendo. Sé perfectamente que ahora todo te desasosiega. Pero todo irá a mejor –le susurra al oído–. Los médicos te están ayudando.

Se da la vuelta, llevándola consigo en el movimiento, y se pone en camino hacia el muelle. Su cochazo está justo al otro lado de la caseta. El chofer enciende el motor en cuanto los ve acercarse. Sale del coche y abre las puertas. Pasan al lado de Ann Louise, que sonrío a Edmund.

–Muchísimas gracias por llamar, has sido de gran ayuda –dice Edmund.

Suelta a Helene y estrecha la mano de Ann Louise entre las suyas. Ella se ruboriza, como si hubiera conocido a su estrella del pop preferida, o a un presidente. ¿Qué pasa con Edmund y las mujeres? Todas lo miran de esa forma. Todas excepto Helene. Edmund le pasa de nuevo un brazo por el hombro a Helene, que acierta a ver la envidia en la mirada de Ann Louise antes de volverse de espaldas a ella, y entra en el coche agarrada del hombro

por su marido. Se acomoda en el asiento trasero y mira al grupo de submarinistas con sus trajes de buceo, que los observan con curiosidad. Martin está muy cerca del coche, en el lado de Helene. Mira sus gafas de buceo, se las pone y respira sobre el cristal, juega con ellas. Helene cree al principio que las está limpiando, pero entonces él levanta la vista, capta la mirada de ella y deja que la luz ilumine las gafas. En el cristal empañado... un mensaje, una sola palabra: *Kirsch*. Helene entorna los ojos. No es su imaginación, no son simples garabatos. Son letras de verdad, una palabra. *Kirsch*. ¿Qué significa eso? El coche arranca. Edmund le quita el brazo del hombro, se queda silencioso y taciturno al lado de Helene.

–¿De qué conocemos a Ann Louise? –pregunta Helene con prudencia.

–Estuvo trabajando una temporada en las cuerdas. Hace mucho tiempo, cuando aún iba al instituto. –Edmund suspira y se pasa una mano por el pelo. La mira como si fuera una extraña.

–¿Y tenía tu número de teléfono? –dice Helene.

–No pienses más en eso –responde él, cansado–. Es lo que pasa cuando se es un personaje público. Para lo bueno y para lo malo. En esta ocasión fue para lo bueno, estaba realmente intranquilo.

Le coge la mano, la aprieta, ella nota que la de él está temblando.

–Vale –dice Helene.

No insiste. Se reclina en el asiento. No quiere insistir en nada. Pero sus pensamientos tienen voluntad propia y giran alocados dentro de su cabeza. Todo lo que no encaja. El hombre que la seguía. El mensaje de Martin. *Kirsch*.

Rebekka, la vecina de abajo, abre la puerta con una sonrisa. Joachim está sin resuello, el taxi espera en la calle con el motor en marcha. Joachim se ha cambiado de ropa, se ha puesto un traje de cuando la raya diplomática renació por breve tiempo. La última vez que se lo puso fue la velada aquella en que fue al café a hacer una lectura.

—Hola. —La voz de Rebekka devuelve a Joachim al presente.

—Hola, Rebekka. ¿Estás muy ocupada?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué te parece si te pones tu vestido más elegante? Luego te lo explico en el taxi.

El chofer conduce rápido, espoleado por la insistencia de Joachim. Rebekka mira tensa por la ventanilla, lleva un vestido *sexy*, un tanto barato.

Hizo falta una buena explicación para convencerla de que se uniera al plan. Cinco minutos, al menos, durante los cuales le habló de sus verdaderas intenciones y de Louise, la mujer desaparecida. Rebekka lo interrumpió bruscamente y le preguntó si era una especie de investigación para un libro. Joachim se la quedó mirando, perplejo: ¿es que la joven no había escuchado nada de lo que le había dicho? Y entonces comprendió. Acompañar al famoso escritor en su investigación: eso sí que lo entendía bien. Todo lo demás, el amor perdido, la desaparición de la niña inclusera, la prostitución..., todo eso quedaba demasiado lejos de su propia vida. Al final dijo que sí. Sí, demonios, es cosa de una investigación. La vida en el carril rápido, los clubes nocturnos, la Copenhague más decadente. Así que aceptó.

Joachim paga la desproporcionada tasa del guardarropa del Roxy, que es, sin duda alguna, la forma que tiene el local de demostrarte que mereces estar allí. Se mira en el gran espejo que cubre la práctica totalidad de la pared trasera. En realidad, su rostro maltratado encaja bien con el lugar, ahora que

lleva puesta la ropa adecuada y una señora al lado. El brazo ejecutor del jefe mafioso, eso piensa de sí mismo al entrar en el salón. Se estira bien. Inspecciona ansioso el local, buscando, y vuelve a mirar el reloj. Pasan diez minutos. Mindy no está.

–Joder.

–¿Qué pasa?

–Hemos llegado demasiado tarde... No la veo.

–¿Y por eso nos tenemos que volver? ¿No puedes entrevistar a otras mujeres? –Rebekka le pone una mano en el antebrazo, ladea el rostro y pone expresión de fastidio. Joachim sacude la cabeza.

–Vale, ya que estamos aquí, puedes tomar algo.

Buscan sitio en la barra. Iluminación tenue, todo negro y blanco, de hierro basto. Las alfombras negras del suelo son gruesas y blandas, del techo penden lámparas redondas de hierro con una luz suave y dorada. Repartidas por las paredes cuelgan pieles de cebra, de cabra, animales de piel negra y blanca. En los rincones hay dispuestos unos grupitos de sofás, muebles todos distintos, desde *chaise longues* hasta sillones saco. Se ven bellas y elegantes mujeres arrellanadas en los mullidos muebles. La mayor parte de los hombres son ya de edad madura, los únicos jóvenes del local son el barman y el DJ, y parecen dioses griegos. Toda la música le resulta extraña a Joachim, pero Rebekka mueve el cuerpo, acostumbrada a ella, cierra los ojos un instante, se entrega a la música. Es un club caro, y Rebekka no acostumbra a acudir a ese tipo de locales. En realidad, Joachim tampoco. Todo el día de hoy ha sido absurdo, los recorridos en taxi, la agresión, cuando lo expulsaron. Mira los ojos burlones de Rebekka.

Joachim extiende los brazos.

–¿Qué quieres beber?

–Daiquiri de fresa.

Joachim se lo pide al barman, un joven pelirrojo de miembros largos y piel marmórea. Con toda desvergüenza, la mirada de Rebekka recorre el cuerpo del joven de arriba abajo, antes de volverse hacia Joachim con ojos chispeantes.

–¡Espera a que les cuente a mis amigas que he estado aquí! –exclama.

–¿Qué tiene de especial este sitio?

–¿Qué dices? ¿Es que no ves qué tipo de gente hay aquí dentro?

Joachim observa a los clientes. Dejando de lado las ropas de calidad, para



entrar parece evidente que es necesario que exista una diferencia de al menos veinticinco años entre el hombre y la mujer. De modo que Rebekka y él encajan estupendamente, aparte del hecho de que Joachim no se comporta con ella al estilo pulpo. Es obvio que para los otros hombres esto es solo el prelude. Algunas de las mujeres dejan que los hombres las manoseen sin mudar el gesto. En conjunto, el espectáculo es bastante penoso. Rebekka ve algo completamente distinto. Emocionada, se pone a indicarle quiénes son famosos y por qué. Joachim no reconoce nombres ni rostros, pero comprende que son conocidos sobre todo, y más que nada, por ser famosos. Vuelve la espalda a la pista de baile y se concentra en su whisky. La decepción lo acosa de nuevo. No lo ha conseguido. Y todo lo que le queda son dos posavasos de Campari, uno con un número de teléfono que ya no le sirve y otro con una hora que ya ha pasado.

Vacía el vaso de un largo trago. Le hace una señal al barman, por qué no seguir. Beber hasta perder el sentido. Así podrá incluso meterle mano a Rebekka. El hombre asiente con la cabeza para indicarle que lo ha visto, mientras está ocupado hablando por teléfono. Saca un bolígrafo, escribe algo y deja el teléfono. Joachim está impaciente. Mira la carta de bebidas, la siguiente tiene que ser más fuerte, tiene que ser más larga, la siguiente bebida tiene que ser como el cuerno del que bebió Thor cuando estuvo en el palacio de Utgard-Loki, tiene que llegar hasta el mar que rodea los mundos, una eternidad de alcohol. Espera un momento. Joachim deja de mirar la carta y levanta la vista. ¿Qué acaba de pasar ahora mismo? El barman ha escrito algo en un posavasos de Campari idéntico al que tiene él en el bolsillo. Joachim lo mira. Observa al joven preparar un combinado y acercarse a una mujer que está sentada sola en la barra, a solo tres puestos de donde se encuentra Joachim. Deja la bebida sobre el posavasos. La mujer toma un sorbo, levanta el posavasos, lo mira un instante y se lo mete en el bolsillo. Joachim se queda con la mirada fija en el barman que se dirige hacia él, y luego vuelve la vista hacia la mujer a tres asientos de distancia. Se ha ido, dejándose casi toda la bebida.

—¿Qué quieres?

Joachim observa al joven, que está en silencio, esperando, dispuesto a atender las comandas. ¿Es así como funciona? Roxy alquila las chicas y el barman se encarga de las citas. ¿Entre cliente y putas de lujo? Los clientes telefonan al empleado, hacen su encargo; las chicas están ahí dispuestas y él

sabe cuáles están libres. Escriben en el posavasos número de teléfono, hora de cita, quizá también el lugar de esta. Es imposible demostrar que exista proxenetismo, no hay papeles, ni mensajes de texto, ni correos electrónicos... El barman y el club nocturno saben protegerse como mediadores de contactos.

—¿Vas a tomar algo?

Joachim mira la barra. El hombre se rinde y se aleja. Dos mujeres están solas, sentadas, con una copa delante. Es evidente que están esperando. ¿A que llamen los clientes? Con decisión, Joachim saca el teléfono móvil y mira el número de teléfono del club en la parte posterior de la carta de vinos.

—¿Tomamos algo más de beber? —pregunta Rebekka.

—¿Dónde está el baño?

Rebekka se lo indica mientras devuelve su atención al barman, al que se está comiendo con los ojos. Joachim va a toda prisa al baño de caballeros. Losetas negras, estructuras metálicas, urinarios de acero, puertas de acero. Comprueba que está solo y marca el número de teléfono. El barman responde al momento. Joachim inspira con fuerza y suelta la frase, plantea otra vez la pregunta que ya le ha provocado tantos porrazos:

—¿Está Louise por ahí?

—¿Louise? ¿Louis, quieres decir? —El hombre parece confundido, pero nada agresivo.

—No... —Joachim titubea. Piensa en lo que le dijo Mindy cuando él mencionó el nombre por primera vez. «¿Te refieres a Stella?»

—¿Sí? —Es la voz del barman.

—Stella —se corrige Joachim.

Se produce un silencio al otro lado. Mierda. Su última oportunidad, tiene que decir lo correcto si quiere que salga bien su plan.

—Stella libra esta noche —responde el hombre. Seguramente es mentira. Pero es una mentira que a los clientes les gusta oír. No les apetece enterarse de que está ocupada con otros esa noche—. ¿Qué tal mañana?

—Ok —responde Joachim, intentando hablar con un tono todo lo desenvuelto e indiferente del que es capaz. No debe parecer desesperado, no debe llamar la atención.

—¿Adónde la mandamos?

—Al hotel d'Angleterre. A las dos de la tarde. Pero tiene que ser Stella. Solo Stella.

—¿Y por quién tiene que preguntar?

–Por Joachim. Que pergunte por Joachim.

Por la mañana, Helene se da cuenta de lo que ha hecho. Hasta qué punto su desaparición alteró a los niños. Sofie no acaba de tomarse el desayuno, tiene los ojos vidriosos, está claro que ha dormido poquísimo, si es que ha dormido algo. Helene necesita tiempo con sus hijos, les asegura que solo había salido un rato y que nunca volverá a marcharse.

Cuando el chofer lleva a los niños al colegio con Caroline, Helene está de lo más inquieta. No puede dejar de pensar en Himmelbjerg y en el hombre que la seguía. Quizá no sea más que un resultado de su paranoia. Su cerebro..., piensa... ¿Puede confiar en sí misma, acaso? Da una vuelta por el dormitorio, intenta rememorar las vivencias del día. Tiene que centrarse. También por el bien de su familia. Admira el precioso conjunto que le regaló Edmund, y que Helene le pidió que le comprara porque no tiene ni la menor idea de cómo vestirse para la reunión con la junta directiva. Edmund eligió un conjunto azul oscuro de corte masculino. Pasa la mano por la tela, densa y pesada, antes de volver al baño para arreglarse el pelo. Un maquillaje discreto, no excesivo, pero visible. Se mira en el espejo. Se queda más o menos satisfecha e imagina la mirada de Edmund. Los ojos con que la observó durante el desayuno, llenos, al mismo tiempo, de decepción y de deseo. *Deseo*. Tiene que hacer algo para que su familia funcione, y también su matrimonio. Se despoja de la bata, se quita la ropa interior blanca y se vuelve a poner la bata.

Abre la puerta del despacho de Edmund sin llamar antes. Edmund levanta la cabeza solo un momento, e inmediatamente vuelve a dirigir su atención a los papeles que tiene delante. Helene se ciñe la bata un poco más, cierra la puerta y va hacia su propio escritorio. Edmund sigue sentado a su mesa, encorvado, concentrado. Helene estaba casi segura de que se levantaría y se acercaría a ella, que sería algo muy especial. Avanza hasta la mesa de Edmund, se sitúa a su espalda. Él cierra con tranquilidad su portátil, pero sin volverse. Su

cabellera tiene un pequeño remolino, ella mete los dedos, acaricia los suaves cabellos, deja que sus dedos sigan bajando por la suave piel de la nuca hasta el cuello de la camisa. Imágenes del pelo de Joachim, desordenado y enredado, gris con muchos matices... No. Ahora no debe pensar en eso.

–¿Edmund? –susurra Helene.

Despacio, Edmund gira la silla y la mira titubeante. Helene se va arrodillando despacio hasta quedar a la altura de sus ojos, le pone las dos manos en el torso, se dobla y lo besa. Él la besa con desgana. Ella mete las manos por debajo de la camisa, después desabrocha los dos botones de arriba; él no protesta y ella desabrocha otros dos. El beso de Edmund se hace más húmedo, más profundo. Una de sus manos se desliza por la cintura de Helene, la otra se mete debajo de la bata, se redondea adaptándose a su seno derecho, le acaricia el pezón. Helene suspira profundamente al notar la sensación que desciende desde el pecho. Tan especial. Un roce en un solo lugar, y todo el cuerpo lo comparte. También Edmund respira ahora más deprisa, la suelta para levantarse. Helene lo retiene en el asiento, no se atreve a hacer una pausa para atravesar la casa y subir la escalera. Con un movimiento rápido, le desabrocha el pantalón. Edmund se recuesta. Helene le mira el pene un momento. Lo coge con una mano, echa el prepucio hacia atrás, mueve la mano adelante y atrás, uniformemente y sin prisa, mientras escucha los suspiros impacientes de Edmund. Contempla las venas que forman una fina red bajo la piel delicada y sensible y, debajo de ella, sometida, la voluntad de Edmund. Tiene su voluntad en la mano, eso es lo que piensa. Se agacha, pasa la punta de la lengua desde la base hasta el extremo, la hace girar por la curva del glande, ve unas gotas de líquido transparente brotar de la hendidura. Nota una punzada de deseo que casi resulta dolorosa. Quiere sentir. Se pone de pie. De nuevo, él cree que van a subir al piso de arriba; ella lo empuja con gesto alegre, pero con fuerza al mismo tiempo. Le baja los pantalones aún más, hasta los tobillos, le rodea el cuello con los brazos y se sienta encima de él. Se hunde lentamente, siente, gime, se inclina hacia delante, lo besa con los ojos cerrados, más abajo, más adentro. Las manos de él descienden por las caderas de Helene, aspira el aire junto a sus orejas; ella siente los dedos de Edmund clavarse en sus nalgas, nota que ahora es él quien toma la iniciativa; su respiración, acompañada a la de ella, se va haciendo más jadeante, más aguda, y ella abre los ojos, lo mira, mira sus ojos cerrados, está sumergido en su propia embriaguez, y ella lo siente. Siente el tirón, las contracciones, cómo

todo dentro de él se tensa y se relaja, y lo mismo sucede en su interior, todo ocurre al mismo tiempo. Mira extrañada al hombre que está tan lejos y a la vez debajo de ella, dentro de ella. Su marido. Después se quedan sentados en silencio. Ella, ladeada, su mejilla junto a la de él. Ninguno dice nada. Es Edmund quien empieza a moverse, balancea los pies, intenta estirar una pierna. Helene se incorpora. ¿Tiene mala conciencia? ¿Por Joachim?

–Se me ha dormido un pie –dice él para excusarse, cohibido.

Van al piso de arriba sin decir nada, solo se miran con algo de timidez. Edmund va directamente al cuarto de baño y se ducha. Helene se sienta en la cama, al lado de la ropa que se pondrá para la reunión de la junta. Todo está bien, soportará vivir aquí, los niños se lo merecen después de lo que han tenido que pasar. Y Edmund también. Y sin embargo, se siente terriblemente culpable.

Helene se levanta. Va de prisa al piso de abajo y se sienta a su escritorio. Enciende el ordenador y se conecta, abre internet y, en Google, escribe la palabra: Kirsch. Cortinas y licores de cereza de la Selva Negra. Repasa a toda prisa los numerosos resultados de la búsqueda, pero se rinde. Vuelve a subir, Edmund ha terminado de ducharse y está a medio vestir. Su traje hace juego con el de ella, el mismo color oscuro, la misma tela.

–¿Te estás arreglando ya? El coche sale dentro de una hora –dice Edmund–. Yo tengo que hacer una llamada breve ahora mismo.

Pasa al lado de ella. Se detiene bruscamente, gira, vuelve hacia ella y la besa. Helene no está preparada, resulta un beso extraño y torpe. Quiere besarla otra vez, como es debido, pero él ha seguido su camino.

Helene se viste, la ropa le sienta perfectamente. Se mira en el espejo, recuerda cuánto le gustaba verse a sí misma a través de la mirada de Joachim, cómo aquella mirada le otorgaba un lugar en el mundo, porque solo se encontraba a sí misma cuando él la contemplaba. No, no puede ser. Ella tiene derecho a disfrutar. Sí, pero fue algo extraño. Correcto y equivocado a la vez.

–Joder –dice en voz baja. Echa un vistazo al reloj, se mira por última vez en el espejo y baja las escaleras.

A mitad de camino se encuentra con Caroline, que está subiendo.

–Los niños han ido a la escuela sin problema –dice Caroline. La anciana señora parece un poco cansada. Edmund dijo algo de que quería jubilarse, pero que estaba dispuesta a quedarse un poco más si la necesitaban.

–Gracias, Caroline.

–Me parece que me voy a echar una siestecita antes de que vuelvan.

–Buena idea. Pero si ves que estás muy agobiada, no tienes más que decírmelo.

–No, no. –Caroline sonríe, le coge con fuerza la mano a Helene.

Un impulso repentino hace que Helene se detenga.

–Por cierto..., estaba pensando en una palabra... ¿Te dice algo la palabra Kirsch? –pregunta Helene con fingida desenvoltura.

La anciana señora se queda un momento pensando.

–Nunca bebo alcohol de mucha graduación –responde–. Pero luego pensaba ir a la ciudad, así que lo buscaré y se lo traeré.

Helene sacude la cabeza.

–No, era solo una tontería, pensaba que... ¿No deberíamos tutearnos?

Caroline acepta con un «sí» prudente. Y Helene piensa que debe terminar su ridícula investigación, su intento de jugar a los detectives. Tiene que empezar a interesarse un poco más por las otras personas a las que dañó y traicionó, por las que trabajan para ella, por la pobre señora mayor que querría jubilarse, por los niños..., por cualquier cosa que no sea ella misma.

Louise Andersen. Hoy, por fin, Joachim la va a conocer. Hoy puede concluir la historia. Eso piensa Joachim mientras va hacia el hotel d'Angleterre. *Louise Andersen*. ¿Qué imagina que sucederá cuando se vea cara a cara con la verdadera Louise? ¿Pasará a ocupar el lugar de Helene? ¿Se irán los dos a vivir juntos a Christiansø? Por fin se podrá poner a escribir la historia. ¿Sobre lo que perdió, sobre su desgracia? No..., no lo sabe. Solo sabe que la historia tendrá un punto final. Él es escritor, hay que perseguir la historia hasta el final. Sus padecimientos tendrán un desenlace. Sube con paso decidido las escaleras del metro, ahora está en la plaza de Kongens Nytorv, disfruta de la sensación del viento sobre la cara. Corre el riesgo de darse de bruces con Ellen, que tiene por costumbre salir a almorzar; la academia de arte está al otro lado de la plaza. Pero ¿seguirá trabajando allí?

Antes de entrar en el hotel Joachim piensa, sin planteárselo, en uno de los caprichitos temporales de Ellen. Un profesor invitado o algo así, canadiense o francés; en cualquier caso, hablaba francés. Un tipo cargante. Joachim interrogó a Ellen para sonsacarle si había follado con él. Ellen lo miró un buen rato, sonrió, sacudió la cabeza y extrajo de entre sus labios su «no» más pausado. Así fue como se enteró. Cuando Ellen miente, lo hace despacio. La verdad le daba igual, podía decirla a toda velocidad, pero la mentira..., la mentira la sopesaba y necesitaba su tiempo. Joachim va hacia el hotel. ¿Por qué dijo hotel d'Angleterre al concertar la cita? Lo cierto es que ese lugar supera con creces su modesta capacidad económica. Joachim se irrita, pero la respuesta es muy simple: fue el único nombre de hotel que fue capaz de recordar, porque había que hacer las cosas deprisa.

Cuando entra en el vestíbulo del hotel, se queda estupefacto ante la grandiosidad del lugar. Por un momento se siente muy pequeño, como alguien que entra en el universo equivocado. Con ese sentimiento se acerca al mostrador, dice su nombre, coge la tarjeta de la habitación y paga por una noche que, en realidad, ni siquiera pasará allí. Pero un hotel de cinco estrellas



no es de esos sitios que se alquilan por horas. Mira la cuenta y no puede por menos que asombrarse ante su exorbitante cuantía.

–Vendrá una mujer preguntando por mí –dice, sintiendo calor en las mejillas–. Envíenla a mi habitación.

El impávido recepcionista no hace ni un ademán, asiente con la cabeza de forma apenas perceptible, señal de que Joachim está atendido. Joachim siente que se está poniendo nervioso, pronto estará cara a cara con la mujer que se hace llamar Stella. ¿Es ella Louise Andersen?

–¿Joachim?

Se vuelve. Justo delante de él, en pleno centro del vestíbulo del hotel, está Charlotte Lund, una de las redactoras sénior de la editorial. Una mujer delgada y en buena forma, que estrecha muy suavemente la mano de Joachim.

–Imagínate, encontrarte aquí, nunca me lo habría imaginado –dice la mujer abriendo mucho los ojos. Joachim lo nota al momento: los códigos. Ese lenguaje particular, todo lo que odia. ¿Qué es lo que acaba de decir? Que el hotel d’Angleterre no es lugar para él–. Bueno, Gudrun dijo que te habías venido a vivir a la ciudad, pero ¿precisamente aquí?

Levanta y baja de inmediato los brazos y dibuja media sonrisa. Está ajada, no abulta nada, solo le quedan huesos y piel. Joachim recuerda fragmentos de una charla en el curso de alguna comida hace muchos años, cuando ella acababa de volver de Asia..., quizá de Vietnam. Estaba asombrada de que allí no hubiera personas gordas.

–Por cierto, estoy con Jorn Schneider, vamos a comer, ¿no te apetece venir a saludarlo? Le parecerá fenomenal conocer a un escritor danés –continúa la mujer. ¿Fenomenal? Ya estamos otra vez con los códigos. Fenomenal... Un payaso es fenomenal. ¿Joachim tiene que ser ahora el payasito danés de Charlotte?

–Lo siento, no tengo tiempo, tengo una cita para dentro de un momento.

Charlotte lo observa con asombro, ha visto en su mano la llave de una habitación.

–¿Te alojas aquí?

–No. Bueno, sí, pero solo una noche. En mi apartamento ha habido una inundación, por un escape en una tubería del vecino de arriba, así que... lo

paga el seguro, de modo que aprovecho para sacarle el máximo partido. – Joachim intenta sonreír.

–¿Sí? Pues me tienes que dar sin falta el nombre de la aseguradora –dice ella con una sonrisita. No le cree. Joachim intuye perfectamente los pensamientos que circulan por la cabeza de Charlotte. Que Joachim es un escritor medio en forma medio viejo medio guapo que tiene una cita con una prostituta. La verdad, en otras palabras. Lo último que resuena en la cabeza de Joachim cuando va a entrar en el ascensor es la falta de apetito de Charlotte Lund en aquella comida, cómo sacaba la lengua haciendo como si fuera a vomitar y cómo habló del asco que le da la gente que no hace más que comer y comer. Ella solo come en días alternos. Si acaso, añadió. En cambio, hace bicicleta estática a diario.

Ya en su habitación, Joachim se sienta en la butaca. Está sudando. Dentro de poco, Stella estará allí dentro, la auténtica Louise, y entonces podrá comprobar si se le puede sacar algo. Vuelve a levantarse, pasea sin parar por el cuarto elegantemente amueblado. Suena su teléfono móvil, se apresura a cogerlo. ¿Será ella desde la recepción? Él pensaba que subiría directamente, sin más.

–¿Está Joachim?

–Sí, ¿con quién hablo? –responde Joachim, incapaz de reconocer aquella voz tan formal.

–Edmund. Edmund Söderberg. –Joachim se pone rígido y aprieta los dientes; su mano aprieta con fuerza el teléfono, pero lo que realmente le apetece es tirarlo.

–¿Qué quieres? –consigue espetarle.

–Dijiste que no al acuerdo.

–En efecto –dice Joachim.

Había olvidado por completo la visita del abogado, parecía que había pasado una eternidad desde que lo visitó en medio de todos los trastos de la mudanza, blandiendo el contrato. Medio millón de coronas.

–¿Por qué? –La voz de Edmund suena neutra, es imposible descodificarla.

–No tengo planes de escribir sobre Helene, pero no me gusta ni pizca la suposición que se trasluce en el acuerdo.

–¿Qué suposición? –pregunta Edmund, que ahora suena sinceramente extrañado.

Joachim titubea.

–Lo que viví con Helene era auténtico. No quiero firmar un papel que intenta hacerlo desaparecer como si esos dos años y medio nunca hubieran existido.

Ahora es Edmund quien titubea, mientras Joachim espera.

–Pues si no piensas utilizar la historia en tus libros, de todos modos, no hay razón para no firmar –dice Edmund.

–No voy a firmar ese papel. Esa historia nos pertenece solamente a Helene y a mí, no pienso venderla jamás de esa forma –afirma Joachim con decisión.

–Estoy dispuesto a doblar la cantidad –dice Edmund.

–¿Cómo? –dice Joachim, primero sorprendido, luego furioso–. ¿No has entendido lo que acabo de decir? No se trata de dinero, es mi historia con Helene, *nuestra* historia. No puedes hacerla desaparecer chasqueando los dedos, ni con todo tu dinero.

–Intenta escuchar. Por mí, puedes seguir haciendo el tonto con tus romanticismos, pero Helene tiene una gran responsabilidad. No es solo nuestra familia: Söderberg Shipping tiene empleados en todo el mundo. Miles de familias que dependen de que la empresa vaya bien para poder conservar el trabajo, pagar los plazos y llevar comida a la mesa. La empresa no irá bien si empiezan a circular historias de que la principal responsable financiera ha perdido la razón y que durante varios años estuvo cohabitando en una isla con un escritor venido a menos. ¿Entiendes lo serio que es todo eso?

Joachim se queda pasmado, tanto por el tono agresivo que ha empezado a usar Edmund de pronto como por sus palabras. Por la verdad que encierran. Lo que dicen es cierto.

–La prensa ha empezado a interesarse por la historia, no tenemos más remedio que hacer algo para pararles los pies. Es muy sencillo: firmas el acuerdo, te doy un millón y no te molestaré nunca más. –Edmund ha retomado el tono neutro y tranquilo.

–No firmaré –dice Joachim sin fuerza, hundido en el sillón.

Al otro lado de la línea se escucha una respiración pesada. Y Edmund vuelve a las andadas, tranquilo y relajado:

–¿Te puedes permitir decir que no, Joachim? Te alojas en el hotel d’Angleterre, y tus hábitos de bebida no se han abaratado con los años. ¿Unas ventas de libros cada vez menores pueden cubrir realmente ese estilo de vida? Los buenos vinos, el whisky caro, las putas..., más te vale que Helene no se entere.

Joachim se levanta del sillón de un salto.

–¿Me estáis siguiendo? Pero ¿qué pretendéis?

No hay respuesta. Edmund ha puesto punto final a la conversación. Joachim suda, su corazón palpita con fuerza, mira a su alrededor enloquecido, buscando una señal de que lo están vigilando. Naturalmente, no se ve nada. Pero Edmund sabe dónde está. ¿Realmente lo están siguiendo? Se acerca a la ventana, aparta la cortina y escudriña el patio: nada. Llaman a la puerta. Joachim se da media vuelta con rapidez, confuso.

Y entonces se acuerda. Se acuerda de por qué está allí.

–Stella –dice al otro lado de la puerta una voz de mujer.

Helene aparca su Mercedes delante de las oficinas centrales de Söderberg Shipping. No quiso que la llevara el chofer, aunque Edmund intentó convencerla. Si quiere encontrarse a sí misma, no puede dejar que la traten como si fuera menor de edad. *Encontrarse a sí misma*. Helene se queda prendida de esas palabras, son cosas que se dicen cuando estás un poco estresado. Lina lo dijo una vez en el café: que necesitaba vacaciones para encontrarse a sí misma. Para Lina, para todas las demás personas, menos para Helene, encontrarse a sí mismo es algo que se consigue pasando unos días en una playa o un balneario. Para Helene, es algo imposible; la NASA encontrará vida en el universo antes de que Helene se encuentre a sí misma. Tal vez existe un «yo interior» dentro de ella... ¿Tal vez su «yo interior» está en la empresa? Mira el edificio de abajo arriba, la escalera de piedra que conduce a la gran puerta de entrada. Es un edificio antiguo, remozado, que rezuma dinero e historia. En Jutlandia es donde se gana el dinero que se gasta en Copenhague..., eso leyó ayer en un titular del periódico. Algo sobre las antiguas fortunas de Jutlandia, sus profundas tradiciones y sus familias unidas. Se citaba a los Söderberg, pero no acabó de leer el artículo. No fue capaz, porque las letras la cansan ahora más que cualquier otra cosa. Las letras de Joachim. Todas las que no conseguía escribir porque vivía con ella. Ahora puede volver a escribir. Helene sabe perfectamente que esa idea es injusta, que no se corresponde con la realidad, pero de todos modos se siente abandonada.

Suena el teléfono móvil de Helene, que da un respingo porque aún no se ha acostumbrado a la nueva señal de llamada, siente que hay en ella algo que la intranquiliza. Es Edmund, que quiere saber dónde está. Le responde con un mensaje de texto: «Estoy aquí, enseguida nos vemos». Se sienta un momento. Su mente repasa las vivencias del Himmelbjerget, el hombre que la seguía... No, el hombre que *quizá* la seguía. ¿Puede fiarse de Edmund? El teléfono se ha quedado casi sin batería, de modo que lo enchufa al cargador y lo deja en el coche.

–Señora Söderberg, soy Karen –le dice la mujer que va a su encuentro mientras se alisa la falda azul claro. Extiende la mano rápidamente, pero apenas ha estrechado la de Helene cuando la retira y se queda con los brazos cruzados, como si tuviera mucho frío.

–¿Eres tú quien me va a enseñar todo esto? –dice Helene, intentando establecer contacto visual, sin éxito.

–Soy... soy su secretaria –responde nerviosa la mujer. Helene la mira, se da cuenta de que Karen está esperando algo, pero ¿qué? ¿Que la reconozca?

–¿Eras ya mi secretaria... antes?

–Va a hacer diecisiete años –dice deprisa, herida, y añade–: Veinte, si se cuentan los... los tres últimos años.

Helene la mira. Amable, pero con ojos vigilantes detrás de unas gafas pequeñas. Cara redonda. Y entonces Helene se da cuenta de lo que acaba de decir Karen. Que es la persona que aún vive sobre la tierra que ha conocido a Helene durante más años. Más que todos los primos, primas, tíos y tías que el padre de Helene mantuvo lejos de él con su avaricia. Helene se da cuenta de pronto, lo siente como con una punzada, de que tal vez su padre hizo lo correcto, que esos parientes no merecían nada. Que no se puede ir por ahí pidiendo dinero. Eso es lo que siente. ¿Es esa la Helene de antes?

–Discúlpame, Karen.

–No tiene por qué disculparse; permítame que le enseñe la oficina –dice la mujer, que se apresura a entrar.

En el vestíbulo se oyen sus tacones sobre el deslumbrante suelo de mármol. Helene echa la cabeza hacia atrás y ve las suaves luces de las pesadas lámparas de araña que cuelgan del techo abovedado, encalado. Saluda con leves movimientos de cabeza al personal uniformado que está sentado detrás de un largo mostrador curvo de caoba que sigue la forma redondeada de la pared. A cada lado del mostrador hay una escalera que conduce a los pisos superiores. El edificio se construyó a principios de la década de 1950, y Edmund le explicó que es allí donde se descubren los talentos que irán a dirigir las oficinas de Söderberg por todo el mundo.

–Vamos por la escalera –dice Helene, quizá porque desea ver todo lo posible. Siente un hormigueo en el estómago cuando empiezan a subir. Está nerviosa ante la reunión con los directivos, ha leído todo lo posible y se ha preparado lo mejor que ha podido. Pero no estaba preparada para esto. El

aleteo viviente de la historia. También de su propia historia. Es su herencia, su responsabilidad. El corredor de dirección está en el último piso. Helene mira de reojo por las puertas abiertas en las plantas que atraviesan. Ambientes expeditos en las oficinas, muebles elegantes, un leve toque marinero en muchos detalles, los pasamanos de la escalera son cabos marinos fuertes, oscuros, retorcidos, hermosos. Casi todos los empleados levantan la vista al oír los pasos de Karen y Helene, pero todos la vuelven a bajar de inmediato. Rebuscan cualquier cosa en sus papeles o se sumergen en la pantalla del ordenador. Hay algo extraño en ese comportamiento, es como un tirón, un espasmo. ¿Como si verla a ella les provocara incomodidad? Helene se quita la idea de la cabeza: basta de paranoias. Llegan al corredor de dirección, Karen se detiene vacilante ante la puerta, que está abierta.

–Su despacho –dice Karen.

–¿Nos tratábamos de usted... en esa época?

–Siempre –contesta la secretaria, que vuelve a hablar deprisa. ¿Agraviada? Helene es incapaz de reconocerse a sí misma en esas formalidades anquilosadas. *Usted, su*. Entra despacio en el despacho. Una gran mesa de escritorio, de madera de palosanto, domina el espacio. Helene se sienta en el elegante sillón de anticuario y se reclina. Desde el quinto piso, se ve el cielo hasta donde alcanza la vista.

–¿Puedo hacer algo por usted, señora Söderberg?

–¿Qué solía beber?

–Hasta las nueve, café. Después, solo agua.

–¿Hasta las nueve? ¿A qué hora entraba a trabajar?

–A las siete y media. Era la primera en llegar a la empresa, igual que su padre.

Helene sacude la cabeza. ¿A las siete y media? Y todas las mañanas... Eso es mucho peor que en su café de la isla.

–Tengo una pregunta que quizá suene un poco rara... –Helene se ruboriza.

–Puede preguntarme lo que sea, no lo sabrá nadie más –dice Karen para tranquilizarla.

–¿Cuál es mi trabajo aquí, a qué me dedico en realidad?

–Usted es economista jefe –responde Karen.

Economista jefe. Helene saborea las palabras. Helene Söderberg, economista jefe de Söderberg Shipping, un mastodonte de la vida económica danesa y escandinava. Pues vaya. Qué curioso. Y bueno, en realidad no. Eso

era justamente lo que más le divertía hacer en el café. Beate la definía como un talento natural cuando se ponía a comprobar las cuentas. Y cuando se responsabilizó del negocio, introdujo toda una serie de cambios destinados a mejorarlo como empresa. No tenía más remedio. Se hizo cargo sin pagar entrada alguna, pero en el trato que cerró con Beate se decía que tenía que pagar el precio completo en cinco años. De modo que la economía tenía que ser muy ajustada, pero Helene la llevaba perfectamente. Ahora entiende por qué supo hacerlo tan bien.

Karen sigue de pie delante de ella. Amable, dispuesta a atender sus deseos. Helene titubea, pero no tiene más remedio que preguntar. Tiene que saber si está paranoica o si realmente hay algo que va mal.

—¿Cómo era mi relación con... los demás?

—En la dirección existe una cooperación realmente magnífica —responde Karen con celo.

—No, me refiero a los empleados.

La mirada de Karen revolotea por Helene, desciende al suelo, ahora es ella quien titubea.

—Es que usted tenía una gran responsabilidad. No hay mucha gente capaz de comprenderlo —responde.

—¿Qué era lo último en lo que estuve trabajando? Quiero decir, antes de...

Karen carraspea, habla deprisa para que Helene no se vea obligada a terminar la frase, para que no tenga que decir esa terrible palabra: *desaparecer*.

—Pues... déjeme ver —dice Karen, pensando—. Lo último en lo que trabajamos fue... en buscar un contrato. Llegó la fecha de hacer un pago anual a Julsø Kro, algo que había puesto en marcha su padre y no conseguíamos saber por qué.

—¿Ah, sí? —Helene se agita, sonrío, no tiene ni idea de lo que debe decir—. ¿Era cosa de mucho dinero? —pregunta, simplemente para no parecer demasiado perdida.

—Para usted no hay diferencia entre cinco coronas y cinco millones de coronas. —Karen sonrío.

Helene la mira inquisitiva. No la reconoce a ella ni reconoce la descripción que hace de ella misma.



Sola. Helene mira otra vez a su alrededor. Y entonces se da cuenta. Es una economista jefe por quien los empleados no sienten excesivo aprecio. Vaya. Toma una gota de café, un pedacito de bollo, vuelve a mirar el cielo, las nubes son ahora menos densas, se están disolviendo. Piensa en Joachim. Por primera vez en mucho tiempo se concede a sí misma permiso para hacerlo. ¿Qué estará haciendo ahora? Recuerda cómo se le notaba la concentración en su espalda cuando escribía. Su cabello totalmente desordenado, sus brazos gesticulando sin parar, sus ojos rebosantes de entusiasmo. Suspira. ¿Pensará también él en ella? Debería olvidarlo, fue una excepción en su vida, un paréntesis. A quien ella buscaba no era él. Su auténtica vida es esta, en la que está volviendo a entrar ahora. Con el tiempo, todo esto, Edmund, los niños, la empresa, irán llenándola cada vez más y borrando poco a poco el tiempo que pasó con Joachim. No puede ser de otro modo. Helene lo aparta de su mente, toma un poco de café. En las paredes hay colgadas fotografías con elegantes marcos de madera, todos distintos. Se levanta y se acerca a las fotos. En una de ellas se ve la fuente de delante de la casa, cuando aún estaba en construcción. Fue en algún momento de los años sesenta, a juzgar por el estilo de las ropas. Menos mal que no fue ella quien eligió aquella fuente sin el menor gusto, llena de peces y delfines. Comprende que la empresa había empezado a navegar de verdad por los siete mares y que su padre había querido representarlo con algo visual.

Helene sigue con las otras fotos, de barcos amarrados a un muelle. ¿Frederikshavn? ¿No fue allí donde su padre construyó el primer astillero digno de ese nombre? Barcos que se bautizaban con la ritual botella de champán. La apertura de la primera oficina en Singapur; Helene de niña, a hombros de su padre, en algún lugar de Oriente. Helene se deja caer pesadamente en la butaca. Tanta historia es abrumadora. No, espera, se levanta. Ha visto algo. Unas letras. Helene vuelve a estudiar las fotos, ahora está segura, ha visto algo, algo que le llamó la atención. Entre las fotografías más antiguas, las de antes de la guerra, en las que todos aparecen muy serios, con ropas ajadas aunque bonitas. Y ahí lo ve. Una foto de su padre, posando en el embarcadero de Silkeborg. Muy joven. Detrás de él, un barco. Pero no era eso. La descuelga para observarla más de cerca. En el extremo izquierdo, donde hay cinco o seis estibadores descargando barriles de una gabarra... El nombre de la gabarra. Está en la banda de la embarcación, las últimas letras

rozan justo el agua oscura y se refleja... *irsch*. La primera letra está cortada, pero solo en parte. No es una K. Es una H. Pone Hirsch. Helene recuerda lo escrito en el vaho de las gafas de buceo. Martin escribió deprisa, todo fue muy deprisa. ¿Lo leyó mal? Una H confundida con una K. ¿Realmente ponía *Hirsch*?

–¿Helene?

Se lleva un susto. Se da la vuelta y encuentra los ojos de Edmund, que la mira fijamente. Luego mira la fotografía. Helene se apresura a colgarla otra vez en la pared.

–¿Está todo bien? He intentado telefonearte.

–Todo está bien –responde ella, y añade, como excusa, que se dejó el móvil en el coche.

Edmund la interrumpe:

–¿Estás lista? La junta está esperando.

Joachim titubea un instante antes de abrir la puerta. Todo puede terminar ahora. Si es Louise Andersen la que va a entrar en la habitación del hotel dentro de un instante, podrá contárselo todo. Cómo conoció a Helene. Dónde se conocieron las dos. O incluso si se conocen. Joachim no consigue terminar la idea antes de abrir la puerta con un movimiento rápido y decidido. La mujer es algo más joven de lo que esperaba y, al entrar, sus ojos castaños no dejan traslucir reacción alguna. Es solo un nuevo cliente, dicen sus movimientos. Un polvo rápido y al siguiente. La peluca es negra y lisa; una chaqueta clara, entallada, le sienta bien a su cuerpo delgado. Calza botas de tacón, color marrón claro, de su bolso asoma la parte superior de una bomba de bicicleta. Muy danés, eso de que hasta las prostitutas acudan a sus citas en bicicleta. El maquillaje es suave, la piel de su rostro, lisa y delicada. ¿Así es Louise Andersen?

—¿Te parece bien que arreglemos primero lo del dinero? —dice la joven con toda inocencia.

—Sí, claro —responde Joachim.

Saca su billetera, la abre, se ruboriza un poco, cuenta los pocos billetes que contiene. ¿Cómo es que no pensó en llevar más dinero?

—Ah, ¿cuánto?

—Ocho mil coronas.

Deja caer los brazos, derrotado. Jamás en la vida habría podido imaginar que fuera a ser tan caro, es una locura. Ayer no fue tan caro, ni mucho menos. Como no saca inmediatamente el dinero, la joven se encamina a la puerta.

—Te daré el dinero. Pero solo vamos a hablar.

—Olvídalo —dice ella.

—¿Eres Louise? —pregunta Joachim. Pero ella casi ha salido ya por la puerta. Joachim es incapaz de pensar, de pronto está sujetándola con fuerza, empuja la puerta para cerrarla. Tiene un brazo pasado por el torso y los brazos de la joven y oprime una mano firmemente contra su boca, para amortiguar su grito. Ella forcejea cuanto puede, intenta darle patadas con sus afilados tacones. Él

la esquivada, sigue sujetándola con fuerza, presiona todo lo que puede. Y entretanto, se ve a sí mismo desde fuera. Ese no es él, en absoluto, ese no es él. Aprieta los dientes, no tiene más remedio.

–Louise..., lamento muchísimo lo que estoy haciendo –dice con voz grave y áspera, que él mismo apenas reconoce–. No quiero hacerte nada, solo necesito que me escuches para que comprendas que es importantísimo para mí que me cuentes todo lo que sepas. ¿Vale, Louise? No quiero hacerte ningún daño. Ahora te voy a soltar.

El cuerpo de la joven se relaja, se queda quieta. Joachim nota el corazón de la joven latiendo contra su propio brazo. Afloja la presión sobre su boca. Finalmente dice algo, su voz apenas tiene fuerza.

–¿Louise? ¿Por qué me llamas así?

Joachim no responde. No sabe si estará cometiendo un error.

–Me confundes con otra. Déjame ya, joder.

–Demuéstralo. –No piensa las palabras que pronuncia y que, de pronto, parecen adquirir significado. ¿Por qué iba a decir la verdad esa chica? Una mujer que ha estado escondida durante tres años, ¿por qué iba a desvelar su verdadera identidad a un cliente casual? ¿Y a un cliente violento?

La joven mete la mano en el bolsillo interior del bolso con un movimiento lento y nervioso. El bolso es de cuero de color claro, parecido al material del que están hechas las botas.

–Míralo tú mismo.

Joachim saca una arrugada tarjeta de la seguridad social y lee el nombre: Rikke Sommer. Nacida en 1985. Ahora es cuando se da cuenta de su error, creía estar ya muy cerca y se encuentra de nuevo en el punto de partida. Se equivocó. No ha avanzado ni un solo paso.

–Hace tres años llegó a Bornholm una mujer que llevaba los documentos de identidad de Louise...

Estas palabras brotan de la boca de Joachim, que trata de impedir que la mujer que tiene delante pueda escapar. Le cuenta lo que puede. Incluso desgranando emociones. Le habla de Helene, de Louise Andersen, que ha desaparecido.

–... Pero encontré este posavasos con un número de teléfono que me llevó a una tienda de fotografía –dice para rematar su discurso–. Y ahora intento dar sentido a todo eso.

Rikke, o Stella, se yergue. Se aparta de él un paso, aunque sin dar muestras

de querer salir a todo correr.

–De verdad, perdona que te sujetara, pero...

Ella asiente, parece pensativa. Joachim continúa:

–Visité Miss Daisy, el burdel. Allí conocí a una que se llamaba... ¿Mindy? Sí, Mindy. Cuando mencioné a Louise, pronunció tu nombre, Stella. Después seguí a Mindy hasta el club nocturno. Y entonces pregunté por ti.

–Porque creías que yo era Louise Andersen. –Las palabras no formulan una pregunta, solo una tranquila constatación. La mujer hace un gesto indescifrable con la cabeza, sigue alerta.

–¿Sabes tú algo? –pregunta Joachim, esperanzado.

–No he oído hablar de ella..., de Louise –dice la mujer, pero Joachim se da cuenta de que algo más sí que sabe. Espera. Finalmente, la joven continúa, ahora en voz más baja, como si tuviera miedo de que alguien los oyera, aunque están solos en una habitación con la puerta cerrada–. Pero si encontraste ese posavasos con un número de teléfono, es que ella estaba metida en esto.

–¿En qué?

–En lo que nos hacen –dice ella.

–¿No estáis voluntariamente?

Stella reflexiona un momento y se encoge de hombros.

–Muchas debemos un montón de dinero, ya sabes... –Mira a Joachim con gesto de vergüenza–. Muchas de las de Roxy –prosigue, y piensa un momento–. ¿Conoces la Internet Profunda?

Joachim sacude la cabeza, ese nombre no le dice nada.

–La internet secreta. Todo lo que no está en la red normal. Lo que no se puede encontrar. Ahora bien, hay que saber lo que se está buscando. Ellos la usan, es una auténtica barbaridad, a mí ni me van esas cosas. –De pronto, la voz de Stella se ha endurecido. Lo mira inquisitiva, para ella es claramente importante comprobar si la cree.

–¿Una barbaridad? ¿Qué quieres decir exactamente? –pregunta Joachim.

–Toda la mierda que te puedas imaginar; no solo sadomaso, también cosas mucho peores. Sobrepasar todos los límites, ponerte una bolsa de plástico en la cabeza, casi hasta asfixiarte. O usar látigos. Algunos hombres quieren azotar como locos a las chicas de la casa de al lado. Hay hombres cuya fantasía más perturbada es torturar a una mujer antes de follarla. En ocasiones las cosas se salen de madre. Algunos quieren pegar y pegar y pegar. Pura tortura. –Mira a Joachim–. Pero eso mueve mucho dinero. Algunas chicas del Roxy

participaban, al menos antes. Es peligrosísimo, yo no quiero ni acercarme a esa gente. –Stella suelta un bufido de enfado.

–Y por eso tiene que ser muy secreto –dice Joachim–. Los números de teléfono de los posavasos...

Stella lo interrumpe:

–Sí; nada de mensajes ni correos electrónicos, nada que se pueda rastrear. Hay políticos, hombres de negocios riquísimos. No puede existir ni un indicio que pueda servir como prueba.

Joachim sabía que existían esas cosas. Pero de todos modos, que haya gente que pague dinero por hacerlo... ¿Formaba Louise Andersen parte de ese mundo?

–¿Cómo se contacta con esa gente? –pregunta.

–No puedes hacerlo –responde, rápida, Stella.

–Necesito saber más –dice él, insistente.

–Nunca querrías acercarte a esa gente. Por nada del mundo.

–Necesito... necesito descubrir por qué Helene acabó con los papeles de Louise. Hay algo que está muy mal aquí, no consigo encontrar la calma... – Joachim se pone de pie. Respira hondo–. Debe de haber alguien en ese medio que sepa más, que pueda explicarme lo que sucedió.

Stella titubea.

–Hay que recibir invitación –responde ella.

–¿Cómo se hace? –dice Joachim, anhelante.

La mirada de Stella es ahora muy distinta. Sus ojos no son los ojos asustados de cuando él la sujetaba. La relación de fuerzas se ha invertido. Ella lo contempla como si fuera un pobre hombre. Le da pena.

–A lo mejor puedo conseguir un número –dice Stella despacio.

Es un alivio salir para refugiarse en el silencio del baño. Echar el pestillo de la puerta, sentarse y permanecer completamente sola. Va a reunirse con la dirección, solo personas extrañas; Edmund ya ha entrado, pero Helene insistió en que tenía que ir al baño. Tiene náuseas, siente una especie de repulsión que llena su cuerpo. No quiere estar allí, siente que no tiene nada que hacer allí. Helene se levanta, no tiene más remedio que volver. Agarra la manilla de la puerta, pero en ese mismo momento oye que entran dos mujeres, charlando animadamente. No quiere salir mientras estén allí.

—¿Te diste cuenta? —dice una, con un suspiro fatigado.

Helene se sienta sin hacer ruido.

—¿Que si me di cuenta? El puto nudo en el estómago. Ya me había acostumbrado a vivir sin él —dice la otra. Es una voz femenina más profunda; esa mujer puede ser de Copenhague, piensa Helene, el acento es distinto.

—Yo tenía la esperanza de que no volviera.

—Y tan pronto —añade la de Copenhague—. Hay quien dice que se dio un golpe en la cabeza. Pues ojalá ese golpe le haya colocado las cosas en su sitio.

—Es totalmente ella —dice la local, que suspira y murmura—: Bienvenida de vuelta al infierno.

Infierno. Helene intenta quitarse la palabra de la cabeza al entrar en la sala de dirección. Los demás la odian. Para los empleados, ella era una bruja. ¿Acaso puede reconocer los rasgos de personalidad que describieron las mujeres del baño? Mira la mesa inacabable, observa y escucha el coro de patas que rascan el suelo de parqué cuando, todos a una, empujan sus sillas hacia atrás y se ponen en pie. Una infinidad de rostros dirigidos con atención hacia ella. Única y exclusivamente hombres de todas las formas y variedades posibles. Titubeante, Helene se vuelve hacia Edmund, que saca una silla y se la ofrece.

Helene se sienta y todos los demás se sientan también. Edmund le pone sobre el brazo una mano tranquilizadora.

–Bueno, querría dar a Helene la bienvenida de vuelta al trabajo –dice Edmund–. Como ustedes saben, esto ha resultado muy... abrumador para todos, y naturalmente necesitaremos un tiempo antes de que podamos volver a las rutinas acostumbradas. Al principio, Helene actuará sobre todo como oyente, y gradualmente volverá a sus áreas de responsabilidad.

Para después de la reunión, Edmund había organizado lo que llamó «una recepción informal de bienvenida». Helene siente la cabeza pesada, la reunión duró varias horas, durante demasiado tiempo estuvieron hablando en voz muy alta, lo que le hacía retumbar la cabeza. Además, no conocía a nadie, la mayor parte del tiempo estuvo sentada con la mirada fija en los papeles que tenía delante, renunciando a escuchar mientras Edmund y los demás hablaban de la absorción de la naviera holandesa –los planes que iban a activarse cuando desapareció Helene–. Aunque le resultaba muy difícil comprender los detalles, reconoció la sensación, aquella sensación que tuvo también en Bornholm antes de hacerse cargo del café: el deseo de poseer. De tener más. Es innato en ella. ¿Se ha encontrado a sí misma? Helene Söderberg es una mujer avariciosa, mezquina, que lo quiere todo para sí, y a quien temen todos cuantos la rodean. Y ahora está con una copa de vino blanco en la mano, sonriendo a un hombre que la saluda.

–Es un auténtico placer volver a verla con buena salud. Estábamos muy preocupados.

La sonrisa de Helene estira su tez como una máscara que no encaja. Ese hombre es el decimosegundo que le dice aproximadamente las mismas palabras.

Los miembros de la dirección son jefes o propietarios de las grandes empresas del grupo, todas ellas con sede central en la región occidental de Dinamarca. Helene advierte perfectamente algunos rasgos comunes a todos esos hombres, más seguros de sí mismos que la gente de Bornholm, inquebrantables en su visión del mundo. Eso justifica que la democracia danesa naciera aquí. La gente de esta región no se deja mandar, y menos que nadie el que le estrecha la mano ahora, que la aprieta con cordialidad, aunque



quizá con demasiada fuerza. Le habla a Helene de la última vez que Edmund y ella cenaron con su mujer y él en la finca. Sonríe, guiña el ojo, susurra:

–Solo lo menciono por si se te hubiera olvidado.

Helene está como clavada en un rincón de la gran terraza abierta, no sabe cómo ha acabado allí. Suelo de tablas anchas, aclaradas por el viento y el sol como en la cubierta de un barco. Ha llegado más gente. Edmund está en el centro de todo, manteniendo amistosa conversación con un vejstorio y su... ¿qué? Ayudante, enfermera, o quizá hija. En cualquier caso, la mujer tiene permanentemente sujeto por el brazo al anciano canoso. Edmund lo agarra por el otro. Los dos lo ayudan a ir hacia... ah, no. No lo ve. Más extraños. Personas desconocidas a quienes jamás ha visto, y que lo saben todo sobre ella.

–¿Helene? Este es Karl Gudmundson. Participó en todo desde el principio, con tu padre –dice Edmund con una sonrisa un poco artificial–. Desde el principio de los tiempos –añade en voz bien alta.

–A mi padre no le falla el oído. Es más la memoria –dice la hija con una sonrisa, y estrecha la mano de Helene. La boca del anciano se mueve casi constantemente sin abrirse, solo arriba y abajo, como si estuviera masticando algo. Más frases de cortesía, algo así como que Gudmundson es miembro de honor de no sé qué cosa en la empresa; el anciano parece tan confuso como Helene. A ella la tratan más o menos de la misma forma que a él. Como a una discapacitada, una mujer con daños cerebrales que casualmente está de dinero hasta el culo. De otro modo, no le dedicarían ni una mirada. Puaj. Helene se excusa. Tiene que salir. Camino de la escalera, se le cae el bolso y se agacha a recogerlo. Y allí, cerca de ella, las ve en medio de los zapatos acharolados y los altos tacones de las mujeres: las botas negras, pesadas, adecuadas para la marcha, para la guerra. ¿El hombre que la siguió en el monte? ¿Quién, si no? Helene recoge el bolso y se incorpora. Mira en la dirección de las botas. Hay muchas personas y nadie lleva gorra ni gafas de sol, solo hombres peinados más o menos igual, con la misma tez, el mismo tipo. Nota en las sienes algo que las golpea desde dentro, tiene en el interior de la cabeza dos pájaros carpinteros empeñados en salir. Corre hacia la escalera, tiene que volver a su despacho para tener un poco de calma. Y pensar. Si la están siguiendo o si está loca. Corre desesperada. Dos mujeres jóvenes la miran con expresión asustada.

–Perdón, ¿mi despacho? –pregunta Helene.

–Todo recto y a la izquierda –dice la más joven.

–Muchas gracias.

Helene entra en su despacho y cierra la puerta. Quiere irse a casa. Sabe que debería volver, mirar a los empleados a la cara, mostrarles quién es, hacerse valer. Pero no puede. No puede, después de la conversación que escuchó en el baño. Era una bruja. Era una bruja. Esa idea engendra otras: ¿todo es cosa suya? ¿También lo de aquella vez? ¿Fue por eso por lo que quizá tuvo una relación? ¿Era una horrible bruja infiel que escenificó su propia desaparición? ¿Es posible que Edmund contratara a un hombre para seguirla, a ese de las botas, porque ella le era infiel? Helene se sienta en la butaca, se hunde en el cuero blando, siente cómo se disuelve todo lo que es ella. Se va elevando, brilla un poco, se hace menos visible cuanto más intenta agarrarse a algo. Todo lo que creía saber sobre sí misma. Nada es cierto. ¿Era, al menos, una buena madre? Por un instante, Helene nota un zumbido en los oídos. Flota libremente por encima de un abismo, debajo de ella hay oscuridad, un agujero, un frío helador, el vacío. Todo lo que ignora de sí misma.

Es eso lo que ha creado el abismo.

–¿Qué pasa? –le pregunta Edmund desde la puerta.

Helene no puede responder, apenas puede enfocar la vista en él, abre y cierra la boca, pero de ella no brota ni un sonido. Su marido se acerca rápidamente, se sienta pensativo delante de ella; preocupado, le pone una mano en la frente.

–Estás ardiendo.

Su roce hace desaparecer el frío. La piel de él contra la suya. Ha vuelto, está sentada en el despacho, mira a Edmund, que parece preocupado.

–¿Soy una persona horrible? –susurra Helene.

–No. ¿Por qué dices eso? –dice Edmund, asombrado.

–Me odian –afirma ella con voz apagada.

–¿Quiénes?

–¡Todos! –Da un manotazo.

–No te odian. Has estado desaparecida durante tres años y ahora has vuelto, también ellos tienen que acostumbrarse, pero no te odian. No significas tanto para ellos, solo eres su jefa, nada más –dice Edmund con calma.

–¿Por qué no me ha llamado prácticamente nadie desde que volví? Nadie soporta a Helene –afirma–. Tenía más amigos en Christiansø. –Estas últimas

palabras son hirientes, se da perfecta cuenta, y no era esa su intención. Edmund respira hondo.

–Tú eras... –Se corrige–. Tú eres una persona muy familiar –dice–. Te bastaba con tu trabajo y con nosotros. Eso no significa que haya gente que te odie –prosigue–. Además, también veíamos a otras personas. A Ulrik y Majbritt, su mujer. –Pero Helene es incapaz de recordar a ningún Ulrik ni a ninguna Majbritt–. Solo pensé que lo mejor sería esperar un poco. ¿O no?

Sus palabras le llegan muy adentro, y al hacerlo se llevan algo de aquella negrura. Helene respira más tranquila.

–¿Te sientes mejor? –musita Edmund.

–Sí –responde ella.

–¿Crees que podrás ganar el último asalto? Si lo superas sin dramas será mejor. Cuanto menos charles por los rincones, tanto mejor; querríamos integrarte otra vez en la empresa lo antes posible, ¿vale?

Parece lleno de optimismo. Cree en ella. Helene no quiere decepcionarlo. Se pone en pie. Lista para el último asalto. Aguantar, hay que aguantar.

–Pero tú estarás a mi lado, ¿verdad? –pregunta.

–Claro que sí. Estaré siempre, siempre a tu lado –le asegura.

Empiezan a andar hacia la puerta, Helene se siente realmente más fuerte, más segura, con Edmund a su lado. Lo conseguirá. Solo tiene que sonreír, estrechar manos, decir gracias, y luego se irán a casa. Todo irá bien, todo volverá a estar bien. Claro, es solo que está alterada, que todo es turbador. Pero irá mejor. Eso se dice a sí misma mientras caminan. Sin pensarlo, su mirada busca la foto de la pared, la de la vieja gabarra llamada *Hirsch*. Es curioso, la coincidencia es casi demasiado grande. Olvídalo, déjalo, se aconseja a sí misma. Pero se detiene bruscamente. La fotografía no está.

–¿Dónde está el barco? –exclama sin querer.

–¿Qué barco? –Edmund parece no comprender.

Helene suelta el brazo de Edmund y se acerca al marco, que sigue allí, aunque la fotografía que contiene es distinta. Una foto de la fachada de la empresa, también antigua y en blanco y negro. Echa un rápido vistazo a las fotos. ¿A lo mejor lo recuerda mal? ¿A lo mejor el barco está en otro sitio? No...

–Ahí había una foto de un barco, o de una gabarra, antes de irme a la reunión de dirección, y ahora no está.

Edmund mira las fotografías y se pone tenso.

—No sé de qué barco estás hablando, Helene. Esas fotos han estado siempre aquí. Las colgó tu padre.

Helene vuelve a mirar la pared. El barco estaba allí. El *Hirsch*. Está totalmente segura. Abre la boca para decírselo a Edmund. Está segura de que comprenderá que algo va mal. Himmelbjerget... El hombre que la seguía... O... Siente que algo se tuerce en su interior, le resulta difícil centrarse, solo puede ver negras sombras desagradables que se acercan cada vez más y la rodean. Edmund la estrecha hacia sí, le musita algo al oído. Ella quiere decir algo, lo intenta. Algo sobre las botas que la siguieron, que hay algo que no es como debería.

—¿Helene? Nadie te está siguiendo. Yo te quiero. —Y lo repite—: Te quiero, Helene.

Ella asiente en silencio, las lágrimas le corren por las mejillas, tiene miedo. ¿Qué le está pasando?

—No te encuentras bien, perdona que no me haya dado cuenta antes —dice Edmund con cara de dolor.

Karen está en la puerta, ella también parece preocupada.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta.

—Llama al médico, por favor; al nuestro —dice Edmund—. Y mira si puedes localizar a Rosenberg.

El médico le pone una inyección calmante, Helene no protesta, al contrario, es ella quien la ha pedido, confía en él. Se nota aliviada al dejar de sentir, que ama a Joachim, que no sabe dónde está ni a quién ama. Solo una pausa, una pausa para poder respirar. El médico la examina a fondo, le hace algunas preguntas prudentes; no muchas, ni muy difíciles. Se vuelve hacia Edmund.

—Necesita descanso —dice. Añade que todo va demasiado deprisa. Edmund pide disculpas: ¿a ella o al médico?—. Tiene que estar unos días en observación —continúa; suena enfadado. Enfadado con Edmund.

Helene lo oye, pero las palabras no le hacen efecto, va deslizándose hacia un estado de dulce balanceo, oye y comprende. Y se siente totalmente indiferente. Pueden hacer con ella lo que quieran, ella se contenta con poder relajarse. Aparece Karen, dice que Rosenberg está en un congreso en Estados Unidos.

–Solo una pausa –susurra.

Edmund le aprieta la mano, le acaricia la mejilla como si fuera una niña pequeña.

–Solo una pausa –repite ella.

Las ocho de la tarde. Ya es la hora. Joachim baja hacia Bredgade, intentando comprender por qué está yendo hacia allí y la cita que tiene. ¿Será todo un inmenso error? Stella parecía asustada cuando llamó desde su propio teléfono. El número se lo dio una amiga o una colega, lo escribió con lápiz de labios negro en papel de cartas del hotel d'Angleterre. Insistió en programar el teléfono en modo de número privado, para que quien respondiera no pudiera saber desde dónde llamaban. Le pasó el teléfono a Joachim y le susurró con voz temblorosa que dijera *no limits*. Hubo éxito. Se estableció la cita, Joachim tenía que ir hoy mismo, a las ocho de la tarde, al balneario de Frederiksberg, donde recibiría nuevas instrucciones. Eso era todo lo que sabía. Solo que Stella estaba muerta de miedo. Incluso quemó el papel donde había apuntado el número de teléfono, y dijo que no quería tener nada que ver con aquello. Joachim le pidió disculpas, y en Bredgade sacó dos mil coronas para dárselas, la dejó marcharse y la estuvo mirando hasta que desapareció entre la multitud.

Balneario de Frederiksberg. El enorme mamotreto de ladrillo rojo resulta imponente. Son las ocho y cuarto. Entra, se sitúa al lado de la primera de las columnas cilíndricas que llegan hasta el techo del colosal vestíbulo. Desde allí puede ver la entrada y las dos escalinatas, una conduce al vestuario de mujeres, y la otra al de hombres. Detrás de él hay una pequeña jaula de cristal, la taquilla. Estudia a todos los que entran por la puerta. En su mayoría son mujeres en pequeños grupos, reuniones de amigas, supone. Entra también un hombre de edad.

—La sauna —dice un hombre en voz baja.

Joachim se da la vuelta rápidamente, sorprendido, ve un hombre que entra en el balneario y desaparece. Piensa en correr tras él, pero desecha la idea. Es demasiado peligroso, debe hacer lo que le digan, jugar de acuerdo con las

normas que le impongan. La sauna. ¿Habrá allí otro, esperándolo? Joachim se dirige a la ventanilla y compra una entrada para la sauna.

—¿Tiene algún problema con la desnudez? —le pregunta la taquillera antes de informarle de que no puede usar bañador, pero puede alquilar una toalla.

Entra, se desnuda en una de las pequeñas cabinas con llave, lo mete todo, excepto la toalla, en la taquilla. Se sitúa debajo de la ducha y se lava con rápidos movimientos, impaciente, y luego abre la puerta que da a la sauna húmeda. Azulejos blancos en las paredes, bancos de mármol en tres niveles, es lo único que puede ver en la densa niebla de vapor. Joachim entorna los ojos para hacerse una idea de lo que hay allí. ¿Cuántas personas? No puede ver rostros, solo figuras imprecisas, oye fragmentos de conversación en danés y en árabe. La sauna es una buena elección, ahora lo comprende. Es imposible distinguir quién habla con quién.

Joachim se queda de pie, indeciso. Uno de los hombres silenciosos de allí dentro lo está esperando. Pero ¿quién? Joachim se sienta en un sitio libre, donde puede tener un poco de aire a su alrededor. Espera. Poco después, una figura se desliza hasta un lugar detrás de él, se encorva un poco hacia delante, acerca su cabeza a la de Joachim.

—¿Qué buscas? —susurra el hombre.

Esa voz... Joachim se queda congelado. Siente deseos de volverse, pero, de todos modos, con todo ese vapor no podría ver quién es. Sabe que no puede empezar haciendo preguntas sobre Louise. Tiene que comenzar con mucho más cuidado, lo primero es encontrar una forma de introducirse en el medio. Sondar el terreno hasta que encuentre algo más seguro que le sirva para empezar a trabajar.

—Necesito una mujer, sin límites. —Joachim repite la expresión que funcionó en la conversación telefónica.

Hay una larga pausa.

—¿Para qué? —susurra el hombre.

Alrededor de ellos las charlas son animadas, y si hablan en voz baja nadie podrá oír una palabra. Joachim debe decir algo que convenza al hombre.

—Quiero pasar una noche con una mujer donde solo mis deseos pongan los límites.

—¿Quién te dio el número de teléfono?

—Una puta —dice Joachim, que al momento se arrepiente de haber usado esa palabra—. No quería ir más allá, de modo que me dio el número. Me dijo que

vosotros podéis encargáros; ¿es así? –murmura Joachim, temblando por dentro, pero intentando mantener una apariencia de hombre duro.

–¿Cómo se llamaba la chica?

Joachim piensa de prisa, es bastante probable que las consecuencias para Stella no sean demasiado buenas si traiciona su fuente.

–No tengo ni idea... No distingo a una de otra.

–Es caro, pero eso lo sabrás ya, supongo –dice el hombre.

–Sí, con eso contaba..., pero si vale el precio, me da igual.

–Nos arriesgamos por ti, eso es lo que pagas. Lo que saques de ello es cosa tuya. No hay muchos que lo consigan. Se creen duros, hablan duro como estás haciendo tú ahora, pero cuando llega el momento no son más que unas nenazas. ¿Tú también lo eres? ¿Entiendes lo que quiero decir? Porque no quiero quejas después. ¡Si tú no sabes aprovechar lo que has pagado, *there is no way back!*

–Sin límites. ¿Lo prometes? –Joachim continúa con tono de matón, aunque las palabras del hombre le han hecho sentir que lo ha descubierto.

–Si pagas, será tuya. ¿Tienes el dinero?

–¿Cuánto?

–250.000, en efectivo y por anticipado.

Joachim reprime una protesta. ¿Un cuarto de millón? ¿Están locos? Pero asiente con la cabeza.

–Tengo el dinero, estoy listo, ¿cuándo puede ser?

–El aparcamiento de Israels Plads. Mañana a las nueve de la noche. Con todo el dinero, ¿entendido?

Joachim asiente de nuevo. El hombre se acerca, pone una mano sobre el hombro de Joachim, el roce le hace sentir frío.

–Será la experiencia de tu vida –susurra el hombre–. Solo tienes que esperar, será tuya al ciento por ciento, puedes matarla a palos si es eso lo que quieres. Sigue aquí cinco minutos más. Si sales antes, la cita se cancela.

Se pone en pie y sale de la sauna sin hacer ruido. Joachim ve la silueta de un hombre. Estructura media, compleción media. Una espalda como tantas otras. Podría seguirlo, intentar verlo mejor. Pero no. Quizá haya más hombres fuera, sus sicarios, fingiendo ser nadadores, pero que le estarán vigilando. Esos tipos van con cuidado, claro que sí. Tratan con vidas. Con vidas de mujeres. Pero es eso lo que ha elegido él. Son ellos quienes establecen las normas del juego, hasta el último momento, antes de que pueda empezar a plantear preguntas. Pero siempre puede cambiar de opinión. Demonios, ¿de dónde va a sacar



250.000 coronas? Y en efectivo. ¿Qué clase de hombres pueden hacer algo así?, se pregunta Joachim, aunque ya sabe la respuesta. Hombres desesperados. Tan desesperados como él.

El sol está bajo, es una bola luminosa situada justo encima de ella. Helene mira hacia arriba, se deja deslumbrar, siente el calor atravesar la piel de su rostro. Nota las caricias del barco, los leves movimientos, oye el flamear de las velas, el golpeteo rítmico del cabo contra el mástil. Voces. ¿Son sus padres? Está soñando. No quiere despertar. No quiere, pero sus párpados tienen sus propios deseos, titilan, se abren.

–¿Estás despierta? –Edmund se cierne sobre la cama como una sombra amenazadora.

Helene se incorpora, Edmund retrocede asustado.

–¿Dónde estoy? –pregunta, mirando confusa a su alrededor.

–En la clínica –dice Edmund, como si Helene tuviera que saber lo que eso significa.

La habitación es acogedora, le recuerda al apartamento de Christiansø. La ventana, con pequeños parteluces, tiene un alféizar ancho y visillos vaporosos. El exterior es verde por las extensas ramas de los grandes árboles. La luz del sol se abre camino por entre las copas, llevándose consigo las sombras. Sombras que se derraman sobre la tela floreada de la pared. Helene recuerda al médico, la inyección. Recuerda el calor, y que sentía como si su cabeza estuviera hirviendo, como si ella entera estuviera diluyéndose. ¿Quizá fue eso lo que sucedió... aquel día, cuando desapareció? ¿Su cerebro sufrió un cortocircuito?

–Karen me dio tu bolso –dice Edmund, dando un golpecito sobre el bolso de Helene, que está en la mesilla al lado de la cama.

–¿Estoy ingresada? –pregunta Helene, desconcertada.

–Sí... –Edmund titubea.

¿No llevaba otra ropa antes? Helene se mira el cuerpo, lleva puesto un chándal de color rosa grisáceo, de suave terciopelo.

–Quiero irme a casa, ya me encuentro mucho mejor –dice en voz baja.

–Ahora mismo hablaré con los médicos y ya veremos –replica Edmund.

–¿Cómo que ya veremos? –pregunta Helene, que se oye a sí misma hablar

con irritación.

–Helene, vale ya –dice Edmund–. No eres la misma, hablas de persecuciones, de no sé qué de unas botas... Helene, tuviste un desfallecimiento, hay que examinarte. Puede llevar un tiempo.

¿Qué es lo que está diciendo? Helene se siente otra vez como si todo se agitara debajo de ella.

–Lo único que quiero es irme a casa –dice en voz muy baja–. Seguro que estaré mejor allí, con los niños y con todo lo que me resulta conocido.

Edmund no dice nada. Durante varios segundos reina un profundo silencio. ¿Realmente no quiere que se vaya a casa?

–Edmund, escúchame. No puedo quedarme aquí.

–Lo siento mucho, Helene. Y por favor, no me malinterpretes. Eres tú, de verdad, quien lo hace necesario. –Edmund frota nervioso las manos contra las perneras de los pantalones.

–Si yo quiero irme, tú no puedes obligarme a quedarme –protesta Helene.

–Eres un peligro para ti misma –dice él–. Tampoco es bueno para los niños verte en este estado. ¿Vale? Todo lo que digo es: vamos a esperar primero a ver qué dicen los médicos.

Se levanta, se acerca a la ventana y se queda de espaldas a Helene, que vuelve a hundirse en la cama. ¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando con Edmund? ¿Y con ella? ¿Por qué no puede creerlo cuando le dice que lo mejor para los niños es que se quede aquí hasta que se recupere? ¿Qué clase de madre es? ¿Realmente está tan enferma como para tener que encerrarla? ¿Para que haya que proteger a sus propios hijos de ella? O... ¿Y si es una trampa? Esta última idea echa raíces lentamente pero con firmeza. Incluso aunque en su interior intente desterrarla. ¿Es posible que Edmund lo haya tramado todo? ¿Ha estado presionándola cada vez más hasta alcanzar el momento definitivo, cuando se desmoronó, para poder internarla? ¿Es él quien la hace sentirse una desequilibrada? ¿Fue por eso por lo que escapó? Siente deseos de gritar. Siente que es lo único correcto que puede hacer. Expulsar a gritos su frustración, su angustia, sus dudas. Pero se queda en silencio. Se percata de que las fuerzas la van abandonando. Porque tampoco puede ahuyentar otra idea: que se ha vuelto loca. Que Edmund hace lo único correcto.

Edmund vuelve a sentarse. Saca unos papeles de su cartera.

–¿Qué es eso? –pregunta Helene, que no puede aguantar tanto silencio.

–He tenido serias dudas de si enseñártelo o no –dice Edmund.

–¿Qué es? –repite Helene.

Extiende una mano para coger los papeles, pero Edmund no le deja. Debe de tratarse de algo importante, a juzgar por el gesto de su cara, con los dientes apretados.

–Creo que tienes que saber que puedes confiar en mí. Todo lo que he hecho y todo lo que hago es por tu bien. –Finalmente, le alcanza los papeles.

Helene los mira; allí está su nombre: Joachim. Su corazón palpita más deprisa. Entorna un poco los ojos, intenta enfocar bien. Las letras se niegan a enlazarse, a producir significado.

–Nos ha estado presionando desde que volviste a casa. Quiere dinero para no contar la historia a la prensa –dice Edmund–. Lamento muchísimo tener que enseñarte esto.

Sus palabras llegan como de muy lejos. Toda su atención se dirige a las frases del papel. El contrato. Joachim ha firmado un contrato. Hasta ahí entiende. Joachim ha firmado un montón de palabras que en el fondo significan que todo lo sucedido entre ellos no sucedió nunca. Mira la cifra, es una suma enorme: un millón de coronas. Joachim ha recibido ese dinero, de la empresa de la que ella es dueña, a fin de destruir su memoria. Nota la mano de Edmund acariciarle el brazo. ¿Cómo pudo hacerlo? El Joachim que ella conocía nunca habría vendido su historia común, nunca habría presionado a otros.

–Lo lamento muchísimo, de verdad, Helene, pero tienes que comprender que yo soy el único en quien puedes confiar ahora.

*El único en quien puede confiar.* Helene se vuelve lentamente hacia él. Es su marido. Le gustaría darle la razón. Y sin embargo, es incapaz de hacerlo. ¿Por qué? ¿Por qué no puede confiar en él? Siente las lágrimas en sus mejillas, frías. Siente los dedos de él enjugándolas. Le deja hacerlo, está muy quieta, respira lentamente. Poco a poco, su respiración se va tranquilizando, va desapareciendo la sensación de que todo cuanto la rodea está desenfocado. La realidad está volviendo. Está sentada en una cama. En una cama de un hospital. Está internada. Joachim la ha traicionado, a ella y al amor que sentían el uno por el otro. Así es su realidad. Pero... la foto del despacho. Eso no fue imaginación. Sabe perfectamente lo que vio.

–La foto –dice, dubitativa.

–¿Cuál? –Edmund suena un poco irritado.

–La del despacho. Alguien cambió una de las fotos mientras estuve en la reunión –dice Helene en voz baja, pero con determinación.

–Helene, escucha. –Edmund le toma una mano entre las suyas y la mira insistente–. Esa foto no existe, nunca hubo un barco llamado *Hirsch*. Eso es solo algo que sucede dentro de tu cabeza. No puedes evitarlo, y es perfectamente comprensible después de todo lo que ha pasado. Pero por eso mismo te hemos ingresado. Hemos telefoneado a Rosenberg, que llega mañana. Estaba en Estados Unidos y regresa mañana, Helene. Él te ayudará. Y este hospital es privado, y los empleados de mayor nivel siempre han venido aquí. Yo estoy en la dirección, porque creo que tú y yo tenemos la mayoría de las acciones. –Sonríe, tranquilizador–. Harán por ti todo lo que se pueda hacer. Ni medios de comunicación ni nada desagradable. ¿De acuerdo? Lo vamos a solucionar, Helene, para que vuelvas a ser tú misma otra vez, ¿vale? Los niños pueden venir a visitarte. –Le da una palmadita en la mano.

*Hirsch*. Ha dicho Hirsch. Pero ella no le dijo el nombre del barco, ¿o sí? ¿Ni aquí ni en el despacho? Helene está segura. Esa sensación que tiene desde el principio, de que en todo esto hay algo que no es como debería ser: ahora sabe que es cierto.

Joachim está listo para la cita en el aparcamiento subterráneo, con la bolsa apretada entre las manos. Una bolsa de deportes negra discreta que le entregó el abogado de Söderberg, solo unas horas antes. No tuvieron que cruzar muchas palabras, Joachim firmó el contrato y recibió el dinero. Le repugna la idea de haber firmado ese acuerdo, pero se dice a sí mismo que no tenía más remedio. No puede escribir la historia si no la conoce. O a la inversa: acaba de firmar que nunca podrá escribir sobre ella. Un dilema imposible.

Da unos pasos impacientes, que resuenan en el desolado sótano de hormigón. Escucha. ¿Es eso un coche? No, lo único que puede oír es el despectivo tono de voz de Edmund cuando lo llamó para decirle que aceptaba la oferta. Con una única condición: 250.000 en efectivo de inmediato. El resto se lo ingresará en la cuenta.

Joachim oye el chasquido de la puerta de un coche. ¿Ya? Un coche rojo corriente pasa lentamente delante de él; al volante va una mujer, que no lo ve. Solo lleva esperando diez minutos, pero le parecen una eternidad. Tiene la garganta seca y manchas de sudor en las axilas pese al desagradable aire frío del aparcamiento, tan distinto al de la cálida noche de verano que reina fuera. El siguiente vehículo que oye es más grande. Gira en la esquina, una furgoneta blanca con vidrios tintados. Se detiene a cierta distancia y enciende las luces largas, que deslumbran a Joachim.

Apenas distingue a dos hombres en el asiento delantero. Una de las ventanillas se abre un poco.

—¡Date la vuelta! Apaga el móvil y ponte de cara a la furgoneta, quédate muy quieto —grita el hombre. Un hombre. Acento de Copenhague. Joachim se da cuenta de que han pensado en todo. Que no pueda verlos en ningún momento. Ni siquiera puede leer el número de la matrícula. Joachim obedece. Se da la vuelta, sujeta la bolsa con más fuerza. Oye abrirse la puerta del vehículo, y a su espalda suenan unos pasos. También se abre la otra puerta, más pasos, el motor sigue encendido. Oye el sonido de una puerta corredera que se desliza,

dos pares de pies que se acercan deprisa. Joachim gira la cabeza, solo un poco, intenta ver lo que sucede.

–Estate quieto –dice enfadado un hombre, que está ya muy cerca de él–. ¿Has apagado el móvil? –pregunta. Saca del bolsillo el teléfono de Joachim y lo comprueba.

–Sí.

Rápidamente le ponen un pasamontañas de tela sobre el rostro; la áspera tela le araña la frente y la nariz, todo se vuelve negro. Instintivamente levanta las manos para quitársela, pero nota un fuerte golpe en el brazo derecho, cuya mano sujeta la bolsa. Suelta y reprime un grito de dolor.

–¡No te interesa para nada que nos descubran, entérate! –dice el hombre con voz dura.

Joachim nota que le fuerzan los dos brazos detrás de la espalda y se los juntan. Percibe un objeto metálico frío y de bordes afilados que se cierra en torno a sus muñecas. Esposas. Lo han esposado.

–Vale –dice el hombre, al tiempo que le da un fuerte empujón en la espalda.

Lo empujan hacia delante, apoya los tobillos contra el borde del vehículo, recibe otro empujón más, pierde el equilibrio y cae tambaleándose en el asiento. Sin el menor cuidado le levantan las piernas y la puerta se cierra de golpe tras él. Poco después la furgoneta se pone en marcha, sube, sale del aparcamiento subterráneo.

El primer largo trecho, Joachim va en silencio. Él mismo se ha arriesgado a todo esto y ha pagado por ello; eso es lo que se dice a sí mismo. Se gira levemente para tumbarse sobre el costado y estar un poco más cómodo, con la cabeza apoyada en algo. Le duelen los brazos, que lleva torcidos hacia atrás, y de vez en cuando tiene que moverse un poco para que la sangre vuelva a circular. Está todo el tiempo escuchando, intentando sacar alguna conclusión de lo que oye. Durante un buen rato lo único que percibe es el motor, conducen sin interrupciones, deprisa, adelantan a otros coches. ¿Una autopista? Los dos hombres no hablan entre sí. ¿O su charla está bloqueada de forma tan efectiva por el asiento delantero que no puede oírlos?

–Eh, ¿cuánto rato vamos a seguir así? –grita Joachim, haciendo una prueba.

No hay respuesta. Las sacudidas del coche se transmiten a su espalda, que también empieza a dolerle. Ahora el coche va más despacio, ¿está girando? La sensación es como si estuvieran conduciendo en círculo. Y luego siguen otra vez adelante, más deprisa. Otra autopista. Y la velocidad disminuye; giran. La

tercera vez que sucede lo mismo, Joachim piensa: ¿irán adelante y atrás por el mismo enlace de una autopista? ¿Van de allá para acá y giran solo para hacerle creer que el camino es más largo de lo que es en realidad?

–Hola, ¿estáis ahí? ¿Tardaremos aún mucho más? –grita Joachim.

Sigue sin haber respuesta. Abre y cierra los ojos, pero en la oscuridad y con el aire húmedo y pegajoso del pasamontañas no hay ninguna diferencia. ¿A qué viene todo esto, por qué lo hace? Él mismo se responde: porque es su única posibilidad. De otro modo, jamás sabrá la verdad sobre Louise Andersen. La verdad sobre Helene, la mujer a la que ha perdido, la mujer cuyo rostro ve constantemente delante de él. La tierna piel de los párpados cerrados, las ramificaciones de las venitas, los rápidos movimientos del ojo debajo de ellas, como pequeñas señales titilantes de morse. Tiene que descubrir lo que sucedió con Louise. Cuando lo sepa, parará. Se lo promete a sí mismo.

¿Se ha quedado dormido? Abren la puerta, unas manos rudas lo agarran y casi lo sacan del coche a rastras. Le tiemblan las piernas tras el largo viaje. Se lo llevan, va tambaleándose, la tierra a sus pies es blanda y desigual, los hombres tienen que sostenerlo por los brazos para que siga en pie. Joachim respira hondo por la nariz. Aire puro penetra por la tela, empapada de la humedad de su propia respiración. Huele a algo fresco, especiado. ¿Agujas de pino? ¿Y sal? ¿Están junto al mar, o en un bosque? ¿En un bosque junto al mar? Su pie tropieza con algo duro.

–Levanta los pies –dice uno de los hombres.

–Ahora viene una escalera; hacia abajo –dice el otro.

Joachim levanta mucho el pie, pisa una superficie dura, busca cuidadosamente con el otro pie, encuentra el escalón, baja. Luego un piso. Un sótano, el aire no permite duda alguna: tierra apisonada, cemento. Le sueltan las esposas y le quitan el pasamontañas. A su espalda, oye que la puerta se cierra y echan la llave, pero se vuelve, de todos modos. Han salido, está solo. Paredes, techo y suelo; la humedad enfría todo lo que hay a su alrededor. Junto a las paredes hay grandes candeleros metálicos con velas de parafina. Del techo cuelgan unos ganchos muy fuertes, del tipo que usan en los viejos mataderos, supone Joachim. Al lado hay una mesa de acero, lista como para una operación; en ella, una larga fila de instrumentos, todos distintos. Joachim



aparta la mirada al instante, pero llega a ver la sangre seca, las manchas sobre la mesa, en el suelo. Llevan mucho tiempo secas. Pero había muchas. ¿No las han limpiado adrede? ¿Es eso lo que les gusta a los clientes? La pared del fondo está limpia, tiene un aspecto propio de relato gótico. Los ganchos poseen un toque antiguo, no son modernos, son del hierro de la mañana de los tiempos, de cuando Dios fraguó la misoginia en la forja de la Creación. La fraguó tan fuerte y tan sólida que nunca se estropeará, nunca desaparecerá, Joachim se ha dado cuenta en estos últimos días, Gorm, con los clientes del club nocturno y en Miss Daisy... Un odio a las mujeres profundo, irracional, innato en muchos hombres. Ellen. Y la de la editorial... Charlotte Lund. ¿Por

qué piensa ahora en ellas? Bueno..., porque despiertan algo dentro de él. Algo que no le gusta nada. Algo que se niega a reconocer.

Junto a la pared del fondo hay una mesa estrecha, cubierta con un paño rojo oscuro que llega hasta el suelo. Por encima de la mesa cuelga un espejo grande y ancho, un espejo cóncavo como el ojo humano. Joachim ha visto antes uno de esos espejos venecianos, aunque nunca uno de ese tamaño. Un ojo colosal. Joachim se acerca más, evita su propio reflejo, lo que reclama su atención son unas cajitas metálicas que hay encima de la mesa. En la parte superior tienen un dibujo extraño. Abre una. Unas pinzas. En otra hay largos alfileres de distintos tamaños. Al lado de la mesa se alza un biombo tan alto como una persona, tapando un rincón. Es de hierro negro, igual que los candelabros, una especie de red espesa. Mira lo que hay detrás. Un perchero con disfraces. Capas, máscaras para los ojos. Todo de color oscuro, telas lustrosas y gruesas. Joachim pasa los dedos sobre un vestido de mujer negro, muy ceñido.

Oye que se abre la puerta y se gira. Es muy joven. Muy joven, muy delgada. Es delgada al estilo de la chica del burdel, Mindy; lleva la cara empolvada de blanco, los ojos perfilados de negro y la boca pintada de rojo. Pero no tiene nada de la belleza de Mindy. La chica viste un sujetador diminuto y unas braguitas que no son más que unas finas tirillas sobre sus caderas estrechas. Las medias de rejilla se sostienen con unas ligas un poco demasiado sueltas, quizá no las había suficientemente pequeñas para un cuerpo tan menudo. Su mirada es atraída por su ombligo, que sobresale. La chica se acerca más, trastabillando sobre sus altos tacones. Hay algo extraño en sus movimientos, como si fuera desacompasada consigo misma. Joachim aprieta los dientes, se

yergue, ha llegado el momento. Si quiere saber algo, tiene que ser ahora. Se acerca más, la chica se detiene, tiene las pupilas dilatadas. ¿Qué se había creído? ¿Que por esa puerta entraría una mujer que le contaría todo lo que necesita saber? Se queda con los ojos clavados en la chica drogada que tiene delante, la envuelve con sus brazos, la estrecha, la besa en la frente. Ella lo acepta todo con los brazos colgando a los costados. Y entonces Joachim nota otra cosa. Algo nuevo, extraño. Una conciencia que lo atraviesa, que lo hace retroceder y, al moverse, hace que la chica, confusa, gire la cabeza y siga sus movimientos como perdida. Joachim siente furia, amargura, impotencia. Puede ser suya si él quiere. Hará lo que él le diga. Tiene que hacerlo.

Joachim se da la vuelta, respira deprisa, turbado. No se entiende a sí mismo. Se dirige al rincón de la percha llena de ropa, al vestido negro. No puede escapar a la imagen. Cierra los ojos. Un cuerpo de mujer, inmovilizado, clavado a la pared, las piernas abiertas, el rostro contraído, la boca abierta, gimiendo de dolor... Y él. ¿Dónde está él en esa imagen, en esa fantasía? ¿Qué hace? Joachim abre los ojos, se obliga a mirar su propio reflejo en el gran ojo cóncavo. Arrugas, barba mal afeitada, la piel morena todavía tras el largo verano. Bolsas oscuras debajo de los ojos. El cabello encrespado. Y los ojos. Esa mirada.

Helene espera hasta que se hace de noche para poner en práctica su plan. *Plan*. A lo mejor la palabra es demasiado pomposa, pero al menos es una idea para salir del *impasse*, para encontrar la verdad. En el bolso guarda las llaves del coche. Tiene que marcharse..., pero todavía no, antes tiene que encontrar la información que necesita. Edmund la ha ingresado, la ha encerrado allí dentro, ha dicho a los médicos que es un peligro para sí misma, que se inventa cosas, nombres. Hirsch. Pero también ha dicho algo más. Que ese hospital lo utilizan los empleados desde el principio de los tiempos. Eso le dio la idea. El plan.

Todo el día ha habido personal sanitario a su alrededor. Enfermeras, rostros amables, palabras de interés hacia ella. ¿Casi demasiado? No me pierden de vista, piensa Helene. Por eso están todo el tiempo en la habitación; para asegurarse de que no desaparece. La mayoría de los rostros se confunden. Pero hay uno que recuerda: Johan Iversen, un médico joven de rostro alargado y sienes altas. Una y otra vez le preguntó por síntomas físicos y por su crisis. Se empeñaba en que le contara sus sensaciones con la mayor exactitud posible. Se produjeron unas pocas conversaciones largas y desmañadas, tanto porque Helene tenía dificultades para concentrarse, como porque el médico tenía problemas con el ordenador en el que escribía las respuestas. La pantalla estaba cerrándose todo el tiempo.

–Lo siento. Lo siento de verdad –dijo él con manchas rojas de estrés hasta en el cuello, cuando sucedió por cuarta vez.

El médico llamó a una enfermera y le pidió ayuda para cambiarla de posición, de modo que la pantalla no se cerrara tantas veces.

La enfermera sonrió a Helene, una mirada «humana y profesional» cargada de empatía, a la que Helene respondió distraída. Y así fue tramando su plan. El hospital privado era utilizado por la familia Söderberg desde hacía muchos años. El hospital privado más importante del país. A Helene no le extraña en absoluto, sabe que en Jutlandia no se fían demasiado de lo que deciden en el este de Dinamarca, como, por ejemplo, los hospitales públicos. Hace mucho tiempo, la clínica era un sanatorio para enfermos con trastornos nerviosos,

ahora es propiedad de Söderberg Shipping, y Edmund forma parte de la dirección. En el hospital todo queda registrado en historiales e informes. No se borra nada. Su cerebro caótico y paranoico ha intentado moldear todas esas cosas en pensamientos coherentes. ¿Qué es lo que sabe? Sabe que estuvo en el hotel ese día, poco antes de desaparecer, y que preguntó por Hirsch. Eso se lo dijo Martin. Y sabe que *Hirsch* era el nombre de uno de los barcos de la empresa. Los barcos no viven en hoteles, eso solo lo hacen las personas, según pensó Helene. Y además: el barco fue bautizado con el nombre de una persona; una persona que Edmund intenta mantenerle oculta. No tenía intención alguna de que Helene pudiese ver la vieja foto, o a las personas que aparecían en ella, pero él no vio lo que ella sí pudo ver: las letras casi invisibles sobre una barcaza, a la izquierda del todo, casi tapadas por la superficie del agua. No, la fotografía estaba allí por su padre, que aparece joven y activo. ¿Quizá ese Hirsch estuvo en este hospital, cuando todos los empleados podían someterse a tratamiento en él? Todas las personas enferman en un momento u otro. Y en ese caso se podrá encontrar a esa persona, sea hombre o mujer, en algún sitio, en una historia médica.

¿Un razonamiento demasiado ambicioso? Quizá. Pero justo en el momento en que su caótico cerebro lo engendró, tuvo sentido para Helene. Y por eso empezó con la primera parte de su plan: averiguar la contraseña del médico para poder entrar en las historias y buscar a Hirsch.

La enfermera estaba inclinada sobre el médico mientras los dos se concentraban en la pantalla. Pasaron varios minutos. Sin hacer el menor ruido, Heleneladeó el tronco. Pilló enseguida el nombre de usuario, eran las dos primeras letras del nombre y del apellido del médico: Johan Iversen, JOIV, era fácil de recordar. Le resultó más difícil la contraseña de cinco cifras, hasta que tomó una decisión arriesgada y se inclinó hasta quedar casi encima, y entonces lo leyó: cinco, cinco, tres, cero, nueve.

**Y**a es de noche. Fuera reina la oscuridad, dentro, el silencio. Helene está tumbada esperando a que la enfermera termine la ronda nocturna. Ahora oye pasos en el corredor, son los zuecos blancos de la enfermera. Se abre la puerta, asoma una cabeza. Helene tiene los ojos cerrados, respira de forma profunda y regular. La puerta vuelve a cerrarse, las pisadas siguen su camino.

Enseguida se levanta y se dirige a la puerta. Con mucho cuidado, la abre, se mueve despacio por el corredor vacío, iluminado solamente por una débil lucecita de seguridad. Recorre los pocos pasos hasta la habitación de enfrente, que tiene la puerta entornada. También allí hay una de esas luces tenues. El ordenador está encima de la mesa. Aprieta un botón y al instante aparece la pantalla de entrada. Le tiemblan las manos un poco, pero lo consigue. Nombre de usuario: JOIV. Contraseña: 55309. Lo recuerda. Claro que lo recuerda, no ha pensado en otra cosa en todo el día. Pero ¿funcionará? En la pantalla de acceso asoma un pequeño icono azul en forma de círculo que gira y gira. Sin pensarlo, Helene se lleva la mano al cabello, envuelve en él un dedo, estira, y solo entonces se da cuenta de que se está haciendo daño en el cuero cabelludo. Finalmente, el círculo se detiene. Aguanta la respiración. Y entonces aparece una nueva imagen de pantalla: una superficie blanca, un montón de líneas, entradas, historias clínicas. Un sistema de búsqueda.

Por un instante dirige su atención al corredor. ¿Algún sonido? ¿Gritos, voces? Le tiemblan tanto los dedos que Helene casi no puede teclear lo que ahora es tan importante para ella. Hirsch. Es la primera vez que escribe ese nombre. Pulsa el botón de búsqueda y el círculo azul vuelve a aparecer. Da vueltas y más vueltas. Se para. El tiempo se detiene y Helene se queda colgada en un espacio vacío; es insoportable, tiene toda la atención centrada en la pantalla. Espera la respuesta que quizá le permitirá dar un paso decisivo. Finalmente surge algo, aparece un texto: «La búsqueda no produjo resultados». Una tremenda decepción la sacude. ¿Habrá escrito mal el nombre? Recrea en la memoria las gafas de buceo de Martin, la palabra que escribió con los dedos en el vaho. Mira de nuevo la pantalla. Le resulta imposible asumir que todo sea simple imaginación suya. De pronto oye pasos provenientes del corredor. Es la enfermera acercándose, ha terminado la ronda. Helene tiene que darse prisa para volver a su cuarto. Se levanta de la silla y se gira hacia la puerta. Y entonces vuelve a dirigir la atención al ordenador. ¿Qué era lo que ponía en la parte inferior del texto de búsqueda? ¿Algo sobre historias anteriores a 1980? Helene tiene que volver a verlo. Oye los pasos, pero se sienta, vuelve a apretar un botón y aparece el recuadro de acceso. A toda velocidad teclea nombre de usuario y contraseña, se muerde el labio mientras el círculo azul gira y gira. La puerta se abre.

—¿Qué haces tú aquí? —exclama una voz furiosa.

Aparece el campo de búsqueda. Helene mira fijamente la pantalla, tiene que

volver a verlo.

–Esto es una estupidez increíble, voy a llamar a seguridad –dice la enfermera, furibunda mientras aprieta un botón rojo de alarma que hay en la pared. Helene lo registra mientras lee la última frase del texto de búsqueda: «Las historias anteriores a 1980 no están incluidas en esta base de datos. Deberán buscarse en el archivo físico». Respira hondo, mira un instante a la enfermera, que dice algo más. Pero Helene no lo oye. Solo oye sus propios pensamientos. Aún no ha acabado. Tiene que encontrar el archivo, sigue existiendo una posibilidad.

Joachim clava los ojos en el espejo, intentando desesperadamente encontrarse a sí mismo en el hombre devastado que hay allí dentro. ¿Es eso lo que queda de él cuando se elimina todo lo bello? ¿Siempre ha habitado ese ser dentro de él? Vuelve a pensar en Louise, en su Louise. En la luz y la vida que son su esencia. Imagina que lo viera ahora. ¿Le tendría miedo, como la chiquita? La muchacha está de pie tambaleándose, casi no puede mantenerse erguida. Tiene cicatrices visibles en brazos y hombros, seguramente causadas por el látigo que está colgado en la pared. ¿O alguien la ha rajado? Solo tiene esta única oportunidad, y lo sabe. Y aunque sea una oportunidad desesperada, tiene que arriesgarse. Coge a la chica por el brazo y le murmura al oído:

—¿Has oído hablar de una chica que se llama Louise? Ha desaparecido. ¿Sabes lo que ha sido de ella?

Un destello de sorpresa en los ojos de la joven le indica a Joachim que, por lo menos, ha comprendido lo que le ha dicho. Mira hacia algo que hay detrás de él. Joachim se da la vuelta. ¿Qué está mirando esa chica? Él ve exactamente lo mismo que antes. El muro de cemento, el biombo con los disfraces detrás, la mesa con aspecto de altar cubierta por un paño rojo, el espejo. Se vuelve otra vez hacia la muchacha.

—¿Louise Andersen? —dice, ahora un poco más fuerte—. ¿La conoces? ¿Sabes dónde está?

La mirada de la muchacha vuelve a desviarse. Y entonces, de repente, él tiene la sensación de que alguien los está vigilando. El espejo. Se vuelve despacio, mira el espejo. Hay alguien al otro lado. Lo están viendo todo. Han visto que él no hace lo que tendría que hacer. ¿Qué tendría que hacer? ¿Agarrar un látigo y azotar a la pobre chica? ¿Atarla bien fuerte al muro y hacerle cortes para que sangre? La arrastra hacia la pared del fondo y le arranca las braguitas. Coge una delgada cuerda negra y se la ata a una muñeca. Aprieta, sin que ella oponga resistencia alguna. Joachim levanta un pesado gancho que parece sacado de un puerto o de unas caballerizas y que está destinado, sin duda, a amarrar barcos o animales salvajes, no chicas

enclenques. El nombre de la empresa está grabado en el metal: Amager Jernfabrik. Pasa la cuerdecita por el anillo de hierro y la ata bien. Hace lo mismo con el otro brazo. Y ahí está, como una imagen de Jesucristo, dispuesta a sacrificarse por los pecados de Joachim. Le mira el pubis. Afeitado, ni un solo pelo, solo una raja blanda. Una mirada rápida al espejo. Están allí, lo sabe. ¿Estarán masturbándose? ¿Esperan ver a una chica medio muerta a palos, o muerta del todo?

–Louise Andersen –vuelve a decir Joachim en voz muy baja al tiempo que coge el látigo de la pared. Solo un latigazo por guardar las apariencias, para demostrar que va en serio. Que por eso ha pagado 250.000 coronas–. Tengo el nombre –susurra mientras echa el brazo atrás.

No sabe de dónde ha salido, pero ve el rostro de Ellen al mover el látigo a través del aire húmedo del sótano con un giro rápido. Toca la carne. La joven chillaba. Sin concesiones, eso había dicho. Así debe ser cuando se tiene un objetivo. Vuelve a echar el brazo atrás y golpea de nuevo. Más fuerte; en el grito de la joven puede oír, por fin, el eco de su propia voluntad. Lo ha hecho, lo quiere todo. Recoge el látigo, pero este se queda sujeto a la piel de la mujer, en la parte interna del muslo. Joachim tira, la chica grita más alto aún. Solo entonces lo ve. En el extremo del látigo hay un anzuelo, un anzuelo triple, de los que se usan para pescar lucios, esos grandes peces que solo se pueden capturar con anzuelos múltiples. Joachim ve la sangre que corre por los muslos de la muchacha. En ese momento, desesperado, intenta soltar el anzuelo, que ha hecho un horrible agujero en la piel. No consigue sacar los ganchos.

–Joder –susurra. Suelta el anzuelo, está asombrado de sí mismo. Por un segundo se queda paralizado de lástima por el destino de esa chica. Que la dejen medio muerta una vez por semana. En ese mismo instante se abre la puerta y entran los dos hombres de antes, con las cabezas cubiertas con pasamontañas negros. Solo se les ven los ojos.

–Yo no he sido –dice la chica en voz bien alta.

–Olvidalo, este tío es un timo –dice uno de los hombres mientras le desata la cuerda. Joachim está allí de pie, respira hondo. ¿Quizá podría hablar con ellos?

–Escuchadme. Estoy buscando a una mujer –dice, y en ese mismo instante ve a un tercer hombre que recibe a la chica al otro lado de la puerta. Le pasa un brazo enorme sobre los hombros y desaparecen hacia un pasillo. Todo en



ese hombre es grande: muslos anchos, nuca de toro, fuertes pisadas. Los otros dos se acercan rápidos a él, amenazantes.

—¿Tú qué coño quieres?

Joachim no puede escapar. Están los dos delante de él, la dureza de sus ojos lo llena de temor.

—Solo estoy buscando a Louise —dice lastimero, intentando no perder de vista a ninguno de los dos, pues uno de ellos se ha situado a su espalda—. Es importante —añade, tratando de encontrar palabras sobre su amor, algo que consiga ablandarlos—. No es por vosotros, en absoluto, es por Helene —continúa en un susurro, con intención de contarles toda la historia. Si al menos consiguiera que lo escucharan, joder, que por eso fue por lo que empezó a escribir; quería explicarse, quería contarle al mundo por qué él era como era entonces. En la escuela, los profesores siempre dándole la tabarra, su padre, siempre insatisfecho, que acusaba a Joachim de no ser más que un soñador. El viejo tenía razón, Joachim era un soñador, siempre dejaba a medias todo lo que empezaba, fuera matemáticas o física experimental, o cuando tenía que ayudar a su padre a amontonar leña... Siempre lo dejaba todo sin acabar. Se quedaba con un trozo de leña en la mano y se ponía a mirar los anillos anuales, especulando sobre la edad del árbol y las cosas que habría podido presenciar. Así que empezó a escribir..., como una forma de defensa. Eso es lo que intenta decirles a los dos enmascarados; algo por el estilo: que ama a Helene, que ella satisfizo todos sus sueños y que ahora no sabe adónde ir—. ¿Comprendéis? Lo único que busco es a Louise.

Uno está detrás de él; el otro, delante.

—Os lo ruego —dice, y entonces siente la patada en las corvas, una patada decidida, profesional. Lo primero que toca el suelo son las rodillas, le hacen tanto daño que grita, hunde las uñas en el suelo en un intento de distribuir el dolor.

—Tú no vienes aquí a buscar a nadie —farfulla uno. Tira de los brazos de Joachim hacia su espalda, le pone las esposas, esta vez más apretadas.

De nuevo le ponen el pasamontañas, la tela aún está húmeda de su propia respiración desesperada un rato antes. Siente una mano en el hombro, lo fuerzan a levantarse, lo sacan del cuarto, le hacen subir la escalera. Levanta los pies para buscar los escalones, recibe en la espalda un fuerte empujón de impaciencia.

—Vamos.

Joachim da un traspié y la rodilla golpea con fuerza contra el cemento de un escalón. El borde atraviesa la tela del pantalón, nota la sangre corriéndole por la pierna. Respira deprisa, de pronto le resulta difícil distinguir arriba y abajo. Siente entonces un fuerte tirón en uno de los brazos, el último escalón lo sube casi en volandas. Están otra vez en el exterior. El aroma de pinos, el viento que hace rumorear los árboles. Lo obligan a andar a empujones, impacientes. Ahora se da cuenta de que, casi seguro, va a morir. A esos hombres la vida les resulta indiferente... Tal vez ahora acabará todo. Lo único que desea es ver a Helene..., solo una vez más.

Solo puede confiar en sí misma. Ni en Edmund ni en Joachim, que la ha vendido, que ha vendido su pasado por un millón. Ahora tengo que ser fuerte, piensa, mirando a los empleados. El médico fue el último en aparecer. Y el que menos ganas tenía de estar allí, a juzgar por la expresión de su rostro. Aparta la mirada mientras la enfermera habla, mientras le cuenta cómo se ha encontrado a Helene, que no quiere obedecerla. Helene sigue sentada a la consola del despacho, moviendo el cuerpo un poco, adelante y atrás.

–Lo único que quería era entrar en internet para ver mi correo electrónico – dice Helene.

La enfermera mira al médico, que es la autoridad. Él debe tomar la palabra.

–Eso no se puede hacer, desde luego –dice él por fin–. Porque las historias de los pacientes son confidenciales.

Helene asiente. No puede pensar en nada que no sea el archivo. Tiene que saber si hay una historia clínica a nombre de Hirsch. Si Hirsch existe en algún sitio además de dentro de su cabeza.

–Tenemos que acompañarla para que vuelva a la cama –continúa el médico–. Y mañana hablaremos con su esposo. ¿No cree que será lo mejor? – se lo pregunta a Helene. Y no es una pregunta retórica, lo pregunta en serio. Mira a la enfermera–: ¿Acompañas a la cama a la señora Söderberg? Y tú puedes volver a la recepción, aquí ya no eres necesario –añade, dirigiéndose al celador.

Helene se levanta despacio. Ve que todos los que están en la estancia se marchan, cada uno en una dirección. El celador hacia la puerta, la enfermera se dirige despacio hacia Helene con el brazo adelantado y cara de pocos amigos. Y Helene ve al médico. Lo ve moverse hacia el teléfono de la estantería. Despacio, tremendamente despacio, saca la mano del bolsillo y la estira hacia el teléfono. Edmund. Va a llamar a Edmund.

–No –dice ella con una voz profunda y autoritaria que casi no puede reconocer como propia.

Los tres la miran. Le tiemblan las mandíbulas, le duelen las sienes.

–No vas a hablar con mi marido –dice Helene.

El médico tiene la mano encima del teléfono, pero de pronto esboza un gesto de culpabilidad. Como si lo hubieran pillado in fraganti haciendo algo prohibido.

–Estooo –dice el médico. Nada más. Otra vez las manchas rojas que se le extienden por el cuello. Sucede algo con la expresión del rostro de la enfermera. ¿O ha estado así todo el tiempo? No, su gesto ha cambiado, igual que el del médico y el del celador. Le tienen miedo. Helene está totalmente segura. Hay miedo en los ojos de todos ellos, nerviosismo en sus voces. Se ve a sí misma desde fuera. La señora Söderberg. Helene Söderberg, única heredera de un imperio, uno de los mayores del país. Una de las mujeres más poderosas de Dinamarca. Accionista mayoritaria del hospital. Es la dueña de los tres. Tiene poder sobre ellos, sobre su trabajo y su futuro. Solo con chasquear los dedos puede poner punto final a sus carreras. De ahí su desasosiego. Por eso le tienen miedo.

–Sabéis quién soy –dice en voz baja. Ve en su memoria a Helene, la Helene que entró en el hotel con paso decidido, la que se veía en las grabaciones de seguridad, la Helene de las fotos, fuerte, fría, dura. Esa Helene no necesita levantar la voz. Le basta, si quiere, con susurrar algo para que la escuchen–. Sabéis que puedo despediros cuando quiera. Si decís algo de lo que está pasando, yo lo negaré. Puedo decir que me encontraba mal y atiborrada de pastillas, y puedo quejarme de vuestra forma de tratarme. Si yo digo que no os comportáis debidamente, será solo a mí a quien hagan caso.

Helene hace una breve pausa. Pausa que aprovecha para establecer contacto visual con los tres, uno tras otro. Y para sentir el poder. Lo agradable que es esa sensación. Que otros atiendan cuando hablas.

–Y ahora vamos al archivo –dice con calma.

**E**l médico va delante, dirige el paso hacia las escaleras, porque tienen que bajar al sótano; enciende la luz del corredor vacío, es un agresivo neón blanco que ilumina al pálido y adusto grupo que se mueve lentamente hacia el otro extremo del pasillo. El médico se detiene delante de una puerta.

–¿Llevas la tarjeta de acceso? –pregunta a la enfermera.

La enfermera pasa la tarjeta por el lector y teclea un código. El pasador se

ilumina en verde y suena un débil clic. Helene la aparta a un lado y abre ávida la puerta, la sujeta bien abierta y entra. El archivo. Por fin. La tensión arde en su pecho, casi adormece el dolor de cabeza que le desgarras las sienes. Ojalá pudiera relajar las mandíbulas, pero es imposible, los dientes parecen pegados unos a otros.

A su espalda, la enfermera y el celador se quedan juntos, apoyados en la pared. Parecen rehenes, como si Helene estuviera armada. Se vuelve hacia el médico, que parece el más templado de los tres.

–Necesito encontrar la historia de una persona apellidada Hirsch –dice Helene, y deletrea el nombre.

–¿De cuándo? –pregunta el médico.

–No lo sé –responde Helene.

–¿Hombre o mujer?

Helene se muestra dudosa y mira las largas filas de archivadores metálicos que se acumulan delante de ellos. Del suelo al techo, archivador tras archivador. Si les dijera que ni siquiera está segura de que exista una historia clínica con ese nombre... Que esa persona a lo mejor solo existe dentro de su cabeza... Aprieta los dientes aún más fuerte. Hirsch aparecerá. Es necesario que aparezca Hirsch, si no... Si no, ¿qué? La pregunta le deja un rugiente vacío en la cabeza. Si no, tendrá que enfrentarse al hecho de que se ha vuelto loca. El médico se dirige directamente a un pasillo de archivadores y Helene lo sigue, se da la vuelta para comprobar que los otros dos permanecen en su sitio, al lado de la pared. Basta una sola mirada, los dos están quietos sin hacer nada, se han rendido a la situación. El médico no se desvía y se detiene ante una estantería que examina de un extremo a otro. Va despacio, pues tiene que sacar del todo cada cajón de tarjetas y comprobar todas las carpetas que contienen las historias clínicas. Helene saca un cajón y hace lo mismo, pasa por las filas de nombres que empiezan por Hi. Las etiquetas escritas a mano abarcan una multitud de historias clínicas. Algunas contienen un único archivo, otras reúnen un montón, uno junto a otro, con descripciones de sífilis y tuberculosis, enfermedades de otro siglo, de otra época. Helene va pasando carpetas con impaciencia, pero al mismo tiempo con miedo a dejarse algo sin mirar, así que varias veces vuelve al principio. Hicks, Arne. Este lo vuelve a mirar varias veces, no está segura de haber leído el nombre correctamente. A lo mejor lo ha visto mal, ¿y si lo que pone en realidad es Hirsch? Otra vez atrás, y otra. Pero no, Arne Hicks tenía leucemia, fue en los años cuarenta.

Murió, fue rápido, pobre hombre. Helene pasa más historias, sus dedos se deslizan sobre el fino papel. Se corta, se quita la gota de sangre con la lengua, vuelta al lugar de donde salió. Está rabiosa por la frustración. *Tan cerca*. Tan cerca, y a lo mejor no hay nada. Con cada historia que hojea y que no lleva el nombre de Hirsch, su corazón late más despacio. Una esperanza menos.

—Aquí está —dice el médico, cansado, irritado, humillado, y le entrega una carpeta bastante delgada.

Helene suelta la historia que tiene en las manos, los papeles caen al suelo y arranca la otra carpeta de las manos del médico. Lee la parte delantera: «Hirsch, William». Helene siente que su corazón late más deprisa. Abre la historia y la lee entera, la devora con avidez. Por fin va a saber quién es Hirsch, por fin conseguirá saber algo a ciencia cierta. En la parte superior, la fecha de nacimiento: «1918. Judío». Qué cosas escribían entonces. Ingresado en 1937 con apendicitis, operado, todo fue bien, se le dio el alta. Eso es todo. Helene pasa adelante y atrás las pocas páginas de la historia, lee los datos personales. Estaba casado con Rosa Hirsch. ¿Se trataría de William o de Rosa? ¿Le dice algo ese nombre? ¿Hay algo que brote de su memoria? De pronto lo ve, en la parte inferior del papel: director de Söderberg-Hirsch Shipping. ¿Söderberg-Hirsch Shipping? Helene lo lee incrédula.

—Busca Rosa Hirsch —ordena Helene con brusquedad al médico, que está en cuclillas delante de ella recogiendo los papeles que había dejado caer.

Helene no aparta los ojos del papel, pero por el rabillo del ojo ve que el médico obedece. Poco después le entrega otra carpeta. Helene pasa rápidamente las hojas de la historia clínica de Rosa Hirsch. Un parto, una hija. Hija de Rosa y William. Después se habla de neumonía. Nada más. Helene tiene las dos historias en la mano, la mirada fija en esas palabras: Söderberg-Hirsch Shipping. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no ha oído ni una palabra al respecto? Todo lo que le contó Edmund, sus alabanzas a la empresa de la familia, las historias de Aksel, su padre, que lo edificó todo partiendo de la nada justo después de la guerra. Es lo único que ha oído contar. Nunca le han mencionado que existiera un William Hirsch, otro propietario. ¿Por qué? ¿Por qué se ha mantenido en secreto a William Hirsch?

El médico está delante de ella, como esperando. Helene se vuelve hacia los otros dos, que siguen silenciosos junto a la pared. Ahora hacen lo que ella les dice, pero es solo cuestión de tiempo que cambien su conducta. Telefonarán a Edmund, y a ella la sedarán. Helene piensa deprisa. Tiene que irse. Lo tiene

clarísimo. Tiene que salir de allí, alejarse de todo aquello sobre lo que Edmund pueda tener alguna influencia. Tiene que alejarse de las mentiras de su marido, de todo lo que oculta. Y además tiene que buscar a alguien..., alguien que ya no está en la empresa, pero que sabe algo. Entonces recuerda. El anciano. ¿Cómo se llamaba? Algo sueco, o... ¡Gudmundson! Miembro de honor, casi sordo, no, con mala memoria y gordo.

–Tengo que salir –le dice al médico, y se recuerda a sí misma que debe llevarse el bolso y las llaves del coche. Y ponerse la ropa.

El rostro caballuno del médico ha cambiado en el rato que llevan allí abajo. Ha desaparecido el nerviosismo, han desaparecido las manchas rojas. La mira directamente a la cara, con los ojos levemente entornados. Intenta hacerse una idea de lo que está pasando.

–¿Cómo puedo salir más deprisa del edificio sin que nadie me vea? – pregunta Helene.

El dolor lo hace despertar. Pero el dolor se ha hecho amigo suyo, y ya no puede imaginarse la vida sin él. Aunque no estaría mal pensar en recuperar la vista, por lo menos. Joachim intenta levantarse. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una hora? ¿Un día? ¿Un año? Estuvo tumbado en el coche pensando que lo matarían a golpes. Tras un largo rato se detuvieron. No habían tenido necesidad de entretenerse haciendo círculos en todos los cruces posibles, pues Joachim no podía desorientarse más de lo que ya lo estaba. Lo sacaron del coche. Uno de ellos le dijo en voz baja: «Sabemos quién eres, Joachim». Y lo arrojaron del vehículo como se tira una cáscara de plátano por la ventanilla en una autopista, sin experimentar el más mínimo sentimiento, sin conciencia. Qué demonios, biológicamente, este no tiene remedio, debieron de pensar de Joachim. Un día alimentará a las lombrices que proporcionan alimento al trigo y la avena..., así que igual podemos tirarlo por aquí y arrearle un buen golpe en la cabeza. *El golpe.*

–Joder.

Joachim recuerda el golpe. El primero, que le hizo ver lucecitas, como en las historietas de Tintín. Gritó, luchó por la vida durante varios segundos. Luego debió de haber otro golpe, porque de pronto se fue. Hasta ahora.

Se quita el pasamontañas. Está solo. Es de noche. Un bosque. Se toca la cabeza, pero no hay sangre. Solo un chichón en el mismo sitio donde Gorm le provocó otro chichón la vez anterior. Un cráneo como el suyo tiene mucho aguante. Peor le va al corazón, que casi no aguanta nada. Dos mujeres, una lo amaba demasiado y la otra no lo amaba lo suficiente como para quedarse con él. Válgame Dios, eso se supera. Pero no, el corazón aguanta poco, aunque el cráneo soporte golpes y trastazos... Ya quisiera Joachim que fuera al revés. Un corazón más fuerte y un cráneo más débil. Cuando sea.

Sigue el camino que sale del bosque. Kirke Hyllinge. Basta con cambiar de sitio unas letras para que se convierta en un nombre gracioso. ¿Por qué piensa en eso? *Hirke Kyllinge*, «pollitos Hirke». Debe de ser por la conmoción. Y entonces se da cuenta de que no ha conseguido ningún resultado. No se ha



acercado ni un milímetro, todo han sido pasos en falso. Nunca encontrará a Louise Andersen, ni una buena historia, ni recuperará el amor.

La estación de ferrocarril de Roskilde. Joachim enciende el teléfono móvil, lo sujeta con las dos manos, le extrae la corriente que queda, como las egipcias extraen el agua del Nilo de su colada. Queda un cinco por ciento. Nada más. Apenas para llegar a casa. ¿A casa? No existe casa, pero tendrá que considerar como tal el colchón del apartamento del hijo de Gudrun. Mañana tendrá que pensar algo. Viajar. África. Claro. ¿Bajar por el Nilo, navegar el río entero, desde Suez hasta Kenia? No está seguro. Quiere bañarse en sus aguas sucias, recorrer la sabana y ofrecer sus carnes a hienas y leones, sus tobillos al mordisco de las serpientes, su sangre al mosquito de la malaria. A lo mejor los animales pueden hacer lo que no consiguen ni Gorm ni todos esos psicópatas tratantes de mujeres: acabar con él de una vez por todas.

Llega el tren, y sube. Los escasos pasajeros lo miran boquiabiertos.

—Perdón —musita, y busca el vagón de fumadores, que sabe perfectamente que ya no existe.

Se sienta y deja pasar imágenes y horribles impresiones ante su mirada interior. Las chicas. Maltratadas. De niñas y de adultas. Destruídas. Los hombres. También maltratados, aunque es mucho más difícil sentir simpatía por ellos. Hombres que atan a las mujeres, las amarras y los hierros...

—Amager... —masculla Joachim mientras se pone de pie. Había algo grabado en los pesados ganchos de hierro, en los aros, objetos construidos para fines completamente diferentes. Para el ganado o para colgar cosas pesadas, no para mujeres. Amager Jernfabrik. Eso ponía. Lo único que ha sacado de esa aventura. No tiene ningún rostro, aparte del de la muchacha. Ni idea de dónde estaban. En todo caso, no en Hirke Kyllinge. Pero el hierro lo fabricó la Amager Jernfabrik. ¿Y qué? ¿Eso qué significa? Nada. Es solo su cerebro de escritor, que anda siempre buscando detalles. Algún que otro detalle que pueda añadir algo a la historia.

—Espera un momento —dice, interrumpiendo su serie de pensamientos. ¿Qué fue lo último que se dijeron Helene y él en el restaurante?...

El relato está en los detalles, había dicho él. Y Helene respondió: igual que el demonio. ¿De qué habían estado hablando...? Ah, sí. De su mochila. Bueno,

de la mochila de Louise, la única prueba física que tenían de la existencia de Louise Andersen. Joachim la había cogido del desván, la había examinado, había encontrado aquel ridículo posavasos que lo condujo a aquella aberración—. El hierro —masculla Joachim.

El hierro que había en el fondo de la mochila. La tela estaba manchada de óxido. Debió de haber estado en agua llena de partículas herrumbrosas, eso fue lo que pensó. Joachim utiliza el último tres por ciento de carga para buscar «Amager Jernfabrik». Hace mucho que no está en activo. En las fotos que han cargado algunos aventureros urbanos se ven las ruinas de la fábrica, que siguen existiendo. Espacios enormes, grandes hornos, arquitectura de cuando se estaba creando el mundo que hoy conocemos. Pero las ruinas siguen ahí. Se levanta. ¿Dónde están? Mira el plano de estaciones. Comprueba que está a veinte minutos de la Estación Central, y se dirige impaciente hacia la salida.

No hay nadie, aparte de Helene, en el aparcamiento de Söderberg Shipping. Unos pocos coches, entre ellos el suyo. Fue allí desde el hospital, acompañada por las luces del alba. ¿No fue eso lo que dijo la secretaria de Helene, que ella era siempre la primera en llegar por las mañanas? Eso quiere decir que nunca se levantaba cuando lo hacían los niños. Siempre estaba ya fuera antes de que se despertaran los demás habitantes de la casa. Cuidaba de no perder ni cinco coronas para la empresa. Hasta que sucedió algo.

Helene se arriesga y atraviesa a pie, muy tranquila, la explanada. Abre la puerta del coche y se sienta. Dentro está su teléfono tal como lo dejó, en el cargador. Lo enciende y mira los contactos. Hay muy pocos. Edmund, Karen (secretaria), Caroline, Christian. Sofie aún no tiene teléfono, Edmund piensa que es demasiado pronto. Helene marca un número.

–Señora Söderberg –dice Karen, asustada.

–Perdona si te he despertado.

–No, no me ha despertado, ya estaba levantada –dice Karen, pero Helene se da cuenta de que miente. ¿Por qué lo hace? ¿Qué jefe puede esperar que sus colaboradores estén levantados a las cinco y media de la mañana?

–Oye, Karen. El otro día conocí a un señor en la recepción que tuvimos. Gudmundson, o algo así.

–Karl Gudmundson –dice Karen rápidamente.

–Necesito su dirección.

Hvide Sande. «Arenas blancas», es un nombre muy romántico, el tipo de nombre de pueblo que te hace pensar en hombres y mujeres paseando por la playa, las mujeres con vestidos largos, miradas frívolas y cautelosas bajo el sombrero estival. Helene conduce su coche a través de la mañana, hacia el oeste, mientras su mente divaga. Desde las pinturas de Krøyer, con sus mujeres en la playa, hasta Joachim. Y al tiempo que estuvieron juntos. Su cuerpo, su

voz, su forma de mirarla. Todo lo que echa ahora de menos. Hvide Sande 10 km, pone en el cartel. Para en el arcén. Baja del coche, siente las lágrimas, la pérdida del amor. Piensa si será por culpa del nombre de ese lugar. Un asqueroso nombre de pueblo. Hvide Sande.

¿Les pasará a todos lo mismo? ¿Recorrerán las calles de Hvide Sande llorando por algún amor perdido? Dirige la vista hacia el paisaje azotado por el viento. Plantíos de árboles de Navidad, muchos de ellos aún tiernos; pasarán años antes de que las familias se reúnan, mano con mano, a su alrededor. De pronto grita. La furia, la desesperación, casi a las ocho de una mañana en la costa occidental de Jutlandia. Helene estalla. Le hace tanto bien que vuelve a gritar. Joachim. ¿Cómo pudo ser capaz de ensuciar todo lo que tuvieron en común? ¿Es que ya no significaba nada para él? Joachim la había vendido, ese Judas la había traicionado. Había vendido su recuerdo y su tiempo juntos, por un millón de coronas. Vuelve a gritar, todo es siempre cuestión de dinero.

Ya está. Le ha sentado bien gritar en un vivero de árboles de Navidad. El resto del camino a Hvide Sande, Helene no aparta los ojos del espejo retrovisor. Está segura de que nadie la vio salir del aparcamiento, pero hay un coche a cierta distancia de ella, tan lejos que lo único que puede ver son sus luces. Y conduzca deprisa o despacio, ahí sigue. ¿Será el mismo hombre que la siguió en Himmelbjerget? ¿Será que su secretaria se ha ido de la lengua? ¿O que Edmund rastrea su teléfono?

La dirección de Gudmundson la lleva más allá del centro del pueblo, a una residencia de la tercera edad. Vistas al mar, a la eternidad. Helene aparca. No aparecen más coches y se queda quieta unos momentos, con repentinos deseos de fumar. Qué curioso. ¿Ha fumado alguna vez?

Un olor ya olvidado se hace claramente presente. Los ancianos huelen distinto que los jóvenes, es eso, así de simple. Helene piensa que huelen un poco como el armarito de la fruta que había en el café, cuando la fruta fresca se pasaba un poco. Helene y Lina siempre tenían fruta fresca. La usaban para preparar sorbete, el postre favorito de Joachim; de hecho, el único que tomaba.

–Perdón. Estoy buscando a Karl –dice Helene a una de las empleadas,

intentando sonar lo más familiar posible al utilizar solo el nombre de pila.

–Tenemos varios Karl.

–Gudmundson.

–La última habitación. La única con balcón –dice la auxiliar, señalando el pasillo.

Helene sigue las flechas del suelo de linóleo. Hasta el final. Llama, pero no responde nadie. Una mirada rápida por encima del hombro, y entra. El anciano está tumbado en la cama, inmóvil. A lo mejor está ya terminal, piensa Helene al acercarse. Le mira la boca abierta. Hay total oscuridad en esa boca, y de ella brota un sonido profundo. Un sonido de infinito cansancio, una respiración que a Helene le hace pensar en una armónica vieja, oxidada, muy grave, pero acompañada por un silbido muy débil, surgido de los bronquios.

–¿Gudmundson? –Helene le toca un brazo con cuidado.

La puerta se abre a su espalda.

–¿Disculpe?

Helene se vuelve y ve a un hombre en la puerta. A juzgar por su aspecto, no pide disculpas, sino más bien lo contrario. Su mirada es acusadora.

–¿Qué sucede aquí?

–¿Cómo que qué sucede? –dice Helene, levantándose. Extiende la mano, un gesto de miles de años de antigüedad cuando un extraño se encuentra con otro extraño. Pero no para ese individuo, que sacude la cabeza muy despacio—. Soy Helene Söderberg, he venido solo...

El hombre la interrumpe.

–Sé quién eres. Pero que pagues tú una habitación con balcón para Karl no te da derecho a entrar como Pedro por su casa. Aquí soy yo quien lleva las cosas.

–Yo... –Helene mira hacia el balcón, que no es especialmente bonito. Metal, frío. ¿Fue su padre quien se lo proporcionó a Karl? ¿Por muchos años de leales servicios? Y entonces lo ve, fuera, en la plaza. Un coche con un hombre al volante. Helene está casi segura. Es el que la seguía también el otro día en Himmelbjerget. Los hombres de esa clase son todos iguales: cazadora, raya a un lado. Una raza en sí mismo. Se les puede contratar para cualquier cosa. Para llevar las cuentas, para conducir autobuses, para instalar *software*, para seguir a alguien.

–Si quieres visitar a Karl, tienes que concertar una cita con la familia.

–No será más que un momento –dice Helene.

–Pero ahora tengo que pedirte que te vayas, así de simple – replica el hombre, con acento de Copenhague. ¿Quizá los Söderberg gozan de más respeto entre las personas de Jutlandia? Sea como sea, parece que él no se deja impresionar por el apellido. O a lo mejor han llamado a Edmund.

–Lo cierto es que concerté una cita con la hija de Karl –dice Helene con una sonrisa.

–Pues... pues... pues no me han informado.

–Llámala, si quieres –dice Helene–. Y si me disculpas, Karl y yo tenemos que charlar. –Helene va hacia él. El poder. Levanta las cejas. El supervisor sale al pasillo. Farfulla algo de que va a llamar inmediatamente a la hija de Gudmundson, pero Helene ya no lo oye, la puerta está cerrada. No hay pestillo, y para sustituirlo empotra una silla debajo de la manilla, aunque no tiene muy claro si servirá de mucho. Vuelve junto a la cama, al hombre que estuvo trabajando desde la fundación de la empresa, y que conoce su historia mejor que ninguna otra persona viva. Gudmundson fue la mano derecha del padre de Helene. Algo por el estilo fue lo que dijo Edmund.

–Karl. –Helene habla fuerte, directamente al oído del anciano, que abre los ojos y la mira–. Karl, ¿te acuerdas de mí? –pregunta Helene.

El anciano no responde. Tiene los ojos pálidos y acuosos. Su boca empieza a moverse enseguida, con los labios cerrados, como cuando lo vio por primera vez en la terraza del ático. En ese movimiento se pueden leer demasiadas cosas. ¿Un hambre jamás satisfecha? ¿El pecho materno que le retiraron demasiado pronto? Helene mira las paredes, repletas hasta los topes: fotografías amarillentas en marcos oscuros, viejas calcografías de escenas exóticas, como desiertos con camellos y ciudadelas con tiendecitas árabes, con sus hierbas, frutas y nueces en exposición sobre elaborados tapetes. También los alféizares están repletos. Lámparas de aceite, antiguos candelabros. El suelo está cubierto de alfombras auténticas, cruzadas unas sobre otras, formando un mosaico de dibujos geométricos. ¿Quizá de joven viajó mucho para Söderberg y se trajo consigo al frío norte algo de la Arabia feliz?

–¿Karl? –Helene lo intenta de nuevo. El anciano la mira, la boca se vuelve a mover. ¿Qué sucedería si se le metiese algo dentro?

Helene mira la estancia a su alrededor. ¿Hay algo que pueda servir? ¿Huellas de la vida laboral del anciano, algo de la empresa para la que trabajó una larga vida? Se dirige a la estantería y hojea los libros. Enciclopedias,

obras de consulta, diccionarios. Y abajo del todo, tres libros sin título en el lomo. Helene se pone en cuclillas, los saca y abre uno. Pasa las páginas deprisa. Trata de Söderberg Shipping. Anuncios, fotografías, todo perfectamente recortado y pegado, y con Gudmundson como centro. Es como lo que prepara una madre o un padre para sí mismo cuando los hijos se han marchado de casa. Debajo de cada recorte figuran una fecha y un lugar escritos con estilográfica. En cursiva, muy legible. La segunda mitad del libro está en blanco, son páginas vacías. Allí concluye la historia para Karl Gudmundson. Helene saca el siguiente libro, son fotos de los años sesenta y setenta, pero nada de los fulgurantes comienzos de la empresa. Abre el tercer libro, lo hojea rápidamente, con ansia, echa fugaces vistazos a las páginas, las fotos. Nada. Suspira. Es tan difícil. Es tarea para la Policía, no para una sola persona.

—No —susurra, y vuelve a empezar desde el principio. Esta vez mira las fotos con cuidado. Antes de la guerra. Justo cuando empezaron con una barcaza, solos el padre de Helene y otro hombre joven, ¿quizá William Hirsch? Y un muchacho algo más al fondo. ¿Será Gudmundson? Hay un recorte publicitario, el papel está ya amarillento y quebradizo, Helene lo despliega. Es un anuncio de la fundación de la empresa. Söderberg-Hirsch Shipping. Söderberg-Hirsch existió como empresa, no cabe la menor duda, Helene no está mal de la cabeza. Estudia la foto de William Hirsch. Hay algo..., ¿algo extrañamente conocido en ese hombre? Helene lee sobre la gente de la gabarra, sobre las fábricas de turba y las tejedorías de las orillas del Gudenå; cómo las rutas del lago llegaron a convertirse en la principal vía de la comarca para mercancías y pasajeros. Helene mira unas fotos de las rutas por el río. Los rostros duros, sucios, que con el tiempo se van haciendo más tranquilos, quizá incluso sonrían un poco, aunque al principio no era así.

En la página siguiente hay una fotografía pegada. Dos hombres delante de un edificio más bien humilde. No es el edificio principal actual. Pero sí la primera dirección de la empresa, y los dos hombres que la fundaron. Y allí está su padre, Aksel Söderberg, con una expresión dura en los ojos, la nariz ancha que no encaja nada con las finas cejas. Y a su lado William Hirsch. Los nombres están debajo de la foto. Hirsch parece algo mayor que su padre, pero en esa fotografía los dos tienen un gesto decidido, casi arrogante. Helene pasa páginas, recortes de anuncios, el periódico *Silkeborg Avis*, papel amarillento; por alguna razón, Gudmundson ha incluido una breve nota sobre un avión americano que chocó con una torre de alta tensión en Nueva York. Murieron

todos. ¿Quizá en ese avión viajaba algún conocido de Gudmundson? En la página siguiente se ve a Karl Gudmundson en las fotos y se lo menciona en el artículo que describe la nueva empresa que avanza imparable. Helene vuelve a pasar páginas, nota la excitación en su respiración. ¿Por qué Edmund le mantuvo oculto al otro fundador de la empresa? ¿Por qué hay que mantener a William Hirsch en secreto? Un artículo tras otro sobre la nueva y ambiciosa empresa que progresa sin pausa. Y entonces –de una página a la siguiente– William desaparece. El nombre de Hirsch se borra del nombre de la empresa. Solo quedan el padre de Helene y Karl Gudmundson. Söderberg Shipping. Helene pasa páginas adelante y atrás. Ahí está William. Ahí ya no está. ¿Qué pasó? Por lo que puede ver, sucedió durante la guerra.

Se acerca a la cama, sostiene el libro para que el anciano pueda verlo.

–Karl –dice con insistencia–. ¿Qué pasó con William?

Karl mira el libro, ve las páginas, el surco entre las cejas se hace más profundo. Helene pasa páginas adelante y atrás, intentando dar vida a la destrozada memoria. William está en la foto, ahora no está. El anciano mira a Helene con cariño. No tiene ni idea de quién es. Tiene que ser ahora. Los vacíos de la memoria de Helene y la senilidad de Gudmundson. Menos por menos. El resultado tiene que ser más. Helene lo oye antes de verlo, una persona intenta abrir la puerta. La silla no lo permite, aunque no será por mucho tiempo.

–¡Abre! –grita el que está al otro lado. El supervisor del lugar. Helene se levanta.

–¿Caroline? –dice de pronto Karl.

Extiende una mano, acaricia la mejilla de Helene con el dedo índice, de forma tan inesperada, y con tanta alegría...

–¿Caroline? –pregunta Helene deprisa, con ansia. Le toma la mano y la acaricia.

–William... –La voz de Karl es débil, se detiene, vuelve a parpadear–. Era judío –dice en un murmullo. En su voz ha aparecido cierta dureza.

–¡Llamaremos a la Policía si no abres! –grita el hombre de fuera.

Gudmundson vuelve a mirar la fotografía, Helene le aprieta un poco la mano, tiene que hacerlo para sostenérsela.

–William Hirsch era judío –repite Helene–. ¿Se lo llevaron los alemanes?

Karl asiente, pero Helene tiene la sensación de que habría hecho lo mismo ante cualquier pregunta que le hiciera. Rápidamente pasa páginas hasta una



fotografía anterior, quizá de los años cuarenta. Parece que en ella están todos los empleados de la empresa. En esa época eran apenas quince personas. Al lado de William hay una mujer. Erguida y claramente consciente de su propio carisma. Vestida con elegancia, el cabello recogido en un moño suelto, una mano sobre su vientre hinchado por el embarazo.

—¿Es esta Rosa, la mujer de William?

Karl asiente. Pero Helene no está segura de si siempre responde así a todo lo que se le pregunta.

—Karl, ¿estamos ahora mismo en China?

El anciano mira extrañado a Helene. Bien, algo queda todavía. Muy poco.

—En China no, en América —dice Karl—. Se escaparon...

—¿A América?

Él la mira otra vez, ladea la cabeza.

—¿Rosa?

Helene suspira, se da cuenta de que el anciano está ahora muy lejos, aunque mira otra vez el libro de recortes, murmura algo para sí. Ella le suelta la mano con cuidado. Se levanta. La mirada de Karl se dirige a lo alto, buscando algo. Con mucho cuidado, Helene levanta el libro de recortes y contempla la foto de la empresa. Reconoce a su padre. Se reconoce a sí misma en su mirada. Vuelve a mirar a William. A Rosa, que está embarazada, y que luego... ¿escapó a América durante la guerra? Hay algo difuso, algo reconocible. ¿Qué es? Helene piensa. Está segura de que es la primera vez que da con fotografías de la familia Hirsch. En todos los álbumes de fotos, los de casa y los de la oficina, han eliminado cualquier huella de ellos. Había también una página arrancada, alguien, puede ser Edmund, eliminó toda huella de forma muy efectiva. Y entonces, ¿por qué tiene la sensación de conocer esos rostros? El de William, pero sobre todo el de Rosa. La cara. La postura. La conciencia de su propio valor. Y Caroline. Ese nombre, ¿por qué lo mencionó el anciano? De pronto, sin venir a cuento... Gudmundson ha desaparecido en su propio interior, Helene le pone una mano en el hombro y él le sonrío amistoso.

—Abre —vuelve a decir la voz. Helene se acerca a la puerta, quita la silla que estaba bien sujeta, tanto que la manilla de la puerta ha roto la parte superior del respaldo..., o, más exactamente, lo han roto los intentos histéricos del director, sus empujones para entrar. Cuando abre, el hombre la mira furioso.

—Todo está bien —dice Helene—. Había un problema con la puerta. —El

hombre tiene deseos de sujetarla, pero no se atreve.

Todo está bien. No, no está bien. Ahora sabe por qué ha reconocido a Rosa. Esa mujer debe de haber muerto hace tiempo. Reconoce el rostro, los rasgos judíos, las sienes, el pelo. Se parece a la mujer que cuida a los hijos de Helene. El nombre. El rostro. El porte. Caroline Hirsch, que huyó con su madre a Estados Unidos. ¿Vive ahora en la casa de Helene?

El rótulo está torcido. El portón está obstruido con una gran cadena enroscada con varias vueltas en los pilares, y cerrada con un candado gigantesco. La valla que rodeaba la parcela está agujereada y en varios sitios caída. Debe de hacer mucho tiempo que la fundición no está en funcionamiento. Joachim cruza la valla por un agujero, hace una mueca de dolor al agacharse para colarse: le duele la espalda.

No consiguió encontrar ningún autobús que llegara allí desde Rådhuspladsen, así que acabó yendo a pie, con el cuello del abrigo subido hasta las orejas, empapado, tiritando de frío. Tuvo que atravesar todo Christianshavn hasta llegar a Amager. Siguió el antiguo ferrocarril de Amager, atravesó Kløvermarken, haciendo equilibrios sobre las vías hasta que finalmente encontró el edificio que en tiempos alojó la Amager Jernfabrik y que ahora estaba a la espera del derribo o de la transformación en una urbanización residencial carente de historia.

Joachim se detiene y escucha. Es temprano. No oye más sonidos que los de la lluvia. Por seguridad, rodea todo el edificio antes de entrar. El terreno está lleno de vegetación, por todas partes hay planchas oxidadas y bloques de cemento. Entra por la entrada posterior, metiendo los pies en un charco sucio. Gotas frías le caen sobre el cabello, le corren por la nuca. Joachim da unos pasos más. Distingue una escalera que lleva a la planta superior. Una puerta conduce a un gran espacio vacío. Un corredor, los huecos de varias puertas.

Recorre con prudencia el corredor y mira las estancias. Huecos cuadrados, despejados, agujeros abiertos donde debió de haber ventanas. Los espacios están vacíos, es imposible adivinar cuál era su función. ¿Talleres? ¿Oficinas? Se detiene. ¿Ha oído un ruido? Algo hueco, tintineante, como metal cayendo sobre hormigón. Espera, otra vez reina el silencio. Continúa, explora otra estancia más. El agujero de la ventana está cerrado. Aquí vive alguien, pues en una esquina hay un colchón. Joachim entra, mueve los pies con cuidado entre montones de basura, botellas vacías, colillas, cartones, bandejas de pizza, papeles de periódico enrollados, pilas de periódicos, restos de una hoguera.

Se pone en cuclillas, tantea el colchón con la mano, pero la retira al instante. El colchón está sucio, lleno de manchurrónes de grasa. Pero no hace mucho que aquí estuvo alguien. Algún vagabundo, es mejor esto que dormir en plena calle o en el parque. ¿Louise vive, o vivía aquí? ¿Es eso? ¿A lo mejor con Helene, después de su desaparición de Silkeborg? A Joachim le resulta difícil imaginarse allí a su Louise. Este lugar quizá estaba algo mejor tres años atrás.

Llega hasta el final y se gira para subir al piso de arriba. De pronto ve unos ojos oscuros que lo miran fijamente. Delante de él hay un hombre, aunque apenas puede distinguir su silueta. Joachim retrocede unos pasos, nota algo a sus pies y se agacha rápido. Agarra un trozo de metal con ambas manos, tira con toda su fuerza porque está firmemente sujeto, y casi se cae de espaldas cuando consigue que ceda. Algo afilado, un clavo o un tornillo, se le clava en la palma de la mano, levanta la barra por encima de la cabeza y la blande violentamente. La figura que tiene delante retrocede rauda, alzando los dos brazos para protegerse.

–¿Qué... qué haces? –balbucea.

Joachim suelta la barra. El hombre que tiene delante está ahora iluminado por la débil luz que entra por la abertura de una ventana. Un tipejo larguirucho, que está más asustado que Joachim. Tiene la boca abierta, le faltan los incisivos, los profundos surcos que van desde las aletas de la nariz a las comisuras de la boca están llenos de churretes de suciedad. El pelo le cuelga en sucias greñas debajo de una gorra azul que lleva calada en la cabeza.

–¿Qué coño haces tú? ¿Por qué te acercaste a escondidas de esa forma? –dice Joachim, mirándose la mano, que sangra, aunque no mucho.

El hombre baja los brazos, levanta un poco un lado de la boca, en una mueca que Joachim no soporta.

–Tú no pintas nada aquí –dice el hombre.

–Estoy buscando a alguien. A Louise Andersen, ¿la conoces? –pregunta Joachim.

–A lo largo de los años, aquí ha habido muchas señoras.

–¿Hay alguien más, además de ti?

–Quizá. No hay nada parecido a una recepción donde tenga que apuntarse la gente al llegar y al irse.

El hombre es un tanto desvergonzado, muestra una actitud de chico travieso que no encaja nada con su aspecto. ¿Qué edad podrá tener, en realidad?

–¿Qué hay en el piso de arriba? –pregunta Joachim.

–Están los hornos. Más vale que no subas.

–¿Por qué?

–Por el olor –responde el vagabundo.

–¿Qué olor?

–Tiramos la basura a los hornos.

Joachim mira a su alrededor. No hay muchos indicios de que tiren la basura demasiado lejos.

–¿Tienes dinero o pitillos?

Joachim palpa sus bolsillos y saca la billetera sin apartar la vista del hombre, que observa con ansia el dinero y las tarjetas. A lo mejor no debería haber soltado la barra de hierro. Y tampoco debería haberle dejado ver el contenido de su billetera. Joder. Ahora tiene bastante dinero, aunque hace un rato regaló un cuarto de millón a unos hombres que matan mujeres a palos. Le da al hombre todo el dinero que lleva, un billete de cien coronas y unas cuantas monedas.

–No fumo –añade.

El hombre arruga satisfecho el dinero y se lo mete en el bolsillo, y en el mismo movimiento saca un arrugado paquete de cigarrillos y enciende uno con un mechero chapado en oro. Se va despacio y tan tranquilo al cuarto más próximo. Joachim respira hondo para intentar bajar un poco el ritmo de su corazón. Vuelve a la escalera y sube al piso de arriba. La luz matutina intenta abrirse paso por las pequeñas grietas de las placas de contrachapado que cubren las ventanas. Joachim avanza unos pasos con mucho cuidado hacia el borde de un agujero, como un cráter. El mendigo tiene razón, de allí emana un hedor repugnante. Más arriba, última planta, un espacio grande, solo dividido por sólidos pilares de hormigón que se elevan por todas partes.

En mitad del espacio hay una puerta enrejada, cerrada. Joachim no ve adónde conduce. Sacude la manilla, da patadas, pero la puerta no se mueve. Necesita algo para abrirla haciendo palanca. Jadeante, da unas vueltas por el amplio espacio, rebusca con los pies en los montones de basura. Finalmente, su pie da con algo duro. Se agacha y coge un tubo de hierro de un metro y medio de largo. Esta vez toma más precauciones, pasa las manos con cuidado para evitar puntas afiladas. Mira la puerta. Tiene que abrirse. Última oportunidad. Tiene que ver lo que hay allí dentro. Vuelve a la puerta, encaja el tubo en la estrecha grieta, aplica todo el peso de su cuerpo para empujar. Oye un sonido quejumbroso, nota cómo la presión que ejerce encuentra la respuesta

de una presión en dirección contraria. Va cediendo despacio, despacio, hasta que por fin, con un chirrido, la puerta enrejada se abre de golpe. Una vaharada de aire envuelve a Joachim cuando se inclina para mirar. Un olor dulzón, repugnante, que le produce náuseas. Joachim mira el interior, hacia abajo. Aquello no era más que el hueco de un ascensor. La luz matutina roza el fondo del hueco, donde debe de haber una puerta abierta. No hay nada, solo una familia numerosa de palomas.

Joachim sale al exterior y llena de aire fresco sus doloridos pulmones. Se siente aliviado de estar fuera. Y derrotado. Aquello marca el final de su loco viaje. Louise Andersen es solo un fantasma, una idea dentro de la cabeza de Joachim, que ahora lo reconoce. Quizá nos pasa lo mismo a todos, piensa, creemos que el amor es más que una imagen, un ideal, algo que perseguimos constantemente pero que no existe en el mundo real, no es algo que podamos encontrar en otra persona. Joachim creía haber encontrado el amor, pero todo se basaba en una mentira, en el hecho de que no hablaron nunca ni del pasado ni del futuro. Así sucede siempre en todas las relaciones. Hay que evitar la realidad. ¿Ardes de amor por otra persona, deseas a otra, me seguirás amando si caigo enfermo? Todas esas cosas a las que no podemos responder con sinceridad si queremos conservar la absurda idea del amor verdadero; en todo eso va pensando mientras emprende el camino de vuelta a la ciudad. Se siente aliviado, está listo para escapar. Pues sí, tiene dinero en la cuenta, vivió un gran amor durante tres años, casi nadie tiene tanta suerte. Ahora saldrá de viaje... Joachim se detiene. Mira hacia atrás, hacia la fábrica, una negra sombra que bloquea el amanecer.

—Déjalo ya —se susurra Joachim, pero es como si su cuerpo y su voluntad no hablaran la misma lengua. Porque no ha examinado bien el interior del horno. Aquel enorme crisol donde nacieron los anillos de hierro que ahora cuelgan en una repugnante cámara de torturas subterránea en algún lugar de Selandia.

Joachim sube las escaleras como si lo hubiera hecho mil veces. Busca al mendigo, que está tumbado en su colchón fumando un cigarrillo, y que mira amable a Joachim cuando este entra en la estancia.

—¿Has decidido venirte a vivir aquí? Esta es mi habitación —dice el hombre.

—Necesito que me prestes el encendedor —dice Joachim con impaciencia.

El hombre lo saca del bolsillo.

—Con vuelta, ¿eh?

Joachim sube las escaleras y de paso coge unos cuantos periódicos gratuitos

de un gran montón que hay en el suelo. Se detiene delante del cráter. El olor es insoportable, no es simple olor a basuras. Enrolla varios periódicos, les prende fuego y pone la ardiente antorcha sobre el gran agujero negro. El papel de periódico se quema deprisa y tiene que soltarlo. El fuego se apaga, quedan solo unas brasas que caen lentamente y se posan sobre lo que hay en el fondo. Lo que en tiempos fue una persona que vivía y respiraba. Un corazón que palpitaba, unos ojos que veían. Los brazos están extendidos a los lados, la espalda, retorcida, las piernas extendidas hacia atrás en una posición imposible, el rostro vuelto hacia arriba, ha desaparecido la piel, han desaparecido los ojos, quedan solo unos agujeros negros, casi solamente un cráneo. Si no fuera por el largo pelo negro, Joachim no se hubiera dado cuenta de que es una mujer.

¿Será Caroline hija de William Hirsch? Esa idea persigue a Helene todo el camino desde Hvide Sande hasta Silkeborg. ¿Por qué no lo dijo? ¿Por qué se abrió paso esa mujer hasta el corazón de la familia de Helene? Esa mujer tan dulce, tan alegre, tan sacrificada.

Helene aparca a cierta distancia y se queda sentada un momento, esperando. No ve el coche de Edmund ni el de Caroline. Hay ruido en los establos. Helene sube la escalera y entra en el vestíbulo. Todo está en silencio. Se dirige a buen paso hacia las habitaciones de invitados, abre la puerta y recorre el largo pasillo hasta detenerse ante la habitación de Caroline. Sabe dónde es, porque ya ha llamado alguna vez a esa puerta para encargarle algo. Caroline nunca la invitó a pasar, la puerta siempre se abrió solamente a medias. *¿Qué escondes?* Está cerrada con llave. Puertas cerradas con llave en la casa de Helene. Secretos, disimulos. No, eso tiene que terminar. Helene apoya los hombros contra la puerta e intenta abrirla de un empujoncito, pero no cede. La cerradura es del mismo tipo que todas las demás de la casa, y no necesita mucho tiempo para coger la llave de uno de los baños. Encaja, y la puerta se abre sin ningún problema. Helene se encuentra en algo parecido a un apartamento separado. Dos salitas, una tras otra, un dormitorio, un cuarto de baño alicatado con bañera grande. Caroline Hirsch, ¿es así como se llama? Decidida, Helene va hasta la cómoda, abre todos los cajones y los registra a fondo, sistemáticamente. Nada. Abre los armarios, observa asombrada la larga serie de ropas diversas colgadas de las perchas o colocadas en los estantes. ¿Tiene que comprobarlo todo? Sí, está en su derecho. Eso piensa mientras tira las ropas al suelo. Blusas, chales, ropas de anciana, las que se usan cuando la ropa no sirve ya para parecer atractiva y guapa, cuando lo estético es sustituido por lo práctico.

Helene lo oye antes de verlo, pues cae al suelo con un leve ruido. Es un joyero. Lo recoge y lo agita. Contiene algo, pero no tiene la llave. Baja la escalera y se dirige a la cocina, donde lo intenta primero con un cuchillo, metiéndolo entre la tapa y el cierre. El cuchillo se dobla y le hiere los dedos.



Prueba con un afilador metálico, que intenta introducir a golpes. No lo consigue y, frustrada, se dedica a golpear el borde del joyero contra la mesa de la cocina, para romperlo, para hacerlo añicos. Exige respuestas.

–¿Disculpe? ¿Qué está haciendo con mi joyero?

Helene levanta la vista. Ahí está Caroline, muerta de miedo.

–¿Tienes la llave?

–No estoy dispuesta, en absoluto, a...

Helene la interrumpe con un grito:

–¡Dame la llave!

Caroline no reacciona y Helene sigue golpeando el joyero, tres fuertes golpes más, y lo consigue: se abre una grieta lo suficientemente grande para introducir el afilador. Helene no atiende a nada más, el cierre no cede, pero consigue coger con los dedos lo que hay dentro: un collar.

–Eso es mío –dice Caroline desde la puerta, con lágrimas en los ojos.

Helene tira. Hay algo en el extremo de la cadena que la sujeta. Oye un coche que llega en la parte delantera de la casa, y mira por la ventana. Es Edmund. Estupendo, Helene va a conseguir las respuestas que necesita.

–Es un regalo de mi madre –dice Caroline.

–¿De Rosa? –dice Helene con voz dura, mirando a la anciana a los ojos.

La mujer vacila.

–Sí, de Rosa.

–¿Qué estás haciendo tú en mi casa, con mis hijos? ¿Quién eres?

–Parece que sabes perfectamente quién soy –responde Caroline, que se vuelve al oír pasos.

Edmund se detiene. Mira a una y luego a otra.

–Helene, estás aquí, te estábamos buscando... ¿Qué pasa? –dice, mirando el joyero y el borde roto de la mesa de la cocina. Tiene ojeras oscuras, el cabello despeinado, la ropa arrugada. Claras huellas de una noche en vela. Helene siente un pinchazo de mala conciencia y, al mismo tiempo, una sensación completamente nueva de ternura hacia ese hombre alto y apuesto. Lo ha malinterpretado sin motivo alguno. No era culpa suya, era culpa de Caroline.

–Edmund –dice Helene–. Caroline no es quien pretende ser.

Edmund se acerca un paso.

–No sé de qué estás hablando.

En su tono de voz hay algo que desconcierta a Helene. Su marido ha perdido

la alegría, ahora hay en él algo duro, áspero, y sus ojos parecen simples rendijas.

–Caroline es hija de William Hirsch, que fundó la empresa conjuntamente con mi padre. Era judío y lo mataron los alemanes. Rosa huyó a América, estaba embarazada de Caroline..., pero esa Caroline está ahora aquí, en nuestra casa. No tengo la menor idea de qué pretende, seguramente será algo relacionado con el dinero, algún tipo de chantaje. –La voz de Helene tiembla de excitación.

–Helene –dice Edmund con voz grave.

Se acerca a ella, sus movimientos son controlados, pero Helene se da cuenta de que está bullendo en su interior. Está enfadado, furioso. ¿Por qué? ¿Es que no oye lo que le está diciendo? ¿Es que no la cree?

–Helene, no estás en tus cabales. Todo eso no son más que imaginaciones tuyas –dice Edmund a la vez que la rodea con el brazo.

–¡Suéltame! –exclama ella–. No estoy loca, oye bien lo que te estoy diciendo, esa mujer es una impostora.

Edmund abre la boca para decir algo más, pero la voz firme de Caroline lo interrumpe.

–Déjalo, Edmund. Tu mujer nunca cambiará de idea.

Edmund suelta a Helene y baja la mirada, al tiempo que apoya una mano en el borde de la mesa de la cocina.

–Caroline –dice, con voz de advertencia.

Ella sacude la cabeza.

–Es cuestión de tiempo hasta que lo descubra todo ella sola –dice Caroline con la misma voz tranquila que utiliza con los niños–. Esperemos que esta vez lo acepte mejor –termina, con una tímida sonrisa.

¿Esta vez? ¿Qué quiere decir con eso? Helene está de pie al lado del fregadero, sigue con el afilador metálico en la mano.

–¿Por dónde empezar? –pregunta Caroline, dejando que su mirada vaya más allá de Helene hasta fijarla en algún lugar del exterior, en el verde césped–. Tu padre, Helene...

–Caroline. –Suenan de nuevo la advertencia en la voz de Edmund.

–Lo que dices es cierto. Mi padre murió a manos de los alemanes. Lo delató Aksel. Tu padre, Helene, está detrás del asesinato de mi padre.

Helene siente que se resiste a creerla: Caroline miente.

–Tu padre quería colaborar con los alemanes, pues eso permitía ganar

mucho dinero. Los nazis necesitaban barcos comerciales que pudieran transportar material entre Dinamarca y Alemania. Había dos hombres muy jóvenes, de apenas veinte años, que antes de la guerra habían comprado una barcaza y un transbordador casi fuera de servicio. –Caroline interrumpe su relato. Vacila mientras Helene la observa, y continúa–: Un acuerdo con los alemanes proporcionaría muchísimas oportunidades, y casi nadie quería trabajar con ellos. Mi padre tampoco, y se opuso terminantemente. Se negó a colaborar con el enemigo. Pero Aksel no estaba dispuesto a ceder, era muy previsor –dice Caroline sin poder evitar una sonrisa.

Está cansada, Helene se da cuenta por cómo se sujeta la espalda con una mano al sentarse a la mesa de la cocina. Continúa:

–Aksel sabía que la guerra terminaría algún día. Y que los alemanes volverían a ser los socios comerciales más importantes; esto sucedía en la fase final de la guerra, y mi padre vivía escondido. ¿Entiendes?

–Sí –responde Helene con voz débil.

–De otro modo, lo enviarían a un campo de concentración. Tu padre lo delató a los alemanes.

–No te creo –dice Helene en un susurro.

–Hubo un testigo, Helene. Un hombre presenció la detención de William y vio cómo lo fusilaban. Aksel estaba presente cuando echaron el cadáver a uno de los lagos.

Helene intenta asimilar esas palabras. ¿Es posible que eso sea cierto? ¿Su padre era un asesino?

–Toda tu fortuna, Helene, todo lo que heredaste... –Caroline titubea, y añade en un débil murmullo–: Toda esa inmensa riqueza se creó sobre un delito abominable, Helene. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

–No te creo.

Caroline no hace caso de las palabras de Helene y prosigue su relato:

–Volvimos después de la guerra, yo nací en 1945. Mi madre intentó convencer a Aksel de que le diera una participación en la empresa. En la empresa que mi padre había fundado con Aksel, y que había crecido hasta lo que llegó a ser gracias a su colaboración con la Alemania nazi. Pero el apellido Hirsch lo habían borrado para siempre. Tu padre quiso borrarlos de la historia. Amenazó a mi madre.

Helene la interrumpe:

–¿Con qué?

–Con acusarla de calumnias y difamación si hablaba con alguien, si revelaba lo que le había contado sobre la muerte de mi padre el testigo presencial de aquella noche... y que incriminaba a Aksel como cómplice. Y le ofreció algo de dinero para que se marchara, le dio un pasaje en un barco a Ciudad del Cabo –continúa, encogiéndose de hombros–. Había abierto allí una delegación, y mi madre pudo encontrar un empleo. –Un sonido quejumbroso brota de los labios de Caroline–. Ciudad del Cabo en los años cincuenta. No era lugar para una madre sola. Se convirtió en una amargada, y esa fue mi herencia: la amargura. Nos lo habían arrebatado todo. El dinero y la justicia.

Helene se sienta a la mesa, por un instante siente una punzada de compasión por la anciana. Edmund no puede seguir callado. ¿Qué le pasa?

–Cuando terminé mi educación volví, a Dinamarca y fui a ver a tu padre. Yo era joven, y él se enamoró de mí sin saber quién era yo. Ese era mi plan. La única forma de recuperar lo que era nuestro pasaba a través del matrimonio. Así ha sido siempre, y esa sigue siendo la mejor arma de la mujer: quedarse embarazada de un hombre.

–¿Embarazada? –Helene sacude la cabeza–. ¿Te quedaste embarazada de mi padre?

–El dinero no era lo más importante –dice Caroline de pronto; se gira hacia Helene y repite–: ¡No fue por el dinero! Mi padre era uno de los fundadores de la empresa, y el tuyo lo borró por completo de la historia. Era como si jamás hubiera existido. Yo pensé que si conseguía que se enamorase de mí, si lo conquistaba, qué sé yo... –Se detiene otra vez.

–¿Qué pasó entonces?

–En esos momentos comprendió la situación. Tu padre no era tonto, Helene, era muy astuto. Hubo pequeños detalles que despertaron sus sospechas. Quizá se dio cuenta de que me parecía a Rosa, y supo que era hija suya. O a lo mejor rebuscó entre mis cosas y encontró las cartas que me había escrito mi madre.

Caroline deja de hablar y suspira. Helene está estupefacta. Cree a pie juntillas todo lo que le está contando Caroline. O Caroline es una mentirosa muy hábil o es todo verdad.

–Continúa.

Un velo de amargura se extiende sobre el rostro de la anciana.

–Después se transformó por completo. Se puso furioso de rabia y me echó, me mandó de vuelta a Ciudad del Cabo, me obligó a firmar una declaración

afirmando que el niño era de otro hombre, y me amenazó con hacer de mi vida un infierno si algún día volvía a acercarme a él.

Helene se encoge. Cada vez está más convencida: lo que dice Caroline es cierto.

–Tu padre se casó a toda prisa con una de sus contables –prosigue Caroline–. Y dos años después naciste tú, en 1972. –El rostro de Caroline vuelve a brillar de odio–. Era como si no pudiera borrar suficientemente de prisa la memoria de William, Rosa y yo, porque éramos una mancha eterna en su preciosa imagen de hombre de negocios. Tu padre era un hombre decidido, y si quería heredar el imperio, lo tenía que conseguir, faltaría más.

–Pero tú estabas embarazada –dice Helene, confusa–. ¿Nació el bebé, y Aksel era el padre?

Caroline asiente con un gesto de la cabeza, parece inmensamente fatigada.

–Pero ese hijo..., quiere decir que yo tengo..., ¿qué? ¿Una hermanastra, un hermanastro? –pregunta Helene.

–Tuve un chico –responde Caroline.

Tras ella, Edmund se remueve inquieto, da un paso adelante y retrocede de nuevo.

–¿Y vive? –pregunta Helene, llena de curiosidad. Increíble. Tiene un hermano.

Caroline suspira, sonrío con una sonrisa extrañamente rígida. Y hace un movimiento con la cabeza, dirigido hacia su espalda. Helene no comprende.

Edmund deja escapar un sonido. Es como si se hubiera vuelto tan pequeño que casi ni se le puede reconocer.

–Será interesante comprobar si ahora lo vas a olvidar otra vez –dice Caroline, mirando a Helene a los ojos.

–¡Caroline, basta ya! –grita Edmund de pronto.

Helene se queda con la mirada fija. ¿Edmund?

–¿Eres tú...? –dice en un murmullo.

Edmund no dice nada, clava los ojos en las baldosas blancas y negras del suelo de la cocina, no se atreve a enfrentar su mirada. Helene se pone de pie. Una náusea repentina le sube por dentro y se deja caer, se esfuerza para detener la ola ácida, se pone una mano en la boca.

–Pero, pero... –dice entonces, clavando la mirada en los dos. De pronto advierte el parecido entre Caroline y Edmund. ¿Y qué pasa con ella y Edmund? ¿También ellos se parecen? Altos, delgados. ¿La nariz? ¿Tienen la

misma nariz?—. Pero esto es incesto —balbucea—. Los niños..., si Edmund es mi hermano...

Helene se levanta, empieza a caminar como si sus piernas hubieran tomado la decisión por sí solas.

—Ahora se largará otra vez y lo olvidará todo —dice Caroline a su espalda.

Helene oye a Edmund gritarle a su madre, es lo último que oye antes de cerrar la puerta del cuarto de baño, donde se deja caer de rodillas, abre la boca y vomita, no echa más que un líquido ácido. Ha tenido hijos con su propio hermano. Endogamia, incesto. Helene grita todo lo fuerte que puede, al tiempo que se aprieta las manos contra las orejas. No quiere oír, no quiere ver, ojalá no lo supiera. Edmund está ahora junto a ella, inclinado, la abraza. Tiene los ojos inyectados en sangre.

—Helene, yo te amo. Yo te amo, Helene —dice Edmund con voz casi inaudible. Helene se deja caer al lado de la taza, le da igual dónde esté. Cuanto peor, mejor. No hay lugar demasiado terrible para ella. De pronto entiende lo que pasó. Estaba conmocionada, corrió por el bosque...

—Helene —dice Edmund—. Yo te amo.

... descabalgó junto al arroyo. Corrió el resto del camino, entre las agujas de pino marchitas, llegó al otro lado, junto a la carretera. No sabía qué hacer consigo misma. Necesitaba pensar. Solo pensar un poco, porque no podía abandonar a sus hijos... No, su cerebro se cerró sin más, la memoria se apagó. Y estuvo lejos. Hasta que Edmund la encontró.

—Tú sí que estás enfermo —dice en un débil murmullo.

—Empezó así, es cierto lo que dice Caroline..., lo que dice mi madre.

Edmund mira nervioso a Caroline, que está al lado de la puerta. Ahora parece relajada, aliviada. Como si todo estuviera bien ya, como si todo estuviera ya solucionado.

—¿Nos puedes dejar un poco en paz, madre? —dice Edmund en voz baja.

Caroline titubea, se recoloca un poco el vestido y se aleja despacio.

—Mi madre odiaba a tu padre, y con eso fue con lo que crecí yo también —dice Edmund mientras le acaricia la mano a Helene.

El roce la quema a través de la piel, hace que le duelan los huesos.

—Cuando nací, tu padre no quiso reconocerme —dice Edmund—. Afirmó que era imposible que el padre fuera él, y eso hizo aumentar el odio de mi madre. La idea fue de ella. Tenía que conseguir un empleo en la empresa, ir ascendiendo mediante mi trabajo, ganarme la confianza de tu padre, aparentar

ser otra persona. Y entonces podría acercarme a ti. Eras la niña de tu papá, lo admirabas muchísimo. El hombre que quisiera ganarse tu corazón tendría que ganarse primero el de tu padre. Trabajé en la empresa desde que cumplí los veinte, comencé en una delegación de Sudáfrica y acabé como ayudante suyo, como el hombre de su máxima confianza. Helene, yo también admiraba a tu padre, tienes que saberlo. Aunque había oído de labios de mi madre toda la historia y había crecido con todo el odio que ella sentía por él, sin embargo... Sin embargo, lo admiraba. Tu padre era fantástico, tan carismático, un genio del mundo de la empresa.

–Tu padre –dice Helene en voz baja.

–¿Qué?

–También era tu padre –responde ella.

Edmund vacila.

–Lo sé, pero nunca lo sentí así. Tampoco él sabía quién era yo. Me convertí en su yerno, y eso era lo que me sentía. Helene, me enamoré de ti, de verdad, no fue una comedia. Todas las ideas de venganza que albergaba mi madre se desvanecieron para mí cuando llegó el momento de la verdad.

–¿Cuál era en realidad el plan de tu madre? –pregunta Helene al tiempo que se pone de rodillas y se dispone a marcharse.

Edmund le toma de nuevo una mano.

–Recuperar el honor de la familia. Si nos casábamos y teníamos hijos, la familia Hirsch conseguiría por fin la parte que le correspondía en la empresa – responde Edmund.

–Honor –repite Helene, incrédula.

–Pero Helene, yo te quiero, y los niños están sanos. Nadie tiene por qué saber nunca nada. Tú y yo podemos vivir con ese secreto. Porque tú también me querías a mí, y las cosas pueden volver a ser iguales, quiero hacerlo todo por ti.

Helene libera la mano a la fuerza y sale del baño. ¿Adónde huirá esta vez? Él continúa, su voz es como un irritante zumbido que resuena dentro de los oídos de Helene mientras se esfuerza lo indecible por subir la escalera e ir al dormitorio. Edmund habla y habla. Dice que él volvió a encontrarla, aunque sabía perfectamente que Helene había excluido esa posibilidad. Aquella vez, justo antes de desaparecer, apareció Caroline en el entierro de Aksel, no pudo reprimirse. Era la consumación de su venganza. Helene descubrió que los dos cruzaban una mirada y supuso que había algo entre ellos. Un secreto, o más

que eso. Helene había reconocido a Caroline, aunque no pudo saber dónde la había visto por mucho que rebuscase en su memoria. Pero le vino el recuerdo, como le viene todo a Helene, riqueza, hombres, amor, maldiciones. Había visto a Caroline en un álbum de fotos. Una de las antiguas, de los años de juventud de Aksel, antes de la guerra. Helene encontró la foto; era una vieja fotografía en blanco y negro de una mujer que estaba un poco en segundo plano en el bautizo de un barco en Silkeborg. Una mujer guapa que se parecía a Caroline. Preguntó a Edmund quién era la mujer de edad, la del entierro, y por qué surgía de la nada una mujer que se parecía mucho a otra mujer de otra época que aparecía en una foto vieja. Y como Edmund negó conocerla, Helene comenzó su propia investigación, preguntó en el hotel donde se alojaba la mayoría de los asistentes. Y cuando le dieron el nombre de Hirsch no se dio por satisfecha, igual que ahora, hasta que se dio de bruces con una verdad que no pudo asimilar.

–Pero ¿por qué es tan horrible? –pregunta Edmund–. Podemos vivir juntos tranquilamente. Nadie tiene por qué saber nada. He arrancado la página del álbum de fotos, Hirsch ha desaparecido, son desgracias que sucedieron antes de nosotros. Ahora estamos juntos, todo puede ser perfecto, Helene.

–Jamás –susurra Helene, que no se detiene hasta que ha entrado en el dormitorio, donde se queda inmóvil, mirando sus ropas.

–Siento mucho molestaros –dice Caroline.

Está en la puerta, Helene ni siquiera la ha oído llegar.

–Está aquí la Policía.

–¿La Policía? –dice Edmund, atónito.

Detrás de Caroline aparecen dos agentes uniformados.

–¿Les ha pasado algo a los niños? –pregunta Helene.

–No –responde el de más edad.

–¿Entonces?

–¿Helene Söderberg? –pregunta el más joven.

Helene da un paso al frente. Lo primero que piensa es: ¿le ha sucedido algo a Joachim?

–Lo preguntaré otra vez –dice el agente–. ¿Es usted Helene Söderberg?

–Sabe usted perfectamente quién es mi mujer –exclama Edmund, irritado.

–Tenemos que preguntar –dice el de más edad.

–¿Y quién lo manda?

–La Fiscalía. La señora Söderberg queda detenida.



Edmund se mueve con rapidez y se planta delante del agente.

–¿Detenida? ¿Por qué?

–Por la muerte de Louise Andersen.

Estar encerrada es una liberación. Eso piensa Helene. Lejos de Edmund, de la horrible verdad, de la prensa que se arremolina delante de la comisaría de Aarhus esperando para sacar más fotos. ¿Cuántas fotos necesitan tener de ella, esposada, para darse por satisfechos?

Helene mira a su alrededor en la pequeña celda. Paredes desnudas, demasiada iluminación. Los oye acercarse por el corredor. Volverán a llevársela y habrá más interrogatorios, pero ella no quiere. Ya se lo ha dicho: es culpable, le da todo igual, cerrad bien la puerta y tirad la llave. ¿Cuánto tiempo lleva allí? ¿Dos días? No está segura, ha pasado casi todo el tiempo dormida. ¿Dormida? No, ha estado ausente, desaparecida dentro de sí misma. Si pudiera detener su corazón con la fuerza de la mente, lo habría hecho.

Edmund intentó que lo autorizaran a verla cuando fue trasladada ante el juez de guardia, después de que la Policía tomara muestras de sangre. Pero Helene no aceptó verlo, y también rechazó ser representada por los abogados de Söderberg. No se enteró demasiado de lo que hablaron el fiscal y el juez. Pero sí comprendió que habían encontrado el cadáver de Louise Andersen. La Policía seguía esperando la identificación definitiva por medio de la dentadura, pero estaban seguros al noventa y nueve por ciento, en buena parte porque del cuello del cadáver colgaba un medallón con una foto de Louise de niña. Para la Policía era importante conseguir que Helene entrara en prisión provisional lo antes posible. Helene había robado la identidad de Louise y sus documentos personales, eso la convertía en la principal sospechosa..., y ya que la familia Söderberg no carecía de medios ni de capital para influir en una investigación, para el fiscal era imprescindible tener a Helene entre rejas mientras se llevaban a cabo las pesquisas. La Policía había registrado la casa, aunque Helene nunca entendió por qué.

Se abre la puerta.

—¿Me acompaña? —dice el agente, cogiéndola del brazo.

El otro espera fuera. Helene obedece, ya no le queda resistencia que ofrecer. Pueden hacer con ella lo que quieran, que voluntades superiores

decidan su destino. Acepta las manos que la llevan. Primero estas, las manos de la ley, que la conducirán del juzgado a la prisión. Más tarde, cuando sea vieja, las sustituirán otras manos, manos cálidas, que la llevarán de la cama al baño y otra vez a la cama. Hasta que por fin sean otras manos las que la meterán en el ataúd. Solo entonces será libre definitivamente.

La conducen pasillo adelante mientras piensa en Edmund y Caroline. En todo lo que ha sucedido, en la espantosa verdad que acaba de conocer. ¿Fue esa la causa de su pérdida de memoria? ¿Su amnesia se debió a que su inconsciente intentó protegerla del horrible hecho de que había engendrado hijos con su propio hermano?

–Siéntese, señora Söderberg –dice el policía.

Helene se sienta, y el policía ocupa la silla de enfrente.

–¿Nos tuteamos?

Helene acepta con desgana. Una pregunta extraña. En estos precisos momentos, no hay nada que le importe menos que las fórmulas de tratamiento.

–Helene. Me llamo Gregers Sperling –dice el policía con voz fatigada–. ¿Te has negado a que esté presente tu abogado?

–Sí.

Gregers la mira extrañado, tamborilea con los dedos sobre la mesa, el sonido se ve reforzado por las paredes desnudas de la estancia. Helene no dice nada, se limita a mirar con hastío el movimiento de los dedos. El agente de policía se apoya sobre la mesa, los rostros de los dos están separados solo unos centímetros.

–Dices que la mataste..., pero háblame de Louise. ¿Cómo la conociste? ¿Qué relación teníais? ¿Por qué la mataste? Llegaste a Bornholm con su mochila y sus papeles.

Helene reflexiona, se esfuerza por recordar. Y de pronto hay algo. Un aroma. ¿A vainilla?

–Louise utilizaba un perfume de olor dulce –dice Helene.

Lo recuerda, es cierto. ¿Una imagen? Helene vacila. Pero sí. Recuerda a Louise. Conocía a Louise. Oye su voz aguda y su risa.

–Yo vivía allí, en ese sitio –dice titubeante.

Helene evoca el olor. Todo, menos Louise, olía a moho. Ella pasaba mucho frío y se acurrucaba todo lo que podía, hasta que Louise la invitó a meterse debajo de su manta.

–Me quitó el dinero –dice Helene con una voz que no parece la suya–.

Aquel era todo el dinero que llevaba, y lo necesitaba, de verdad. Pero ella me lo robó. Me llamó niña mala malcriada...

Helene interrumpe, sorprendida, el torrente de sus palabras. ¿De dónde han salido esas cosas? ¿Se las ha inventado o son verdaderos recuerdos? No lo sabe. Lo único que sabe es que sus preciosos niños inocentes son resultado del incesto. Que su familia, su vida amorosa, se basaban en mentiras y secretos. Y rememora el frío que pasó con Louise. El dinero que desapareció. El dinero que le robó Louise y que tendría que haberle servido para escapar. ¿Para marcharse a algún sitio con los niños? ¿Era eso? Sí, buscaba una forma de coger a los niños, de protegerlos, de empezar de cero en algún lugar donde nadie los conociera.

—Yo maté a Louise —dice en voz baja. Cierra los ojos y repite—: Yo maté a Louise.

Es una asesina. Una mentirosa, una traidora, hija de un monstruo, casada con un hombre muy, muy enfermo. Ella también es un monstruo, trajo al mundo a dos seres inocentes en esa forma enferma. Y ha matado. Ya no tiene la menor duda. Se mira las manos como si su vida pudiera leerse en las palmas sudorosas, en la confusión de líneas, ¿cuál de ellas indica que un día se habría de convertir en una asesina?

—Eso dices tú. Pero ¿puedes explicarme con más detalle cómo pasó? —pregunta Sperling.

Helene vuelve a cerrar los ojos. Busca en su memoria, desentierra imágenes, más imágenes, que ahora llegan a enorme velocidad. Está oscuro, hace frío y está enfadada con Louise. Se insultan por el dinero. Sí. Se insultan, y Louise se va. Helene lo recuerda con toda claridad.

—Louise había cogido el dinero que yo necesitaba para escapar. Mis últimos billetes. No podía utilizar las tarjetas de crédito, porque si lo hacía podrían saber mi paradero. Para mí era fundamental desaparecer sin dejar huellas. Nos insultamos. Louise afirmaba que yo podía ganar dinero prostituyéndome, igual que ella. Pero yo no quería, y eso la puso furiosa. Dijo que la miraba por encima del hombro, y... Nos insultamos, y estaba oscuro, y ella se fue. Me quedé sola y sin saber qué hacer.

Helene vacila, busca la imagen adecuada entre todas las que distingue ahora. La oscuridad, la desesperación. La rabia. Louise había prometido ayudarla, y ahora...

—Encontré un cuchillo debajo del colchón —prosigue Helene—. Esperé a que

volviera. Lo tenía todo planeado, sabía que volvería con un montón de billetes, ganaba mucho dinero. Y volvió y yo quise clavarle...

Helene busca y busca. ¿Dónde está esa imagen? Estaba esperando en la estancia a oscuras. Estaba preparada al lado de la puerta. Estaba dispuesta a clavarle el cuchillo en la espalda, entre el omóplato y las costillas, directo al corazón. La escena es muy clara, pero ¿qué sucedió después? ¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

–Entonces volvió Louise y yo le clavé el cuchillo con todas mis fuerzas. Muy fuerte. Se lo hundí entre las costillas –dice Helene, ve la escena, ve el cuchillo entrar y salir, ve el metal en la carne, una y otra vez–. Usaría su identidad y su dinero, para eso lo hice.

Helene se interrumpe, está desfallecida, abrumada por su relato, por palabras que se convierten en imágenes después de brotar de su boca. Ahora lo recuerda todo.

–¿Y qué hiciste después? –pregunta Sperling con tranquilidad.

Helene también está tranquila. Por primera vez desde aquel fatídico día en que Edmund la reconoció en el café de Christiansø, está tranquila. Es una asesina. Irá a la cárcel. Conoce la verdad de lo que ha hecho.

–Escondí el cuerpo. Lo quité de en medio perfectamente – dice Helene.

–¿Dónde?

Helene busca. Busca en los fragmentos de su interior, en la más profunda oscuridad. Esas terribles estampas. El cuerpo muerto, la sangre, mucha sangre, muchas puñaladas. ¿Dónde escondió el cuerpo? Helene se echa a llorar. No tiene ni idea de dónde proceden las lágrimas.

–Lo único –dice el policía–... es que Louise Andersen no murió de la forma que has descrito.

–Pero, pero... –Helene lo mira atónita.

–Louise Andersen no fue acuchillada. Ni una sola vez. La mataron a golpes. Y a continuación la despellejaron.

–¡Sí! –grita Helene–. Ahora me acuerdo. Fue eso lo que hice. La golpeé e hice lo que acabas de decir. La piel, se la quité. –Helene nota que le entran arcadas.

–¿Para ocultar su identidad?

Helene no entiende la pregunta, pero asiente con la cabeza:

–Sí.

–¿Para hacerte pasar por ella?

–Sí.

Sperling sacude la cabeza.

–Helene, ¿dónde dejaste el cuerpo después de despellejarlo?

–Lo sé. Es solo que no lo recuerdo bien, todo es tan... nebuloso, pero lo recuerdo. Enseguida me acuerdo, dame solo un poco más de tiempo –dice Helene, desesperada.

–¿Me estás suplicando que crea que fuiste tú quien mató a Louise? – pregunta el policía, realmente asombrado.

–Yo lo hice. Yo asesiné a Louise –dice Helene con voz firme.

Pero la mirada de los ojos del policía le dice que no la cree.

Por fin apagan la luz del calabozo, y se queda sola. Sin Joachim, que es lo único bueno que le ha sucedido en su vida, y que ahora la ha abandonado. Ahora solo quedan las tinieblas. La oscuridad es una amiga, nadie comprende tus sentimientos cuando percibes que la oscuridad es tu única amiga.

—¿Señora Söderberg? —Una voz desde fuera. Y ese nombre, Söderberg. Se niega a seguir respondiendo a él.

—Ha venido a verla su esposo.

—Quiero estar sola. No quiero que me vuelvan a molestar esta tarde — protesta, furiosa, y chilla—: ¡Fuera!

Al principio no hay reacción alguna. Después, pasos que se alejan. Por fin. Sola. Nunca más volverá a ver a nadie.

Helene es conducida a la sala de visitas. Sperling ha insistido en que, si Helene no quiere ver a su familia, la trasladarán a una institución psiquiátrica cerrada. Pero ella no quiere. Quiere que la juzguen como a cualquier otra y la escondan en una cárcel el resto de su vida. Ha perdido la noción del tiempo. ¿Es por la tarde o por la mañana? Mira por la ventana y ve una luz débil, fragmentada por los árboles, que se desparrama por la sala formando franjas. ¿Cuánto tiempo lleva en prisión provisional? Le han ofrecido el desayuno dos veces, quizá tres. No lo recuerda, pero no comió nada de lo que le llevaron. Mira a su alrededor. Pequeñas mesas cuadradas y sillas de patas metálicas repartidas por la estancia. Linóleo gris claro en el suelo. De no ser por los barrotes de las ventanas y las puertas cerradas con dispositivos de alarma, se podría pensar que es el aula de una escuela.

—Siéntate ahí —dice la mujer policía.

Poco después se abre la puerta y entra Edmund. Detrás de él está Caroline, que sonrío a Helene con recelo. Casi con cariño. ¿Por qué la ha traído

Edmund? ¿O fue al revés? ¿Es realmente Caroline quien decide todo lo que Edmund dice y hace?

—Helene, te vamos a sacar de aquí —dice Edmund. Se sienta en una silla y coloca las manos sobre la mesa—. No te pongas nerviosa. Hemos recurrido el auto de prisión provisional. La Policía tiene una causa muy débil, lo dice también la abogada.

—¿Qué abogada? —Helene parece sorprendida, ve el pálido rostro de Edmund y se apresura a bajar la mirada otra vez. Las náuseas, las náuseas todo el tiempo. He tenido hijos con mi hermano.

—Tranquila, es la mejor abogada defensora de todo el país, ya está al tanto del caso. Ahora está hablando con la Policía, y después entrará a hablar contigo. Es inaudito que te hayan interrogado sin la presencia de un abogado, pero no volverá a repetirse. —Edmund habla en voz bien alta, casi con ardor—. Este caso no hay por dónde cogerlo. No hay testigos, lo único que tiene la Policía es que apareciste con la mochila de esa mujer. Y en esa época tú no eras tú, no te pueden castigar por estar enferma. Una sentencia de tratamiento psiquiátrico es lo peor que puede suceder, pero la abogada cree que ni eso conseguirán.

—Edmund —dice Helene con calma—. No estoy enferma de la cabeza. Ni estaba enferma entonces. Lo recuerdo todo, y yo maté a Louise. No quiero abogado. Iré a la cárcel. Y tú vete.

—Helene, esto no tiene ningún sentido. —Edmund habla deprisa y con insistencia—. No eres tú misma, es por culpa de la conmoción. Naturalmente que no irás a la cárcel. Piensa en los niños, que te echan de menos.

Las manos de Edmund siguen extendidas sobre la mesa, entre los dos. Se las ofrece para que las coja. Y llega de repente, con toda claridad: el recuerdo de un día de verano. El aire cálido contra su piel, Helene tumbada de espaldas en la hierba fresca. Es por la mañana temprano, la tierra está todavía cargada de humedad, que se evapora alrededor de ella. Es un recuerdo de infancia, el primero que alcanza a recordar. ¿Por qué le viene ahora? Edmund se ha levantado. Dice algo sobre la abogada y que volverá enseguida. La puerta se abre y Helene se queda sola con sus pensamientos. Mira por la ventana. Falta mucho para que oscurezca.

—¿Helene?

Levanta la vista. ¿Cuánto tiempo lleva Caroline ahí sentada?

—No tenemos mucho tiempo antes de que vuelva Edmund, ahora está



hablando con la abogada –dice Caroline. Está sentada, muy erguida, con el bolso en el regazo y las dos manos encima.

–¿Qué quieres?

–Creo que sé cómo te sientes.

–No.

–Sí, Helene –dice la anciana, mirándola compasiva–. Cuando estaba embarazada. Y lo estaba de un monstruo. Del hombre que había matado a mi padre.

–Lo hiciste porque quisiste.

–Y tú también. Estabas muy enamorada de mi hijo.

–Es muy distinto.

–Sí –dice Caroline–. Es muy distinto. Pero mi padre, William Hirsch, creó la empresa. Tu padre se comportó como si hubiera sido algo exclusivamente suyo. Ahora la posición de mi hijo Edmund en la empresa está asegurada, y vuestros hijos representan la feliz reconciliación de las dos familias. Todo está bien, Helene. Ahora todo está como tiene que estar. Excepto tú.

Helene está desconcertada. Pasa muchos segundos sin saber qué decir.

–Helene, ¿me estás oyendo? –La voz de Caroline la hace regresar.

–¿Qué quieres decir?

–Tú no deberías haber nacido, y entonces todo habría estado en orden. Edmund es el primogénito, todo nos corresponde a nosotros, a la familia Hirsch. Todo es nuestro. ¿Entiendes?

–¿Qué tengo que hacer? –murmura Helene, desconcertada.

En la mirada de Caroline, Helene ve algo casi parecido al cariño.

–Hay una cosa que puedes hacer –dice en voz baja mientras mira hacia la puerta por encima del hombro. Luego se inclina sobre la mesa, pone una mano en el cierre del bolso–. Helene, yo también he vivido la situación que estás viviendo tú ahora –susurra–. Me he sentido desesperada. He vivido una situación en la que pensaba que la única solución era que yo desapareciera. Creía que era yo quien tenía que desaparecer. –Abre el bolso, mete rápidamente la mano, la saca, la pone sobre la mesa; tiene la mano cerrada, como si guardara algo–. Helene, yo tenía un amigo en esa época, un médico, y él... Él comprendió mi situación igual que yo comprendo ahora la tuya.

La voz de Caroline se ha vuelto extrañamente débil. Se produce un silencio entre las dos. La expresión de Caroline ha cambiado, ahora es más intensa,

más abierta. La mano cerrada sigue sobre la mesa en medio de las dos. Una mano de anciana, la piel arrugada y frágil. Caroline carraspea y continúa:

–Me dio una cosa... Él me comprendía... La he guardado durante muchos años, ha sido mi seguro. Saber que existía esa posibilidad me proporcionaba seguridad. Pero descubrí que no era la solución adecuada, porque el problema no era yo. Eso fue lo que descubrí, Helene, ¿comprendes? Esa no era mi opción. La intención no era que fuese yo quien la utilizara.

Caroline gira la mano y la abre. Helene mira la pastilla pequeña, rosa, que tiene sobre la palma. Caroline levanta la mano, deja la pastilla en la mesa. Rápidamente retira la mano y cierra el bolso.

–Era médico, sabía de qué iba todo, eso está claro. Sin ningún dolor, me lo aseguró. Era un buen hombre, Helene, un hombre a quien confiaríamos nuestra vida. ¿Comprendes?

Helene asiente y sacude la cabeza al mismo tiempo, sin apartar la vista, como hipnotizada, de la pastilla que hay en la mesa delante de ella. Oye a Caroline dirigirse a la puerta y volverse.

–De ti depende –dice Caroline–. Pero ahora eres tú quien tiene la oportunidad. La abogada conseguirá que te dejen libre bajo fianza, es muy buena, la mejor del país.

Caroline aprieta un botón, y al poco se abre la puerta. Helene ve cómo su mano suelta el borde de la mesa, se desliza sobre ella hasta alcanzar la pastilla, y se cierra sobre esta.

Joachim se sitúa ante el mostrador, y el agente que está detrás lo mira con un gesto de rechazo.

–Helene Söderberg no desea recibir más visitas –dice.

–Pero es importante... –dice Joachim–. Es imprescindible que la vea.

–Además, usted no es miembro de la familia, y no veo que su nombre esté apuntado en ningún sitio –dice el agente.

–Pero fue él quien me llamó para que viniera –dice Joachim, muy enfadado–. Cómo se llama, Gregor..., algo así. El investigador del crimen. Usted tiene que saber quién es. Está aquí, en Aarhus, solo por este caso.

No hay reacción del agente. Joachim se da cuenta por su mirada de que está acostumbrado a mantener a la gente a distancia. Que está dispuesto a no moverse de su puesto en tres días, si es eso lo que hace falta para mantener a Joachim alejado.

–Tengo que ver a Helene –reitera Joachim. Esta vez no puede impedir elevar la voz. Han sido unos días horribles desde que encontró el cadáver. La visión de aquella mujer desfigurada era difícil de apartar de la mente. Cuando estuvo lúcido lo interrogó la Policía. Explicó las mismas cosas una y otra vez. El posavasos de Campari y el número de teléfono, Gorm, las dos prostitutas, la sauna, la tortura en un sótano lleno de sangre y hierro... Y allí estaba ella. Pero no, una vez más, ¿desde dónde, desde Campari? ¿Estás seguro de que fue en una sauna donde te citaste con ellos? ¿De qué conoces a Gorm? Hicieron las mismas preguntas mil veces. Él estaba ya volviéndose loco, pero en un momento dado se dio perfecta cuenta de que también sospechaban de él.

Cuando pudo irse, por fin, Joachim se enteró de que habían detenido a Helene. Eso lo empeoró todo. Tumbado en la diminuta habitación, veía constantemente el cadáver en el fondo del horno. Y había sentido una extraña forma de... casi de pena. Sí, de pena. No la conocía, no conocía a *esa* Louise Andersen. Pero mientras estaba en el cuarto, bebiendo vino barato, no era capaz de distinguir entre las dos: Helene y Louise. Eran la misma mujer, eso era lo que pensaba. Podía haber sido perfectamente Helene a la que se hubiera

encontrado muerta. ¿Quizá es por eso por lo que ahora está gritando? ¿Porque está loco por ver a Helene, porque quiere asegurarse de que está viva? Su Helene, que sigue respirando, con su piel y su aroma intactos.

–Me llamaron ustedes esta mañana –dice Joachim, luchando por hablar con calma–. El Sperling ese, o como se llame. Dijo que tenía que venir inmediatamente. –Piensa de nuevo en Helene. La imagina sola, desdichada, asustada. Imagina que se alegrará al verlo. Quiere ayudarla. Sabe que no fue ella quien lo hizo, y que ahora lo necesita. Pero el agente de detrás del mostrador no está dispuesto a ceder. Ni siquiera lo mira, está como absorto en la pantalla del ordenador. Hace como si la conversación hubiera terminado, intenta ignorar a Joachim, pero este sigue allí de pie. De pronto, rugen. Toda la pena y la furia y el miedo y la culpa que hay en su interior afloran en ese rugido. Todos los que hay alrededor lo miran asustados. Un policía de uniforme que está de guardia en la puerta echa a correr hacia él.

–¡No! –grita Joachim.

El guardia le agarra los brazos desde atrás y fuerza a Joachim a tumbarse. Le da igual, no, ahora tiene un nuevo plan. Lo encerrarán, es la única forma de acercarse a ella. ¿Quizá en la celda contigua a la suya? Así podrán hablar a través de la pared, como en las películas americanas de cárceles.

–Suéltalo.

Joachim levanta la vista. La autoridad, un hombre con bigote de autoridad. El gris es el color del respeto. Uno de los que interrogaron a Joachim en Copenhague.

–Fui yo quien lo llamé para que viniera –dice Sperling, poniendo una mano sobre el hombro del agente.

Sperling recorre rápidamente el pasillo, Joachim le sigue los pasos. Tuercen por varios pasillos más y atraviesan varias puertas de seguridad antes de llegar a los calabozos. Sperling se vuelve hacia él.

–Ahora tendrás un momento a solas con ella, ¿vale? Pero después quiero volver a hablar contigo. En todo esto hay algo que no encaja, y creo que tú podrías ser la clave para hacerla hablar.

Joachim asiente. Ve cómo quitan el seguro de la puerta y siente crecer su expectación. Por fin. La añoranza que lo ha destrozado... Por fin va a verla de

nuevo. La puerta se abre, entra, se detiene bruscamente. Helene está tumbada en el suelo, el rostro vuelto hacia abajo, los largos cabellos rubios extendidos por el piso a ambos lados de la cabeza, ocultándola por completo. Un brazo está arqueado sobre la cabeza, el otro doblado debajo del cuerpo, las piernas encogidas en posición fetal.

—¿Helene?

Se arrodilla, le pone una mano en el hombro, le da la vuelta con cuidado para verle el rostro. Está frío. Le levanta el torso, apoya su cabeza en su regazo. Pesada, suelta. El cuerpo, sin vida.

—¿Helene? ¡Socorro! —grita, y al momento oye a Sperling entrar en la celda.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¡No respira! —grita Joachim, su voz se rompe. Se lanza sobre el rostro de Helene, pone el oído sobre su boca. Nada. No entra ni sale aire. Sperling está tranquilo. Le pone dos dedos en la muñeca, se queda inmóvil un momento, le toma el pulso. Entonces se levanta rápidamente, sale corriendo al pasillo mientras grita pidiendo ayuda. Joachim deja en el suelo el cuerpo inanimado de Helene. Se arrodilla a su lado. No puede morir. No tiene derecho a morir. Esas frases resuenan sin pausa en su mente. Se inclina, une su boca a la de ella y sopla. Se incorpora, busca el lugar adecuado en el pecho, aprieta con fuerza, con regularidad, cinco veces, las cuenta, vuelve a soplar, aprieta, sopla, aprieta, sopla. Nada. Ahí yace su cuerpo, delante de él. Su amada, su deslumbrante Louise. Helene. Louise. Helene. No hay derecho a que muera. La verdadera Louise está muerta, con eso basta. Helene no tiene derecho a morir, no puede desaparecer. Sopla, respira insuflando el aire en su interior, insufla su vida entera, su esperanza, su amor, todo lo introduce en ella con el aire... Y entonces nota que lo agarran con fuerza, que unos brazos poderosos lo apartan de allí, otros brazos pasan junto a él y tocan a Helene. Brazos con bata blanca, una camilla, a Joachim lo empujan hacia atrás. Grita, se resiste. Todo es culpa suya. Él encontró el cuerpo de Louise, él mató a Helene. Todo es culpa suya, tenía que haberlo dejado, tenía que haber dejado a Helene en paz. Ve el cuerpo flácido, inanimado, que salta artificialmente arriba y abajo cada vez que lanzan una corriente eléctrica a través de ella. La suben a la camilla. Dos conductores de ambulancia corren y pasan a su lado, serios y silenciosos. La camilla desaparece por el pasillo, Joachim se derrumba, las piernas no lo sujetan. Helene ya no está.

No permiten que Joachim suba a la ambulancia. Se cierra la puerta con un chasquido, la sirena retumba en sus oídos mucho después de que el vehículo haya desaparecido. Va en taxi, todo el rato preparado para salir, sin apartar la mano del tirador de la puerta, hasta que llega al hospital e impaciente le da la Visa al chofer. Sale del coche, entra por la puerta principal, detiene a la primera persona en bata blanca a la que encuentra. ¿Recepción de críticos? ¿Cómo se llama... centro de trauma, sala de accidentes? La enfermera intenta tranquilizar a Joachim, que nota su mano en el brazo, es obvio que está habituada a hacerlo; amantes, hombres y mujeres, y padres; hermanas y hermanos que entran en tromba, gente a punto de perderlo todo... Este hospital es una catedral para los que pierden algo, una iglesia para lo que se perdió. Si uno está sano, piensa Joachim al entrar a toda prisa en el ascensor y dar un golpetazo al botón, se renuncia solo a unas pocas cosas aquí dentro. Un apéndice, un pecho, algunos latidos del corazón. Ese puede ser el caso de Helene. Puede perder unos cuantos latidos aquí dentro, puede sacrificar unas cuantas respiraciones, pero no demasiadas. No demasiadas, susurra mientras vuelve a apretar el botón. Sabe que no por eso llegará más rápido, pero no puede evitarlo, pulsa una vez tras otra, hasta que por fin las puertas se deslizan para cerrarse. Joachim se mira las uñas. Están sucias. Y entonces recuerda, unas escenas terroríficas lo visitan de nuevo. La sangre reseca, el suelo de la cámara de tortura.

—Espera.

Un pie se mete entre las puertas y detiene su movimiento. Frustrado, Joachim golpea una mano contra la pared, y entonces ve al hombre que entra en el ascensor, con la piel grisácea, grandes ojeras, ojos enrojecidos, parece que lleve días sin dormir. La camisa está arrugada y mal abotonada. De no ser por la reacción del hombre al ver a Joachim, este no cree que lo hubiera podido reconocer. Edmund.

—Entra, coño, para que se cierre la puerta —bufa Joachim, y vuelve a apretar el botón, nervioso.

Naturalmente, Edmund ha venido. Nadie puede prohibírselo. Por poco que le agrade la idea, Helene es su mujer. Joachim junta las manos casi con violencia, se domina, clava la mirada en los números luminosos que aparecen encima de la puerta del ascensor, y que van cambiando según suben un piso tras otro. Por fin. Joachim sale a toda prisa, se dirige a la puerta de cristal, intentando ignorar la presencia de Edmund a su espalda. Una vez dentro, en la entrada a las salas de operaciones, Joachim ve a una única empleada. ¿Estará de guardia?

–¿A quién busca? –pregunta la enfermera con cordialidad.

–Helene Söderberg –dice Joachim en voz alta–. Acaba de ingresar.

Detrás de él, Edmund se remueve inquieto, pero sin decir nada. La enfermera consulta la pantalla del ordenador y frunce el ceño, concentrada, mientras lee. ¿Qué habrán podido escribir en diez o veinte minutos?, piensa Joachim.

–¿Y usted es su marido? –le pregunta a Joachim sin levantar la vista.

Joachim nota el desánimo. Edmund da un paso y se cuela delante de Joachim.

–Edmund Söderberg, yo soy el marido de Helene –afirma. Suena casi tranquilo.

La enfermera se echa un poco a un lado y establece contacto visual con Joachim.

–¿Y usted es...? –pregunta.

–Fui yo quien la encontró –responde él. Siente deseos de decir algo más, que encontró a Helene hace años, que la vio de reojo en aquella lectura repleta de gente, que capturó su mirada, que descubrió el amor.

Joachim no sabe cómo comportarse. Se niega a sentarse al lado de Edmund. Se queda de pie apoyado en la pared, a unos metros de distancia. Y deja pasar el tiempo. Minutos largos, dolorosos, torpes. Por fin se abre la puerta y sale el médico. Un hombre serio, delgado, con bata verde y mascarilla al cuello. Se presenta como Rasmussen, médico jefe. Da la mano a Edmund y saluda con un gesto de la cabeza a Joachim, que sigue junto a la pared.

–Helene saldrá de esta. Es fuerte y sobrevivirá –dice.

La sensación de alivio se derrama sobre Joachim, es como una inundación después del deshielo. Se cubre el rostro con las manos, oye al médico explicarle a Edmund que le han tenido que hacer un lavado de estómago, que se trata de un envenenamiento. También le dice cuánta adrenalina le han tenido

que inyectar directamente en el corazón, y que cuando la reanimación se realiza después de pocos minutos es raro que se produzcan daños cerebrales. El personal de emergencia consiguió que recuperase el pulso cuando estaban aún en la ambulancia... Joachim no oye más. Se sienta, intenta asimilarlo. Helene está viva.

–¿Puedo verla? –pregunta Edmund.

–Sigue habiendo un grupo de médicos con ella, y tenemos que hacer más pruebas –dice el médico–. Pero está fuera de peligro, y por el momento eso es lo más importante.

–¿Qué le pasó? –pregunta Edmund con voz ronca.

Joachim se da cuenta de la reacción de Edmund por el sonido de su voz. Como si hubiera olvidado la presencia de Joachim. El médico mira a un hombre y luego a otro, vacila un poco antes de responder:

–Primero hay que hacer el análisis de sangre, probablemente ha tomado algún tóxico, lo vimos por sus pupilas. Quizá se trate de una sobredosis de Paracetamol. Es demasiado pronto para decirlo.

–¿Suicidio? –pregunta Joachim, desconcertado.

–Naturalmente, eso no lo sé –dice el médico con brusquedad.

–Pero ¿de dónde sacó las pastillas estando detenida? –interroga Joachim, exasperado–. ¿Quién se las dio?

Edmund se da la vuelta y mira furioso a Joachim.

–¡¿Por qué te metes?! –exclama–. ¿Y qué coño estás haciendo tú aquí? –Mira al médico–. Perdona. ¿Cuándo sabrán más, y cuándo podré ver a mi mujer?

–Creo que pronto. Hay que estabilizarla y hacer las últimas pruebas. Espere aquí, vendrá alguien a buscarlo.

El médico le estrecha la mano a Edmund, se contenta otra vez con una mirada fría a Joachim y se vuelve por donde había venido. Joachim siente una nueva sensación adueñarse de su cuerpo, lenta pero irresistible. Una sensación que en los últimos minutos había estado reprimida por la preocupación por Helene. Pero ahora llega la ira, ya no puede controlarla.

–¿Qué está pasando? ¿Por qué se tomó Helene las pastillas y de dónde las sacó? –pregunta Joachim, frenético.

Edmund se vuelve deprisa hacia él y quedan uno enfrente del otro. Edmund está tranquilo, lo que pone a Joachim aún más furioso.

–¿Qué le has hecho a Helene? –dice Joachim, luchando contra el instinto



que le ordena arrojarse sobre el hombre que tiene delante y hacer lo que llevan haciendo los rivales desde la edad de piedra: destrozar la cabeza de Edmund.

—Tú fuiste el que desenterró el cadáver de Louise —dice Edmund—. Si te hubieras mantenido al margen, esto no habría pasado nunca. ¿Por qué no pudiste dejar a Helene en paz?

Joachim mira a ese hombre alto y moreno. Escucha su voz tranquila y equilibrada. Joachim da un paso atrás, se detiene un momento y siente el peso de la derrota. Edmund tiene razón. En cierto modo. Pero Joachim ya no es dueño de sus actos, no puede contenerse, golpea a Edmund en un lado de la cabeza, con fuerza, casi sin ruido. Es un golpe que ha viajado mucho, desde Gorm en Hareskov, quizá incluso antes, desde el día en que Edmund entró en el café como una tromba y lo destruyó todo. El siguiente golpe que da de pleno en Edmund ha viajado casi lo mismo. Desde la húmeda habitación de Miss Daisy, desde los dolores y humillaciones infinitas de los últimos días.

—Para —dice Edmund, pero Joachim no puede parar, ya no, nada puede detenerlo.

Joachim tiene sujeto a Edmund con los dos brazos por el torso, con todas sus fuerzas le golpea el rostro con la cabeza, le pega en la mandíbula, oye el ruido de los dientes de Edmund al entrechocar. Edmund golpea a su vez, Joachim ha despertado su furia, por fin, bien, hay que solucionarlo aquí mismo, estupendo. Edmund lo golpea en una oreja con el puño; por un instante, lo único que Joachim puede oír es el silbido de un televisor, como los que se producían en los viejos tiempos al acabar el último programa de la noche, cuando cortaban la señal y solo había carta de ajuste y pitidos. Joachim intenta concentrarse en la carta de ajuste, pero ve a Edmund. Sangre. Estupendo. De pronto nota que lo agarran con fuerza por el brazo y lo obligan a detenerse.

—¿Qué está pasando aquí? —grita el hombre que lo ha sujetado. Un médico, el médico de Helene. ¿Rasmussen?

Silencio. Joachim mira a Edmund. Le sangra el labio.

—¿Te encargas tú de ese? —le dice el médico a una de las enfermeras, señalando con la cabeza a Edmund, que está sangrando. Unos celadores se unen al grupo. Hombres grandes y fuertes, listos para intervenir.

—¿Más tranquilos? —Es evidente la ira en la voz del médico—. Esto es un hospital, entérense. A veinte metros de aquí tenemos niños a punto de morir de cáncer. —Las palabras se quedan flotando en el aire. Joachim baja la mirada

durante unos segundos, avergonzado—. Helene se ha despertado —dice el médico después de respirar hondo un par de veces—. Quiere hablar contigo. — Mira a Joachim.

Directamente a Joachim, y solo a él.

—Pero su marido soy yo —exclama Edmund.

—Bueno. Pero ella lo tiene muy claro —dice el médico.

Suelta a Edmund, se gira hacia la puerta y la mantiene abierta.

Parece alguien que acaba de estar en la guerra. Es lo primero que piensa Helene al ver a Joachim en la puerta. Sangre en la ropa, también un poco en la cara. El cabello nunca estuvo tan sucio y despeinado. ¿Es ese Joachim? Helene lo sigue con la mirada mientras él se acerca con prudencia hasta detenerse al lado de la cama; pasa una mano sobre la sábana. Un *casi* roce, es agradable.

–¿Has podido escribir? –le pregunta en un susurro. Él sonríe. Ahora sí que lo reconoce. Esa sonrisa.

–Estás viva –dice Joachim.

Se sienta en la silla al lado de la cama.

–Ojalá no me hubieras encontrado –dice Helene.

–No digas eso –musita Joachim.

–Ojalá estuviera muerta.

Joachim se levanta y le rodea el rostro con las manos. La besa. Un beso que provoca lágrimas. Joachim vuelve a sentarse. El silencio que se produce entre ellos se llena con los sonidos típicos de cualquier hospital: máquinas que mantienen con vida a alguien. ¿Cuántas de esas personas preferirían desaparecer, igual que ella?, piensa Helene.

–Vendiste nuestra historia –dice, aunque no sabe por qué piensa ahora en eso. Pero es lo que piensa, a la vez que siente caer las lágrimas. Lo único puro y hermoso de toda su vida.

–¿Cómo?

–Edmund me enseñó el contrato.

Joachim la interrumpe.

–No, no. No es así –protesta. Se acerca más y más a ella mientras habla. Y habla tan deprisa que es difícil seguirlo, pero ella escucha la historia de cómo encontró a Louise, la pobre prostituta a la que casi mataron a golpes, o sin casi, y le habla del sótano, del destino de aquel dinero, del hierro de la pared y de la mochila, del horno. De Louise.

–¿Por qué? –pregunta Helene.

–¿Por qué, qué?

–¿Por qué hiciste todo eso?

–Porque te amo –responde él, como si fuera lo más clarificador que pudiera decir, como si ella hubiera preguntado cuántos son dos y dos—. Y sé que no fuiste tú quien la mató. Tú no eres capaz de hacerle daño ni a una mosca. ¿Por qué lo dijiste? –La mira, esperando su respuesta.

Durante un largo instante, ella se niega a responder. Pero él persiste. ¿Tal vez es eso lo único correcto que puede hacer? Contar la verdad, por mucho asco que provoque. Helene inspira profundamente antes de empezar a hablar. Al principio, sus palabras son lentas y vacilantes, llenas de pausas. Pero luego fluyen mejor, las palabras forman un río, todas las sensaciones, todas las horribles verdades sobre Edmund y Caroline y los niños. El incesto, los repugnantes secretos de la familia Söderberg, pero cuando se acerca a la conclusión titubea. Después de contarle todo, deja de hablar. Cuando él ya lo sabe todo. Cuando él le ha oído decir que la mujer que él creía conocer es en realidad una asesina; y ya está. Y sin embargo se lo cuenta todo. Que recuerda a Louise, y que fue ella quien la mató. Que todavía no consigue recordar los detalles, pero que eso es solo cuestión de tiempo.

–He empezado a recuperar la memoria. Un poco y despacio, pero llegará, estoy segura –dice Helene en voz baja.

Joachim la contempla. Mientras hablaba, metió la mano debajo de la sábana y le apretó el brazo como muestra de cariño. Helene está confusa. ¿Por qué no la ha abandonado, por qué no se ha alejado de ella? Helene espera reproches, desprecio, pero Joachim parece pensativo. Nada más, ni siquiera enfadado, solo pensativo, y niega con la cabeza.

–Llevo veinticinco años inventando historias, he nacido para inventarlas... Nada que uno pueda idear en la ficción podrá acercarse jamás a las mentiras y las traiciones que se encuentran en las familias de verdad. Nada.

Helene mira a Joachim, confusa. Él se levanta, con una sombra de oscuridad en los ojos. Le aprieta la mano.

–Pero tú no eres una asesina. Tú no mataste a Louise Andersen.

Helene intenta soltar la mano.

–Joachim, sé perfectamente que es algo horroroso, pero Lou-Louise está muerta y fui yo quien la mató. Sí, no soy quien tú creías. Nunca me conociste tal como soy. Ni tú ni yo sabíamos quién era realmente, todo era una enorme mentira.

–Lo que no era mentira éramos tú y yo –dice Joachim–. Tú y yo somos lo único verdadero de toda esta historia. Yo te conozco, sé que tú no has matado a nadie. Serías totalmente incapaz de hacerlo, eres la persona más sensible que he conocido nunca. Sientes el dolor de los demás, hasta el de las arañas. Las ves e intentas pisarlas, realmente intentas decirte a ti misma que no es más que una araña y que todos lo hacen. Pero tú eres incapaz. Tú coges un vaso y llevas a la araña con cuidado y hasta con mimo, la dejas en el alféizar y no dejas de mirar hasta estar segura de que se ha posado en el suelo y no corre peligro, y solo entonces cierras la ventana. No eres una asesina, Helene. Yo te conozco y lo sé.

–No –dice ella.

–No, ¿qué?

–Los empleados, todos los de la empresa.

–¿Qué pasa con ellos?

–Me odian. Helene Söderberg es una individua fría y calculadora a la que todos temen. Yo no soy la que crees.

Joachim sonrío.

–Con las personas pasa igual que con las flores –dice.

Helene no quiere oír nada más, quiere dormir, desaparecer, intenta taparse los oídos.

–Helene, escúchame –exclama Joachim, que le sujeta las manos para obligarla a escuchar–. Hay que buscar el lugar adecuado para que crezcan, y hay que estar junto a las personas que sepan sacar lo mejor que hay en nosotros –le susurra al oído.

–No. –Helene está llorando.

–Claro que sí. –Joachim repite lo que ha dicho, con alegría, como si fuera un nuevo padrenuestro–. Hay que encontrar el mejor lugar para que crezcan, y hay que estar con las personas que sacan lo mejor de uno mismo.

Helene siente su mano, oye sus palabras, como si él hubiera sido una pésima persona antes de conocer a Helene.

–Solos no somos nada, solamente cuando estamos con otras personas empezamos a existir –dice Joachim, que insiste en que así sucede con todos los procesos de la vida, y se explaya en una larga explicación sobre la glicerina, que es inocua, no es más que un alcohol dulce que se utiliza en cocina, pero que cuando se junta con ácido nítrico se convierte en dinamita; y para dar más énfasis a sus palabras añade: ¡Buum!, como si ella no supiera lo

que es la dinamita. Helene esboza una sonrisa, la primera en mil años, ya había olvidado cómo funcionan los músculos. Luego llora, no sabe por qué llora tanto en estos momentos, no puede parar, y Joachim tampoco, no puede parar en su eterna creencia de que con palabras es capaz de decirlo todo y convencer. Pero ella no olvida a Louise, recuerda su furia por el dinero que le había quitado.

–Hay tantas cosas que no sabes...

–No, hay muchas que *tú* no sabes –dice Joachim con determinación–. Fui yo quien encontró el cadáver de Louise. Y en realidad es por mi culpa por lo que te detuvieron; yo seguí las huellas que la Policía cree que solo conducen hasta ti. Pero he encontrado más cosas. En esta historia hay muchísimas más cosas. Louise era parte de un ambiente, un... un ambiente brutal, realmente aterrador. Estoy seguro de que el culpable es alguien de ese ambiente. No fuiste tú, Helene, ¿me oyes?

Helene escucha. Intenta comprender lo que le está diciendo.

–Pero me acuerdo –dice vacilante.

–¿Te acuerdas de haberla matado, o te acuerdas de haberla conocido? Son dos cosas muy distintas, ¿no?

Helene asiente despacio con la cabeza, cierra los ojos e intenta otra vez recuperar un recuerdo, pero no lo consigue. Los recuerdos llegan de pronto, como soplos de aire, como la brisa. Recuerda a Louise, conocía a Louise. ¿La mató? La Policía dice que le arrancaron la piel, señal de que alguien quería ocultar su identidad, eliminar cualquier cosa que pudiera hacer reconocible el cadáver. ¿Quién sino Helene podría tener interés en hacer algo así?

–Pero yo le robé su identidad.

–Helene. Tú no has despellejado a otra persona. Es ridículo –dice Joachim.

Ella lo mira, y siente... ¿una esperanza? Y entonces se derrumba. Edmund. Caroline. Su propio padre. Todo es tan horriblemente sucio... Nada podrá volver a estar bien jamás. Joachim la zarandea suavemente.

–Helene, escúchame. Tú no eres la asesina de Louise.

–Pero... –susurra Helene, confusa–. Hay muchas más cosas. Todo está tan mal, mis propios hijos... Mi padre era un monstruo, yo nunca habría debido nacer. –Estas últimas palabras las dice en un puro murmullo, el llanto se apodera de ella.

–Tú no elegiste nada de eso, te mintieron, no fuiste sino una pieza en el juego de unas personas enfermas.

Joachim se incorpora, la aleja un poco de sí y la mira.

–Tú eres la mejor persona que he conocido nunca. Y eso no lo cambia nada de lo que me has contado. Tu familia..., tu marido, su madre, lo han hecho todo contra ti, y todo está mal, pero no es culpa tuya, ¿me entiendes? No es culpa tuya.

Joachim vacila, vuelve a parecer pensativo.

–Te han dado una versión de la historia –prosigue–. La versión de ellos. ¿Quién te dice que es la verdadera?

–¿Por qué iban a contarme una mentira tan repugnante? –dice Helene–. Se miente para ocultar la verdad, no para hacerla aún peor de lo que es.

Joachim duda:

–En estos momentos no sabemos nada. ¿Hemos visto pruebas de algo?

–Joachim...

–¡No! –protesta–. A ti te dejaron decidir por un tiempo. Decidiste volver...

–Tenía hijos –dice Helene. Cree que sigue teniéndolos, que los quiere. Pero ¿podrá volver a verlos algún día? Por eso lo mejor era que desapareciese aquel día. Pero nadie sobrevive al incesto, al menos en lo que a sus sentimientos atañe, eso piensa. Pero la interrumpe Joachim, que le coge la cara entre sus manos.

–¿Podemos hacer un pacto?

–¿Qué?

–La muerte es siempre una posibilidad, ¿vale?

–¿Qué quieres decir?

–Vamos a descubrirlo todo. Todas las verdades. Nada de medias verdades ni de suposiciones. Y luego podrás decidir si prefieres la muerte –dice Joachim. Ella sabe perfectamente lo que pretende. Algo que no le interesa en absoluto. Esperanza, hacer que piense positivamente–. Esta vez veremos pruebas.

Helene mira a Joachim, que se ha detenido. Está mirándose intensamente las uñas. Como si solo ahora hubiera descubierto lo sucias que están.

–Pruebas –repite en un murmullo.

Por la mañana temprano, Joachim deja el hotel. Es un día después de que Helene intentara quitarse la vida. Un día después de que la vida recuperase sentido para él. Es el único en el aparcamiento del hotel Blicher. *Blicher*. El oráculo local, cada comarca tiene su propio famoso, y casualmente fue en esta ciudad donde escribió el primer relato policíaco danés y donde introdujo la democracia en Dinamarca. Joachim recuerda dos fugaces intentos, en su juventud, de leer *El párroco de Vejlbys*, de Steen Steensen Blicher. Pero en esa época era demasiado impaciente, y no había leído ni cuatro líneas cuando le venían a la cabeza ideas de algo que iba a escribir él mismo. Solo en Christiansø logró leer el relato hasta el final.

—Es una cosa antigua —le explicó anoche a Helene cuando estaban los dos en la cama del hotel—. De 1829.

Helene había recibido el alta en el hospital. Gregers Sperling, el agente de Copenhague, había dado el visto bueno a su libertad bajo fianza. Edmund asistió a la vista, convencido de que la fianza, pagada por los Söderberg, le daba derecho a recuperar a Helene. Pero Joachim acompañó a Helene al salir del edificio de los juzgados, con un brazo cubriéndole los hombros, y esquivó a la prensa local saliendo por la puerta de atrás. Y sintió... que por fin había dado un paso en su épica lucha por Helene. Los ojos apenados de Edmund, su lamentable aspecto, todo le decía a Joachim que había triunfado. Una victoria provisional, al menos.

—Venga —se dice Joachim en voz baja, mientras percibe su vaho mezclarse con el fresco aire de la mañana al entrar en el coche de alquiler y sentarse al volante. No ha terminado, nada ha terminado aún, y lo sabe muy bien. Por el momento ha conseguido un poco de tiempo. Exactamente igual que el párroco del relato de Blicher, a quien habían acusado de un crimen pero que está convencido de que el asesinato lo ha cometido otra persona, que es una obra demoníaca. Pero nadie lo cree, igual que nadie cree en la inocencia de Helene.

—¿Por qué te pones a hablarme de un libro antiguo? —le preguntó Helene anoche. Estaba agotada y solo quería dormir.



–Tienes que conocer el primer relato policíaco del mundo, porque en él se encuentra una verdad –fue su respuesta, que le hizo sentirse como un viejo maestro de escuela–. Hay una moraleja, una enseñanza que nos quería proporcionar Blicher. Que nada es como se piensa, que la verdad es siempre otra, que hay que tener mucho cuidado para no dejarse arrastrar por la historia que te cuentan otras personas. Con frecuencia, el narrador no es nada fiable.

**E**l motor del coche es silencioso y Joachim conduce demasiado deprisa. Pero siente que es necesario, no tiene más remedio que permanecer todo el tiempo en el carril de adelantamiento, porque si no lo hace así teme que cambiará de opinión y dará media vuelta. Volver con Helene, aún lleva en sus sentidos la noche que pasaron juntos, su respiración sigue aún pegada al vello de su cara. Pero están haciendo lo que deben hacer, Joachim está convencido. Ella tiene que descubrir la verdad sobre su padre. Y Joachim tiene que ir al fondo del caso del asesinato de Louise Andersen y limpiar a Helene de cualquier sospecha. Tiene que reparar el problema que él mismo ha provocado. Pero ¿por dónde empezar? ¿Qué sabe, realmente? Nada. Nada en absoluto. Frustrado, golpea con la mano el volante y acierta en el claxon. El coche de delante aminora la velocidad, asustado, y se echa un poco a un lado. Joachim lo adelanta veloz y con la mano hace una señal de disculpa. Gregers Sperling, el investigador del crimen, sigue sin estar convencido de que Helene sea inocente. Había costado una lucha convencerlo de que tomaran muestras de la sangre que tenía Joachim debajo de las uñas. Sangre seca de la cámara de torturas. Joachim les habló de esta, del encuentro con aquellos hombres terribles, de la pobre muchacha. Pero no tenía ni la menor idea de dónde podía estar aquel sótano. Lo único que podía decir era que Stella, la prostituta, tenía el número de teléfono y que establecieron la cita en los baños turcos del balneario de Frederiksberg, como ya había declarado otras mil veces. Sperling se limitó a decir que tenía algunas dudas al respecto, por decirlo con suavidad. Pero si la historia era falsa, dijo Joachim, ¿cómo había podido encontrar el cuerpo de Louise? Sperling le sonrió, se encogió de hombros, dijo que lo más lógico era pensar que la propia Helene le había hablado de aquel lugar.

*El párroco de Vejlbbye...* Sigue persiguiendo a Joachim mientras se dirige

hacia el puente. No te dejes arrastrar por el relato de los demás. Gregers no se deja llevar por la historia de Joachim, Joachim no cree en la de Helene ni en la de su familia.

–Yo pondré el punto final –se dice a sí mismo en voz baja. Es el privilegio del escritor. Pero ¿dónde empezar? ¿Debe volver al principio e intentarlo otra vez con Stella? Sus pensamientos se interrumpen con una llamada que le llega en medio del puente.

–¿Eres Joachim? –Sperling suena un poco cansado.

–¿Habéis investigado la sangre? –dice Joachim, jadeante.

–Bueeno, se puede decir que sí, pero lo que tenías debajo de las uñas no era sangre, solo pintura –dice secamente Sperling.

–¿Pintura? –pregunta Joachim incrédulo.

–Los químicos estudiaron las muestras de tus uñas, Joachim, y no hay sangre. Sé que tú tenías tus propias ideas al respecto, pero no hay nada más que nos sirva para avanzar.

Joachim pone el intermitente, entra en el arcén y deja el coche en punto muerto. Vuelve a ver en su mente la sala de torturas. La masa reseca que rascó con las uñas, esparcida por el suelo.

–¿Podéis repetir el estudio? A lo mejor es solo que se mezcló con pintura. Tiene que haber sangre, no puedo comprender por qué iba a haber pintura allí –continúa. Sperling suspira.

–Nuestros técnicos saben hacer su trabajo. Es pintura, es... –Sperling hace una pausa y Joachim oye ruido de papeles–. Pintura de cola animal rojo carmín –dice el policía, separando con claridad las palabras: pintura-de-cola-animal... rojo-carmín...–. Tengo el informe delante de mis ojos y no existe confusión posible. No es más que pintura, no está mezclada con nada en absoluto. No hay sangre –dice Sperling con énfasis.

Joachim se derrumba, la decepción es inmensa. ¿De verdad se equivocó? Así que no hay nada, ni una huella que seguir. Siente deseos de preguntar otra vez, de suplicarles que vuelvan a analizar las muestras. Pero no servirá de nada, ellos tienen razón, está claro. Si dicen que no es sangre, es que no es sangre.

–¿Y qué hay de Stella? ¿Habéis intentado encontrarla?

–Claro que sí, pero sin éxito.

–¿Sin éxito? Por ahí, en algún sitio, hay una cámara de tortura en la que matan mujeres.

–Y adonde te llevaron y de donde te volvieron a traer con un saco tapándote la cabeza, ¿verdad?

–Quizá haya cámaras de vigilancia cerca de la casa donde está el sótano de las torturas –exclama Joachim–. Encontrad el coche, encontrad al dueño, ¿o es que soy yo el único que piensa?

–Mira, Joachim –dice Sperling, un tanto harto–. No te puedo contar lo que estamos haciendo. No olvides que eres parte del caso.

–Fui yo quien encontró el cadáver. ¿Dónde estarías ahora sin mí?

–Sin ti, no tendríamos caso contra Helene. Ahora lo tenemos –responde–. Pero hemos encontrado algo más en el escenario del crimen. No debería decírtelo, pero... pero es que parece que... ¿Cómo dicen en Jutlandia?

–¿Qué? ¿No puedes decirlo en danés normal y corriente?

–Parece que vas a tontas y a locas, Joachim. A veces vemos gente que se mete a fondo en su propia investigación. De esas indagaciones nunca sale nada bueno. Es posible hacer muchas cosas en estos tiempos del hágalo-usted-mismo. Pero la investigación es cosa nuestra.

–Te lo volveré a preguntar: ¿quién encontró a Louise? –dice Joachim con voz dura. No hay respuesta... ¿A lo mejor Sperling está encendiendo su pipa? Loco presumido–. Dijiste que habías encontrado algo.

–Sí, en el escenario encontramos algo. ADN que coincide con el de la señora Söderberg.

–Eso no demuestra nada –dice Joachim.

Durante unos segundos, los dos hombres permanecen en silencio. Quizá se oye el golpeteo de una pipa sobre un cenicero para vaciarla. Y Joachim corta la comunicación. Se queda varios minutos en el arcén.

Mira el mar, siente que acaba de perder algo. La oportunidad de demostrar la inocencia de Helene. A cambio, tiene rojo carmín y cola animal.

La muerte sigue metida en su cuerpo, la sigue como una sombra por la alameda que conduce a la casa. Todo por lo que había luchado su padre. Riqueza y poder. Mira el palacete blanco. Ahí dentro está la verdad. Lo sabe, y ahora es el momento de sacarla a la luz. Mira la fuente, los delfines delicadamente esculpidos, prueba visible de que su padre había conquistado los océanos. La luz del sol acaricia el muro blanco, los rosales florecen en rojo, en blanco y en naranja y en rosa, una floración fecunda y opulenta. Helene aspira el dulce aroma, lo absorbe todo hasta los pulmones para unirlo a esta casa. A esta casa repugnante, enferma, perversa.

Helene se queda unos momentos en el vestíbulo vacío. Oye voces desde una de las salas, es la voz de Caroline. Tiene que hablar con ella. Tiene que plantarse delante de Caroline y exigirle respuestas. ¿Quién es el testigo del asesinato de William Hirsch? Lo quiere saber. Quiere obligar a Caroline a contarle todo, y mientras lo hace la estará observando con los ojos bien abiertos. Es un día laborable. Los niños deben de estar en el colegio. Los niños... ¿Qué les contará? No, va a hacer lo que le ha prometido a Joachim. Primero descubrirá la verdad, y nada más. Helene sigue el sonido de la voz de Caroline, baja al salón que da a la terraza. El de los dos sofás verdes y las amplias puertas de cristal que se abren al jardín. El salón favorito de Helene, cuando pensaba que siempre viviría allí. Los primeros días en que creía que lo único que andaba mal era ella. Al acercarse oye también a Edmund. Están discutiendo, las palabras resuenan con fuerza: niños, dinero, asesino, pastillas.

–Solo reclamamos lo que es nuestro –dice Caroline, que reprocha a Edmund que se empeñara en traerse a Helene a casa. ¿Es que no se da cuenta de que eso es invitar a los problemas a meterse en casa? ¿Por qué no la dejó en paz, que se quedara allá lejos, en el otro extremo de Dinamarca?

Una punzada de simpatía golpea a Helene al oír la voz de Edmund, enfadada

y al mismo tiempo temblorosa. Helene coge ánimos y empuja la puerta. Edmund y Caroline la miran perplejos.

–¿Dónde están los niños? –pregunta Helene con los dientes apretados.

Edmund da un paso hacia ella. Hay en él algo extraño, una determinación que la asusta. Es casi como si todo lo sucedido no le hubiera dejado huella alguna.

–¿Dónde están los niños? –Helene repite la pregunta.

–En Londres –responde Edmund, tranquilo.

–¿En Londres? –dice Helene, perpleja.

–Decidimos que lo mejor para ellos era alejarse un poco, estaban muy nerviosos. La prensa ha estado acosándonos y los niños estaban todo el rato preguntando dónde estabas. Queríamos evitar que pudieran ver las portadas de los periódicos o que sus amigos del colegio les dijeran algo.

–¿Quiénes «decidimos»? –dice Helene en un susurro, mirando a Caroline. Helene sabe que es la abuela de los niños, pero no soporta que la anciana se sienta con derecho a decidir sobre sus propios hijos—. Y en Londres, ¿por qué Londres, y...? –Helene mira confusa a Edmund, a Caroline y otra vez a Edmund—. ¿Con quién están?

–Están con Katinka –dice Edmund, con gesto tranquilizador.

–¿Katinka? –pregunta Helene, incapaz de recordar. ¿Ese nombre tiene que significar algo para ella?

–Sí, Katinka. Ya sabes, la profesora de equitación de Sofie –dice Edmund.

Helene piensa en la joven y antipática amazona que casi ni la saludó. A disgusto recuerda también lo diferente que parecía la muchacha cuando Helene la miró a escondidas desde la ventana. Los niños están seguros con ella, de eso no cabe la menor duda.

–Ya ha estado en Londres con ellos otras veces, en festivales de equitación, y lleva aquí años, los niños la quieren mucho. Se lo pasarán estupendamente, y les vendrá bien estar un poco lejos hasta que todo termine –añade Edmund.

Helene suspira. Tiene razón. Nota que el nudo que oprime su interior se va desatando poco a poco. Un problema solucionado. Sus hijos están en buenas manos. Ahora no hay excusa ya para no hacer lo que ha venido a hacer. Helene mira fijamente a Caroline.

–Dijiste que mi padre mató a William.

–Sí, cariño, él lo mató –dice Caroline, asintiendo con la cabeza.

Hasta ahí es lo que sabe Helene. En este punto, Caroline no miente.

–Tenemos que encontrar el cuerpo –dice Helene, tranquila–. No quiero seguir viviendo sobre una mentira. Los actos de mi padre tienen que salir a la luz.

Caroline mira incrédula a Helene, abre la boca pero el labio inferior se queda colgando sin llegar a articular una sola palabra. Pero es solo un instante y se recupera al momento.

–Eso no es necesario –dice Caroline.

–¿Cómo que no es necesario? ¿Cómo que no es necesaria la justicia? –pregunta Helene.

Caroline sacude la cabeza y mira a Edmund.

–Helene, si empiezas a escarbar en asuntos ya viejos, será horrible para la empresa, ¿no lo comprendes? Nada más y nada menos que la prosperidad de la compañía se basa en el comercio con los nazis y que, además, el mismo director sacrificó a un judío para allanarse el camino; eso no será muy bien recibido en la Bolsa –dice Edmund. Helene reconoce otra vez al empresario.

–Dijiste que ocultaron el cuerpo de William en un lago y que hubo un testigo –dice Helene, insistente, mirando a la anciana–. ¿Quién era ese testigo?

La mirada de Caroline vacila, pero solo por un breve instante. ¿Está asustada?

–No tengo ni idea de qué estás hablando. Nunca he dicho nada de ningún lago ni de ningún testigo.

Helene frunce las cejas, la memoria es siempre su punto débil. Intenta rememorar la conversación que tuvo lugar en la cocina, hacía unos días. Caroline dijo que había un testigo. Dijo que arrojaron el cuerpo de William a uno de los lagos. Sí, Helene está segura. Recuerda incluso el tono triunfante de Caroline al decirlo. ¿Por qué lo niega ahora?

–Pienso averiguarlo todo, así que más vale que me digas quién era el testigo –dice Helene.

Las palabras de Helene perturban a Caroline. Intenta ocultarlo, pero es evidente.

–¿No comprendes que no pienso dejar las cosas así? Más vale que me digas quién era ese testigo.

–¿Por qué quieres destruirlo todo? –pregunta Edmund de repente.

Su voz llega desde muy lejos. Se ha sentado a su escritorio, el mismo al que se sentó la mañana en que Helene se le entregó.

–¿Por qué no lo dejas? –pregunta.

–¿Cómo voy a dejarlo? –pregunta Helene a su vez–. Piensa en los niños. En...

–Sofie y Christian continuarán la herencia de ambas familias –la interrumpe Edmund–. Basta con que dejes este asunto y vuelvas a casa para seguir viviendo tranquilamente. Todo puede volver a estar bien otra vez –termina.

Helene lo mira petrificada. Lo dice en serio. Cree en lo que está diciendo. Pero ¿cómo puede pensar que exista una sola posibilidad de que ella vuelva a vivir con él? Pobre, pobre Edmund. Caroline lo ha destruido. Esa mujer ha sacrificado a su propio hijo por una venganza. Helene no sabe qué decir. Da media vuelta y sale de la estancia. En el vestíbulo encuentra las llaves de su coche en el armario y sale de la casa. Solo hay un camino, una sola posibilidad de seguir adelante. El cadáver del lago. El testigo. La verdad.

Joachim está echando un vistazo en la tienda de pinturas, donde todo le resulta, al mismo tiempo, extraño y familiar. Todo lo que lo rodea son rescoldos de Ellen, su exesposa. Este es su universo, su terreno, el arte, el Copenhague elitista. Recuerda las pocas veces que la visitó en la academia de arte. Había el mismo olor que aquí. Aguarrás, pintura, cola. Joachim espera impaciente a que el único dependiente de la tienda termine de atender a un cliente que enarbola en una mano un pincel fino mientras agita los brazos con fogosidad. Cola animal rojo carmín. Joachim ha buscado esas palabras en Google. No es un tipo de pintura para casas, la usan solamente los pintores artísticos. Por fin, el dependiente queda libre y vuelve su rostro carnosos hacia él mientras se arregla el nudo de la corbata pulcramente planchada.

Joachim prefiere no pensar siquiera en su propio aspecto.

—¿En qué puedo ayudar al caballero? —pregunta el dependiente con la más exquisita educación.

—Pintura de cola animal rojo carmín —dice Joachim. Las palabras brotan de sus labios por sí solas.

—¿La necesita para uso inmediato?

—No, no, no la voy a usar yo, pero ¿qué es? ¿Puede explicarme lo que es, para qué se usa? —pregunta Joachim.

El dependiente lo mira rápidamente de arriba abajo, aunque sin desvelar lo que pueda pensar sobre la apariencia y la ignorancia de Joachim.

—El rojo carmín es una variedad de rojo obtenida de un gusano conocido como cochinilla. El nombre carmín procede del ácido del que se obtiene el colorante. La cochinilla se defiende de sus enemigos por medio de ese ácido, pero los aztecas descubrieron la forma de obtenerlo para utilizarlo como colorante —dice el dependiente, sacando un botecito que pone sobre la mesa—. Originalmente, la cochinilla solo se encontraba en Sudamérica, donde vivía alojada en los cactus, pero los europeos importaron a Europa los gusanos y la técnica.

Joachim asiente alentador mientras va insertando algunos «ajá» y «vaya»,



como si se tratara de algo interesantísimo. Pero nada de lo que dice el hombre le aporta demasiado. ¿Por qué había pintura roja en la cámara de torturas?

–Estupendo. ¿Y la cola animal?

–La pintura de cola animal se inventó en la Edad Media –prosigue el dependiente–; se fabrica con hueso, tuétano y cartílago, que se cuecen hasta que se forma la cola. Bueno, naturalmente es un proceso más complejo, se añade también ácido clorhídrico para eliminar las sales de calcio, y es necesario cocerlo todo hasta obtener la consistencia adecuada, y entonces se filtra.

El dependiente se detiene y lo mira expectante. Joachim piensa y piensa.

–¿Y se emplea mucho?

–Al contrario. Se vio desplazada por tipos más modernos de pintura que poseen la misma consistencia incluso a temperaturas más bajas. Para poder usarse, la pintura de cola animal tiene que estar a sesenta grados, ni más ni menos. Puede ser un poco complicado mantener esa temperatura. En conjunto hace falta bastante precisión para dominarla, pues esa pintura está más viva que otros tipos de pintura. Y además, tampoco carece de peligros –concluye.

–¿Y eso por qué?

–Si se calienta demasiado, puede inflamarse espontáneamente. Sucede con frecuencia con los trapos que usan los pintores para secar los pinceles. Los dejan caer al suelo, se emborrachan y se quedan dormidos. Y los trapos se van calentando porque el sol entra por los tragaluces. Y en esas condiciones no es demasiado difícil que empiecen a arder por sí solos.

–¿Qué pintores usan pintura de cola animal hoy en día? –pregunta Joachim.

El dependiente frunce el ceño y piensa unos momentos.

–Puf, puf... Sé que Tal R la usa, pero aparte de él no se me ocurre nadie, vamos, nadie que esté vivo y coleando... Lo cierto es que me ocupo más de los materiales que de los artistas –dice, excusándose–. Pero tengo la sensación de que existe un interés creciente, cada vez recibo más consultas, es como si fuera en oleadas. –El dependiente mira a Joachim con gesto interrogante–. ¿Quiere que se la envíe a casa?

–No, yo no pinto; pero muchas gracias por su tiempo.

–No fue nada –dice el dependiente, cortés, y vuelve al mostrador, donde lo espera impaciente otro cliente. Es evidente que quienes conocen la tienda saben que tendrán que tomarse las cosas con tranquilidad.

Joachim vuelve a mirar a su alrededor e inhala el acre aroma químico.

Ellen. Su mirada interna ve a su exesposa, la última persona del mundo a quien le apetece ver. La inacabable serie de inauguraciones en las que andaba de acá para allá, todas llenas de personas importantes. Artistas, marchantes, coleccionistas. Ellen lo sabía todo de todos, era de las cosas que mejor sabía hacer. El ambiente, como lo llamaba ella. Todo aquello de lo que huía Joachim, un universo con unas reglas de juego que Joachim era demasiado tonto para comprender. O a lo mejor porque carecía de talento para ello. Joachim solía librarse de aquellas conversaciones –penosas, superficiales pero afiladas como cuchillos– que tenían lugar en inauguraciones y recepciones a base de emborracharse lo más pronto posible. Y ahora tiene que volver. Hacer penitencia... Si alguien puede proporcionarle información que le permita llegar a saber por qué había pintura de cola animal rojo carmín en la cámara de torturas, ese alguien es Ellen.

Helene espera hasta que los últimos alumnos han abandonado la escuela de buceo, y solo entonces se acerca. Observa a Martin a cierta distancia. Está guardando equipos. Helene se sienta en el embarcadero y nota la blanda madera del puente, caldeada por el sol. Mira el agua oscura. Cierra los ojos y aspira. Agua dulce. Un profundo aroma de mil años que hace que sus pulmones se expandan para recoger más, más y más. Exhala el aire despacio. Mira a Martin, que aún no la ha visto a ella. No tiene nada claro que esto sea lo más adecuado para empezar, pero es lo único que tiene. Helene mira hacia atrás por encima del hombro, pues quiere saber si la siguen, aunque cree que no, estuvo casi una hora dando vueltas por las carreteras de alrededor de Silkeborg para asegurarse de que no había nadie detrás de ella. Descansa la mirada en el gran lago, la superficie es oscura, casi negra y untuosa. Vuelve a oír la voz de Caroline negando tajantemente haberle dicho que el cuerpo de William estaba en el lago, que la verdad tenía que buscarse en sus profundidades.

Martin viene hacia ella, que se incorpora al verlo acercarse.

—Hola, Martin —dice Helene, deteniéndose delante de él. Le da la mano, él se seca la suya en los pantalones cortos blancos antes de estrechar la de ella—. ¿Te acuerdas de mí? —pregunta Helene, aunque en los ojos de Martin ve con claridad que la ha reconocido.

—Claro que sí —responde él.

—He venido por aquí porque necesito tu ayuda —dice Helene, pero se interrumpe. ¿Por dónde empezar, hasta dónde puede contarle?—. ¿Es difícil aprender?

—¿Quieres aprender a bucear?

—¿Es difícil?

—Qué va. Tengo un grupo que empieza el mes que viene —responde él.

El mes que viene, piensa Helene. El mes que viene puede estar ya encarcelada de por vida.

—Había pensado no esperar tanto —dice con una sonrisa. No está segura de

por qué. Pero resulta agradable, la risa encaja con su estado de ánimo, con el agua y el sol: una trinidad.

Una sensación de libertad. Helene se agarra con fuerza a la cuerda de agarre de la lancha neumática. El traje de buceo ciñe su cuerpo. Mira a Martin, sentado enfrente de ella. Es un hombre adulto, pero al mismo tiempo es un adolescente, de esos que nunca se cansan de disfrutar de la velocidad y los equipos aparatosos. Se percató de su entusiasmo mientras le enseñaba los rudimentos del buceo, hace menos de dos horas, los dos metidos en el agua en un sitio sin apenas profundidad. Mientras le explicaba el funcionamiento de la boquilla y que no debía contener la respiración, que hay que estar todo el rato aspirando y espirando para que todo vaya bien. También le dijo que si la intención es bucear a poca profundidad, basta con un cursillo de un día, pero que si uno quiere sumergirse a varios metros de profundidad, o para ver pecios de barcos, hace falta el certificado de buceo. Solo tenía que saber una cosa antes de embarcarse: quitar el agua del interior de las gafas... fuera del agua, lo que Helene consiguió al quinto intento. Apretar con dos dedos, fuerte, en la parte superior de la máscara y echar el aire por la nariz, ese es el método para sacar el agua cuando se está debajo del agua, algo que a Helene le parecía casi milagroso.

—¿Te mareas con facilidad? —le grita Martin.

—Creo que no. Es agradable —le responde, gritando también para superar el rumor del motor. Unas gotas de agua dulce caen sobre su rostro, sus labios. Las sorbe. Tienen el sabor del pasado.

—¿Podemos bucear delante de mi casa? —grita Helene.

—¿Qué? —Martin reduce la velocidad. Helene carraspea; no le ha contado a Martin el motivo de su repentino interés por el buceo—. Se me ocurrió que... a lo mejor podemos bucear delante de mi casa...

—Es un poco hondo —responde Martin.

—¿Y cerca de allí?

Martin la observa. Se ha dado cuenta de algo, aunque seguramente ni imagina que Helene está buscando el cadáver del padre de Caroline. Pero no quiere bucear para ver lucios, percas y zosteras, de eso sí que se ha dado cuenta.

–Pararemos al otro lado de la punta, a unos cien metros del lado oriental del lago Julsø. Está muy cerca de tu casa. La profundidad es de unos veinte metros, es una zona de hielo muerto –dice, y le explica a Helene qué es el hielo muerto. Trozos enormes de hielo que se fundieron en lo más hondo del lago y actuaron como una perforadora hasta crear lo que suelen llamarse ciénagas sin fondo. El lugar perfecto para ocultar un cadáver, piensa Helene.

Martin apaga el motor y lanza el ancla. Helene mira la cadena, que desaparece más y más abajo. El leve chapoteo del agua contra la barca es como música. Una música atractiva, arrebatadora.

–¿Qué estamos buscando? –pregunta Martin sin levantar la mirada, mientras prepara el tanque de oxígeno.

–Mi pasado.

–Si me dijeras algo más, a lo mejor podría ayudarte. He buceado en muchos sectores de los lagos de por aquí.

Helene piensa. ¿Y si se lo contara? Pero si hubiera encontrado algún cadáver alguna vez, seguramente habría informado. No, no hay motivo alguno para decirle nada por ahora.

–¿Estás lista? –pregunta Martin.

–Estoy lista.

–No te alejes de mí más de un metro, ¿vale?

**L**e duelen los oídos y con una señal se lo indica a Martin, que asiente y le enseña a solucionar el problema apretándose la nariz con dos dedos. Helene lo hace mientras desciende en medio de la oscuridad. Durante los dos primeros minutos, Helene no ve más que a Martin, está demasiado asustada para observar otra cosa. Solo cuando Martin sonrío e indica hacia arriba con el dedo se atreve Helene a apartar la mirada de su salvador, del hombre que la sacará de allí vivita y coleando. Mira hacia arriba. Los rayos del sol que terminan su viaje de años luz en la superficie del agua, y la lancha vista desde abajo. Es realmente precioso, como estar al otro lado de un espejo, del espejo de la vida, y ser testigo de la creación, de la luz que llega desde lejísimos y termina exactamente allí, en el agua. Martin le coge un brazo, Helene hace todo lo posible para quedarse quieta en el agua como él. Martin le hace gestos para que no mueva los brazos, y ella recuerda lo que le había dicho: los peces

no tienen brazos, por eso no hay que usarlos debajo del agua, hay que moverse y dirigirse con las piernas. Helene lo intenta y de pronto se queda en mala postura, con la nariz hacia arriba, las cosas no son tan fáciles como en las pruebas en agua poco profunda. Martin la mira con una sonrisa tolerante. Helene piensa que debe de parecer un bebé, un bebé enorme que no sabe dónde es arriba y dónde es abajo. Por fin consigue equilibrarse un poco. Sigue a Martin a través de la creciente oscuridad. Ve bancos de peces cuyos nombres desconoce. Los peces no les tienen miedo y se acercan mucho, hasta la miran a los ojos. Tiene que esforzarse por recordar su objetivo. Algo que tiene que estar en el fondo. Pero no puede ver el fondo, pues allí abajo crece casi un bosque. Imposible. Su plan es irrealizable, no hay buceador aficionado capaz de llevarlo a cabo. Al poco, Martin consulta su ordenador de buceo y comprueba unas cifras que Helene no comprende. Con el pulgar le indica que tendrán que subir dentro de poco. Solo cinco minutos. Helene asiente con la cabeza y lo sigue, pero intenta sumergirse un poco más, hacia el extenso y ramificado bosque del fondo. ¿Hay algo allí? Abajo, entre las plantas que se mueven en el agua

con la misma gracia que el cereal con el viento. Puede ser. Hay algo que destella. Helene se acerca... y de pronto siente un fuerte tirón. Martin la ha agarrado del brazo. Parece enfadado. Otra vez el pulgar, tienen que subir. Helene se vuelve, mira lo que brillaba, por un instante se abren las zosteras y dejan ver el fondo. Una botella, no es más que una botella vieja.

–¿Por qué te alejaste? –pregunta Martin una vez que están en la superficie, sujetándose al borde de la barca. Parece dolido.

–Perdona –responde Helene.

–Venga, agárrate, que te voy a quitar el tanque. ¿Vale?

–Vale –dice Helene, y deja que Martin lo haga todo, sus movimientos son tranquilos, profesionales. Sube él primero a la barca y luego la ayuda a ella.

–Era una auténtica maravilla –dice Helene.

Martin le indica que se siente en la popa y él se acomoda en la plancha transversal. Se sujeta con las manos en las bandas y aprieta los labios. Martin se sienta al motor.

–No habrías debido alejarte de mí –le dice mientras arranca el motor. Se ponen en marcha para volver al punto de partida.

Helene desliza con cuidado una mano al agua, al costado del bote, y la deja allí un rato, con el agua fresca agitándose entre sus dedos. Piensa en la inutilidad de todo lo que está haciendo. Se inclina un poco a un lado y mira hacia abajo. El agua es oscura y turbia, nada transparente, una profundidad de lodo sin fondo. Parece una idea impracticable, muy mal pensada. Imaginarse que ella sola, por sus propios medios, podía encontrar un cadáver allí. Recuerda el rostro asustado de Caroline, sus palabras. Un cuerpo, un lago, un testigo. Cierra los ojos y siente deseos de renunciar, de desaparecer en la oscuridad de las profundidades... Un momento. Vuelve a abrir los ojos. ¿Qué es lo que acaba de ver?

–¿Puedes volver atrás, solo un momento?

–¿Qué? –Martin la mira, irritado. Está claro: se siente utilizado.

–Anda, Martin, solo unos metros –dice Helene. Martin tiene algo peculiar, algo infantil. Asiente y da la vuelta a la barca tan rápido que Helene está a punto de caerse, lo que le hace gracia a Martin. Ella responde con una sonrisa, otra vez de buen humor. Y entonces ve el viejo edificio de madera. El nombre está escrito en el rótulo en letras blancas: Mesón Julsø Kro.

–¿Conoces ese sitio? –pregunta Helene, indicándolo con el dedo.

Martin se vuelve y se encoge de hombros.

–No es más que un mesón, hay muchos como ese –responde.

–¿Julsø Kro? Helene se queda mirando el edificio y la terraza vuelta hacia el lago. ¿Por qué le resulta tan familiar ese nombre? Y entonces se acuerda. Aquel día terrible, cuando estaba en la oficina central de Söderberg Shipping hablando con Karen, su secretaria. Helene no había podido localizar el contrato a ese nombre. ¿Qué era lo que había dicho Karen? Que no se trataba de demasiado dinero, pero que Helene estaba empeñada en encontrarlo. ¿Avaricia? ¿O era otra cosa?

–¿Para qué querías que viniéramos aquí, Helene? –pregunta Martin, mirándola sonriente. Ya no está enfadado. Un buen chico, que de pronto está de morros y al momento está contento otra vez.

Helene mira atrás, al mesón. ¿Un testigo?, piensa. Un cadáver, un lago y un testigo. Dinero. ¿Habrá allí dentro alguien que cobre para guardar un secreto?

Ellen está terminando la clase. Levanta las cejas al ver a Joachim, pero no parece demasiado sorprendida. Joachim hunde las manos en las profundidades de sus bolsillos y se apoya sobre el marco de la puerta, confiando en que no se note su nerviosismo. Los alumnos van pasando al lado de Joachim, hasta que solo quedan dos en el aula. Están al lado de la mesa de Ellen, hablando sin parar mientras ella recoge sus libros y los mete en una elegante cartera, tal vez de piel de cebra, en todo caso recorrida por estrechas franjas blancas y negras de arriba abajo. Y Ellen está tan morena que, por un instante, Joachim piensa que debe de haber estado en África. Nunca ha visto su piel tan dorada. Responde con interés, no hace caso de la exaltación de los chicos y apenas atiende a los amplios movimientos de sus brazos. Es aquí, en esta aula, donde convence a los jóvenes de que si están dispuestos a ir hasta el final conseguirán llegar a ser grandes. ¿Hasta el final? ¿Cuál es el final? Los últimos alumnos abandonan el aula y Ellen los sigue.

—Hasta mañana —dice uno de los estudiantes, casi con melancolía.

Ellen se despide de él con una breve sonrisa y después dirige su mirada aguda e inteligente hacia Joachim, atravesándolo como solo ella sabe hacerlo.

—No cogí el teléfono —dice con brevedad, aunque no exenta de afecto—. Pensé que, si de verdad querías hablar conmigo, sabías perfectamente dónde encontrarme. Y por lo que veo, lo querías de verdad.

Joachim temía este encuentro. Había necesitado el día entero para coger ánimos, y había ido de bar en bar discutiendo el asunto consigo mismo. Estuvo sopesando lo incómodo de su confrontación frente a la posibilidad de encontrar las respuestas que tan desesperadamente necesita. A lo largo del día rememoró varias veces su último enfrentamiento. Su último enfrentamiento.

La furiosa rabia de Ellen, su agresión física a Joachim, que no tuvo más remedio que sujetarla, agarrándola con fuerza por las muñecas. Ella consiguió arañarlo con sus uñas fuertes, largas, siempre bien cuidadas. Aquel fue el peor momento que vivieron nunca. Después, Ellen propuso un viaje de reencuentro a San Sebastián. ¿O era a París? Estuvo esperando en el aeropuerto, pero él no



apareció. De eso hace ya más de cuatro años. Todo lo que hubo que hacer para el divorcio se hizo a través de los abogados. Se comportó como un cobarde, negándose a hablar con ella. Ahora estaba decidido a enfrentarse a su ira y a aceptarla. Quería escuchar sus quejas y decir que sí y pedir disculpas por todo, e incluso se había mentalizado para la posibilidad de que quisiera pegarle. Pero ahí están los dos ahora, ella sonríe y está guapa, parece cualquier cosa menos la mujer enfurecida que esperaba encontrar.

—Ahora, la cuestión es por qué has venido, Joachim—continúa Ellen sin más preámbulos.

—Necesito tu ayuda, Ellen—responde Joachim.

Se extraña de la intimidad que siente al hablar con ella, al usar su nombre. Estuvieron juntos muchos años, utilizaban los nombres constantemente sin pensarlo. Joachim se siente desvalido, de pronto enternecido. Nada es como había imaginado. Ellen no se mueve, aparentemente impasible.

—Te necesito—dice Joachim.

Ellen lo lleva a un bar y señala una silla de la terraza. Joachim se sienta y escucha el ruido que llega desde la cervecería de la acera de enfrente. Los sonidos de la ciudad. Ellen sale con una botella de San Pellegrino y dos copas de vino tinto. Brindan con rapidez, sin mirarse a los ojos. Joachim siente cómo baja hacia su estómago el suave vino francés, para mezclarse con los litros de café que lleva bebidos en el transcurso del día. ¿Ha comido algo?

—¿Qué tal te va?—pregunta.

—Estupendamente—responde ella—. El mes que viene me voy a Boston.

Joachim vacila. Esperaba que Ellen quisiera charlar un poco sobre la época que siguió al divorcio, de lo mal que lo pasó. Pero ella se pone a hablar de su trabajo con entusiasmo, y parece relajada y alegre. ¿Es por los años transcurridos? ¿O es que Ellen ha cambiado? Sigue siendo menudita, Joachim recuerda que le encantaba su cuerpo, totalmente distinto al de Helene. Helene es exuberante, llena de curvas, mientras que el cuerpo de Ellen muestra solo insinuaciones... Sus pechos casi no son más que un esbozo, su piel no tiene marcas ni pecas, solo ese color lechoso como el papel, algo indefinible.

Hubo un tiempo en que la amaba, en que estaba enamorado de ella. ¿O no? ¿Quizá lo único que amaba era en realidad lo que podía ver en los ojos de

ella? Las fantásticas esperanzas que Ellen tenía depositadas en Joachim, sus esperanzas de que llegara a ser grande, el más grande. Tal vez empezaron los problemas porque ella echaba en falta encontrar algo parecido en la mirada de él, cuando empezó a dudar que fuera capaz de alcanzar la cima. Y él volvió a las andadas. Conocía a otras mujeres y eso despertaba sus celos. Quizá fue él quien llevó a Ellen a ser como era, fue él quien provocó la ruptura. ¿No fue eso lo que intentó meterle en la cabeza a Helene en el hospital, que todos somos un producto del lugar en el que estamos, que hay que buscar el lugar donde crecer, y estar con las personas que hagan salir lo mejor que hay en nosotros? Si eso es cierto, Joachim fue un veneno para Ellen, y ahora se da cuenta.

Joachim se percata de que Ellen ha comenzado a hablar de personas que él ha apartado de su mente desde hace tiempo. Está esperando a que le explique qué hacen allí sentados. Pero ¿por dónde comenzar? Joachim busca las palabras, se humedece los labios. Comienza con el cadáver de Louise, pero se da cuenta de que tiene que empezar hablando de Helene, tiene que empezar por el principio y contarlo todo. Por suerte, Ellen ya había leído en el periódico que habían encontrado a la heredera desaparecida. Mientras habla, Joachim observa atentamente el rostro de Ellen. El miedo de que reaccione con violencia –agrediéndolo o deprimiéndose– está firmemente instalado en su interior. Pero nada parece extrañarle. Ni que haya conocido a otra, ni la horrible historia de la amnesia, ni la usurpación de la personalidad de otra persona, ni la acusación de asesinato, ni el ADN que encontró Sperling, el cabrón de la pipa... Después se relaja, las palabras fluyen con más facilidad, y finalmente llega al motivo que lo ha llevado a ir a verla.

–Una mierda de pintura de cola animal, rojo carmín. De una cámara de torturas.

–Pintura de cola animal –repite Ellen. ¿Está dándole vueltas a la cuestión?

–Rojo carmín –se apresura a añadir Joachim. Apura lo que queda de vino y hace gestos al camarero para que les sirva dos copas más.

–Yo no quiero más –dice Ellen deprisa a la vez que echa la silla un poco hacia atrás. Joachim la observa. Se acercan la furia y la escena, ahora reconocerá a la Ellen de antes. Se bebe lo que queda en su copa y coge el vaso de agua. Antes no bebía vino. Tampoco comía, estaba siempre un poco enfermucha y se quejaba de dolores en los sitios más extraños. ¿De verdad esa mujer que está ahora sentada delante de él es la misma de entonces?

–¿Hay algo que... haga sonar alguna campanita? –pregunta Joachim.

–¿Qué? ¿Que si conozco a un artista sádico que despelleje mujeres y pinte en rojo?

Joachim se agita.

–Quizá sea simplificar demasiado..., pero sí. Algo por el estilo –dice sin dejar de observar a Ellen.

Y entonces sucede. Ellen sonríe y sacude la cabeza. Dice «no». Pero justamente de esa forma que Joachim conoce tan bien. Cuando miente, Ellen se toma su tiempo. Y lo ha hecho siempre. Tiene una inteligencia brillantísima, muy superior a la de Joachim, la mayor parte de las preguntas las responde con su clásica técnica de ametralladora. Con rapidez, claridad, decisión. Solo para mentir se toma su tiempo.

–¿Estás segura?

–Claro que no conozco a tu asesino –dice en voz baja.

–Ellen..., ¿no se te ocurre nadie? ¿Nadie en absoluto?

–Quizá Tøger Saxild –dice con toda tranquilidad, aunque también con lentitud.

Solo entonces Joachim siente dudas. ¿Será una mentira doble?

–¿Lo conoces? –pregunta Ellen–. Pinta con pintura de cola animal, pero no solo eso. Tiene algún problema con mujeres y dolores, pinta unos cuadros muy... provocadores. Está loco por el sufrimiento, y en sus motivos siempre hay algo que supera todos los límites, y frecuentemente ese *algo* es sexual.

Ellen se interrumpe. Joachim vacila, ha acabado metiéndose en el lío de verdades y falsedades de Ellen. ¿Será que está siguiendo una pista equivocada? Porque no está nada claro que el asesino de Louise vaya a encontrarse en los medios artísticos. Aunque, por otro lado, ¿por qué, si no, iba a encontrarse en la cámara de torturas esa pintura tan cara y poco corriente?

–Naturalmente, no puedo estar segura, pero teniendo en cuenta lo que me acabas de contar y el ambiente, él tiene algo que... No es solo el dolor físico, es algo más...

Ellen busca las palabras y Joachim espera.

–También pintó el hundimiento de las torres del World Trade Center. Y ha hecho cuadros de ficción sobre campos de concentración nazis. Realmente está siempre en el límite –concluye, y se reclina sobre el respaldo.

–Tøger Saxild –dice Joachim–. Gracias por...

Hace un gesto con la mano, que Ellen entiende. No es solo que Ellen esté dispuesta a ayudarlo, sino también el simple hecho de que esté sentada allí con él, charlando. Después de todo lo que pasaron. Ellen deja en el cristal del vaso una clara huella roja. ¿Utilizaba lápiz de labios en esa época? No, no soportaba ni el perfume ni la cosmética. También hay algo distinto en su cabello, ahora es como más fuerte, como más abundante.

–Es bastante probable que lo vea esta tarde –dice Ellen entonces–. Hay una cena en honor a la dirección de la academia de arte, de la que también él es miembro, aunque no siempre aparece en ese tipo de actos. Pero si va, puedo preguntarle si ha matado a una prostituta sin hogar en una cámara de tortura y después ha escondido el cadáver en una herrería. –Ríe, y Joachim no puede evitar sonreír él también.

–¿Puedo ir yo para hablar con él? –pregunta Joachim, impetuoso, moviéndose hacia delante–. Puedo esperar fuera y hablar con él cuando termine...

–No, de ninguna manera. Es una mala idea –dice Ellen con un suspiro. De repente parece cansada. Aparta el vaso de agua, saca de su bolso el teléfono móvil y mira la hora–. Tengo que irme. –Se levanta con un movimiento brusco.

–Pero puedo presentarme como por casualidad –insiste Joachim–. Ese tipo no tiene por qué saber que nos conocemos.

Ellen sacude la cabeza.

–De verdad que no, Joachim. ¿No te das cuenta de que es una mala idea? No debería haberte hablado de la reunión –dice, deprisa, como suele.

Joachim se levanta también y se queda parado delante de ella, que ahora parece cerrada y ausente. Así es como la recuerda. Variaciones imprevisibles de humor, ahora se ha vuelto fría de repente. Joachim se ve dominado por una extraña tristeza. Porque lo cierto es que la aprecia, desea que todo le vaya bien, y ha disfrutado pasando un rato junto a la nueva Ellen, tan natural.

–Ha sido un gusto volver a hablar contigo, espero que descubras... Que lo descubras todo –dice ella con voz plana y neutra.

–Gracias por tu ayuda, Ellen, es muy importante para mí –dice Joachim con toda sinceridad.

Ella se gira y empieza a caminar por la calle. Pasos seguros, Joachim se queda mirando el diminuto cuerpo vestido con ropa cara. Y de pronto sus pasos se hacen más lentos, vacilantes, con el *tempo* de la mentira. Se detiene y se vuelve hacia él.

–¿Qué pasa? –pregunta Joachim, acercándose a ella.

–Sí que podrías venir a la cena –dice Ellen, casi con timidez.

–¿Sí? –exclama él, sorprendido.

–Es una cena con parejas, podrías venir como mi pareja.

Algo en sus palabras hace que la mirada de Joachim se pierda. Baja los ojos, pero primero se fija en los pequeños pechos de Ellen, que descubre su mirada desvergonzada, y Joachim se apresura a bajar los ojos aún más, a fijarse en sus sandalias blancas con finas tiras que resaltan la belleza de los pies y la piel dorada.

La voz de Ellen es casi inaudible cuando continúa:

–Pero tendremos que fingir que estamos juntos de nuevo.

Joachim vuelve a tener la sensación de que algo anda mal. Pero no tan mal como la imagen de Helene en prisión.

–¿Qué dices, cara de palo? –pregunta Ellen.

Helene no está segura de si ha sido el paseo en barca o el recorrido bajo el agua lo que le ha dejado en el cuerpo esa sensación de que el mundo se balancea, de que la tierra chapotea de un lado a otro, incluso dentro del coche. Se queda un momento inmóvil, mirando el retrovisor. Piensa si no estará demasiado paranoica, porque ha aparcado el coche junto a una pista del bosque en lugar de hacerlo en el aparcamiento de suelo de gravilla que hay al lado del Julsø Kro.

Mira a su alrededor una última vez antes de entrar en el edificio de entramado con techo de paja. Hay ya muchos coches aparcados, en el interior la temperatura es agradable y el local rebosa de actividad. El aroma del café le recuerda a Helene que no ha comido ni bebido nada. Un joven de camisa blanquísima y chaleco negro se le acerca.

—¿Tienes mesa reservada? —pregunta, afable.

Helene piensa en preguntarle si hay sitio libre, para poder comer algo primero, pero entonces se da cuenta de que todos la están mirando con curiosidad. Una mujer la señala discretamente y le comenta algo a su compañero en voz baja.

—Quería hablar con el dueño —se apresura a decir.

Habría debido ponerse un sombrero, o por lo menos gafas de sol. Siempre se olvida de que no es una persona anónima. Por suerte, también el camarero se da cuenta de la atención despertada por la presencia de Helene, hace un leve gesto con la cabeza y le indica que lo acompañe. Entran por un pasillo y el camarero se detiene ante una puerta, a la que llama.

—Está abierto —dicen desde dentro.

El camarero abre la puerta mientras Helene respira hondo.

—Está aquí Helene Söderberg, que quiere hablar contigo. —Al principio no se oye nada, después Helene oye unas palabras entre dientes:

—Söderberg... es... —Pero Helene no puede oír nada más. La puerta se cierra. Pasan unos instantes, y el camarero vuelve a aparecer.

—Puedes entrar.

Así lo hace Helene, y el camarero cierra la puerta a su espalda. Delante de ella hay un hombre alto, ancho, con una imponente nariz aguileña, de edad avanzada, quizá setenta y tantos. Parece confundido, pero se acerca a ella sonriente y con los brazos abiertos.

–Soy Marius Flint –dice, y Helene se fija en el montón de papeles que ocupan toda la mesa.

Así estaban también sus cuentas cuando regentaba el café de la isla. Un pinchazo, un dolor: lo echa de menos. Su cocina, sus hierbas aromáticas, la ventana que daba a la parte antigua del puerto, sus estupendos cuchillos. Las pequeñas cosas. Echa de menos las pequeñas cosas.

–Siéntese –dice Flint, señalando con los dos brazos una silla muy historiada de respaldo alto al otro lado del escritorio. La silla está acolchada, lo que agradecen los doloridos músculos de la espalda de Helene. Marius Flint se reclina, dobla los brazos detrás de la nuca y mira satisfecho a Helene—. ¿Y a qué debo el honor de su distinguida visita? –pregunta con calidez.

Helene sabe que en los periódicos se han publicado artículos sobre ella. ¿Es posible que este hombre sospeche lo que está buscando? Helene carraspea y decide ir directa al grano.

–Todos los años se transfiere dinero de Söderberg Shipping a Julsø Kro. ¿Está enterado? –pregunta.

Se esfuerza por hablar con voz neutra, pero se da cuenta de que le tiembla un poco.

–Es un acuerdo bastante antiguo –dice él.

Y nada más. En su rostro es imposible leer nada.

–¿Por qué se realizan esos pagos? –pregunta Helene.

Marius la mira impassible.

–Es de antes de mi época. Mi padre trabajaba para el suyo, pero no conozco los detalles –dice con indiferencia.

–Pero su padre no trabaja ya para Söderberg Shipping, ¿verdad? –pregunta Helene.

–Mi padre falleció –responde Marius Flint con una pizca de irritación.

–Pero no es muy normal que se siga pagando un sueldo de esta forma –prosigue Helene.

El hombre la mira fijamente, y Helene se da cuenta entonces de que la impassibilidad esconde algo más. Él la está examinando a ella con tanta atención como ella a él. Dos duelistas esperando a que el otro desenfunde

primero. Es curioso, pero Helene se relaja. Sus manos se tranquilizan y su voz adquiere mayor fuerza. Está en el buen camino.

–¿Qué relación tenía su padre con Hirsch? –pregunta.

–Pero ¿a qué viene esto?

–Hirsch –repite Helene, tranquila.

Flint hace una mueca de extrañeza.

–Nunca he oído hablar de él.

–¿Y cómo sabe entonces que es un «él»?

La pregunta tiene más efecto de lo que esperaba. El hombretón se levanta y se cierne amenazante sobre ella. Helene se levanta también y lo mira a los ojos. Lo nota: esta es la puta a la que temen y odian todos los empleados, y aquí está ahora, exigiendo respuestas.

Marius se sienta y se tranquiliza. Vuelve a ponerse la máscara inexpresiva y cortés.

–Yo solo era un niño entonces, pero oí decir que desapareció durante la guerra. Que se lo llevaron los alemanes, ¿no fue así?

Helene sacude la cabeza.

–Ese dinero se ha estado transfiriendo sin interrupción, el trabajo que hacía su padre para el mío...

Helene deja las palabras en el aire. Espera, en tensión. Aunque ya está segura, necesita más. Una prueba, un reconocimiento por parte de Marius, pero este ya no se deja sorprender y la mira tranquilo.

–Óigame –dice entonces–. Mi padre era un empresario muy trabajador. Consiguió un buen contrato del que hoy en día me beneficio yo. No hay nada más que decir sobre ese asunto. El contrato y los pagos seguirán vigentes mientras yo viva. Y no creo que debamos entrar en más detalles.

Helene se da cuenta de que no podrá ir más allá. Sin embargo, dice en voz baja:

–No existen papeles que reflejen ese acuerdo. Puedo interrumpir los pagos en cualquier momento.

Los ojos de Marius se convierten en dos rendijas estrechas.

–Creo que hemos terminado la conversación. Ha sido un placer hablar con usted, señora Söderberg.

–Usted sabe que puedo interrumpir los pagos –dice Helene con firmeza, ignorando los esfuerzos del hombre por mantenerla a distancia con el brazo estirado y el tratamiento formal–. Cancelaré los pagos, y cuando *usted* se



decida a contarme lo que sabe, ya veremos si el trabajo que hizo su padre realmente valía todo ese dinero –dice con determinación.

–No puede interrumpir los pagos porque hay un contrato escrito.

–Entonces quiero ver ese contrato.

–No. Créame, no quiere verlo. Y no lo verá –dice en voz muy baja–. No lo verá hasta que haya interrumpido mis pagos. Entonces, el acuerdo se hará público y podrá leerlo en el periódico. Y tendrá tiempo de sobra para leerlo –dice Flint sonriendo, aunque está asustado, Helene lo nota en el sonido de su voz–. Ese acuerdo será la tumba de Söderberg Shipping. Miles de personas se quedarán en paro, y usted lo perderá todo. Ese fue uno de los motivos que llevaron a su padre a firmar el contrato. Porque no era una persona conocida precisamente por su generosidad.

Helene se aleja del mesón después de intentar contactar con Joachim, simplemente para oír su voz, pero no responde al teléfono. Ojalá no haya cambiado de opinión, piensa Helene. Mira que no haberse dado cuenta de lo sucio e impenetrable que es todo, inclusive su propia vida y todo lo relacionado con ella...

Va a atardecer enseguida, pero la oscuridad sigue quedando lejos. Los árboles crecen espesos junto a la carretera serpenteante. De vez en cuando hay claros con vistas al lago, mucho más allá de las riberas inclinadas. Los pensamientos recorren su cabeza. Un acuerdo. Hay algo por escrito, dijo Marius. Pero Helene lo ha buscado, y en la oficina central no ha conseguido encontrar ningún contrato, eso fue lo que le dijo Karen. ¿Lo habrán escondido Edmund y Caroline? Helene tiene que buscar en algún sitio, tiene que empezar desde cero. El padre de Marius. ¿Fue un testigo casual, o había algo más? Un coche negro va detrás de ella, avanza deprisa. Al principio Helene acelera un poco, pero el coche sigue pegado a ella. Reduce la velocidad y pone el intermitente para indicarle que le cede espacio para adelantar. Por fin, el idiota ese la adelanta. Helene arruga el ceño, inmersa de nuevo en sus pensamientos. Debe averiguar más cosas sobre el padre de Marius, ese será su primer paso. Tiene que existir un archivo local, como el de Gudhjem, en el que Joachim pasó una semana entera rebuscando en viejos artículos. Helene le preparaba una bolsa de comida por la mañana, pan de centeno con croquetitas

de pescado fresco y *remoulade* de la que preparaban en el café de Christiansø, en un botecito aparte, para que se echara la que le apeteciera. Se iba en el ferry y no volvía hasta tarde, estaba ensimismado con una historia que un día, de pronto, se le escurrió entre los dedos y desapareció. Helene nunca había visto a nadie tan desolado como él. Pero solo por unos días, luego surgió una nueva historia que no llevó a ningún sitio. «Pero escribir es así», le aseguró Joachim. «Es como lo que les pasa a los peces que intentan subir una cascada, nadando a contracorriente. Cada vez que el pez da un salto, sale del agua y se desliza por el aire, cree que lo conseguirá. Cree que en esa ocasión podrá vencer por fin al saliente rocoso que le impide seguir avanzando.» Eso dijo, a la vez que le cogía las nalgas con las manos y se las apretaba... En esa época, ella era Louise. «Solo los peces muertos nadan a favor de la corriente. La vida está cuesta arriba, y cada vez que saltamos hemos de creer en ella.»

¿Por qué está pensando en eso? El archivo local. Ahí, su desquiciada familia no puede destruir documentos como le venga en gana. Los pensamientos de Helene se ven alterados de nuevo por el coche negro, que ahora va delante de ella a una velocidad lentísima. Helene lo adelanta, pero en ese mismo instante el otro acelera. Helene está ahora en el carril contrario de la carretera. Disminuye la velocidad para entrar de nuevo en su carril, pero el otro coche hace lo mismo, impidiéndole pasar al carril derecho. Desconcertada, mira el coche negro y ve al conductor justo antes de oír el agudo ruido del metal, la carrocería está chirriando por el contacto con el otro coche. Es él. Gafas de sol, gorra, el hombre que se oculta. Levanta la mirada, se acerca un camión en dirección contraria y el otro conductor no le permite cambiar de carril, forzándola a seguir en el izquierdo. Helene se echa más hacia la izquierda, al arcén. El camión pasa como una exhalación, el conductor toca el claxon sin parar, furioso. La rueda delantera pierde tracción al entrar en terreno blando. Helene gira el volante e intenta enderezar. El coche negro, macizo y pesado, obstruye el camino, y ahora son también las ruedas traseras las que derrapan. Tierra blanda y lisa en el sotobosque, las ruedas patinan, y el coche negro sigue empujando. Empuja sin misericordia hasta que Helene se sale completamente del arcén y cae por la ladera. Helene pisa desesperada el freno, mueve el volante con todas sus fuerzas, pero el coche ya no responde, la fuerza de la gravedad se ha adueñado de él, baja y baja a enorme velocidad, ramas y arbustos golpean los cristales. El coche vuelca y cae sobre el techo, el cuerpo de Helene se eleva. Nota la presión del cinturón sobre la caja torácica,

un airbag le golpea la cabeza, ve el suelo del bosque deslizarse a toda velocidad.

Y todo se detiene.

**H**elene abre los ojos. No sabe cuánto tiempo los ha tenido cerrados. ¿Un segundo? ¿Más? Está rodeada por algo rojizo, liso. Se mueve y el airbag se vacía; lo empuja. Entonces oye pasos. Mira por el cristal delantero, todo está cabeza abajo. Ve la ladera, la carretera en lo alto. Ve las piernas que empiezan a descender. Hacia ella. Las perneras de unos pantalones negros, calzado oscuro. Llena de pánico, Helene intenta soltar el cinturón de seguridad. El hombre del otro coche va hacia ella, ve sus botas oscuras. ¿Quiere matarla y camuflar el crimen como un accidente de coche? Tiene que liberarse, y ahora mismo. Tiene que escapar. Golpea desesperada el lugar donde cree que debe de estar la hebilla, una y otra vez. Cuando por fin se suelta el cinturón, cae pesadamente hasta acabar cabeza abajo contra el techo del vehículo. Se esfuerza como loca para abrir la puerta aplastada, pero está atascada entre el airbag rojo y el asiento. Helene coge el bolso y reptta para salir por el hueco de la ventana. Los brazos primero, luego la cabeza; con dificultad pasa el torso y las caderas. Agarra con fuerza unos matorrales y unas ramas, tira y patalea para salir. Jadeante, rueda, pero consigue ponerse en pie. Y echa a correr. Corre como nunca lo ha hecho. Detrás de ella oye los gritos del hombre, unos bramidos rabiosos, furiosos. Oye los pesados pasos que la persiguen. No se atreve a detenerse para ver la ventaja que le lleva, y si es suficiente. Los pies de Helene tropiezan en el suelo irregular del bosque. Musgo blando que cede ante su peso, raíces ocultas que apenas consigue esquivar. Ramas y maleza que le golpean el rostro; estira los brazos hacia delante para protegerse. Lo oye, su perseguidor está muy cerca, y a cada instante Helene espera sentir sus manos rodeándole el cuello, derribándola, aplastándola, tirándola como si fuera basura. Igual que a Louise. Helene no sabe por qué, pero pensar en la pobre Louise le da fuerzas.

Intenta dar pasos más largos, más rápidos, el bolso le golpea el muslo, cada inspiración le raja los pulmones. No quiere morir. Ahora no. Oye un ruido muy claro, es una exclamación de dolor. Helene no puede evitarlo, vuelve la cabeza para mirar a su espalda. Pelo con raya a un lado, una cazadora, un

rostro crispado, eso es todo lo que ve. Helene sigue corriendo. Lo oye ponerse en pie, oye que acelera la marcha. Pero en sus pasos hay algo irregular. ¿Está cojeando? Helene cae, y solo cuando está en el suelo entiende por qué: hay un breve declive que marca el final del bosque y el comienzo de la playa. Está en el suelo, rodeada de oscura arena amarilla, y ve un agujero en la pendiente. A la velocidad del rayo se da la vuelta y se mete en el agujero, serpenteando, con los pies por delante, borrando las huellas con los brazos. Helene cierra los ojos, contiene la respiración, siente el frío del agujero en los pies, las pantorrillas, los muslos, el torso. Nada se mueve, ni dentro ni fuera. Helene está rodeada de tierra y arena. ¿Es una zorrera? El cuerpo sigue la forma del agujero, que se desvía a un lado y abajo. Los brazos los tiene doblados delante de la cara. Se mueve un poco adelante y atrás, y se queda inmóvil. Silencio. Y entonces llega el hombre. Justo hasta quedar encima de su escondrijo. Él no se cae. Da un salto y echa a correr de nuevo. Durante un buen rato, Helene sigue oyendo sus pasos. Durante un buen rato hay quietud. Luego regresa. Helene sigue en total silencio, apenas respira. Los pasos se aproximan, pesados. El hombre no corre, camina, y sigue cojeando, un paso largo y otro corto. Ahora está justo delante de la boca del agujero. Helene ve las botas. En ellas hay algo perverso: tan pesadas, tan oscuras, muestran odio al verano, dicen no a la vida. Y ahora quiere arrebatarla. Helene contiene la respiración. Si la encuentra... No quiere morir. Ve ante ella el rostro de Sofie, despejado, confiado. Los ojos oscuros de Christian. Joachim. Su voz. Helene pestañea, aprieta los labios, respira por la nariz, sin ruido.

–Qué sorpresa más inesperada –dice una profunda voz de mujer a su lado.

Joachim da un respingo. Estaba concentrado en una fotografía del palacio de Charlottenborg en el vestíbulo, y ni siquiera se dio cuenta de que llegara alguien. A su lado hay una mujer con un vestido verde botella y cabello rojo oscuro, acompañada por el aroma de un perfume que a Joachim le recuerda a Helene.

–¿Sorpresa? –pregunta Joachim, confuso.

–Volver a verte aquí –dice la mujer.

–No te recuerdo, lo siento.

La mujer suelta una carcajada.

–¿Así que no has cambiado para nada? –dice al tiempo que da un paso atrás, sacudiendo la cabeza. Joachim se ruboriza, sin la menor idea de qué responder. En esa época, vivir con Ellen era algo muy exigente. Podían pelearse en plena calle, Ellen era capaz de tumbarse en el asfalto húmedo y echarse a llorar y amenazaba con romper definitivamente y con hundir a Joachim. Así que no, Joachim no recuerda a la mujer del vestido verde que ahora afirma llamarse Majse y haber asistido a muchísimas recepciones en las que estuvieron Ellen y él. La reunión de dirección de la academia de arte no ha terminado aún, y Joachim espera en el vestíbulo con los demás invitados a la cena. Familiares, amantes, la categoría a la que Joachim tiene que fingir que pertenece. Solo una vez, piensa. Lo hace por Helene. Por Helene, fingirá que está con Ellen.

–Tienen que acabar enseguida, tengo mucha hambre –cuchichea una de las mujeres. Nadie le replica. Joachim se da cuenta de que esa mujer no pertenece al ambiente y no conoce los códigos, ni nada del mundo en el que Joachim se está metiendo otra vez. Una sociedad secreta. En la escuela intentan que los alumnos aprendan dos lenguas extranjeras, además de la materna. Deberían incluir en el programa esta tercera lengua. Hace falta media vida para aprenderla, más mal que bien. Aquí no basta con conocer las palabras

correctas, aquí se trata de tus referencias en la vida, de tus posturas ante las cosas, incluso las más ridículas. Joachim nota ya el nudo en el estómago.

Se abre una puerta, y todos los que están en el vestíbulo se giran. Salen los miembros de la dirección y se mezclan con sus parejas. Van pasando unas camareras con esbeltas copas nacaradas en bandejas redondas. Joachim coge una copa y la vacía casi de un trago. Ellen viene hacia él, lleva el pelo recogido y los ojos pintados, su mirada lo penetra, ardiente.

–Confío en que la espera haya sido soportable –dice en voz alta.

Él le coge una mano y le da un beso con mucha precaución. Es parte del trato. Con familiaridad, ella mete el brazo debajo del suyo, se inclina hacia él y susurra:

–Es ese de ahí. El de barba que está hablando con la del vestido blanco.

Joachim se vuelve. Ahí está. El que solo pinta dolor, cuerpos femeninos retorcidos, campos de concentración nazis. Con pintura de cola animal. Tøger Saxild.

–¿Quién es la niña? –pregunta Joachim, que en el mismo instante nota el brazo de Ellen en el costado.

–No es una niña. Es una japonesa muy joven –dice Ellen en un susurro–. Si hubieras seguido un poco la carrera artística de Tøger, la reconocerías.

Joachim no consigue apartar los ojos de la amante de Saxild. ¿O es su musa? Es imposible que pase un solo día de los dieciocho años, por decirlo suavemente. En cualquier otro círculo de la sociedad todos se enfurecerían, pero no en el mundo artístico. Joachim no puede pensar en otros hombres de mediana edad con un buen barrigón que Ellen no estuviera dispuesta a defender si aparecieran en una cena con una niña colgada del brazo. Saxild debe de andar por los cuarenta y cinco. Cabeza rapada estilo monje, barba larga y cuidada que termina en una trenza que le llega hasta el pecho. Volviendo a la japonesita, Joachim la estudia. ¿Parece una mujer a la que se pueda maltratar? El aspecto de Saxild es tan tranquilo y seguro como el de todos los allí presentes. La japonesa del vestido negro, casi transparente, le susurra algo al oído. Tøger Saxild escucha con las cejas arqueadas y después sacude la cabeza, agita los brazos y está claro que la contradice. ¿Qué clase de persona es Tøger Saxild? ¿Un individuo que se dedica a torturar prostitutas? Joachim tiene que acercarse a él de una forma u otra. ¿Haciéndole una pregunta inocente sobre los colores de la cola animal y entretanto fijándose en su reacción o comprobando si lo reconoce? No como el exmarido de Ellen que

ha vuelto con ella, sino como el hombre al que vio a través de un espejo. Tøger podía estar detrás del espejo cuando Joachim fue a la cámara de torturas.

Joachim tenía ya olvidado lo bien que se come en la Dinamarca de la cultura. Cinco platos, y solo llevan los dos primeros, *risotto* de cebada perlada y *carpaccio* de fletán, finas lonchas del mar, ligeramente agrias y saladas, con parmesano horneado y alcaparras. Así son las cosas en estos círculos, piensa, la buena comida asciende en proporción al grado de sometimiento de las mujeres. No quita ojo a la japonesa, que prácticamente no come nada. Se ven sus pechos, finamente dibujados debajo del vestido. Y además hay algo especial: nunca cierra la boca del todo, tiene los labios un poquito abiertos todo el rato. Cuando capta la mirada de Tøger los abre un poquito más, como si él le hubiera ordenado que evitara el contacto entre el labio superior y el inferior. Joachim quería sentarse al lado de Tøger, pero Ellen se lo llevó a otro sitio, diciendo que la mesa tenía un orden establecido. Está sentado a tal distancia de Tøger que no puede oír lo que dice, solo observar la expresión del rostro y los movimientos de los brazos; la forma en que mastica, si habla mucho o poco; qué cara pone cuando escucha. Y Joachim sabe que así no conseguirá nada.

Ellen, sentada al lado de Joachim, está de un humor estupendo. Todo el rato va un paso por delante de los demás en las animadas discusiones que se entretienen. Joachim intenta participar, pero le resulta difícil. Una corriente interminable de platitos viene y va, todos presentados como pequeñas obras de arte. El vino está maridado con precisión con cada plato. Ellen no deja de intentar arrastrarlo a la conversación, y cuando en un momento dado le coge la mano no resulta raro ni incómodo. Joachim no puede por menos que divertirse un poco. Jamás había imaginado verse en esa situación. Que su desesperada petición de ayuda condujese a una reconciliación con la persona de la que huyó y que lo odiaba más que nadie. Sabe que en aquellos momentos ella estaba decidida a luchar por su relación. Por un instante deja que sus pensamientos vuelvan al pasado, a algo que, por lo demás, hace mucho que decidió borrar. Un mal recuerdo. Aquella vez que decidió abandonarla definitivamente y la plantó en el aeropuerto, pequeña y perdida. Habían

acordado que él iría directamente al aeropuerto al salir de una lectura. Recuerda que fue en su viejo y polvoriento Volvo, que llegó a la terminal, y que entonces decidió dar media vuelta. Solo pensar en unos días a solas con Ellen, unos días en los que en ningún momento podría escapar de la prisión de las horas, le resultó tan insoportable que perdió todo resto de decencia y no entró. En lugar de eso, se dirigió a Bornholm. *Él* tenía que empezar de cero. *Solo*. Acabó en Gudhjem, tomó el ferry, siguió más allá aún, tan lejos como era posible sin abandonar el país. Llegó a la pensión de la pequeña isla, se convirtió en el nonagésimo segundo habitante de Christiansø, se tumbó en la cama y allí se quedó mirando el techo. Joachim lo recuerda como si hubiera seguido allí tumbado hasta el día en que fue al café y vio a Helene por primera vez. Naturalmente, no fue así: comía, orinaba, se bañaba, aunque no con demasiada frecuencia, solo cuando no podía seguir aguantando su propio mal olor. Y escribía. Una página tras otra, una más inútil que la otra.

Ellen vuelve a decirle algo, lo arrastra de vuelta de sus recuerdos.

–¿Qué? –pregunta Joachim, desconcertado.

–Ven, hay *café et avec* ahí al lado –le dice Ellen mientras se levanta.

Joachim la mira. *¿Avec* qué?

Cuando se ponen en movimiento, la mano de Ellen le acaricia el trasero. Es solo un instante, a lo mejor es simple casualidad. Pero el hecho es que la mano se detiene y se queda allí. Demasiado para una simple casualidad. ¿O no?

Y Ellen ya ha seguido su camino, se ha ido. Él se queda quieto, intentando recuperarse. Vacía un vaso de agua. Es hora de hacer algo.

**J**oachim lo ha estado pensando mucho, pero pese a ello, o precisamente por eso, empieza torpemente la conversación con Tøger.

–¿Trabajas con pintura de cola animal? –pregunta, exigente.

El artista parece un poco irritado, quizá porque Joachim ha interrumpido una conversación. Dos mujeres, la del vestido blanco y la japonesa, miran a Joachim como si fuera un vulgar campesino que ha osado pisar la sombra del emperador.

–Sí –responde Tøger, secamente.

Nada más. Se vuelve hacia las mujeres, la japonesa intenta ocultar una risita.



–¿Por qué prefieres ese tipo de pintura, si no te importa que te lo pregunte?  
–continúa Joachim, tozudo.

Tøger expulsa el aire con fuerza a través de los incisivos, de pronto parece un poco cansado.

–Estás interrumpiéndonos –protesta, y agarra a Joachim del brazo, autoritario–. ¿Por qué no te largas a tomar un café?

–Perdona. Sé muy bien que aquí estoy de sobra –dice Joachim, que de pronto nota lo ebria que suena su voz.

Llega Ellen al rescate. Le pasa un brazo por la espalda, se pega a él y ríe.

–Tøger, perdona este asalto, es culpa mía –dice–. Le serví demasiado vino. Joachim está investigando para un nuevo libro y le dije que tú podías ayudarlo con información sobre la pintura con cola animal. Lamento no haberos presentado como es debido. Joachim puede resultar un tanto... arrollador, pero es buena persona.

Ellen ríe, Joachim se arrima a ella, aspira el discreto aroma de jabón. Pero debajo de este hay algo más. Un suave aroma floral. Perfume. ¿Ha empezado a usar perfume?

Tøger habla un poco sobre la pintura de cola animal, por hacerle un favor a Ellen, no a Joachim.

–¿Y el dolor? –pregunta Joachim, sorprendido él mismo. Observa la reacción del artista.

–¿Qué pasa con él?

–¿Por qué tanto dolor? Esas pobres mujeres –dice Joachim.

–Lo dices como si fuera yo quien crea el dolor –dice Saxild.

–¿Y no es así? –Busca una reacción en Saxild, que niega con la cabeza.

–Es un debate obsoleto que no me gusta ni un pelo –dice.

–Pero ¿por qué no? –dice Ellen, burlona. Ella conoce perfectamente los códigos, y Saxild parece haberse ablandado.

–Yo muestro el mundo tal como lo veo. Me limito a transmitir las impresiones que recibo. La agresión, la violencia, las voy guardando dentro de mí hasta que no caben. Y entonces pinto – dice.

La respuesta parece satisfacer a Ellen. Eso sonará bien en un catálogo o en una entrevista en algún buen periódico. Sin embargo, Joachim tiene la sensación de que no va bien encaminado. No sabe qué aspecto puede tener un asesino. Y no entiende por qué está tan seguro, pero Tøger Saxild no es el asesino de Louise. Joachim intenta mantener la concentración durante la

charla, pero sus pensamientos vuelan de un lado a otro todo el rato. Si no es Tøger, ha dado otra vez en hueso, una vez más se ha quedado sin ninguna huella que seguir. Piensa en el ADN, en el cabello de Helene encontrado en la fábrica. Y en que apareció en Bornholm con las cosas y los papeles de Louise. Una cartera, una mochila. ¿Es suficiente? ¿Con eso tiene Sperling suficiente para encerrarla? Ellen lo coge de la mano y se lo lleva a rastras. Los miran con curiosidad.

Joachim recuerda otras circunstancias con desenlaces mucho más dramáticos. Ellen llorando, Ellen peleándose con él. Pero, por algún motivo, ese desenlace no encaja ni lo más mínimo en ese círculo. Se pueden hacer cosas terribles, como mear en el suelo, cagar en las alfombras, follarse a la parienta de un invitado, cortar los cables eléctricos con unas tijeras de podar. Todo eso lo que indica es que tienes suficiente valor para superar lo pequeñoburgués. Es muchísimo peor tener mal gusto.

–Antes de irnos, te voy a enseñar una cosa –dice ella con entusiasmo.

Vuelven al vestíbulo y desde allí caminan hacia el despacho de Ellen, pero pasan por delante de la puerta y continúan hacia una escalera.

–Tengo que coger el chaquetón –dice Joachim cuando pasan delante de la puerta.

–Volveremos por aquí mismo –dice Ellen sin aflojar la marcha.

Suben por la escalera. Ellen le explica afanosa la situación mientras caminan, sin soltarle la mano.

–Es algo que estuvo en la última exposición, algo muy especial que tiene que volver a Bruselas mañana mismo, así que esta es la última oportunidad. No puedo ni pensar en dejar de verlo, y si pudiera iría yo también con ello. O dentro de ello, como en la película de Kurosawa. –Ellen dice algo más, algo sobre un hombre que entra en un cuadro y se convierte en parte de él.

Casi corre escaleras arriba y Joachim la sigue con curiosidad, a su pesar. Aunque a Ellen le encanta el arte, jamás la ha oído hablar con tanta emoción de un cuadro en particular. Llegan a la mansarda, y Ellen abre la puerta. Están ante la entrada de un almacén donde penetra la luz de la escalera. Un aire cálido y polvoriento se derrama sobre ellos; todo está lleno de cuadros colocados en grandes bastidores metálicos con estantes, en varios pisos, desde el suelo hasta el techo. Entre los bastidores hay largos pasillos, y cuadros en todos los estantes. La mayoría, metidos en estrechas cajas de contrachapado. Joachim encuentra el interruptor y las lámparas del techo se van encendiendo

por etapas, descubriendo la alargada estancia. Pero Ellen apaga las luces antes de que lleguen hasta el final. Se coloca delante de él, se pone de puntillas y le pone las manos sobre el pecho. Sus ojos brillan llenos de ansia en el espacio medio a oscuras.

–Joachim –dice.

Esa voz ronca. Es como un empujón. El sonido de su voz resulta tan físico como sus manos sobre el cuerpo de Joachim, que no mueve un músculo mientras las manos de Ellen se deslizan lentamente hacia abajo, le cogen el cinturón y lo sueltan. Joachim cierra los ojos. Le zumban los oídos, se reclina contra la pared, inseguro sobre las piernas. Como mecido por el balanceo de un barco. Rindiéndose a todo. De pronto vuelve a ver el gancho de la cámara de torturas. Como un relámpago que le atraviesa la cabeza. Como la luz que se encendió y por un breve instante iluminó algo. Vio algo. Justo antes de que se apagaran las luces. ¿Ha visto el gancho de la habitación de torturas?

Joachim se yergue bruscamente, aparta las manos de Ellen y vuelve a apretar el interruptor de la luz.

–¿Qué pasa? –dice ella, dolida.

La voz suena rota. Un rechazo. Un rechazo más. Joachim nota una opresión en el pecho, ¿qué le está haciendo a Ellen? ¿Cómo han podido acabar en esta situación? Se encienden las lámparas, una tras otra. Joachim da vueltas como loco. ¿Es imaginación suya, o ha visto el gancho? Y entonces lo ve. Un cuadro grande, más grande que él. Y está colocado en un caballete, apoyado sobre una de las secciones de estantes. Un rostro extrañamente deformado en un espacio extrañamente deformado. Hay algo que está mal en la perspectiva y las proporciones. Pero hay un rostro, hay una mujer. Y hay un gancho. Y la pared, el espejo de la pared, la figura que se puede suponer en el espejo..., todo recuerda a los tiempos de la peste de Venecia. Pero Joachim ha visto exactamente ese espejo cóncavo que deforma la realidad. Y ha visto el disfraz, la pared, la mesa. Joachim está absolutamente seguro.

–¿Qué es esto? –pregunta, señalando con mano temblorosa.

Ellen se vuelve hacia el cuadro.

–Son unos cuantos cuadros que se van a enviar a una exposición en Suecia – responde.

–Pero ¿quién lo ha pintado? Ese de ahí, el primero –dice Joachim, incapaz de disimular su excitación.

Ellen sacude la cabeza.

–Si piensas que eso tiene algo que ver con el crimen, te equivocas –dice, cruzando los brazos–. Es un cuadro de Pierre Kollisander. Puedes estar seguro de que no es él. Es uno de los más grandes del país.

Pasaron horas hasta que se atrevió a salir a rastras del agujero, cuando creyó que ya podía estar segura de que el hombre se había marchado. ¿Quién es su perseguidor? Solo encontrará la respuesta si sigue buscando. Tiene que enterarse de quién era el padre de Marius Flint. Tiene que enterarse de por qué llegó a ser tan importante para Aksel. ¿Por qué se le sigue pagando tanto dinero, incluso ahora, muchos años después? Eso tiene que significar algo.

Helene aprieta el paso, se dirige hacia las farolas, negras como el carbón, que se encienden en la noche a lo largo de la orilla del lago. Respira con más tranquilidad. Tiene un plan, y además le ha dejado un mensaje a Joachim en el contestador, diciéndole que no podrá localizarla por el momento y que ella volverá a llamarlo en cuanto pueda, que no se intranquilece. Eso fue lo que hizo justo antes de tirar el teléfono al río, por miedo a que «ellos» pudieran localizarla. «Ellos» no triunfarán. Ella encontrará la verdad. Pero antes tiene que hacer otra cosa. Tiene que evitar que la reconozcan.

Helene está en el pequeño supermercado del camping con una cesta de compra en la mano, se ha quitado de la ropa toda la arena que ha podido. Pero su ropa sigue arrugada, sucia, aunque el aspecto no es mucho peor que el de los demás campistas que ve a su alrededor. Sea Camp, montones de pequeñas caravanas a la orilla del lago, un sitio estupendo donde ocultarse mientras cambia su aspecto. La oscuridad también puede ayudarla, aunque es una de esas noches del verano danés en las que la luz no es derrotada nunca por completo. Mañana se dirigirá a la ciudad e irá al archivo. En el lugar reina un tenue humor vacacional, está lleno de hombres en chanclas y de mujeres de brazos rechonchos y enrojecidos. Los escasos clientes han ido, casi en su totalidad, a comprar vino y cerveza. Helene observa la oferta de tintes de pelo. Pasa largo rato con un llameante tinte rojo en la mano, pero acaba optando por meter en la cesta un marrón intermedio neutro, junto con unas

tijeras, un pan sueco y unas manzanas. La expresión mohína de la joven cajera le recuerda a Bjørk, la indolente camarera que Helene había contratado en el café.

–¿Algo más? –dice la chica, medio enfadada.

–No, eso es todo –dice Helene, mete la tarjeta en la máquina y teclea el código. Rechazado. El sonido que acompaña al rechazo hace que el hombre que tiene detrás de ella en la cola la mire con mucha curiosidad.

–Voy a intentarlo otra vez, a lo mejor me he equivocado al teclear –dice Helene, afable.

La chica aparta la vista de la pantalla que tiene delante y mira a Helene. Bizquea un poco, y de pronto parece más despierta.

–Código 43. Significa que la tarjeta es robada –dice mirando a Helene.

–Tiene que tratarse de un error –dice Helene–. Mi marido vendrá enseguida. Pagaremos entonces.

Helene se pone al final de la cola. La cajera vacila un instante y Helene ve la duda en sus ojos: si la tarjeta es robada, ¿qué tiene que hacer? Se dedica a atender a los siguientes clientes. Entra más gente. Helene tiene palpitaciones, está al fondo del estúpido quiosco que ofrece productos de verano para campistas, esperando, sonrío a la chica cuando esta levanta la mirada. Tiene que salir de allí. Y con las cosas. Helene se mueve muy despacio hacia la salida. En un momento en que la chica se vuelve de espaldas para coger una botella de vodka barato, Helene se arriesga. Afuera. Ha rebasado el pequeño expositor giratorio de horribles colores cuando oye a la chica gritar:

–¡Paradla!

Una vez más echa a correr, mirando hacia atrás por encima del hombro. Una vez más hay un hombre detrás de ella. Pero ahora es una versión obesa con chanclas que no hace más que un intento poco entusiasta por alcanzarla. Helene corre, alejándose de la recepción y metiéndose entre las caravanas. En cuanto pierde de vista a su perseguidor, deja de correr y camina despacio, a la velocidad de los demás campistas. Por dentro está dominada por un pánico atroz. ¿Qué va a hacer ahora? Sigue los indicadores hacia los baños. Se fuerza a sí misma a caminar con paso lento. Los baños están demasiado cerca de la tienda, pero no tiene más remedio que intentarlo. La pueden reconocer por el pelo y la ropa. Pasa por delante de una caravana con una cuerda de tender delante. Los ocupantes no están, quizá hayan ido a la ciudad o hayan bajado a nadar un poco. A toda prisa, Helene extiende un brazo, coge de la cuerda unos

pantalones cortos color arena y una camiseta blanca y sigue su camino hacia los baños. Delante de estos hay tres hombres discutiendo apasionadamente y señalando con el dedo en la dirección en la que desapareció Helene, que no es donde ella está ahora. Ha trazado una curva, y a los hombres no se les ocurre mirar hacia allá. Helene se cuela por la puerta mientras sale otra persona. Baja la vista, nadie la mira a ella. Joder. Hay que pagar por ducharse. Cinco coronas por cinco minutos, y no tiene ni un céntimo. Se oyen voces fuera. Se encierra en un estrecho retrete. El pelo. Eso es lo primero. Sujeta la bolsa del supermercado en el tirador de la puerta, saca las tijeras con decisión y corta con movimientos rápidos. Los mechones caen al suelo, alrededor de sus pies, y forman un gran montón rubio. Corta en redondo, incluso debajo de las orejas. A lo paje. Neutro. Luego se pone de rodillas delante del inodoro, que apesta a pis, y hace correr el agua. Mete entonces las dos manos en el inodoro y se moja el pelo, saca el tinte, que se aplica con movimientos rápidos. Mientras este actúa, recoge el pelo cortado y lo tira. Oye las voces de dos mujeres que dicen que han llamado a la Policía, que ya está en camino. Helene se quita la ropa sucia mientras se enjuaga el tinte. Se pasa los dedos por el cabello húmedo y lo agita un poco, sale y se lava bien las manos en el lavabo. Se mira en el espejo. ¿Quién es? Una mujer cualquiera en los baños de un camping. Una mujer en fuga. Una ladrona con agua de váter en el pelo, con pis por todas partes. Sola. Echa de menos a Joachim. Tiene que localizarlo. En Silkeborg buscará un teléfono para llamarlo y decirle que necesita su ayuda. Esto es más de lo que puede solucionar ella sola, es peor de lo que pensaba.

**H**elene se oculta en el bosque, pero sin alejarse de la zona de acampada. Varias horas después se atreve a regresar, prudentemente. Es de noche, todos duermen. Deben de haber abandonado la búsqueda de la ladrona del quiosco, pues el coche de policía ya no está. En la hierba, delante de una caravana, encuentra un colchón inflable abandonado que a toda prisa se pone bajo el brazo. Al volver pesca una toalla de una hamaca vacía. Sus movimientos parecen tan rutinarios que hasta ella misma se sorprende. Es como si se hubiera pasado la vida robando y escondiéndose. Regresa despacio, busca un claro en el bosque y se tumba. La noche es larga y llena de sueños. Helene duerme a trompicones, despertándose una vez tras otra con un respingo.

En las primeras horas pálidas del alba llegan los mosquitos y no tiene más remedio que levantarse. Camina en círculos dando manotazos al aire mientras repasa la situación. Sabe que se transfiere dinero de Söderberg Shipping a Julsø Kro. Marius Flint afirma que existe un contrato firmado, pero, si eso es cierto, en cualquier caso no existe oficialmente. Ni siquiera está en la oficina central, donde la Helene de antes, la que se marchó y lo olvidó todo, había intentado encontrarlo sin éxito. La nueva Helene, la que vuelve a esconderse, cree que existe una relación entre el asesinato de Hirsch y los pagos. Cree que el acuerdo estipula un silencio sobre algo que puede mandar a Söderberg Shipping a la tumba. ¿Qué fue lo que dijo? Algo por el estilo..., pero tiene que enterarse de más cosas, y tiene que empezar en otro sitio, ir más atrás. ¿Quién era el padre de Marius Flint? ¿Puede existir otra explicación para esos pagos, una relación de otro tipo? El sol asciende en el cielo, sus rayos templan el aire húmedo del bosque. Helene se sienta en la posición del loto sobre el colchón neumático, que ya está casi desinflado. Todavía es demasiado pronto, pero sabe que tiene que empezar la búsqueda. Esperará un poco más y se pondrá camino de Silkeborg.



Pierre Kollisander. Joachim lleva oyendo ese nombre desde que empezó a escribir. La eterna fascinación de Ellen por ese hombre, por el genio Kollisander. Joachim entra en la galería Lundtoft, que está en la calle Bredgade, como todas las demás grandes galerías. Los dolores en la nuca le recuerdan constantemente que ayer bebió demasiado. El local está saturado de una luz cálida. Los cuadros de las paredes..., unos paisajes más bien flojos, en opinión de Joachim. No son Turner, precisamente. ¿O sí? Joachim se acerca. ¿Un bosque de abedules? En el otro hay un roble con muchas ramas... Bueno, ¿tal vez haya algo con los colores, algo especial? Ojalá Ellen estuviera con él. Pero después de lo que sucedió ayer, eso es imposible. Joachim sigue siendo incapaz de entender cómo pudo llegar tan lejos. Se emborrachó más de lo debido. Después Ellen hizo como si no hubiera pasado nada, pero él la conoce. Rechazar a Ellen es pecado mortal. Algo que jamás le perdonará.

–Avísame si tienes preguntas, estoy aquí para eso –dice el galerista. Joachim se vuelve, mira al galerista, un hombre bastante bajito, como un caniche, quizá no tan agresivo; sea como sea, ahora está sonriendo.

–¿Qué tienen de especial? –pregunta Joachim, señalando con una mano las obras de Kollisander.

Por un instante, el galerista parece sorprendido, casi perplejo.

–Esto... esto... ¿Tienes alguna idea del método de Kollisander? –pregunta él a su vez.

–Ninguna.

–Pues es que esto es su serie sobre la existencia. Cada una de estas obras es una metonimia.

Joachim intenta recordar qué coño es la metonimia. Debería saberlo, en algún momento lo supo, una vez se topó con esa palabra, en su lejana juventud, cuando leía mamotretos de teoría literaria. Pero se le ha olvidado por completo. Afortunadamente, el galerista sigue donde se interrumpió, explica que Kollisander pinta con materiales tomados de su motivo. De forma que el abedul está pintado con madera quemada de ese árbol, y el color se ha

extraído de las hojas. Sucede lo mismo con la dorada savia del árbol y el pigmento de las hojas otoñales. El mismo método lo usó con el roble y las rosas. El árbol ha pasado a insertarse en la obra, talado y medio quemado para obtener carbón vegetal con el que pintar. Así que el cuadro es la plasmación del objeto natural resucitado, la supresión de la censura entre motivo y materiales, entre forma y contenido.

—¿Le interesaría un libro que proporciona una introducción exhaustiva a las obras de Kollisander? —pregunta el galerista bajito.

Joachim suspira. *Libros*. A la mierda los libros, devuélveme a Helene, piensa mientras pregunta al galerista si podría ayudarle a contactar con Kollisander. Por el rostro del galerista se extiende al momento una mueca de rechazo.

—No está en el país —responde.

Joachim sonríe, con la esperanza de parecer que se las sabe todas.

—Seguramente vendrá por aquí mucha gente preguntando por lo mismo, pero lo digo en serio. Soy escritor —dice Joachim. ¿Por qué oírsele decir le resulta tan inadecuado? ¿Porque hace tiempo que no escribe?—. ¿Podría dejarle mi nombre para que le haga llegar un mensaje? Estoy escribiendo un libro con un artista como personaje principal y querría entrevistarle —dice Joachim, que siente el rubor subirle por las mejillas. Él mismo se da perfecta cuenta de lo huera que suenan sus palabras, y se apresura a añadir algo sobre la importancia de su investigación.

—Lo siento. Kollisander no está en el país. Además, es muy raro que conceda entrevistas.

El rostro del galerista no deja lugar a dudas acerca de su negativa. No hay nada que hacer. Joachim se rinde y sale, empieza a caminar hacia Kongens Nytorv. ¿Y ahora? ¿Cómo puede avanzar? Tiene poquísimo de lo que tirar. O nada, piensa Joachim. Una corazonada, una vaga sospecha, nada más. Se acerca al hotel d'Angleterre y piensa en Stella cuando estuvo en su habitación, en su rostro al hablarle del medio en el que se movía Louise, en el temor de su rostro. Esto va en serio. Hay un asesino rondando libre por ahí, un criminal que se dedica a despellejar mujeres como se despelleja un visón, un animal cualquiera. Helene es la única sospechosa para la Policía. Solo Joachim está buscando al auténtico asesino, aunque Joachim se lo explicó muy bien a Sperling esa misma mañana: le habló del gancho, del gancho de Kollisander. Se dio cuenta de lo mal que sonaba, un escritorzuelo de segunda acusando de

asesinato a un gran artista. Joachim saca el teléfono del bolsillo y llama otra vez a Helene. Tendría que dejar la línea libre y esperar a que lo llame ella. Se queda confuso, con el teléfono en la mano. Luego busca en Google la dirección de Kollisander, que, para su gran sorpresa, aparece en la pantalla. Cualquiera puede encontrar a Kollisander. Amaliegade, no puede vivir en una calle más mundana. Y queda bastante cerca de la galería, está cerca de todo. Pero el galerista dijo que Kollisander estaba de viaje. Joachim decide comprobar si es cierto.

Solo cuando se encuentra ya delante del portal se da cuenta Joachim de que carece de cualquier plan. Pero ¿qué se ha creído? No puede presentarse sin más y ponerse a interrogar a Kollisander. ¿Y si se aferra a la mentira que le soltó al galerista, hacerse pasar por uno que está escribiendo un libro? Bueno, no se le ocurre nada mejor. Y confía en que resulte más convincente que en la galería. PK, eso es lo único que pone en el portero automático. Joachim aprieta el botón. No sucede nada. A lo mejor es verdad que está de viaje. Vuelve a apretar el botón hasta el fondo y espera.

—¿Sí? —dice una voz áspera.

—Estoy buscando a Kollisander.

—¿Cómo?

—Pierre Kollisander —casi grita Joachim.

No hay respuesta, pero un instante después se oye un zumbido en la puerta. Joachim la abre y se encuentra ante una amplia escalera deslumbrante. Bellos pasamanos decorados, plantas bien cuidadas en las ventanas de los descansillos. Así viven los ricos, piensa, consciente de pronto de lo cutre que es su propia forma de vida. Se pasa la mano por el pelo, aunque sabe que no sirve de nada. La puerta del piso bajo está abierta, y en el quicio hay una mujer madura. Lleva las gafas en la punta de su nariz afilada, y tiene el pelo cano echado hacia atrás.

—Pierre está de viaje, yo puedo hacerme cargo de los paquetes —dice.

Joachim extiende las manos vacías.

—No, yo soy escritor. Estoy escribiendo un libro sobre Kollisander. ¿Sabe usted dónde se encuentra? —pregunta.

El rostro de la mujer se cierra, exactamente igual que el del galerista.

–Si no se trata de un paquete, tengo que pedirle que se marche –ordena, autoritaria.

Joachim sopesa rápidamente sus posibilidades. El piso de Kollisander está solo una planta más arriba. Ya está en la entrada. ¿Y si sube y entra? ¿No se llama eso allanamiento de morada? ¿De verdad es eso lo que está pensando? La mujer levanta las cejas.

–¿Algo más? –pregunta con frialdad.

La mujer no tiene la menor intención de volver a entrar en su vivienda hasta que él no haya salido por completo, eso está claro. Además, lo ha visto, y si más tarde se denunciara un allanamiento podría proporcionar mucha información. ¿Y si lo ha reconocido? Joachim sacude la cabeza y da media vuelta, irritado por la estupidez de su propia conducta. Está jugando a los detectives, y piensa en la inutilidad de entrar por las malas en la casa. ¿Qué fue lo que le dijo Sperling? Que en esa época del hazlo tú mismo se pueden hacer muchísimas cosas, pero que las investigaciones son cosa de la Policía.

Lo que imaginaba que haría la mujer resulta ser cierto: permanece apoyada en el pasamanos de la escalera, sin perderlo de vista, hasta que él sale del edificio.

Ellen. Joachim lo sabe perfectamente, y lo sabe desde el principio. Ellen conoce todo de todos en el mundo del arte. Ella podrá hablarle de Kollisander. Ella podrá ayudarlo a avanzar. Si es que quiere volver a hablar con él.

Algo en el rostro de Ellen le dice que intuía que iría a verla. ¿A lo mejor estaba esperándolo? Está preciosa, apoyada en el quicio de la puerta. Su liso cabello castaño está peinado en un moño suelto, sobre la nuca; los pies desnudos, un vestido gris hasta las rodillas. Joachim está seguro de que debajo del vestido no lleva nada.

–Buenos días –dice Ellen.

–Hola y..., ah, perdona lo de ayer, o... –balbucea Joachim.

Extiende la mano, lleno de confusión, nota otra vez la resaca, que ahora adopta la forma de náuseas y un reflujo agrio en la garganta. Ellen sacude la cabeza, eleva los ojos al cielo, como molesta; luego levanta los brazos y le da un abrazo.

–Relájate, Joachim, no tengo esperanzas –dice—. Al menos, ya no –añade al

tiempo que le guiña un ojo con alegría. Se da media vuelta y entra en el apartamento, y él la sigue, pegado a ella.

Es extraño entrar en su antiguo apartamento. Lo primero que piensa es que todo está igual. Joachim no encuentra nada nuevo en la decoración minimalista, los muebles son los mismos de entonces y están colocados en el mismo sitio. Ellen tiene buen gusto, no cabe duda. Un gusto caro, danés hasta la médula. Pero ¿Joachim se sintió en casa alguna vez en este sitio? Ellen se sienta con gracia en un extremo del sofá, recoge las piernas debajo del cuerpo y parece totalmente relajada. Joachim se sienta en el borde y pone las manos sobre las rodillas. La ventana que da al gran patio común está entreabierta y deja pasar el sonido de unos niños jugando, los niños que Ellen y Joachim nunca pudieron tener.

–¿Y qué hay, cara de palo? –pregunta Ellen–. ¿Ahora qué pasa?

–Intenté ponerme en contacto con Kollisander, pero está de viaje –responde Joachim.

–Sí, bueno, tiene su casa de artista en Sicilia –dice Ellen, moviendo un poco la cabeza. ¿Está molesta, pensaba que había ido a su casa por alguna otra cosa? Prosigue–: Es una locura, Joachim. Cuando he tenido ocasión de trabajar con él, siempre se ha comportado de forma muy cálida y animada. Es un hombre muy inteligente y muy culto. De verdad, un gran artista y una espléndida persona. –Joachim se da cuenta de que lo ha dicho adrede. Dos cosas que Joachim no es: ni un gran artista ni una espléndida persona.

Ellen parece caer dentro de sí misma, absorbe un poco de aire entre los labios y pasa la yema del dedo índice por el cuero rojo del sofá. Un movimiento mínimo, un gesto apenas, y sin embargo Joachim se sobresalta. ¿Ellen tuvo algún lío con Kollisander? La idea de Ellen con otro hombre. Es curioso. Pero claro que sí, claro que sí, ha tenido otros hombres después de él. ¿Y por qué no Kollisander?

–¿Hasta qué punto lo conoces? –pregunta con mucha prudencia.

Ellen junta las manos, se teme adónde quiere llegar Joachim.

–No es eso –dice Ellen, a la defensiva–. Solo hemos trabajado juntos.

El sonido de una pelota golpeando con fuerza sobre la pared, una madre que llama a su hijo.

–Ellen –dice Joachim, volviéndose hacia ella. Se lo cuenta todo. Le habla del espejo, el espejo de inspiración veneciana, le habla del hierro, de los ganchos, de los detalles. Y de la sangre que se le quedó debajo de las uñas,

una sangre que no era sangre sino el ácido de unos insectos que crean el color rojo carmín. Ellen escucha. Ayer ya oyó casi todo eso, pero ahora, mientras habla, Joachim se levanta, da vueltas por el salón de suelo de tarima que tantas veces ha pisado. Joachim se da cuenta de que está hablando de sus conjeturas como si estuviera describiendo una de sus historias.

Ellen lo interrumpe:

–Es un genio –dice con tranquilidad–. Hace mucho que es uno de los más grandes, desde que era muy joven. Y eso puede ser lo más notable en él. Formaba parte de la categoría de jóvenes prometedores que tú conoces tan bien –concluye, contrayendo el rostro. Joachim suspira y baja los ojos–. Pero, al contrario que tantos otros, llegó a ser más grande. En sus trabajos hay una profundidad que no se encuentra en la mayor parte del arte contemporáneo. La gente se queda clavada delante de sus cuadros.

–¿Porque son... metonimias?

–Alguien te ha dado clases –dice Ellen con una sonrisa–. Sí, porque sus obras se funden con el motivo. Ya cuando estaba estudiando en la academia de arte... –Se detiene. Por un instante, parece como acobardada.

–¿Qué?

–Nada.

–Sí, ibas a decir algo. Cuando estaba estudiando en la academia de arte. ¿Qué más?

–Todos se daban cuenta de su talento –dice Ellen. Despacio. Demasiado despacio.

–No es eso lo que ibas a decir.

Ellen sonríe:

–Iba a decir que eclipsaba a todos los demás. –Sonríe, Joachim sabe que miente, pero también que no servirá de nada seguir presionándola–. Hay una obra realmente mítica, de la que ha hablado en varias entrevistas. Afirma que pretende sobrepasar los límites existentes hasta ahora para la creación artística. Naturalmente, todos están muertos de curiosidad, pero la condición es clarísima: solo a la muerte de Kollisander se hará público ese trabajo – termina Ellen.

Joachim se sienta. Es evidente la admiración de Ellen por Kollisander. Al parecer no han tenido una relación, pero no cabe duda de que a Ellen le encantaría tenerla.

Joachim piensa en Louise. En el cadáver tirado como vulgar basura, en el

gancho del cuadro, en el rostro de la mujer, extrañamente contorsionado. No solo hay dolor, no solo hay pánico, hay algo más. Límites. Excesos. Si pudiera acercarse un poco a Kollisander... Es obvio que Ellen sabe dónde está. ¿Podría organizar una reunión? Si quiere, claro. Se siente atraída por Kollisander, y Joachim puede aprovecharse de ello.

–Ellen, Sperling cree que estoy chiflado.

–Y yo creo que tiene razón.

–Se aferran al ADN de Helene encontrado en el cuerpo de Louise. Tengo que ver a Kollisander. ¿Sabes dónde está?

Ellen vacila.

–Ya te lo he dicho, seguramente en su casa de artista de Sicilia, en Siracusa.

–Pero tú lo conoces –dice Joachim. Se inclina hacia delante y pone una mano sobre la rodilla de Ellen mientras continúa, impaciente–: Yo podría viajar hasta allí solo, pero también podrías acompañarme tú. Quizá mi sospecha no es más que un paso en falso, pero no quiero dañarte si me reúno con él, quién sabe cuáles pueden ser las consecuencias...

–Joachim, eso es ir demasiado lejos –lo interrumpe Ellen.

–Puedes decirle simplemente que has ido allí a estudiar arte etrusco, ¿no? Y que yo soy tu acompañante. Y al estar allí, yo podré encargarme del resto. Prometo mantenerte al margen de mi... de mi investigación.

–Los fenicios. Te refieres al arte fenicio –dice Ellen cogiéndole la mano y apartándosela de la rodilla–. ¿Quieres decir que... me quede en el aeropuerto? ¿Otra vez? ¿Esperando?

Joachim siente que la sangre le abandona la cabeza. Le tiene miedo. Siempre se lo ha tenido.

–Perdona, Ellen, lo que hice fue una atrocidad, una absoluta falta de tacto –dice Joachim.

Una sonrisa triunfante se extiende por el rostro de Ellen.

–Al ver que no aparecías en el aeropuerto, pensé que habías sufrido un accidente. Llamé a la Policía, pero no me podían informar de nada hasta pasadas cuarenta y ocho horas. Llamé a todos los hospitales. Y de pronto me di cuenta. –Ellen chasquea los dedos–. Me di cuenta de lo estúpida que estaba siendo. En el aeropuerto, gritando por el teléfono. –Ellen sonrío y sacude la cabeza–. Así que apagué el teléfono y me fui de vacaciones. Yo sola. Y me encontré a mí misma.

Levanta las cejas y pone morritos, parece un gato feliz y contento que acaba

de comerse un ratón bien gordo. Joachim la mira, esperando la tormenta.

–No puedo explicar por qué, de pronto, conseguí relajarme. Simple y llanamente, liberarme de todo lo malo. De ti. De nuestra horrible relación. Y todas las mañanas me despierto con un profundo agradecimiento por lo que sucedió. –Le aprieta un poco el brazo. En algún sitio, un niño se cae y llora. Joachim sigue mirando a Ellen, esperando el desenlace–. Estaré encantada de acompañarte a Siracusa –dice a la vez que asiente con la cabeza–. No creo que Kollisander haya hecho esas cosas que dices..., es ridículo, pero estaré encantada de ayudarte a seguir las huellas hasta el final. No puedo explicar por qué, y seguramente tengo toda clase de motivos, más o menos ocultos. Estás advertido.

Ellen sonríe.



Es una detective pésima. Empieza por el museo de la ciudad y recorre el viejo edificio junto a los turistas más madrugadores, pensionistas que hacen lo que pueden para llenar de contenido las inacabables horas del día. Helene pasa un buen rato delante del Hombre de Tollund, encontrado en una ciénaga. Ya lo ha visto antes, lo recuerda y lo reconoce. Se extraña de su memoria, de su amnesia retrógrada. Ha olvidado todo lo relativo a sí misma, ha olvidado las vivencias propias, pero puede recordar perfectamente otras cosas: sucesos históricos, Waterloo, la Segunda Guerra Mundial, el Hombre de Tollund. Observa el rostro de más de dos mil años de antigüedad, que sin embargo parece tan vivo que Helene no se extrañaría si ahora abriese los ojos y le hablara. Esa sonrisa, la calma que irradia. Igual que los demás visitantes del museo, no consigue apartarse de él. Lo mataron ahorcándolo, en la Edad de Hierro. ¿Cómo se puede acabar con una expresión tan pacífica tras una muerte tan brutal? ¿Tal vez acabará ella también así, y cuando muera encontrará por fin la paz? ¿Qué se verá en su rostro, alivio o sufrimiento? Al Hombre de Tollund lo ahorcaron y lo arrojaron a una de las numerosas pozas de la comarca. Parece que es lo habitual por aquí desde hace miles de años. El padre de Helene se limitó a seguir la tradición: si alguien no te cae bien, lo matas y lo echas al lago.

Por fin se aparta del cuerpo y pregunta a uno de los empleados dónde está la historia contemporánea, dónde puede encontrar periódicos y cosas así de tiempos de la guerra. Se ha equivocado. Tiene que ir a la biblioteca.

El archivo de la ciudad está escondido en el último rincón de la biblioteca. El lugar rezuma una atmósfera aburrida, silenciosa. Estanterías con archivadores y libros desde el suelo hasta el techo, armarios de archivo, mesas de lectura, ordenadores y un hombre de pelo canoso inclinado sobre la página amarillenta de un periódico. Es el sitio perfecto para Joachim, piensa Helene. Investigar en un sitio como ese, eso le inspira. Se siente culpable. Todos los problemas de Joachim con la escritura empezaron cuando se fueron

a vivir juntos. Fue imposible no darse cuenta. Quizá hay en ella algo perverso, quizá sea ella quien envenena el amor.

Un joven empleado que está sentado ante su escritorio levanta la vista al entrar Helene. Tiene unas rechonchas mejillas infantiles, pero ya le clarea el pelo en la coronilla.

–¿Puedo ayudarla? –pregunta.

–Querría obtener información sobre los anteriores propietarios de Julsø Kro –dice Helene, nerviosa.

–¿Conoce nuestro sistema de búsqueda?

Helene sacude la cabeza con preocupación. Temía este momento. No sabe qué hacer si el hombre le pide la documentación. Lo único que tiene es su inútil tarjeta de crédito, y además no le interesa para nada desvelar su nombre. Pero él le indica un ordenador libre y, por suerte, no le pregunta el nombre, sino que se limita a explicarle el sistema de búsqueda.

–Muchas cosas están accesibles *online*, pero puede haber otras que se encuentren solo en el archivo en papel. Así que puede empezar con una búsqueda simple de Julsø Kro y el nombre del propietario, y luego me dice si necesita ayuda –le propone.

Las profundas arrugas de expresión le hacen parecer aún más joven. Amable, dispuesto a ayudar. Sin embargo, Helene lo sigue disimuladamente con la mirada mientras vuelve a su mesa, por si acaso da muestras de haberla reconocido. Teclea «Julsø Kro» en el campo de búsqueda. Al instante aparece una gran cantidad de información, pues el mesón tiene más de ciento cincuenta años de antigüedad. Helene mira fotos, hojea documentos, lee sobre la época en que el mesón era una fonda de carretera con autorización del rey. Nada que parezca relevante. Tarda un poco en descubrir cómo buscar en el período adecuado para encontrar el nombre del anterior propietario, el padre de Marius Flint, pero al fin lo consigue. Reinholdt Flint. Cuando teclea su nombre en el campo de búsqueda aparecen documentos de un carácter muy distinto: recortes de periódico escaneados. Al parecer, Reinholdt fue un colaboracionista que simpatizó con los nazis. Encuentra un enlace que la lleva a un artículo más extenso que lee rápidamente. Durante la guerra, los alemanes siempre eran bienvenidos en el mesón, y al parecer todo el mundo sabía que colaboraba con las fuerzas de ocupación. Pero también pensaban que, al mismo tiempo, estaba implicado en el movimiento de la resistencia. Helene se extraña. ¿Cómo pueden ser verdad ambas cosas a la vez? Mira por encima

otro artículo en el que también se menciona a Reinholdt. Trata de los motivos de los delatores, que al parecer eran bastante sucios. Para algunos, lo principal era la emoción misma de hacerlo. Otros lo hacían por motivos económicos. Y otros eran nazis convencidos que simplemente deseaban ayudar a la potencia ocupante. A Reinholdt lo mencionan en el artículo como colaboracionista con motivos inexplicados. Algunos afirmaban que su colaboración con los nazis era solo una tapadera para poder ayudar a la resistencia. Otros pensaban que tenía deudas de juego, aunque nunca se pudo demostrar. Helene intenta abrir más documentos y presiona *enter* con impaciencia hasta que se da cuenta de que deben de estar en el archivo físico. Vacilante, mira al empleado. Preferiría no tener que hablar con él. Pero él levanta la vista y sus ojos se encuentran. ¿Estará vigilándola?

–¿Necesita ayuda?

–Sí –admite Helene.

El joven se acerca rápido al ordenador y mira la pantalla.

–Tiene que poner el cursor en esta caja, y entonces mandan un mensaje a mi sistema para que pueda encontrar los documentos en el archivo del piso de abajo –dice; y continúa–: Pero antes tiene que entrar usted con su clave de acceso. ¿Tiene ya cuenta de usuaria?

Helene se pone nerviosa al instante, porque ahora le pedirá el nombre, e incluso un documento de identidad. ¿Se enterarán Edmund y Caroline de que está allí?

–No –responde con un hilo de voz.

–Bueno, no hay problema, llevará solo un momento. Rellene esto, su nombre, dirección de correo, número de identidad; luego elija una contraseña –le dice al tiempo que cliquea en un botón.

Helene tiene la mirada fija en los campos. ¿Qué sucederá cuando teclee su número de identidad? ¿Aparecerá en algún sitio? Tiene que arriesgarse. Escribe el nombre y el número, que siguen resultándole extrañamente ajenos. Ahora solo necesita una contraseña. Vacila un poco y escribe: Joachim. Es curioso, simplemente por escribir su nombre se siente ya un poco más tranquila. De verdad, tiene que buscar enseguida un teléfono para llamarlo y explicarle lo que está pasando.

–Bueno, ha sido rapidísimo –dice el empleado, animándola–. Y parece que lo tenemos todo aquí.

Helene marca los documentos que parecen relevantes. Hay trámites de

construcción del mesón, documentos de la Prisión Estatal de Møgelkær, y también algo relativo a una causa judicial justo después de la guerra, que es lo que más despierta su curiosidad.

–¿Vamos a por ese material?

Helene lo mira con sorpresa. ¿Realmente quiere que lo acompañe? Lo sigue escaleras abajo mientras él le cuenta que, en realidad, el archivo local es un antiguo búnker, un refugio antiaéreo de tiempos de la Guerra Fría. Abre una pesada puerta corredera cortafuegos y se encuentran en un espacio claustrofóbico de techo bajo con paredes de cemento, cubiertas de estantes desde el suelo hasta el techo. Todo lo que ha sucedido, todo lo que se ha dicho y hecho en la historia de Silkeborg está archivado aquí. Todos los periódicos, panfletos y escritos públicos que han salido de la ciudad en algún momento se encuentran en estos locales. El empleado es rápido, enseguida le indica una mesita.

–La mayor parte de lo que quiere ver tendría que estar aquí –dice, y le explica cómo buscar en el ordenador si necesita alguna otra cosa. Helene tiene la impresión de ser algo así como la primera cliente que entra en una tienda desde hace mucho tiempo, y que el joven se alegra de ser útil–. Llámeme cuando termine. Hay algunos documentos un poco más difíciles, los de la cárcel, pero los encontraré.

–Gracias.

Helene coge el montón de papeles. El primero es un periódico local de 1929. En realidad no ve nada de importancia, pero la atraen las viejas fotografías, las personas de entonces. Eran los años de infancia de su padre. Artículos sobre asilos para niños pobres, incluso, reformatorios. Así creció Aksel. Y también William. En condiciones de pobreza y sin red de seguridad de ninguna clase. Es como si Helene casi pudiera ver los cimientos de la avaricia en las páginas del periódico. Todo lo que tuvo que soportar Caroline. La lucha por la supervivencia. Suspira y lo deja a un lado. Pasa rápidamente por los trámites de construcción. Autorizaciones de reforma de edificio protegido; modernizaciones, mejoras. Nada que parezca relevante. A continuación abre la carpeta que contiene documentos judiciales. En la primera página hay una foto en blanco y negro sujeta con un clip. Reinholdt Flint, un hombre de mediana edad, más bien malcarado, de frente y de perfil. Primero están los informes de los interrogatorios. Helene lo lee todo con detenimiento, pero Reinholdt no dice nada que pueda explicar la ambivalencia

de sus motivos en su relación con la potencia ocupante. No niega nada. No hace ningún intento por despertar simpatía. El hecho es que Reinholdt colaboró en la detención por parte de los nazis de al menos treinta resistentes y más de veinte judíos. Muchos de ellos fueron asesinados. Los rumores sobre un pequeño número de judíos a los que habría ayudado a huir y sobre las armas que tenía escondidas para los miembros de la resistencia no le sirvieron de mucho en el juicio después de la guerra. Reinholdt Flint fue condenado a muerte por asesinato y traición a la patria. A las 00.33 del 8 de octubre de 1946 fue ejecutado de un tiro en la nuca en Undallslund Plantage, a las afueras de Viborg. Helene vuelve a la pantalla del ordenador y busca los lugares de ejecución después de la guerra. Encuentra una página con descripciones de todos los delatores y colaboracionistas condenados a muerte en Dinamarca en los años posteriores a la guerra. Lee cómo se procedía en las ejecuciones en Jutlandia: al amparo de la oscuridad, ocultos en un gran bosque. En Copenhague construyeron una cabaña para las ejecuciones, que también allí se realizaban por la noche. Helene se detiene ante la fotografía de la pequeña cabaña. En la pared se ven las gruesas correas de cuero con hebillas que servían para sujetar brazos, piernas y cuello del condenado.

Durante el proceso, Reinholdt estuvo encarcelado en la Prisión Estatal de Møgelkær. Son los documentos de la prisión los que faltan, los que está buscando el joven empleado. Helene mira hacia la puerta del archivo, que sigue cerrada. El asesinato de William Hirsch. Judío. Socio de su padre. Amigo suyo. Helene es incapaz de imaginarse la vida en esa situación, en la guerra, donde dejan de estar en vigor las leyes y normas habituales. Por fin vuelve el empleado. Pero con las manos vacías. Abre los brazos como lamentándose.

–No consigo entenderlo. Esos documentos no están donde deberían estar – dice.

–¿Han desaparecido? –pregunta Helene.

–Tienen que estar en algún sitio. Nada puede desaparecer del archivo –dice el joven, que parece bastante disgustado.

Helene se incorpora. Hace mucho tiempo que ha traspasado el punto en el que pone signos de interrogación a sus propios instintos. Ya no se puede desechar nada como fruto de la paranoia. Existen esos documentos de la prisión, lo sabe perfectamente. Pero resulta que, al parecer, alguien los ha sacado de la circulación. Respira hondo. Y concluye para sí que esos

documentos tienen que ser importantes. ¿Por qué si no tomarse la molestia de deshacerse de ellos?

–Me gustaría seguir buscando... ¿Le parece bien que le envíe un correo electrónico cuando aparezcan?

Helene sacude la cabeza.

–Tampoco es tan importante –dice al tiempo que se pone de pie.

–¿Está segura? –Parece casi enfadado.

–Muchísimas gracias por tu ayuda.

Helene se vuelve de espaldas antes de que el joven pueda añadir nada más y sale deprisa del edificio rojo de ladrillo, hacia la vida de la calle.

**H**elene cambia de tren en la estación de Skanderborg. En el tren que había tomado en Silkeborg no había revisor, y confiaba en volver a tener suerte. Se sienta justo al lado del retrete. Está cansadísima, ojalá pudiera cerrar los ojos un momento, ojalá pudiera descansar un minuto. Abre los ojos apenas un segundo después de que un hombre tome asiento delante de ella. Helene mira la pantalla del tren, que muestra la hora en la parte inferior, en una esquina. Y justo antes de volver a cerrar los ojos: una foto de ella. Se levanta, un poco demasiado deprisa, y el hombre la mira sobresaltado.

–¿Tenía que bajarse en Skanderborg? –pregunta el hombre, pero Helene lo ignora, sale al pasillo y mira la pantalla. En ese momento aparece la predicción meteorológica, que anuncia lluvia. Luego vuelve a aparecer el anuncio: «Helene Söderberg, cualquier información debe dirigirse a...».

Helene se da la vuelta y ve al revisor. No puede meterse en el retrete justo ahora. Y si la para, como no lleva billete, querrá ver su identificación, de la que también carece. ¿Y entonces? Tendrá que darle el número de identidad, pero solo conoce el suyo propio. Helene va pensando mientras camina con rapidez por el pasillo. Han publicado anuncios buscándola. Será la Policía, inquieta por su desaparición, porque a fin de cuentas es sospechosa ¿de asesinato? Pero si la detienen ahora... nunca se descubrirá la verdad. En el penúltimo vagón hay un grupo de mujeres de su misma edad. Deben de llevar allí cierto tiempo, pues varias de ellas se han quitado los zapatos y comparten galletitas, crema de manos, revistas y mazapanes.

–¿Me dejáis un hueco? –pregunta Helene con una sonrisa.

–Sí, claro –dice una de las mujeres, que quita los pies del asiento de delante. Helene se sienta. Oye al revisor detrás de ella:

–¿Hay viajeros nuevos?

Helene cierra los ojos y se quita los zapatos como las demás. Son profesoras de enseñanza media y vuelven de un curso de lectura académica. Helene escucha su conversación mientras el revisor se acerca.

–¿Hay viajeros nuevos? –pregunta este. Las mujeres siguen hablando y él se va, pero Helene no se atreve a levantar la vista. Piensa en viajeros nuevos, como ella. Ahora entra en el reino de la mentira, del que no podrá salir hasta que la haya conseguido destapar.

Una escala estresante en Frankfurt, donde tuvieron que correr a toda prisa de una terminal a otra y llegaron justo a tiempo de tomar el siguiente vuelo. Viajar se ha vuelto demasiado fácil, piensa Joachim mientras vuelan por encima de los Apeninos y descienden hacia Sicilia. Cuando escapó de Ellen, tardó dos días en llegar a Christiansø. Ferry nocturno a Bornholm. En Gudhjem no consiguió tomar el último ferry para Christiansø por la tarde, solo pudo embarcar al día siguiente. Pero a Sicilia se puede llegar en pocas horas.

Aterrizan en Catania, el aeropuerto está en plena costa y es el más cercano a Siracusa. Ellen va directa a la oficina de alquiler de vehículos. Se ha hecho cargo de todo y Joachim se lo agradece, aunque no está seguro de cómo se lo toma Ellen. ¿Por qué lo está ayudando? Joachim la conoce muy bien. Hay algo más, con Ellen siempre hay algo más. Una nueva capa, un aspecto de Ellen que Joachim desconocía. Sacude la cabeza, renuncia a hacer cábalas sobre ella y enciende el móvil. No hay mensajes nuevos de Helene.

–¿Qué pasa por ahí? –pregunta Ellen al volver del mostrador de Avis.

Joachim duda si decirle o no algo de Helene, como que no consigue localizarla. Para compartir su preocupación.

–Todo perfecto –es lo que dice.

Ellen sonríe:

–¿Vamos?

–Sí.

Ellen se aproxima a él.

–Relájate, cara de palo –le susurra. Joachim ve las perlitas de su labio superior–. Ahora es nuestro turno, aunque nos habría debido tocar aquella vez. *Closure* –dice en inglés–. Es la hora de que algo salga bien.

Ha elegido un deportivo descapotable, un cabriolé negro Volkswagen. Abre y se sienta al volante, se inclina sobre el asiento del pasajero y le abre la puerta.

–Adentro –dice.

Joachim se extraña, porque en aquellos tiempos era él quien conducía



siempre. Ella rechazaba tajantemente la posibilidad de sacarse el carné. «Nunca tendré carné», decía. Pero la nueva Ellen ha cambiado de opinión. Joachim se acomoda en el asiento del pasajero, Ellen arranca el motor y da marcha atrás como si lo hiciera todos los días. Enseguida encuentra la autopista del sur. Circulan con un sol abrasador, deben de estar por lo menos a treinta grados, aunque falta poco para que se ponga el sol, y entonces habrá un ocaso rápido y abrupto y se verán rodeados por una oscuridad absoluta. Tienen una hora de viaje por delante antes de llegar a Siracusa. Joachim mira el polvoriento paisaje quemado que se arremolina alrededor del coche. Ellen mueve el dial de la radio en busca de música, deja que el viento le haga volar el pelo suelto y conduce con rapidez. Radio italiana, mucha conversación y música archisentimental de los años ochenta. *You're my heart, you're my soul...*

—¿Te has puesto en contacto con Kollisander? —grita Joachim a través del polvo.

—¿Qué? —grita Ellen a su vez.

—Kollisander —repite Joachim.

Ellen estira un brazo, apaga la radio y saca su móvil. Llama casi sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Hola? ¿Pierre? Hola, soy Ellen Lütken. Sé perfectamente que estás...

Es evidente que interrumpe algo, escucha un buen rato. Luego estalla en una risa burbujeante que Joachim ha oído solo raras veces en el pasado.

—Oye, mira, en realidad te llamo porque voy camino de Siracusa. Es ahí donde tienes la casa, ¿no? —pregunta con aparente inocencia.

Joachim se acerca un poco a Ellen, pero no puede oír nada de lo que dicen en el otro extremo. Ellen escucha un buen rato, siempre con un gesto de embeleso que irrita a Joachim. No tendría por qué ser así, pero lo irrita.

—... Sí, claro, suena fenomenal, de verdad —dice Ellen. Mira a Joachim un momento y añade—: Oye, por cierto, no estoy sola, he venido con un colega. Bueno, en realidad es mi exmarido, pero si estamos aquí los dos es por cuestiones de trabajo.

Una nueva pausa, y Ellen ríe a carcajadas.

—Vale, entonces nos vemos —dice, y deja el móvil sobre el regazo con un movimiento relajado—. Mañana cenamos con él —dice, satisfecha.

—¿Mañana? ¿Hay que esperar hasta mañana por la noche?

Ellen le da un golpecito en el muslo.

–Vaya, vaya, ¿tan incapaz eres de decir «muchas gracias, Ellen, por haberme abierto las puertas de un artista de fama mundial totalmente inaccesible»? –dice Ellen con ironía. Joachim tiene que reconocer que lleva toda la razón. Se recuesta en el asiento, y nota la intranquilidad en el cuerpo. Mañana por la noche. Ellen le pone la mano en el muslo, muy suavemente—. Y así podemos tener una velada para nosotros –añade.

Mientras Helene se dirige hacia la antigua casa señorial que alberga la prisión, se siente demasiado visible. La están buscando otra vez. Helene Söderberg, la mujer a la que siempre hay alguien buscando, a quien nunca dejan en paz. Así son las cosas. Mira a su alrededor. Los extensos prados que rodean Møgelkær, cuidados con tanto esmero como si fueran un campo de golf. Se detiene en el aparcamiento y busca el coche más caro entre los Skoda y los Citroën: todo es cuestión de dinero, y el director de la prisión debe desplazarse en el más caro de todos. Helene reconoce a su antiguo yo, el yo que siempre lo veía todo en términos de coronas y céntimos de corona. Se asusta al darse cuenta, no quiere ser así. A lo mejor Joachim tenía razón con todas las tonterías que dijo para ayudarla, como que es preciso encontrar el lugar donde poder crecer, procurar juntarse con las personas que saquen lo mejor de nosotros. Söderberg –la empresa, la familia– no saca lo mejor que hay en ella, sino todo lo contrario, saca lo peor. Se da cuenta de que todo es cuestión de dinero, de poder. Cuando su padre empezó con la empresa, antes de la guerra, lo hacía por sobrevivir. Era una época de mucha pobreza, sin redes de seguridad, y la gente se sumía en la desesperación. Después, cuando su fortuna ya estaba bien asegurada, se dedicó, igual que Caroline y Edmund, a impedir que se soltara. Helene piensa que ojalá supiera si, antes de morir, su padre se dio cuenta de que cualquiera puede llegar a ser tan pobre que no le queda otra cosa que el dinero.

Durante todo el rato que pasó en el tren de Horsens, escuchando a las profesoras hablar de lectura académica, Helene mantuvo los ojos cerrados, intentando descubrir la forma de acceder al archivo de la prisión. No podía entrar sin más y pedir permiso para buscar en el archivo. Jamás se lo permitirían: ¡nada menos que a una mujer en busca y captura! No, y tampoco serviría de nada una solicitud formal, y en el mejor de los casos llevaría demasiado tiempo. No tiene más remedio que encontrar otra forma de acceder. Helene observa los coches, pero no hay ninguno que destaque entre los demás, hasta que ve un espacio de aparcamiento con un cartel, el más próximo a la

entrada. Se trata del espacio reservado para el director de la prisión, y en él hay un polvoriento Ford Mondeo negro. Ahora solo queda esperar. Con las piernas cansadas de la larga caminata desde la estación, se sienta entre el coche del director y el Fiat plateado que hay a su lado. Un instante después pasa un hombre que, por suerte, no mira en su dirección. Helene no lleva reloj, pero debe de ser ya por la tarde. ¿Cuándo sale de trabajar un director de prisión? Se apoya en el coche. Espera, piensa en Joachim, en si seguirá queriéndola. Por delante pasa alguien de vez en cuando, entrando o saliendo de la cárcel, pero nadie mira en su dirección. Y es entonces cuando aparece él. Un hombre trajeado y con una cartera de cuero bajo el brazo. Mientras camina se quita la corbata con un movimiento cansino. Helene se pone en pie, y él se detiene bruscamente. Vigilante.

–Me llamo Helene Söderberg –dice con decisión, a la vez que extiende la mano en un movimiento en el que intenta depositar todo su innato carisma de clase alta. Ya ha podido comprobar antes el efecto de su nombre, y sigue esperando que funcione aunque esté disfrazada de persona vulgar. El hombre no se mueve ni le estrecha la mano.

–¿Söderberg? –pregunta, enarcando las cejas con escepticismo.

Helene le enseña la tarjeta de crédito, se comporta con indiferencia e intenta aparentar tranquilidad. Hace lo imposible por mantenerse bien erguida, por irradiar estatus y relax. La mirada del director de la prisión recorre a Helene con gesto interrogante. Ella se enfrenta a su mirada con los ojos bien abiertos, sin pestañear.

–A Helene Söderberg la están buscando. La familia dice que ha perdido la memoria otra vez –dice el director de la prisión.

–No me extraña lo más mínimo, precisamente es de ellos de quien estoy huyendo –dice Helene secamente, aunque por dentro está temblando. Así que esa es la historia que se han inventado.

–¿Y por qué he de creerla yo? –se limita a decir el director.

–Usted sabe que la familia Söderberg es poderosa. Hay mucho dinero en juego. Yo me he convertido en una amenaza para ellos porque estoy empeñada en descubrir la verdad de un crimen cometido hace muchos años. Mi padre cometió un asesinato. – Helene se detiene. Observa bien al hombre y espera. En los ojos del director asoma una chispa de algo, como de duda, de curiosidad. Ha conseguido captar su interés. Es un comienzo—. Vengo del archivo local de Silkeborg. Ha desaparecido un informe, el diario de las

visitas recibidas por un delator condenado a muerte inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, que estuvo encarcelado aquí. Creo que fue testigo del crimen de mi padre. No creo que la desaparición de ese informe se deba a la simple casualidad.

El director de la prisión entorna los ojos, haciendo así a Helene una demostración del procedimiento seguido cuando la profesión exige descubrir si alguien está mintiendo. Helene se esfuerza por conservar su apariencia de tranquilidad y dominio, y lo intenta contando más cosas. Le explica el caso, le habla de Hirsch, a quien asesinaron, intenta encontrar el detalle que pueda convencer a ese hombre. Joachim dice siempre que el relato vive mejor en el detalle. ¿Ese detalle puede ser Julsø Kro, Marius Flint? Le habla del contrato desaparecido, pero se da cuenta de que no está sirviendo de mucho. Le tiembla todo el cuerpo, no sabe qué decir, es evidente que su historia dista mucho de parecer verosímil. Da un paso atrás, siente náuseas. El agotamiento, la tensión, el estar constantemente dando cabezazos contra un muro. Fue una idiotez creer que conseguiría convencerlo. El director de la prisión abre la puerta del coche, pero no entra.

—En cierta ocasión, Helene Söderberg fue mi vecina de mesa —dice con lentitud—. Hace mucho, quizá diez años, en una recepción en el ayuntamiento.

Helene se lleva una buena sorpresa y vuelve a mirar fijamente al director, intentando descifrar su rostro. Grandes ojeras, un asomo de obstinación en sus ojos. Desesperada, escarba entre sus propios recuerdos, pero no consigue encontrarlo en la memoria. Con gesto de enfado sacude la cabeza.

—Desgraciadamente, mi memoria no está bien. Pero eso no significa que la historia no sea cierta —dice en voz baja.

—No era una compañera de mesa demasiado cómoda —dice el director con sequedad. La mira directamente a los ojos y continúa—: No es ningún secreto que yo no soy demasiado partidario de la familia real, ni de la nobleza, ni de imperios económicos como el de la familia Söderberg. Crecí en un hogar de izquierdas y sé perfectamente que mis intervenciones en debates molestan a ciertos círculos. Sin embargo, mi encuentro con Helene Söderberg fue mucho más desagradable de lo que esperaba. Si realmente es usted, ¿por qué iba a ayudarla?

—Perdone si le ofendí —dice Helene con humildad.

—Me puso en ridículo —responde el director.

Se produce una larga pausa, Helene es totalmente incapaz de recordar ni un

detalle del hombre que tiene delante. Es incapaz de decir absolutamente nada. Tiene que demostrarle que ella es nada menos que la mujer que tanto desprecia; una tarea imposible.

–Sé muy bien que es usted, la reconozco –dice el hombre en voz baja–. El pelo es distinto, pero los ojos...

Helene contiene la respiración, nota la tensión hormigueándole en la piel.

–Esa mujer..., la que conoció usted entonces, esa Helene, no sé quién es. No soy yo, ya no lo soy. De verdad, necesito ayuda, esos documentos desaparecidos del archivo... Alguien intenta ocultar el delito de mi padre – dice jadeante, cerrando los puños con fuerza.

–Todas las grandes fortunas se crearon sobre un delito, eso me enseñó mi padre cuando era niño. Y la vida me ha afirmado en el convencimiento de que tenía toda la razón. –Mira hacia la prisión.

–Gracias por creerme –dice Helene en voz baja.

Él asiente sin decir nada, da media vuelta y, sin abrir la boca, regresa hacia el edificio amarillento.

–No puedo enseñarle nada que esté protegido por la ley de procedimiento administrativo.

–Claro, claro –dice Helene, aunque sin saber lo que eso significa. Sigue al director, el guardia de la entrada saluda con la cabeza sin plantear preguntas. La puerta de la prisión se abre con un sonido clásico, un silbido breve y grave. Helene entra detrás de él. Solo cuando vuelve a cerrarse la puerta se da cuenta de que puede haber caído en una trampa.

**E**s una prisión antigua, con celdas a cada lado de un espacio central abierto desde el que los funcionarios de la prisión disponen de muy buena visibilidad. Los internos están en el corredor, algunos en grupitos, y miran al director y a Helene desde el otro lado de la valla de alambre. Alguno suelta un silbido, pero sobre todo, seguramente, porque la situación lo pide. Pero Helene no puede evitar mirar sus rostros, que ya ha visto antes en el archivo, en aquellos periódicos de los años veinte. Estos son hombres del pasado, los que no consiguieron seguir la estela para subir, quizá los mismos que su padre temía que acabaran así. Eso no es disculpa, se dice a sí misma. ¿O quizá sí? El director invita a Helene a pasar a su despacho. Limpio, casi comfortable. En la

pared, un cartel de cine: *Ladrón de bicicletas*, que a Helene no le dice nada. No se quita la idea de que es una trampa, de que la ha encerrado allí para retenerla. ¿Y si es ahí donde va a acabar todo? ¿Qué pensaría su padre? Él luchó con todas sus fuerzas para escapar de los lodos de la pobreza, estuvo dispuesto a matar para no acabar en el asilo de indigentes. Y ahora... su propia hija, es ella la que está aquí, en el lugar que él más podía temer.

–Mi secretaria ya se ha ido hoy, pero, esto... ¿un café?

–Sí, muchas gracias.

Está en medio del despacho, el sol de la tarde abrasa, y una mosca zumba perezosa en el alféizar de la ventana. Helene se deja caer en la mullida silla que hay delante del sillón de oficina de respaldo alto del director, que ha ido al archivo, situado al final del pasillo. Lo oye abrir y cerrar pesados archivadores. Con tal de que no se rinda, que no piense que no vale la pena el esfuerzo... La mirada de Helene cae sobre un montón de papeles que hay sobre la mesa. Distingue parte del texto. Trata de una puesta en libertad programada para mañana. Un tal Jens Brink, condenado de acuerdo con el párrafo 28 del código penal por delitos contra la propiedad. Helene sigue leyendo, no puede evitarlo, es como si se refiriese a ella, como si tratase de los que tienen y los que no tienen. Piensa en Louise Andersen, en todo lo que le contó Joachim, en todo lo que se dejaba hacer para ganarse el pan: se dejaba azotar, se dejó matar. Piensa en Edmund y Caroline, en el pobre Hirsch, al que asesinaron, todo pasa por la mente de Helene y acaba juntándose de alguna forma en lo que está leyendo sobre Jens Brink. Creció con padres de acogida. Primera condena a los quince años. Después muchísimas más. La última, por robo con allanamiento en el chalé de un futbolista. Jens Brink robó objetos artísticos y dos sillas diseñadas por Børge Mogensen, y fue detenido en la frontera de Alemania porque llevaba apagado un piloto trasero y cayó en un control rutinario. Tampoco él es persona de suerte. Helene espera que le vaya algo mejor cuando salga mañana.

–Vamos a ver estas cosas –dice el director, que se sienta al otro lado de la mesa y empieza a pasar papeles afanosamente.

Helene estira el cuello, querría tenerlos ella, pero el director mantiene los papeles en su lado de la mesa. Concentrado, arruga los ojos y farfulla entre dientes mientras pasa un pliego tras otro.

–Puede ser –dice al tiempo que le pasa el archivo a Helene. La mirada se desliza rápida por la página, pero no ve nada que pueda tener alguna

importancia. Y de pronto el nombre hace que se encienda una luz. Su padre visitó a Reinholdt en la cárcel. Dos visitas, en ambas ocasiones en la misma fecha, el 5 de octubre de 1946. Pocos días antes de la ejecución de Reinholdt. En la última visita, Aksel Söderberg no estaba solo. Al lado del nombre de su padre ve otro más: Robert Lundqvist, pasante de abogado.



Recorren Siracusa despacio. Joachim lleva el mapa y va dando indicaciones hacia el puente que conduce a la islita que forma el centro turístico de la ciudad. Los vehículos solo pueden circular allí con una autorización especial, de modo que aparcan, cogen las bolsas de viaje y cruzan el puente. Aunque empieza a atardecer, las calles bullen de vida. Turistas, sobre todo; de ese tipo culto y bien educado que al instante irrita a Joachim.

—¿Buscamos primero un hotel? Me iría bien quitarme todo este polvo del cuerpo.

Van de hotel en hotel, pero solo encuentran negativas: *No, no, impossibile*. Es temporada alta, todo está ocupado. Finalmente encuentran un pequeño hotel con una única habitación libre. Joachim y Ellen no tienen ni siquiera tiempo de pensar si quieren compartir cama, están demasiado cansados, demasiado preocupados por no poder encontrar nada y tener que dormir en la playa o en un banco de algún parque.

Los recibe un olor a moho cuando entran en la diminuta habitación. Una cama doble llena de bultos ocupa casi todo el espacio; el papel pintado, a rayas rojas y doradas, está suelto en la parte más alta, pero el cuartito tiene cierto encanto rústico y Ellen no emite ni una queja; abre la puerta de cristal, sale a la microscópica terraza y se apoya sobre la barandilla negra de hierro forjado. Joachim se pone detrás. Ante ellos se extiende un irresistible mar azul turquesa. Joachim nunca ha visto un color tan saturado. Las olas golpean rítmicamente contra las abruptas orillas de la isla. Tan solo una callecita estrecha separa el edificio y el mar. Se siente invadido de paz. Por un instante solo nota el mar, el silencio, el olor. Ojalá Helene estuviera allí. Se queda allí sin moverse mientras Ellen sale en busca del baño compartido. Al poco vuelve y le cuenta, alborozada, que en cuanto abrió la ducha empezaron a salir cucarachas por el desagüe. Se arregla el pelo mientras Joachim la observa. ¿No hay nada que la consiga descolocar? Pero ¿qué es lo que pretende en realidad? ¿Qué quiere Ellen, qué se cree? Se yergue y agita el pelo, de modo que se forma una fina raya de separación que la hace parecer... ¿Qué?

¿Incitante? Lleva puesto un vestido negro ceñido, sandalias de cuero planas, de color marrón oscuro, que casi parecerían chanclas si no fuera porque tienen esparcidas pequeñas perlas de distintos matices de colores claros.

—¿Salimos a cenar? —pregunta Ellen.

La cena se convierte, de una forma extraña, en la repetición de algo conocido y, al mismo tiempo, en la conquista de un territorio totalmente nuevo. Charlan, y su conversación carece de objetivo concreto, trata de todo y de nada. Ni una palabra sobre su pasado en común ni sobre Kollisander, ni el crimen, ni Helene. A Joachim no le apetece nada pensar en ninguna de esas cosas. Resulta liberador relajarse, dejar que el vino haga su trabajo, que envíe al infierno las preocupaciones. Disfrutar. Solo un par de veces durante la cena, Joachim es incapaz de evitarlo y empieza a pensar en Ellen, en por qué está allí con él. Había algo..., cuando hablaron en el café. Dijo no sé qué...

—¿Cara de palo? —dice Ellen, y Joachim levanta la vista—. Esta noche déjate de preocupaciones, ¿vale?

Después de la cena vuelven hacia el hotel dando un paseo, cogidos del brazo. Ellen se apoya en él y se dedica a decir tonterías. Cuando llegan a la habitación, saca un paquete de cigarrillos y se fuma uno en el balcón, despacio, con concentración y fruición.

—¿Quieres un cigarrillo? —pregunta con una sonrisa. Joachim sacude la cabeza. Está sentado en el borde de la cama, se encuentra en un estado libre de toda preocupación. ¿Puede permitírselo? Siente que no debe ser así, el sentimiento de culpa está haciendo su labor. Ellen apaga la colilla y se estira, dando muestras de total bienestar.

—Bueno, ahora, para mí, ya es hora de dormir, sí o sí —dice con la voz un poco ronca.

La voz atraviesa como una llamarada el cuerpo de Joachim. Se sienta, mudo, y nota que el colchón cede cuando se tumba. Poco después oye la pesada respiración de Ellen, se tumba sobre el costado y la observa. Esa voz ronca. La primera vez que estuvieron juntos. El recuerdo se presenta de repente ante sus ojos con total claridad. Naturalmente, fue en una fiesta, eran muy jóvenes y él era muy tonto. Engreído por el inesperado éxito de su primer libro. Ella había estado toda la velada muy cerca de él, seguramente intentaba

llamar su atención de todas las formas posibles. Pero no era su tipo, de modo que se la quitó de encima en cuanto la vio. Por pequeña, por flaca, por seria. Lo suyo eran las mujeres de pechos grandes. Pero en ese momento Ellen dijo algo y, por primera vez, él se percató de aquella voz ronca, *sexy*, que se le metía directamente en el cuerpo; fue su voz lo que hizo que se fijara en ella. Y ella se lo llevó a su casa, a su habitación, que era muy distinta de su propio cuchitril en el piso bajo de un colegio mayor recién construido que seguía oliendo a pintura plástica. Por aquel entonces ella acababa de empezar en la academia de arte, y con bastante timidez le enseñó sus *collages*. Él se sentó en su cama, perfectamente hecha, con una gruesa colcha comprada en Damasco. Así era todo con Ellen. Todo estaba siempre ligado a un relato sobre sus pertenencias. Aquella colcha se la había comprado a una familia sufi de los Altos del Golán, que fueron también quienes la introdujeron en los misterios espirituales del chamán, en las danzas dirigidas a adquirir sabiduría y en honor de Alá. Joachim recuerda que sus ojos recorrían las pertenencias de Ellen descubriendo objetos, como una vieja sombrerera de Lock & Co., la tienda de sombreros londinense más antigua del mundo, y en un rincón una *chaise longue* un tanto ajada que Ellen aseguraba obstinadamente que había pertenecido a Sarah Bernhardt. Pero no fue hasta mucho más tarde cuando hablaron de esas cosas; aquella noche, la noche de su estreno, Joachim se limitaba a estar allí sentado sin tener ni idea de qué decir. Cuando el silencio resultaba ya demasiado agobiante, ella puso música. Sus angulosos omóplatos destacaban bajo la fina blusa. Y de pronto se dio la vuelta y, con movimientos rápidos y elásticos, se quitó la ropa.

–Así es como soy –dijo.

Otra vez esa voz ronca, y Joachim se sintió arder, arder sin límite. Sus muslos fuertes y delgados, el vello oscuro entre sus piernas, los pechos apenas insinuados, pero con perfectos círculos oscuros en los pezones. Joachim seguía sin saber qué hacer. Ella debió de darse cuenta porque, en lugar de interpretar el silencio de Joachim como un rechazo, se acercó a él y lo besó, se sentó sobre sus rodillas, una pierna a cada lado. Le cogió una mano y se la puso entre los muslos.

–Tócame –le dijo, ronca y jadeante.

Joachim puso con fuerza la palma de la mano sobre la vulva caliente, notó que su pene se endurecía hasta hacerle daño. Ella se había apretado contra él y gemía de impaciencia. Y entonces Joachim se dio cuenta de que no había nada

que temer. No había diferencia entre el deseo de ella y el de él. *Ella lo desea tanto como yo*. Aquella seguridad nueva se había abierto camino a través de él con increíble velocidad, y sintió una confianza desconocida; de pronto era libre para hacer lo que pudiera desear. Le abrazó el cuello con una mano, apretó el rostro de Ellen contra el suyo, la besó con una... ¿convicción? totalmente nueva, al tiempo que metía en ella primero un dedo, luego dos. Ella agitaba el vientre adelante y atrás, apretándose contra sus dedos, tensando los músculos alrededor de ellos. Joachim le soltó el cuello, ella le había rodeado el cuerpo con un brazo. Su beso no tenía principio ni fin. Sus pechos acariciaron el torso de Joachim, un movimiento que les hizo suspirar a los dos. Él puso la mano sobre las caderas de Ellen, acompañando sus movimientos, adelante y atrás, arriba y abajo. Ella gimió sin apartar sus labios de los de él, que respondió con otro gemido, surgido de muy hondo, directamente sobre la boca de ella. Su pene apretaba la tela del pantalón, estaba desesperado por liberarse, por arrancarse los pantalones, por entrar en ella. Ellen se puso una mano entre las piernas y se acarició. Sus caderas se cerraron, él intentó volver a meterle los dedos pero ella dejó escapar un sonido de protesta, siempre con la boca muy abierta y sus labios pegados a los de él. Joachim se forzó a quedarse quieto, el pene empujando contra los pantalones. Notó cómo se tensaban los muslos de Ellen, sintió los dedos de ella moviéndose también sobre la mano que él había puesto entre sus piernas. Esperó, aunque no sabía qué era lo que estaba esperando. De pronto, fue como si la hubieran desatado. Los muslos se relajaron, empezó a mover las caderas otra vez adelante y atrás, gimió más fuerte, dentro de la boca de él, y entonces, de pronto, echó la cabeza atrás y suspiró, casi en silencio, fue solo un aliento ronco. Y en ese instante se corrió él también, jamás lo había experimentado de esa forma. Una mujer tan excitante que podía satisfacerlo sin necesidad de contacto directo.

Ellen le lavó los calzoncillos en el cuarto de baño y los colgó a secar en el radiador, y aquella fue la excusa de Joachim para quedarse toda la noche. Y el día siguiente. Estuvieron en la cama todo el rato, lo hicieron muchísimas veces, incapaces de detenerse. Pero es la primera vez que Joachim piensa en ello. ¿Por qué? Porque algo vuelve a interponerse entre ellos. No se trata de unos vaqueros, como entonces, sino del tiempo. El tiempo se interpone entre ellos. Aunque Joachim siente el deseo y podría despertarla, podría besarla, y ella no diría que no. Helene no tendría por qué saberlo nunca. Es una posibilidad. Una última vez. Reconciliación, despedida. Se gira sobre el

costado y mira el techo descascarillado, la parte superior del papel pintado, desencolada. Todo está cabeza abajo. Joachim está cabeza abajo. Suspira. Nota el deseo, la exigencia física, la inquietud.

Helene está sentada en el taxi, delante de los muros amarillentos de la prisión. La bruma matutina no se ha levantado aún, aunque hace tiempo que amaneció. Pero, a cambio, se siente más descansada, gracias a una noche en el sofá de Karen. La secretaria de Helene pareció llevarse un buen susto al abrir la puerta. Karen Schultz. Solo había una persona con ese nombre en todo Silkeborg. Karen invitó a entrar a Helene, quien le explicó que necesitaba un sitio donde dormir, que se trataba del futuro de la empresa, que Karen era la única persona en quien podía confiar. Aquellas palabras fueron como un bálsamo para el nerviosismo de Karen, hasta el punto de que casi parecía varios centímetros más alta mientras tostaba pan con frutos secos en la cocina, delante de Helene; también preparó un té verde. Y Helene se dio cuenta entonces de que nunca le había hecho un cumplido, de que la antigua Helene jamás le había dicho a Karen una palabra amable.

Helene mira impaciente hacia la puerta cerrada. Hasta ahora no ha aparecido nadie más para recibir a Jens Brink, que será puesto en libertad esta mañana. El taxista pasa ruidosamente las hojas del periódico en su asiento; el motor está apagado, pero el taxímetro sigue en marcha. Karen se ocupó de proporcionarle dinero en efectivo, para lo que no hubo ningún problema, pues ninguno de los empleados había recibido instrucciones sobre lo que debían hacer si veían a Helene. Por ejemplo, cosas como no adelantarle dinero. Al contrario: no habían oído una palabra sobre ella, solo sabían lo que habían podido leer en los diarios digitales.

Helene mira otra vez la prisión mientras repasa mentalmente su plan. Está lleno de lagunas, pero es lo único que tiene. Y su plan es Jens Brink. Dentro de unos momentos se abrirá el portón, y él saldrá en libertad después de seis meses de cárcel. Fue pura casualidad que Helene viera ayer sus papeles de puesta en libertad en el despacho. Por fin se abre la verja de la antigua mansión amarilla y sale un hombre bajo y enclenque, con el cabello estropeado. Lleva en la mano una bolsa de deporte y viste pantalones de chándal y una sudadera con capucha, lavada mil veces y que le queda grande.

Helene reconoce su rostro por la foto del documento. Quien está en la escalinata de entrada es Jens Brink. No tiene pinta de estar demasiado contento, mira intranquilo el aparcamiento. Quizá espere a alguien. Helene sale apresuradamente del taxi y se acerca a él.

–¿Jens? –pregunta.

–¿Eres de la secretaría de prisiones? Ya dije que no necesitaba que me llevaran a ningún sitio –dice de malos modos.

Mira a su alrededor, ¿busca a alguien o algo en el aparcamiento? Quien fuera que iba a recogerlo puede estar de camino. ¿O lo habrán dejado tirado? Helene tiene prisa y se acerca un paso más.

–No, no soy de Instituciones Penitenciarias, pero he venido a recogerte – dice.

–¿Y tú quién eres? –pregunta él con desconfianza.

En ese momento Helene se da cuenta de que se halla ante un delincuente de verdad, con muchísimas condenas. A lo mejor es peligroso. Y ahora quiere entrar con él en un taxi. Solo puede apoyarse en su propia intuición, en la primera impresión que le produce Jens. No, no es peligroso, no en ese sentido.

–No me conoces, pero he venido porque necesito tu ayuda. Tengo un trabajo para ti –dice en voz baja.

–¿Es un chiste o qué? –pregunta él con sorna.

–Sé muy bien que parece raro que yo aparezca de pronto y de esta forma. Pero ¿por qué no vienes conmigo y te lo explico todo? –Helene habla en voz baja y con ánimo persuasivo.

Jens se queda parado, su mirada vuelve a barrer el aparcamiento, en el que no han asomado quienes él esperaba que fueran a buscarlo. Helene ha tenido suerte.

–¿Puedes llevarme a Horsens? –pregunta Jens con desapego.

–Primero llévame tú a algún sitio donde podamos hablar tranquilamente. Tú decides, pero dame una oportunidad para contarte para qué necesito tu ayuda. Después te llevo a Horsens.

Jens vacila. Luego sacude la cabeza en gesto de rendición, levanta la bolsa y se pone a andar hacia el taxi.

–En el desvío hacia la autopista hay un autoservicio –farfulla mientras se sienta, y añade–: Ahí se come de puta madre.

Mientras van en el taxi, Helene repasa una vez más el plan que ha necesitado toda la noche para elaborar. Buscó al abogado Robert Lundqvist, el

hombre que acompañó a su padre en la visita a Reinholdt Flint en prisión. Naturalmente, Robert Lundqvist ya había muerto, pero su empresa sigue existiendo con el nombre de Lundqvist e Hijo, ubicada en Silkeborg. Helene pidió a Karen que llamara para solicitar en su nombre la entrega del contrato que establece pagos anuales a Marius Flint, aunque imaginaba cuál sería la respuesta. Desafortunadamente, el contrato fue firmado por el difunto señor Söderberg y contiene una cláusula de confidencialidad. No había forma humana de conseguirlo. De lo más habitual; en el mundo empresarial existen miles de acuerdos que se mantienen secretos de la misma forma. Son cosas reservadas a los abogados.

Por fin llegan al autoservicio. Helene juguetea nerviosa con el sucio mantel de cuadros rojos mientras habla. Jens Brink come con voracidad unas ardientes patatas fritas y devora una hamburguesa reblandecida en tres enormes bocados, porque no quedaba carne de estofado. Helene bebe a sorbitos un refresco de naranja, lo único que toleran sus náuseas nerviosas. No se lo cuenta todo, pero sí lo principal. Que el contrato está en el despacho del abogado, que hay una cláusula que no permite mostrárselo a nadie, ni siquiera a Helene, por mucho que fuera su padre quien lo firmó.

—La única posibilidad es ir a buscarlo —dice.

—¿Por qué es tan importante ese documento? —dice Jens con la boca llena y sin levantar la vista.

Helene se yergue ligeramente.

—No hace falta que lo sepas —dice con prudencia—. Es importante para mí, y te pagaré para que lo consigas. ¿No basta con eso?

—¿Y cómo sé yo que voy a ver la pasta que me cuentas? Porque no puedes demostrar que seas una Söderberg —dice, escéptico.

—Te daré un adelanto ahora mismo. Y luego no tendrás más remedio que fiarte de mí.

El dinero está encima de la mesa, en medio de los dos. La mano de Helene se apoya, pesada, sobre los billetes de mil coronas nuevecitos, ocultándolos a la vista.

—También yo tengo que fiarme de ti —objeta ella—. También tú puedes coger este dinero y desaparecer. ¿Cómo sé que vas a cumplir lo que acordemos?

Silencio. Se miran. Es un duelo, y ninguno quiere ser el primero en pestañear.

—Claro que cumpliré mi parte del trato —dice Jens con cara de pocos



amigos.

Helene levanta la mano que cubre el dinero, y la de Jens aparece a toda velocidad y lo retira. Tienen un trato.

Ahora le toca a Jens. Es un alivio, porque ese hombre es un ladrón profesional y sabe perfectamente lo que se hace. La única tarea de Helene es comprar un teléfono móvil de tarjeta y enviarle un mensaje con su número. Insiste enfáticamente en que no puede utilizar el teléfono para nada más. Aparte de eso, lo único que tiene que hacer es esperar hasta que le llegue un mensaje con la cita.

Helene da vueltas por Silkeborg. Se sienta en un banco de vez en cuando, evita las miradas de los demás, el corazón le palpita violentamente ante la idea de que la reconozcan y por el hecho de estar planeando un allanamiento. En un café encuentra una historia acerca de ella en el periódico. Es la historia de una chica rica que lo tenía todo, pero perdió la razón. Citan a Edmund, el apenado esposo, hay una fotografía de los niños, en la que parecen pequeños e indefensos. Está a punto de llorar. Siguen siendo pequeños e indefensos. Ahora están en Londres, casualmente, acompañados de una jovencita. Deberían estar con ella, con su madre.

Finalmente recibe un mensaje. Tiene que estar a las diez y media delante del edificio donde se encuentra la oficina del bufete de abogados. Cierra los ojos, pero los oídos le zumban, y vuelve a abrirlos. Se queda mirando al infinito. Todo es tan irreal, y al mismo tiempo parece que debe ser así. Está actuando. El secreto de su padre no puede seguir oculto.

Deja pasar el tiempo hasta que cae la oscuridad. Se pone en camino con tiempo de sobra. La calle está vacía. Sus pasos se hacen más lentos. ¿Dónde debe esperar? De pronto Jens está detrás de ella, la agarra con fuerza por un brazo y la conduce hasta un patio, a un rincón oscuro, y le da una capucha negra de punto. Helene la coge, sorprendida.

—Te voy a explicar cómo tenemos que actuar —dice Jens en voz baja—. Hay alarmas y no podremos evitarlas. Podemos entrar en el edificio principal y llegar hasta la entrada del bufete, pero en cuanto crucemos la puerta empezará a sonar la alarma y como máximo tendremos diez minutos antes de que llegue la empresa de seguridad. ¿Entendido?

–¿Tendremos? ¿Quiénes?

–Tú tienes que entrar también. Uno vigila y otro busca. Mi hermano estará esperando en el lago, escaparemos por allí.

–Pero ¿por qué tengo que entrar yo? –protesta Helene.

Había contado con quedarse fuera, esperando a que le entregaran el contrato. ¿Cómo va a cometer ella un allanamiento de morada!

–Mira, cuanta más gente esté involucrada, mayor será el riesgo de que todo vaya mal. No podemos contar con más gente. Solo me fío de mi hermano, y necesitamos de alguien que nos ayude en la fuga. De modo que tú no tienes más remedio que participar, si no, no hacemos nada, ¿entiendes?

Helene se traga las palabras de Jens y asiente sin ganas.

–Pues vale –dice él–. No podemos evitar las alarmas. Aunque corte los cables, la batería dura veinticuatro horas. Así que tenemos que trabajar rápido en cuanto entremos. ¿Entendido?

Helene se limita a asentir otra vez con la cabeza, sobrepasada por la situación.

–Pero nos viene bien que el despacho esté en el último piso, el quinto, y que además haya otra escalera por la parte de atrás. El segurata trabaja solo, de modo que cuando aparezca vendrá por la escalera de atrás o la de delante, y nosotros podremos bajar por la contraria.

A juzgar por la expresión de su rostro, Jens está encantado. Mira su reloj de pulsera y le hace un gesto a Helene para que lo acompañe. Helene lo sigue, aturdida, y al poco cruzan la calle, vacía en la oscuridad. De ladrona de tiendas a ladrona con allanamiento en pocos días. ¿Fue así como creció también su padre, por etapas? Una especie de evolución delictiva: se empieza robando manzanas y tintes para el pelo, luego un allanamiento y, finalmente, un asesinato.

Jens saca una capucha idéntica a la que Helene tiene todavía en la mano y se cubre el rostro con ella. A toda prisa, Helene se pone también la suya. Rasca y tiene un olor agrio. A saber quién la habrá usado antes que ella. Jens se detiene ante la puerta principal, que está cerrada, mira rápidamente a ambos lados, toma carrerilla y le da una patada. Helene retrocede, asustada. Jens da otra patada. Desde luego, Jens Brink no es precisamente un ladrón muy artístico, quizá sea eso lo que explique sus numerosas condenas. Helene piensa si será mejor salir de allí a todo correr, pero la puerta se abre a la cuarta patada y Jens se cuelga dentro rápidamente. Helene corre tras él. Suben

por la escalera a toda velocidad. Jens lleva una linterna y el haz de luz se desliza por el suelo buscando los escalones. Helene está ya jadeante antes de llegar al segundo piso, le resulta difícil seguir a Jens, y solo lo alcanza junto a la puerta del último piso. Despacho de Abogados Lundqvist e Hijo, pone en la placa de latón.

–Solo tenemos diez minutos, no lo olvides. ¿Sabes dónde está el papel ese?  
–dice Jens con gesto serio.

–No, pero...

Jens la interrumpe:

–Tú buscas mientras yo vigilo, es lo más práctico. Eres tú la que sabe lo que estamos buscando –concluye Jens con determinación, y repite–: Diez minutos. ¿Estás lista?

Pero antes de que Helene consiga responder, Jens se echa para atrás y de una sola patada abre la puerta.

Instantáneamente comienzan a sonar los estridentes aullidos de la alarma.

–¡Adentro, adentro, joder! –grita Jens.

Le da un empujón en la espalda a Helene, obligándola a cruzar el umbral, casi cayéndose. El corazón martillea con fuerza, el sudor resbala por la capucha y se le mete en los ojos, apenas puede orientarse en el oscuro local. Y de pronto todo a su alrededor se ilumina. Se vuelve hacia Jens, y el rostro de este, cubierto por la máscara negra, asiente animándola.

–Ya da igual, no pasa nada por encender la luz. Ya nos han descubierto, lo único que importa es que no nos reconozcan. Y tenemos que salir enseguida. Ponte a buscar.

Se sitúa al lado de la ventana, con la espalda hacia Helene, que por un instante se siente perdida, pero enseguida se recupera. Cada segundo importa. Se centra en los archivadores bajos que ocupan una pared. Abre uno al azar, intentando encontrar el sistema: ¿alfabético, cronológico? Revisa rápidamente un cajón y encuentra números de informes, pero es incapaz de reconocer la forma de asignar números a los casos. Desesperada, abre otro cajón, mira los números y observa los diversos campos que figuran en la parte superior de los informes. Nombres, años. No consigue identificar la relación. Se detiene y se queda quieta, con las manos temblorosas. El chillido de la alarma le atraviesa los oídos, la cabeza. No puede pensar.

–¡Date prisa! –grita Jens.

Helene abre otro cajón, y otro más. Mira páginas al azar. No hay forma. Y

de pronto lo ve: un cajón cerrado con llave en un archivador que está un tanto apartado de los demás. Detrás de la mesa. En un rincón. Aislado.

–¿Puedes abrir esto? –le grita a Jens.

En tres pasos está al lado del armario, pero Helene ya conoce sus métodos, tan alejados de la sofisticación que había imaginado. Un violento patadón en un lado, otro delante, y el cajón se abre. Corre a la ventana y mira el exterior.

–¡Joder, ya están ahí, ya llega el coche! –grita.

Helene saca el cajón del todo y, frenética, mira las carpetas. Son casos confidenciales, hay un sello rojo en todas las carpetas, en todas las páginas.

–Venga, por lo que más quieras, joder, vámonos ahora mismo. ¡Va hacia la escalera delantera, así que nosotros iremos por la de atrás! –brama Jens.

Helene pasa páginas y más páginas, los nombres se confunden. Tiene que encontrarlo, sabe que está allí.

–¡Venga! –grita Jens cogiéndola del brazo, pero ella se suelta.

–Tengo que encontrarlo –dice Helene, suplicante.

–Tenemos que irnos ya –insiste Jens.

–No, yo me quedo aquí. Tengo que encontrarlo.

Pasa un segundo. Un segundo que no pueden permitirse perder. Helene siente hervir la sangre, la alarma se mezcla con el gemido de pánico que suena en su interior. Aprieta los dientes. Está tan cerca... No se puede ir ahora.

–Vete, vete ahora mismo –dice en voz baja–. Yo me quedo. Tengo que encontrar ese contrato. Te prometo que no te delataré. Corre, sigue el plan. Yo me quedo y cargaré con toda la culpa, te lo juro, y haré que tengas tu dinero.

Jens vacila. Helene casi puede ver los pensamientos pasando a toda velocidad por dentro de su cerebro. Pero es solo un instante, y echa a correr. Helene se queda sola. Oye sus pasos bajando por la escalera, y otros pasos que se aproximan. El de seguridad. Tiene muy poco tiempo. A toda prisa se inclina sobre el cajón y va pasando las carpetas, las saca una a una, comprueba el nombre y las tira, hasta que de pronto lo tiene en las manos: el contrato. Figuran ambos nombres: Reinholdt Flint y Aksel Söderberg. El vigilante está cada vez más cerca. Helene ya no puede salir, no tiene la menor posibilidad. Pero tiene que leer ese contrato. Mira a su alrededor. El baño. Echa a correr, entra, cierra la puerta con el pestillo. Que vengan. Que la detengan. Pero que salga a relucir la verdad. Y ahora la tiene en las manos; ahora, por fin, podrá conocerla. Una extraña paz se derrama sobre ella. Se sienta en la tapa de la taza y mira la primera página. El vigilante abre la puerta

de un empujón y entra en el despacho. Helene lo oye correr de un lado a otro, confuso, hasta que descubre la puerta cerrada. Ve que mueve el tirador, teme por un momento que el vigilante sea también partidario del método de Jens, pero por fortuna se queda quieto. Helene espera, conteniendo la respiración.

—¡Hemos avisado a la Policía! —grita el vigilante al otro lado de la puerta.

Helene oye su respiración, que se va tranquilizando poco a poco. Está esperando. Evidentemente, él solo no hará nada más. Y Helene lee. Lee, absorbe, inhala la verdad. Por fin. Todo el texto del contrato. Cinco mil coronas al mes mientras viva el hijo de Reinholdt. Cinco mil coronas. Tanto valía entonces la verdad, justo después de la guerra. Pero Reinholdt era hombre concienzudo, hizo que la cantidad se regulara de acuerdo con la subida del índice de precios al consumo. Por ese motivo la cantidad que Helene descubrió en las cuentas de Söderberg Shipping era casi astronómica. Helene sigue leyendo. Junto al contrato figura una carta escrita por Reinholdt. Si no se realizan los pagos estipulados, la carta será enviada a los diarios de toda Dinamarca. El hijo de Reinholdt tiene también una copia de la carta, que utilizará si se incumple el acuerdo. Todo ello queda estipulado en el contrato.

El ruido de las sirenas se hace más fuerte según se van acercando. De pronto se hace el silencio. Incluso cesa la alarma. No tiene mucho tiempo. Helene abre el pliego y lee tan deprisa como puede mientras oye el estruendo de mucha gente, de muchos pies subiendo la escalera. Vienen a por ella. Lee la declaración de Reinholdt. Todo lo que Helene había imaginado, y más. La noche en que arrestaron a William Hirsch, Reinholdt estuvo presente. Se había vuelto peligroso ser judío en Dinamarca, y William quería huir a Suecia con Rosa, su esposa embarazada. Pero Aksel tenía otros planes. Durante bastante tiempo William se había negado a colaborar con los alemanes, pese a que ofrecían contratos muy lucrativos, pero Aksel veía el asunto de forma muy distinta. Habían fundado la empresa para ganar dinero. En esa época el padre de Helene solo había empezado con sus robos, y el equilibrio entre los dos socios no estaba a su favor. De modo que Aksel quería quitarse de en medio a William. Fue a ver a Reinholdt porque todo el mundo sabía que colaboraba con los alemanes. Reinholdt fue a ver a su vez a sus contactos en la Gestapo y les habló de Hirsch, el judío, y de sus planes de fuga. Tanto Reinholdt como Aksel estaban presentes cuando detuvieron a William. En su carta, Reinholdt pone de relieve que todo lo sucedido fue decisión de Aksel. Los alemanes tenían intereses económicos en la empresa y estaban dispuestos a colaborar.

Por eso Aksel pudo exigir que dejaran con vida a Rosa, a quien hizo salir del país. Pero al mismo tiempo Aksel decidió que William tenía que morir. Desaparecer. Sin dejar huella. Los alemanes se lo llevaron al centro del lago. Reinholdt describe exactamente el lugar. El punto más profundo de la laguna, donde el hielo formó un agujero de casi veinte metros de profundidad. Julsø, en línea recta sur-suroeste tomando como punto de referencia el castaño que se encuentra donde el jardín del mesón limita con el lago. Allí le pegaron un tiro a William y lo arrojaron al agua. Y Aksel estaba en la orilla viéndolo todo. Fue decisión suya. De pronto Helene se queda sin aire, jadea en busca de aire como si fuera ella a quien han arrojado al hielo. El espacio se mueve como si flotara en el agua, y cuando, en ese mismo instante, abren la puerta de una patada y los agentes de policía entran en tromba a por ella, Helene los ve como si estuvieran rodeados por una neblina impenetrable.

–¿Estás segura de que es aquí? –pregunta Joachim, desconfiado.

La casa es similar a las demás de la angosta callejuela enlosada. Casas de piedra de tres pisos, apoyadas unas en otras como si necesitaran ayuda para soportar su peso histórico. El hotel en el que se alojan está exactamente en el extremo opuesto de la ciudad. Joachim mira de nuevo la casa. Lo único que distingue a esta de las demás es que está totalmente a oscuras. Absolutamente todas las contraventanas están cerradas. ¿De verdad que es aquí donde vive Kollisander? Ellen está tiritando. Lleva un finísimo chal sobre los hombros, y ahora que el sol está retirándose y escondiéndose detrás de los tejados, es la brisa del mar, más fresca, la que visita la ciudad. Ellen está nerviosa, y Joachim lo sabe. Se cambió de vestido muchas veces antes de decidirse por el de color naranja. También Joachim está nervioso, pero no por el mismo motivo.

–Esta es la dirección –dice Ellen, que avanza decidida hacia el portal–. Dijo que pasáramos al fondo

–¿Que pasáramos al fondo? –repite Joachim.

En la puerta hay un timbre, aunque sin nombre. Ellen vacila y aprieta el grueso botón. Se oye el sonido al lado mismo de donde están ellos, y al cabo de un instante se escucha un zumbido en la puerta. Ellen empuja la pesada puerta de madera tallada y la abre. La entrada está iluminada, la escalera es ancha y los escalones están cubiertos de fieltro verde. Ellen deja a un lado la escalera y se dirige hacia la puerta que da al jardín. Se vuelve:

–¿Vienes?

Joachim la sigue, y al ver el patio trasero todo cobra sentido. El patio es alargado y por él se llega, atravesando un pequeño jardín, a una vieja fuente y a la casa. Claro que vive aquí, apartado de todo, en un sitio exclusivo, con vistas sobre los tejados de los demás y sobre el mar, en una casa grande y antigua, edificada de acuerdo con todas las normas del arte.

–¿Qué te parece? –dice en voz baja una sonriente Ellen.

–Casi parece un monasterio antiguo –ríe Joachim.

Ellen se arregla el pelo con nerviosismo, saca un espejito del bolso y comprueba el carmín de los labios. Sicilia es el lugar más invadido del mundo, leyó Joachim en algún sitio. Un gran número de naciones han combatido por esta tierra reseca. ¿Se aprecia eso en el estilo arquitectónico? No; a pesar de todos los ejércitos que han pasado por aquí, se ha producido una expresión urbanística asombrosamente armónica. Paredes blancas, tejas dispuestas en tres capas, balcones de hierro forjado, tres pisos, contraventanas. Muy sencillo. Pero era lo que hacía falta cuando había que reconstruir una vez tras otra, cada vez que algún codicioso señor de la guerra saqueaba y arrasaba la isla. Y ahí, en la puerta, está Kollisander. Un hombre alto y corpulento. Joachim se sorprende, pues, aunque no sabe qué era exactamente lo que esperaba encontrar, sí que era algo distinto. El rostro de Kollisander es despejado y afable, inteligente, con ojos azul oscuro y la piel curtida y morena, la cara cubierta de barba oscura de varios días. Sus cabellos son plateados, le llegan hasta los hombros y están peinados por la brisa.

–Ellen –dice Kollisander, abriendo los brazos con cordialidad.

Ellen sube la escalera y se sumerge en un abrazo que casi hace desaparecer su cuerpo. Kollisander la suelta y ella se queda a su lado; su calor se ha elevado hasta alcanzar el rostro del artista. Joachim ve las macetas llenas de flores, una en cada uno de los escalones que llevan hasta la puerta principal.

–¿Y qué fue lo que pasó contigo, un ex que no quiere soltarte del todo? Se comprende perfectamente –dice Kollisander, riendo.

Joachim quiere protestar, pero no sabe qué decir, de modo que acaba por encogerse de hombros y sonreír.

–Sois los primeros, pero va a venir más gente. Se me ocurrió que podíamos aprovechar vuestra visita para organizar una fiestecita –dice Kollisander, al tiempo que los invita a entrar en la vivienda.

No hay zaguán, se pasa directamente al enorme espacio que es a la vez cocina y salón, libros y sartenes, estantes para vino y mesa de escritorio. Enormes vigas al aire sostienen el techo. Una mesa larga hecha con sólidas planchas de barco forma el centro del espacio, y alrededor hay pequeños oasis de tresillos con bellas alfombras y cojines. Al fondo del todo, en un rincón, una gran cama deshecha.

–¿Trabajas también aquí? –pregunta Ellen con curiosidad.

Una vez más, Kollisander rompe a reír de una forma tan contagiosa como un bostezo. Es imposible no echarse a reír también.



–Siempre el trabajo –dice al tiempo que sacude la cabeza–. Y yo que fui tan ingenuo de pensar que venías a verme a mí, pobrecito, un hombre viejo y solitario... Pero solo estás aquí por mi arte.

Joachim escruta a Kollisander. Debajo de su tono amable hay algo más, algo doloroso. ¿Quizá es cierto que está solo?

–Te prometo que mañana te dejaré echar un vistazo arriba, en el sanctasanctórum. El trabajo, por un lado, las personas por otro. Esta noche para las personas, ¿de acuerdo?

–Claro, perdona, pero es que soy muy curiosa –dice Ellen.

–Necesité cinco años y una barbaridad de euros en sobornos para que me autorizasen a abrir ventanas en el tejado, ya las veréis, lo prometo.

Joachim observa a Kollisander mientras comenta su peculiar método. Para extraer una esencia o un pigmento del objeto que quiere pintar, hoy se dedicó a exprimir flores de camelia, cuenta mientras le muestra a Ellen las bastas palmas de sus manos, llenas de colores, del rosa al negro y el blanco. Ese hombre tiene algo especial, piensa Joachim. Algo relacionado con su tamaño, un coloso que habla de esencias de flores. Kollisander coge a Ellen bajo el brazo y los conduce a ambos a la mesa, que ya está preparada. Cuencos de cerámica con especialidades locales, aceitunas negras, gruesas rebanadas de pan con sal gorda. Les llena las copas y brindan, por primera vez se produce un momento de silencio mientras se miran a los ojos por encima de las copas. El vino es una pizca dulce, dice riendo, pero fácil de beber, lo producen allí cerca con uva local, *primitivo*, les asegura Kollisander. Joachim mira a su alrededor mientras el artista les habla del viaje de las uvas desde la viña hasta la botella, de cómo los campesinos dejan secar los racimos al aire libre durante meses, miles de racimos que se van convirtiendo poco a poco en uvas pasas en la tibieza del suave otoño siciliano, absorbiendo el sabor de la brisa marina, el siroco que sopla desde el Sáhara y atraviesa el Mediterráneo, trayendo consigo arena del desierto que se acumula en el sueño y proporciona a las uvas un aroma especiado de dátiles, cardamomo y excrementos de camello. Todos ríen.

–¿Y qué os trae al culo de Europa?

–Esto es precioso –dice Ellen, poniendo gesto de ofendida.

–Ladrones de poca monta. Todos (mafia, contrabando, sobornos) unidos por la buena comida y un clima fantástico. Los italianos son una paradoja –dice Kollisander–. Jamás conseguiré comprenderlos. Pero últimamente hice un gran

descubrimiento –añade, mirando a Joachim–. Ni ellos se entienden. Los italianos se han creado mitos sobre sí mismos. Por eso no viajan nunca.

–¿No viajan? –dice Joachim, solo por decir algo, en vez de seguir escuchando como un pasmarote.

–Atiéndeme. Menos del cinco por ciento de la población de Sicilia tiene pasaporte –afirma, y se pone a hablar de su asistenta, lo que hace sonreír a Ellen, que absorbe embelesada hasta la última palabra, como si procediera de Dios mismo.

Ya está. Joachim ha entendido lo que le pasa. Le molesta que Ellen admire a un hombre que ha logrado lo que él nunca consiguió. Kollisander ha abandonado el amor, ese sueño pequeñoburgués, y se ha centrado en el arte, y esa postura ha producido sus frutos. Joachim bebe un gran trago del fresco vino tinto, intentando disfrutar del sabor a excremento de camello.

Van apareciendo los demás invitados. Tres mujeres, una de ellas bastante joven. Y luego un hombre joven de aspecto exhausto; casi no es más que un adolescente. Dos de las mujeres regentan una tienda en la que fabrican los pliegos de papiro que se pueden comprar por todas partes. Toda ciudad del sur tiene su propia fruslería: tarros, mostaza, porcelana, muñecas... y todos los turistas regresan al norte con alguna cosa que solo dos días antes parecía una compra imprescindible, absolutamente necesaria, un bocadito de la *dolce vita*. Y luego están en su casa en Hvidovre o Haderslev, mientras llueve a cántaros, con su papiro y jodidos hasta la médula, piensa Joachim, que intenta preguntar, mostrando gran interés, por la producción de papiro. La tienda es un taller abierto en el que una de las mujeres fabrica los pliegos. Joachim no consigue descubrir a qué se dedica la tercera, la más joven. Ni si las tres mujeres son hermanas. A lo mejor es que todas las sicilianas parecen iguales: pequeñas, lo que por una vez hace que Ellen aparente una estatura normal. Cabello fuerte, negro azulado, que les llega a la cintura. Uñas pintadas de color claro que van muy bien con sus labios finos y estrechos. Igual que Ellen, están embelesadas con Kollisander. En consecuencia, Joachim no les interesa lo más mínimo y le dejan adoptar su posición de observador sin molestarlo. Le presentan al jovencito como Billy, pero sin desvelar si se trata solamente de un apodo o del nombre verdadero. Un chiste que Ellen capta enseguida pero que Joachim no llega a comprender. Lo que sí consigue entender es que el chico es un trotamundos perdido al que Kollisander ha «acogido» en casa. El chico se emborracha demasiado pronto y empieza a farfullar incoherencias. En un

momento determinado se pone a cantar. Su voz clara y grácil hace callar a todos, y las cuatro mujeres se transforman por un instante en un grupo de arrobadas oyentes. Joachim las observa y piensa en las sirenas, tal vez porque se ve a sí mismo, desde hace tiempo, como un Ulises, víctima de la guerra y de la bella Helena. Así que piensa en las sirenas griegas del Egeo, las que atraían a los marinos con su bello canto, llevándolos hacia la muerte junto a los escarpados acantilados. Joachim mira a las mudas sirenas que escuchan a Billy... ¿Estarán haciendo pruebas de admisión al coro? ¿Es Ellen la sirena de Joachim? Tonterías, está borracho, pero toma otro trago y observa a Kollisander, intentando ver más allá del hombre de mundo, del artista. ¿Estuvo Kollisander en aquella espantosa cámara de torturas? ¿Mató él a Louise? Es tan difícil de creer... De pronto, la mirada de Kollisander se encuentra con la de Joachim. Un destello de algo. ¿De curiosidad, de sospecha?

—¿De modo que Billy vive aquí contigo? —se apresura a preguntar Joachim, dando un giro a la situación.

—No, en realidad lo voy a mandar a su casa, con sus padres, a Aberdeen, pero quiero asegurarme de que está otra vez en el buen camino. Sería un fastidio que lo embarcase en un avión y en cuanto estuviera en la primera ciudad grande volviera a engancharse a todos los horrores de este mundo — dice Kollisander con una mueca de disgusto.

—Pero ¿ahora vive aquí? —dice Joachim mientras su mirada se detiene en la cama sin hacer.

Sabe perfectamente lo que está insinuando, pero mejor adelantarse a Kollisander que esperar a que este empiece a interrogarlo. Kollisander sonrío desdeñoso.

—No vive conmigo, se aloja en casa de mi asistenta. Yo soy mucho más aburrido de lo que piensas. Trabajo, en realidad eso es todo lo que hago, y necesito tranquilidad total a mi alrededor. Plena concentración. Es también por eso por lo que tengo toda la casa para mí solo. Si pudiera encontrarme un vecino parlanchín mientras voy al taller, todo se derrumbaría.

—¿Todo el edificio es tuyo? —pregunta Joachim, sorprendido.

—Tenía medios suficientes, de modo que ¿por qué no ir hasta el fondo e instalarme como prefiero? ¿Te molesta? Los daneses se suelen enfadar cuando se enteran de que dispongo de un edificio entero y que no uso para nada tanto espacio. Pero ¿por qué no? Mi vida aquí es perfecta. Tengo en una sola habitación todo lo que necesito. Mi asistenta se ocupa de todos los asuntos

prácticos cuando estoy en el taller, de modo que no tengo que malgastar fuerzas en cualquier cosa que no sea mi arte. Si quiero ver gente, salgo o invito a alguien... Eso cuando no se invitan ellos solos –añade con un cariñoso brillo en los ojos dirigido a Ellen, que responde al instante con una sonrisa feliz.

Las mujeres se han quedado en silencio, escuchan con atención las palabras de Kollisander, quien continúa ahora en inglés para que todos puedan seguirlo. Poco después, toda la mesa está inmersa en una animada conversación sobre las exigencias que hacen los demás acerca de seguir las normas, apagar los propios sueños, ser normales. Ponerse límites a uno mismo.

–Creo que me he ganado el derecho a vivir libremente porque he conseguido la celebridad con mi arte –dice Kollisander, que mira a Joachim a los ojos antes de continuar–: Esa es la horrible verdad, amigo mío. Hasta que no tienes éxito eres un esclavo de las ideas de los demás sobre cómo debes ser, cómo debes comportarte, cómo debes vivir.

Billy farfulla algo sobre la razón que tiene, y continúa soltando toda clase de incongruencias sobre un mundo en el que todos viven en armonía. Kollisander le da una alegre palmadita en el pelo y levanta burlón las cejas mirando a las mujeres, que se muerden los labios para no reír. La conversación continúa, la cena sigue su curso, pero Joachim se siente afectado por las palabras de Kollisander. ¿Debería cambiar tiempo con Helene por un poco más de éxito?

Ellen vuelve del cuarto de baño, el único lugar con puerta que se puede cerrar. Joachim echa la cabeza atrás y mira el techo. Las vigas y el entramado de madera están al descubierto, y los antiquísimos árboles apoyan su belleza sobre los grandes bloques de piedra de la pared. En el otro extremo de la estancia, no muy lejos de la cama, hay una bañera de latón pulidísimo. Joachim estudia unos largos ganchos de hierro que cuelgan de las vigas centrales, a un metro de distancia uno de otro. No hace más que pensar en los ganchos de la cámara de tortura. No hace más que buscar señales. Pero a lo mejor Ellen tiene razón y se está aferrando a un simple error que hace que todo lo vea bajo esa luz. Los ganchos de las vigas pueden proceder de tiempos antiguos, cuando aquella estancia se utilizaba para otra cosa, quizá servía de granero y había que levantar y bajar pesados sacos. O carne colgada a secar. No es imposible. Joachim suspira, desanimado. Ellen está achispada. Joachim advierte la mirada de Kollisander recorriéndola de arriba abajo. Ellen

responde abiertamente a su mirada, vivaz. Casi como una exigencia. Joachim se levanta, un poco demasiado bruscamente, la silla se desnivela y apenas consigue sujetarla para que no se caiga.

–Tenemos que despedirnos por ahora –dice en voz alta.

–¿Ya? –se extraña Ellen.

–Tenemos trabajo por delante –dice Joachim.

Ellen hace una mueca de pena.

–Tampoco es que sea tan importante –dice mientras se desplaza rápido a su silla, al lado de Kollisander.

Joachim se apresura a acercarse a ella, y le coloca el brazo bajo el suyo antes de que pueda sentarse.

–Sí que es importante. Y además, tienes que sacar tiempo para hacer el recorrido por el taller de Kollisander mañana por la mañana –dice con una sonrisa forzada. Se inclina sobre ella y le susurra, enfadado–: Venga, Ellen, esto va en serio.

Ellen mira a Kollisander por última vez y deja escapar un hondo suspiro.

–¿Mañana podré ver esa obra de la que tanto se habla? –pregunta Ellen con una voz que suena áspera por un ansia en absoluto disimulada.

Kollisander mira a Joachim mientras responde:

–Nadie ha visto *La mujer secreta* –dice, y le coge una mano, se la besa alegre, pero sigue sentado.

–*La mujer secreta* –repite Ellen–. Se te da bien crear misterio.

Las tres mujeres se levantan, besan a Ellen en la mejilla y se despiden de Joachim con una inclinación de cabeza más neutra; él no les ha causado buena impresión. Cuando la puerta se cierra tras ellos, Ellen protesta por tener que irse tan pronto.

–¿Realmente era necesario? –dice cuando están delante de la casa.

–Sabes para qué estamos aquí –dice Joachim, serio.

–¿Cómo? ¿Aún sigues con esa gilipollez? ¿Crees que Helene no puede arreglárselas sin...?

Ellen no termina la frase. Y ahora Joachim lo reconoce: celos.

–Helene saldrá libre, Joachim. Es rica. Los ricos hacen piña unos con otros, los ricos quedan en libertad –añade Ellen en voz baja. Joachim nota que está un poco bebida.

–Vete al hotel –dice Joachim–. Yo voy a echar un vistazo al taller, será poco rato.

–No entiendo... ¿Qué crees que vas a encontrar?

–Seguramente nada –dice Joachim, sintiendo la desesperación–. Pero es lo que hay que hacer. Cuando sospecha de algo, eso es lo que hace la Policía, rebusca en las...

Ellen lo interrumpe:

–La Policía. ¿Tú eres la Policía?

Joachim la mira. Le recoloca el chal sobre los hombros.

–¿Eres capaz de llegar al hotel?

–Vete a la mierda.

–¿Qué?

–No vas a ser tú el único que vea su obra secreta.

Joachim reflexiona un momento y luego la coge del brazo, con prudencia, pues preferiría hacerlo él solo. Ellen está borracha, hace demasiado ruido, aunque desde la sala llega suficiente estrépito para apagar el que puedan hacer ellos. El chico vuelve a cantar, las mujeres hablan quitándose la palabra de la boca. Joachim da el primer paso hacia la escalera que corre por el lado interno de la fachada y sube al taller.

–Quítate los tacones –susurra, y ella obedece.

Joachim vacila antes de abrir la puerta. Los últimos días ha hecho cosas bastante peores, aunque esto le parece distinto. Abre. La única iluminación es la luna que penetra por los grandes tragaluces, pero es suficiente. Ellen está en silencio y él entiende el motivo: esto le queda grande, es lo mismo que supondría para Joachim andar por ahí con Hemingway. Hay cuadros por todas partes. Algunos en caballetes, otros amontonados junto a la pared. Se encuentran en distintos estadios, pero todos comparten los rasgos inconfundibles tan especiales de Kollisander. El uso de la naturaleza. Madera de árbol quemada, colores de flores, Joachim lo huele. Va de un cuadro a otro, se pierde, oye los pasos de Ellen. Tiene en el cuerpo una sensación pesada, paralizante. Como si estuviera en estado de hipnosis. ¿O acaso la pintura es venenosa? ¿Estarán aspirando vapores tóxicos, creados por la flora local?

Hay un caballete en el centro del taller, con la parte trasera dirigida hacia ellos. Se acercan, Ellen le agarra la mano con fuerza y Joachim nota que está temblando. Un cuadro pequeño, no uno de esos enormes. Ellen coge la pintura y la vuelve con muchísimo cuidado.

–*La mujer secreta* –dice en un susurro.

Es muy simple. Un rostro de mujer, eso es todo. Tiene la espalda hacia el

espectador, pero mira hacia atrás por encima del hombro. Los labios... ¿Está sonriendo? Hay algo en los ojos, algo dulce. A su alrededor, el cielo enrojece, un atardecer quizá, un horizonte suave. Joachim no sabe qué decir. Por un lado, es banal. Pero también algo... sobrenatural.

–No –balbucea Ellen, con la voz rota.

–Es tan pequeño... –dice Joachim.

Ellen le aprieta la mano con fuerza, Joachim se siente vacío. ¿De verdad que eso es todo? Así que se equivocó por completo. No tiene nada que ver con la muerte de Louise. Decepcionado, suelta la mano de Ellen y la mira. Tiene lágrimas en los ojos. ¿Tan espléndido es ese cuadro? Joachim no puede compartir su admiración, no tiene acciones en el mundo del arte. Mira otra vez *La mujer secreta*. Hay algo... Sí, el cuadro casi tiene más vida que una persona real. Pero ¿qué es lo que hace tan singular a ese cuadro? ¿La pintura? ¿El delicado sol poniente? Más como si fuera un grabado que algo ejecutado con pinceles. Pero no es solo eso, también hay algo especial en el lienzo mismo. Se acerca más.

–Joachim –le susurra Ellen cuando extiende la mano.

–¿Qué?

Ellen sacude la cabeza:

–¿Es que no lo ves?

¿Ver, qué? Las yemas de los dedos de Joachim se desplazan con cuidado sobre el lienzo. Es seco y delgado. Poroso. No es un lienzo normal, ¿será papiro? Se aproxima al cuadro y lo estudia con los ojos entornados. No, no se trata de fibras vegetales tejidas, en absoluto. Es un material uniforme, algo que formaba una unidad desde el principio. Extiende un dedo.

–Vámonos de aquí –susurra Ellen, sujetándole la mano.

Los dedos de Joachim se siguen moviendo, impasibles, sin que le abandone esa sensación pesada y paralizante. Es como si su cerebro no funcionara lo suficientemente deprisa, como si estuviera pasando algo por alto. El dedo se detiene en un agujero oculto en el rojo junto a la boca de la mujer. Los labios. Hay otro agujero, en una de las pupilas. Y un tercero en el lóbulo de la oreja izquierda. Un triángulo.

–Joachim..

Ellen no se acerca al cuadro, lo que extraña a Joachim. Como si la mujer estuviera rodeada por un círculo de intranquilidad que Ellen no desea cruzar. Tres agujeros. Oreja, boca, ojos. Un triángulo.

Joachim toca los agujeros, uno tras otro. Pequeños huecos, ausencia de vida. Bueno, eso no significa nada. No ha encontrado nada.

–Ven. –Ellen arrastra a Joachim hacia la puerta. Oyen a Kollisander despidiéndose de los demás invitados. Esperan un momento hasta que las mujeres se llevan a Billy hasta los adoquines y desaparecen. Esta vez Ellen es la primera, baja la escalera con mucho cuidado hacia la fachada de la casa.

–¡Ellen! –Es la voz de Kollisander, detrás de ellos. Ellen se vuelve–. Creía que os habíais marchado.

–Estábamos disfrutando de un cigarrillo y de las estrellas –dice Ellen, que intenta sonar contenta–. Porque lo cierto es que es una noche fantástica. ¿O será solo que estoy borracha?

Kollisander ríe.

–¡Anda! ¿Sabes lo que hemos olvidado? Mi *limoncello* artesano –dice el artista con entusiasmo.

Joachim lo mira.

–Mejor será que nos vayamos al hotel.

–No me podéis rechazar ese honor –dice Kollisander–. Son mil limones explotando en la lengua en un bellissimo instante – añade, chasqueando los dedos–. Como el alimento del universo, recreado con limón. ¡Venid! Solo serán diez minutos. –Entra y los llama. Ellen mira a Joachim con un gesto... ¿de qué? De terror.

–¿Tú crees que debemos ir? –pregunta ella.

–Vamos –dice él.

Ella va delante, Joachim vacila un segundo. Sigue sin comprender qué le sucedió a Ellen en el taller. Cuando se encuentran de nuevo en la sala, Kollisander está sirviendo licor en unos vasitos pequeños.

–Hecho en casa –dice–. En mi próxima vida seré campesino.

Ellen coge el vaso, sus manos tiemblan levemente.

–A tu salud, Joachim –dice Kollisander al pasarle el vaso.

Beben en silencio. Está muy frío, el denso licor de limón sabe dulce y fuerte. Es como dice Kollisander, mil limones.

–Está bueno, ¿eh? ¿Un poco más? –Joachim mira a Ellen, y en la penumbra le parece que dice que no con la cabeza. Sin embargo, acepta el vaso, otra vez lleno.

–Pero este es el último –dice Joachim–. Si no, mañana no conseguiré levantarme. –Joachim bebe el segundo vaso tan deprisa como el primero.



Siente el alcohol, el punto en el que ya se ha bebido demasiado y la rotación de la tierra se acelera. Se sienta, solo es un momento—. ¿Me podrías dar un vaso de agua? —dice en un murmullo. También Ellen parece cansada. Kollisander no para de hablar desde el fregadero de la cocina, ríe y habla. Joachim cierra los ojos. Y ve... el triángulo. El anzuelo. El triángulo del anzuelo. El que vio en aquel sótano, las mismas señales, exactamente las mismas que en la piel de la mujer. La mujer a la que Joachim pagó miles de coronas para poder azotarla hasta la muerte. Tenía las mismas señales del látigo, del único latigazo, que le dio en el muslo.

—Ellen...

Joachim se levanta, todo se vuelve negro ante sus ojos al tiempo que lo invade una oleada de alivio. No se equivocó, y ahora lo comprende. El cuerpo de Louise no tenía piel. Eso dijo la Policía, que pensaba que Helene se la había arrancado para ocultar la identidad de Louise. Pero fue Kollisander. La mujer secreta es Louise. Es su piel. Él la despellejó.

—Ellen...

Joachim intenta acercarse a ella. Las piernas... apenas le obedecen. Levanta la vista. Delante de él está Kollisander. Muy tranquilo. Ya no sonrío. Kollisander está disfrutando el momento en que Joachim lo entiende todo y se da cuenta. Les ha dado algo... ¿Qué?

—¡Ellen! —Joachim chilla, intenta llegar hasta ella, pero Kollisander lo tiene agarrado. Contento y seguro de sí. Le hace tumbarse en el suelo. ¿Va a morir ahora? ¿Lo ha envenenado? Todo se oscurece. Quiere chillar, intenta ponerse en pie, se siente como una foca que sale del agujero en el hielo para respirar, sin saber si le está esperando un oso polar o un cazador de focas. Algo se acerca a él. Oscuro, rápido. Antes de que consiga reaccionar siente un golpe en la cabeza. Pesado. El cazador de focas, piensa, inútilmente. Se lleva una mano a la cabeza, pero no llega a alcanzarlo, cae hacia delante y hacia abajo, cae.

*Cae.*

La Policía conduce a Helene de inmediato a la comisaría de Viborg. Durante el recorrido, el coche de policía está casi mudo. Pero ¿qué se puede decir? Helene ha sido detenida in fraganti cometiendo un allanamiento. No le han quitado las esposas, no sabe por qué, pero no le molestan. Se siente más libre que... ¿que nunca? ¿Era libre en la isla? ¿Era libre viviendo con Joachim? En cierto modo. Pero quizá seguía habiendo algo, si lo piensa, algo negro que la amenazaba. La realidad.

La comisaría es un edificio bajo de color marrón oscuro. Incluso los grandes paneles de cristal de la entrada son iguales. Dejan a Helene en una celda en el sótano, un catre duro, paredes desnudas, un lavabo, nada más. Se acostumbrará poco a poco.

—¿Cuánto tiempo voy a permanecer aquí?

El agente se detiene en la puerta.

—Comparecerá ante el juez antes de veinticuatro horas, según establece la ley.

—¿Un día entero, entonces?

—Las comparecencias son siempre por la mañana —aclara el policía.

—Tengo hambre —dice Helene.

El agente la mira y sacude la cabeza.

—No tienes más que pulsar aquí —le dice, señalando un botón y enseguida vendrá el servicio de habitaciones. Por regla general, a estas horas solo disponemos de caviar y champán.

La mira lleno de desprecio. La señora Söderberg. Dinero. Envidia. Helene sacude la cabeza suavemente. Ese hombre debería saber que ella querría renunciar a todo.

La recoge un policía distinto que la conduce al juzgado de guardia. Otro edificio feo. Le hace subir la escalera y entrar en una sala iluminada de techo

bajo. ¿Han venido todos para ser testigos de su derrota? Los espectadores, las dos chicas chinas, los tres emigrantes. No. No, Helene se da cuenta de que son el botín de anoche. Los que pisaron la raya, los emigrantes que –Helene lo descubre al momento– traen tabaco de contrabando desde Rumanía; las dos mujeres chinas no tendrán más de diecinueve o veinte años, solo intentan encontrar un lugar mejor en el mundo, un lugar donde puedan crecer, encontrar personas que saquen a la luz lo mejor que llevan en su interior. Hay un intérprete, pero casi no tiene nada que traducir, las chinas lloran tanto como hablan y su llanto, que te traspasa el corazón, es una demostración en sí mismo. Helene las escucha contar cómo cruzaron la frontera. Huyendo. Es complicado, Helene renuncia a seguir la historia, y el defensor da la asombrosa impresión de compartir su sensación. Todo es cosa de dinero. Aksel, Hirsch, las chinas, los cigarrillos rumanos, los contrabandistas..., todo. Dinero, dinero, dinero. Siente rabia cuando la conducen a una mesa delante de la jueza. Fue el dinero lo que la endureció por dentro, lo que la convirtió en una persona a quien todos temían. No desea ser dura, pero aún tiene que serlo un poco, tiene que utilizar a la vieja Helene, de otro modo no podrá ganar este combate. Edmund está allí, irreconocible. Encogido, pálido y flaco, mirando al suelo para no cruzarse con la mirada de ella. A su lado hay un hombre de pelo que ya clarea, con un perfecto traje de chaqueta de finísimas rayas. Se recoloca las gafas y mira a Helene con algo que parece querer ser un gesto tranquilizador. El abogado del traje de rayas se pone en pie, se aclara la garganta, mira a la jueza, que parece cansada.

–La señora Söderberg ha sido diagnosticada de... amnesia retrógrada –dice.

Se intercambian papeles que la jueza lee por encima del borde de las gafas. Se usan palabras como enfermedad psíquica, irresponsabilidad; Söderberg Shipping pagará a Lundqvist e Hijo todos los gastos ocasionados por el allanamiento. Helene está atónita. ¿No van a acabar estas estupideces? ¿Realmente quieren cerrarle la boca metiéndola en un psiquiátrico? ¿Medicarla hasta que no pueda poner en peligro sus repugnantes mentiras? Mira a Edmund, que evita su mirada. Luego se vuelve hacia la jueza, una mujer de mediana edad con el pelo corto y aspecto tranquilo. Es a ella a quien tiene que convencer.

–No estoy trastornada –dice cuando se produce una breve pausa–. Tengo perfectamente claro que he cometido un delito serio. ¿Puedo explicar por qué?

La jueza ladea la cabeza y se recoloca un poco las gafas.

–Si puedo proseguir... –dice el abogado.

–Me gustaría oír lo que tiene que decir la acusada –dice la jueza.

El abogado se queda inmóvil. Helene respira hondo:

–Este abogado no me representa a mí, sino a mi familia –dice Helene, que lo explica todo al detalle. Un crimen cometido durante la guerra, y que la dirección de Söderberg Shipping ha mantenido oculto durante todos estos años. Helene mira hacia la sala, a su espalda. ¿Habría algún periodista? Quizá; y si es así, este podría ser un buen momento, un día espléndido–: Mi padre ordenó asesinar a su socio, William Hirsch, cofundador de Söderberg Shipping, y la demostración se encontraba en el archivo al que accedí por la fuerza. –Sí, hay un periodista, con cazadora beis, está escribiendo a toda velocidad, como histérico. Helene mira a Edmund, que tiene las manos entrelazadas y tan apretadas que los nudillos parecen blancos. Helene vacila. Conteniendo la respiración, espera la reacción de la jueza.

Hay una larga pausa, y la jueza empieza entonces a hacer preguntas. Muchas preguntas. Todo el proceso que llevó al allanamiento se describe a fondo. Helene habla del robo, de casi todo lo referente a este, aunque sin mencionar para nada a Jens Brink. Siente alivio al decirlo en voz alta. Habla también del intento de asesinato, del coche negro que la hizo salirse de la carretera, del hombre que la seguía. El interrogatorio parece no terminar nunca, Helene responde a las preguntas mientras Edmund se va hundiendo cada vez más en su silla. El abogado sacude la cabeza mientras garrapatea notas sin parar, esperando a que le llegue el turno. Pero la jueza no le da esa oportunidad.

–Puede volver a sentarse, señora Söderberg –dice esta, y mira sus papeles por un segundo. Pregunta si la fiscalía ve motivos que impidan poner en libertad a Helene, y el fiscal sacude la cabeza: «No». Se fija una fecha para la primera comparecencia en juicio oral, dentro de cien años, piensa Helene. La señora Söderberg carece de importancia en esta audiencia, el allanamiento es una bagatela, y se han dado cuenta de que hay cosas peores.

**E**l aire sigue templado, el cielo es azul oscuro, aunque está a punto de anochecer. No fue fácil persuadir a Martin, convencido de que Helene no tiene suficiente experiencia para bucear a más de cinco o seis metros de profundidad. Pero ella insistió, utilizó a la vieja Helene, la que es capaz de

ponerse por encima de cualquiera, la mujer a la que se tiene miedo. No obstante, tuvo que prometerle que no se alejaría, que todo el tiempo estaría, como mucho, a un cuerpo de distancia de él. Pese a todo, él sigue abrumado. Buscar un cadáver con una buceadora aficionada. Van en el bote hasta el lugar indicado por Helene. En dirección sur-suroeste, en el centro del lago, justo donde se hace visible el castaño del mesón.

Martin va sentado al timón, con la brújula en la mano. Helene se siente relajada en el traje negro de neopreno.

–Allí –dice, cuando el gran árbol aparece detrás del borde de los pinos.

Martin detiene el motor. El silencio se extiende por el aire.

–Nunca buceo aquí, es peligroso –repite Martin.

Martin mira fijamente las aguas profundas. Su rostro está blanco, abandonado por la sangre, como la tiza, igual que un desalentado reflejo de la oscuridad de allá abajo. Las masas compactas de la Edad de Hielo, una eternidad conservada en un fondo inalcanzable.

–Una vez se ahogó aquí alguien mientras buceaba –dice Martin.

Helene vacila. A lo mejor es demasiado peligroso.

–¿Lo conocías? –pregunta Helene con prudencia.

–Era una mujer. Y no, pasó antes de que yo empezara a bucear –responde–. Sería mejor que dejaras la búsqueda a los buceadores de la Policía.

–Si no lo hacemos nosotros, vendrán otros. Personas que solo querrán ocultar mejor las huellas del crimen –dice ella, insistente.

Martin se queda sentado, cediendo contra su voluntad, y echa el ancla. Ayuda a Helene a ponerse el equipo. Helene se sujeta el cinturón de plomo a la cintura. Con una botella de oxígeno que pesa kilos, apenas puede mantenerse erguida.

–¿Te acuerdas de todo?

–El pulgar significa arriba –dice Helene–. La mano abierta encima de la cabeza significa tiburón –continúa, riendo. Martin sonrío.

–Pero esta inmersión no es para principiantes –repite Martin, intranquilo.

–Tendré mucho cuidado –lo tranquiliza Helene.

La última parte del equipo son las aletas. Martin es el primero en dejarse caer al agua, y Helene lo sigue al momento. Tiene la sensación de que el agua se abre ante su cuerpo, que le da la bienvenida. Esta segunda vez disfruta un poco más. Tienen el rostro vuelto el uno hacia el otro, se ponen las boquillas al mismo tiempo y se sumergen cuando él hace una señal. Los brazos a los

costados, relajados, las piernas se mueven tranquilas, decidiendo dirección y velocidad. Martin dirige hacia delante el haz de luz de la linterna e ilumina las algas que se mecen con el movimiento del agua, danzantes praderas, un mundo debajo del mundo. Un pececito recibe el rayo de luz y escapa.

Abajo.

La oscuridad se hace más densa alrededor de ellos. Sus haces de luz cortan como espadas la oscuridad, deshaciendo pequeños bancos de peces, ligeros como las burbujas que flotan alrededor del rostro de Helene. Poco a poco se van hundiendo más y más. Se siente caer como una quimera, como un descenso infinito hacia la nada. Empieza a sentir presión en los oídos. Asustada, se lleva una mano al oído, que está cubierto por la ceñida capucha de neopreno. Martin ve el movimiento e inmediatamente reduce la velocidad. Por un instante quedan colgados en una caída congelada. Después reanudan lentamente el descenso. Poco a poco, el cuerpo se va acostumbrando a la creciente presión. Disminuye el dolor y Helene puede concentrarse en lo que ve. Ahora están a gran profundidad, la oscuridad los envuelve, densa. Aquí no hay plantas acuáticas, solo agua, quietud. Así continúan largo rato, cada vez más abajo. De pronto, algo se mueve desde atrás y Helene da un respingo. Una anguila pasa a su lado, serpenteante. Entonces llega otra más, esta vez desde delante. Hay algo ominoso en la forma en que se mueve delante de ella y de Martin. Pertenece a otro mundo donde ella es solo una intrusa. Martin no parece afectado, señala hacia abajo y Helene ve que han alcanzado el fondo. No es una base sólida de arena, sino un cenagal fangoso. Cuando sus aletas rozan el fondo, se agita un extraño limo rojizo que se eleva y gira una vez, dos veces, antes de posarse de nuevo, pesadamente, y al hacerlo forma un dibujo nuevo, una superficie nueva. Debajo de ella, más de lo mismo. Una capa infinita incapaz de endurecerse. Helene siente desánimo. Hace muchos años que arrojaron allí el cuerpo de William. Y si está enterrado bajo varios metros de ese limo cenagoso... Nada de acá para allá sin dirección, pero no pierde de vista a Martin, que parece menos desorientado que ella. Con su linterna dirigida al fondo, nada sistemáticamente en pequeños círculos. Un giro, y otro. Ella intenta seguir su método, pero le resulta difícil saber dónde está el centro de su círculo. Las anguilas siguen pasando sin preocuparse por ellos, y parecen tener un destino claro.

Helene lo nota en las piernas: ha desaparecido la feliz sensación que tuvo al descender por el agua. Es inútil buscar nada en este mundo submarino de cieno

y oscuridad. Echa de menos a Joachim. No tiene ni la menor idea de dónde puede estar, ni de qué puede estar haciendo. Y ella sigue siendo sospechosa del asesinato de Louise Andersen. Puede acabar en la cárcel, esa es la realidad. La botella la golpea, siente los ojos cansados y reseco tras la máscara de buceo. Parpadea varias veces, tiene que hacer un esfuerzo para concentrarse, lo que más desea ya es abandonar. Martin le indica que no les queda mucho oxígeno, tendrán que subir enseguida. Cuatro minutos. Helene se obliga a seguir moviendo sus piernas, pesadas y rígidas, que se resisten. Desciende un poco más, todo el rato está orientándose, pero ¿dónde está Martin? No puede alejarse mucho de él. Dos minutos. Martin hace una seña a Helene para que se acerque a él, y nada más de prisa. Ella obliga a sus agotadas piernas a aumentar la velocidad, usa los brazos para ayudarlas, y avanza. Martin no deja de mirar su ordenador de buceo, Helene se da cuenta de que están a mucha profundidad. Hace frío. Allí no hay vida, no hay peces, casi no hay plantas. Y el fondo es indefinible, no tiene fin, es un agujero infinito excavado por un glaciar de la Edad de Hielo... No. Sí que tiene fondo, Helene ve... ¿qué ve? Un bloque de cemento. Martin está justo detrás de ella, él también lo ha visto, la adelanta y entonces lo ve. Un cadáver. Amarrado a un bloque de cemento con una gruesa cuerda deshilachada. Los zapatos, la ropa, tan bien conservados, Helene piensa primero que debe de ser algo reciente, que lo echaron allí este mismo año. El torso está casi cubierto de cieno, de tiempo. Martin se pone a cavar frenético con las manos y al poco descubre el torso. La ropa está extrañamente entera y bien conservada. Ropa de hombre, traje de chaqueta, corte antiguo. Y entonces Helene ve que no está tranquilo como el Hombre de Tollund. Martin dirige la luz de la linterna hacia el cuerpo. Los ojos no son más que unas rendijas negras, pero el resto del cuerpo está perfectamente conservado en la imagen de un instante de terror. Martin señala un agujero de bala en la sien, no muy grande, es casi como si se hubiera vuelto a cerrar en las profundidades. Pero ella lo reconoce por las fotos... y de pronto se siente invadida por la pena. Hasta ese momento solo han sido rumores, pero ahora... Su propio padre. Un asesino, un ser humano de alma negra. Martin hace señas de que tienen que subir. Ya. Helene hace ver que ha entendido. El cuerpo de William. Por fin. Ahora tiene la prueba que Caroline no podrá desmentir con palabras. Cuando suban, tienen que llamar a la Policía inmediatamente. Tendrán que quedarse en la barca hasta que lleguen los agentes, Helene no está dispuesta a correr riesgos. Se yergue y se dispone a

subir, Martin la coge de la mano. Solo tiene que seguir la velocidad que vaya marcándole, despacio, aunque todo a su alrededor grite de impaciencia por hacer pública la prueba. Con el torso vertical, da patadas, toca el fondo un poco demasiado fuerte y al momento se ve rodeada de cieno rojizo. Martin desaparece. Helene da otra patada para subir, para alejarse del cieno, y entonces se da cuenta de que ha tocado algo. Otra vez. Su pie ha chocado con algo duro, algo que no está ahí por casualidad. Suelta la mano de Martin y vuelve a bajar, iluminándose con la linterna. Los sedimentos hacen imposible ver nada, palpa con las manos, y lo nota con claridad. Hay algo. Martin descende hasta ella e intenta cogerle la mano, pero ella sigue excavando en el lodo. Nota los bordes, las manos de Martin están a su lado. ¿Otro cadáver? Siguen excavando, y al poco el lodo empieza a asentarse. Sus ojos se encuentran y Helene ve pánico en los de Martin. Helene lo sabe, tienen que subir. Pero ¿y si han encontrado a la buceadora desaparecida? Helene ve el cuerpo. Pero no es una mujer, ni un buceador, no hay traje de neopreno, no hay cinturón de buceo. El torso está ahora plenamente visible, lleva uniforme, está tumbado de espaldas a ellos. Un uniforme militar antiguo. Martin le agarra la mano, tienen que subir ya. Helene echa un último vistazo al cadáver. ¿Y ese uniforme? ¿Quién es ese militar? La cabeza está echada a un lado, en el cuello hay algo que brilla. La placa de identidad del soldado se mece en el agua. Martin tiene bien sujeta la mano de Helene, la arrastra decidido hacia arriba y ni se le pasa por la cabeza soltarla. A Helene se le cae la linterna e intenta extender el brazo todo lo que puede. Busca a toda prisa en la cabeza, el cuello, la palpa y con los dedos helados la agarra, tira de la cadena pasándola por encima de la cabeza. Sostiene en la palma de la mano la placa metálica, nota claramente el grabado mientras ascienden. El nombre del soldado.



Joachim parpadea, todo está como velado, parpadea de nuevo y abre los ojos del todo. La estancia está tan iluminada que al principio no consigue orientarse. Luego ve la pintura delante de él: *La mujer secreta*. Ese rostro color sangre. *Louise*. Kollisander los ha arrastrado a los dos hasta su taller. Al lado del cuadro está la camisa de Joachim, que tiene el torso desnudo. Los brazos estirados hacia arriba le duelen. Intenta bajarlos, pero están fuertemente atados y, por mucho que tira, es inútil. Se deja caer, exhausto, tiene algo en la boca, como una bola blanda. Tela, agria, empapada en su propia saliva. Intenta escupirla, pero está bien sujeta. Una mordaza que le mantiene los labios separados y la boca abierta y muda. Gira la cabeza y allí mismo, a su lado, está Ellen, amarrada de la misma forma. Gruesos trapos en las muñecas, atada con una cuerda a los ganchos de hierro de la viga. Arriba, el cielo. Es por la mañana, hasta ahí puede distinguir Joachim. ¿Cómo... la bebida de Kollisander... brindis, un poco demasiado? Sí, gracias, la última, dijo Joachim. Rohipnol... insípido, incoloro, la droga de violación más común en el mercado. A la hija de un amigo de Joachim se la echaron en la bebida en un club nocturno. Joachim mira a Ellen. Tiene los ojos cerrados y el torso doblado hacia delante. Un pánico repentino se apodera de él, pero ve que el pecho de Ellen sube y baja lentamente. Está viva, gracias a Dios. Joachim escucha. ¿Dónde está Kollisander? Del exterior le llegan los débiles sonidos de la vida de la ciudad. Una campana repica en una de las innumerables iglesias. Echa la cabeza hacia atrás. A través de la ventana octogonal ve el cielo. Luminoso y azul, sin una sola nube. Debe de ser por la mañana, ¿habrá pasado inconsciente toda la noche? Joachim intenta mover las piernas, pero están atadas con fuerza por los tobillos. Está colgado tan alto que los talones no llegan a tocar el suelo. Todo el peso del cuerpo se apoya en la parte anterior de los pies. Intenta moverse, pero pierde el equilibrio. Por un instante cuelga con todo el peso en los omóplatos. El dolor es como si se los estuvieran descoyuntando, e inmediatamente vuelve a la posición original.

—Estate quieto —suena de pronto una voz a su espalda.

Oye moverse una silla, pasos, y Kollisander está delante de él. Joachim nota el olor de su aliento: cebolla y ajo.

–Buenos días, Joachim, espero que hayas descansado bien.

Kollisander tiene un pincel en la mano, lo seca en un trapo arrugado.

–Pensé que os apetecería mirar mientras trabajo –continúa Kollisander, señalando el cuadro con la cabeza–. ¿Os gusta?

Joachim tira otra vez con los brazos, poniendo en ello todas sus fuerzas. Se hace daño en las muñecas, y la piel, rajada de tanto tirar, le escuece.

–Es inútil, Joachim, no haces más que malgastar energías. Relájate y disfruta de las vistas.

Kollisander desaparece detrás de Joachim. Desesperadamente, Joachim intenta moverse otra vez, se apoya sobre los dedos de los pies y se mueve de lado a lado, liberando peso de los brazos, intenta soltar las manos pasándolas entre las ligaduras de las muñecas. Siente algo en la espalda, unas pasadas leves, alegres. Y entonces lo entiende: Kollisander está pintando... sobre su espalda. Joachim pugna por liberarse.

–Estás malgastando las fuerzas –dice desde atrás una voz paciente.

Joachim se queda quieto, el corazón le martillea, el sudor brota por todos los poros. Aterrado, gira la cabeza todo lo que puede, en todas direcciones. Ellen deja escapar un sonido, levanta la cabeza y mira a su alrededor. Está aún con la borrachera del sueño. Se yergue bruscamente y da un tirón con los brazos, pero sin ningún éxito. Exactamente igual que hizo antes Joachim, se apoya en los dedos de los pies e intenta desplazarse a un lado, atrás, pero no consigue nada. Vuelve el rostro. Mira a Joachim, que por un instante no comprende por qué lo ve todo tan claramente, pero entonces lo entiende: Ellen lo sabía. De una u otra forma..., no está realmente sorprendida.

–Buenos días, Ellen –dice Kollisander.

Ellen gira la cabeza, está claro que lo ve y que ve lo que está haciendo.

–Realmente me alegro mucho de que hayáis encontrado a Louise. Debo reconocer que me sentía un poco solo al ser el único que podía admirarla.

Joachim nota los círculos calientes, hechos como con una pluma, sobre la piel. Movimientos lentos, esmerados. De vez en cuando, Kollisander seca con cuidado el sudor de la piel de Joachim, para continuar el eterno dibujar en círculos. El trapo de la boca le produce náuseas, y entonces nota algo caliente en la pierna. Se está orinando sin poderlo evitar.

–Sí, era de esperar –dice Kollisander poniéndose en pie–. Es el miedo –

continúa, con un carraspeo—. De hecho, es genial. Cuando nos entra miedo y queremos huir, tenemos que librarnos de todo el peso muerto posible. La lagartija se quita el rabo, nosotros nos lo hacemos encima.

Joachim oye algo a su espalda y gira la cabeza todo lo que puede. Kollisander está levantando con mucho cuidado una mesa metálica a un lado de Ellen. Sobre la mesa hay un recipiente esmaltado con un botón de termostato abajo del todo. En el recipiente burbujea una masa espesa. Roja. El mismo color rojo del cuadro que tienen delante. Pintura de cola animal, rojo carmín, exactamente a sesenta grados de temperatura. El torso de Joachim se mueve violentamente. Kollisander coloca un taburete detrás de la espalda de Ellen, se coloca bien, justo en el límite del campo visual de Joachim. Kollisander se inclina hacia delante y con toda tranquilidad coge entre los dedos la cremallera del vestido de Ellen y la abre. La cremallera baja justo hasta debajo de la región lumbar. Con cuidado, con cariño, echa hacia los lados la fina tela, dejando desnuda la espalda. Después, de un único tirón, desgarrar la tela. De pronto, el diminuto cuerpo de Ellen parece aún más pequeño, más frágil. Kollisander le baja el vestido por debajo de la cintura y deja sus pechos al desnudo. El hombretón también se ha quitado la ropa y solo lleva encima unos anticuados calzoncillos blancos. Sus brazos son como pilares, el torso está abultado por los músculos. Kollisander coge un pincel, lo mete en la espesa pintura y empieza a pintar con gran concentración. Ellen mira a Joachim... ¿disculpándose?

—Louise era buena conmigo —dice de pronto Kollisander—. Louise entendía de lo que se trataba. Tú no comprendes nada. Pero creo que Ellen sí que lo comprende. Quiero ser tan bueno con Ellen como Louise lo fue conmigo.

Finalmente, Joachim consigue poner en orden sus pensamientos. ¿Habrá alguna forma de soltarse?

—Yo pagaba a Louise mientras practicaba. Pinté sobre su piel hasta que... Probé muchos... métodos distintos hasta que encontré el adecuado. Para mí, es importante que el resultado no sea correoso. Es difícil conseguir exactamente la fina superficie que voy a utilizar.

Insatisfecho, da un pellizco a Ellen, que deja escapar un murmullo. Gritaría si pudiera, pero de momento casi todo el sonido es absorbido por la mordaza que el gran artista le ha metido en la boca.

—En realidad eres demasiado morena, me viene mejor la piel de Joachim. Pero por el momento vale. Lo que es, es, y esa es la idea con la que trabajo.

Muchos creen que lo planifico todo, y es cierto que me gusta tener el control. Pero el mayor control, ciertamente, se consigue cuando uno está dispuesto a renunciar. Cuando se toman las cosas tal como vienen.

Kollisander se rasca un poco la barba antes de continuar:

–Por ejemplo, aparecisteis como caídos del cielo y se me ofreció una nueva oportunidad. Pensaba que no iba a poder llegar más allá de donde llegué con Louise. El clímax, pensaba, pero ahora resulta que ella no fue más que el principio.

Hunde el fino pincel en la pintura, ajusta un poco el termostato y sigue pintando. De pronto, suspira.

–A Louise le pagaba. Le pagaba bien, pero para ella no era suficiente –dice Kollisander detrás de ellos.

Por primera vez, Joachim oye algo distinto en la voz de Kollisander. Todo el tiempo ha hablado con la superioridad del hombre de mundo. Pero ahora, cuando cuenta que Louise grabó un vídeo con su móvil, a escondidas, la voz de Kollisander se vuelve una pizca más aguda. Ha desaparecido la voz de bajo, reducida por el peso de la confesión a un leve susurro. Kollisander la había azotado con un látigo, la había abofeteado, la había rajado, y todo estaba recogido en la pequeña cámara de Louise. Imágenes horribles que destrozarían la carrera del gran artista.

–Louise no cayó del cielo, la encontré yo. La encontré en la herrería, donde vivía con la loca aquella, la que había escapado de algo que nadie entendía bien qué era –dice Kollisander, casi pegado al rostro de Joachim–. Pero ahora lo entendemos mejor. ¿No era ella tu Helene?

Joachim mira sorprendido a Kollisander. ¿Cómo lo sabe? Kollisander sonríe.

–Tú nos lo contaste en el sótano –dice al tiempo que le da a Joachim una palmadita en la mejilla.

El grueso brazo, el hombre enorme que Joachim vio fugazmente cuando fueron a por él... era Kollisander.

–Me sorprendió cuando estaba despellejando a Louise. Por un momento pensé que tenía dos nuevas pieles en las que pintar. Pero la loca se resistió. Le golpeé la cabeza contra el suelo – cuenta Kollisander, y Joachim ve con dolor a Helene sobre el frío suelo de cemento de la herrería, a Kollisander golpeándole la cabeza contra el hormigón para matarla. Helene, recién expulsada de su terrible historia familiar. Vive escondida mientras intenta

encontrar una forma para salvar los restos y alejar a sus hijos de Edmund y Caroline. Y entonces aparece Kollisander, mata a Louise y se arroja sobre Helene. Pero ella se resiste, consigue soltarse a patadas y lo golpea, quizá con una de las viejas barras de hierro que había por el suelo, restos de la auténtica edad del hierro, cuando se construía un mundo totalmente nuevo con algo negro y duro, la época a la que perteneció el padre de Helene. Se pone de pie, tiene que salir de allí corriendo, el viejo y gordo Kollisander está en el suelo retorciéndose de dolor, pero Helene no tiene nada. Y allí, a la salida, está la mochila de Louise, Helene la coge y sigue huyendo, desesperada, ahora con la mochila de una muerta en las manos. Lo mismo que hizo Joachim cuando quiso alejarse de Ellen. Al ferry, casi en estado de trance. Helene consigue superar la noche y las olas, a la mañana siguiente está en Rønne, deshidratada, destrozada; en la tibieza de la mañana se desmaya en la pasarela que lleva del ferry al muelle. Y despierta en el hospital. Y lo ha olvidado todo. Su familia, el incesto, el crimen, Kollisander..., todo.

Joachim intenta observar a Kollisander por el rabillo del ojo. Está sentado, con el pincel en la mano, contemplando pensativo el cuadro hecho con la piel de Louise. ¿Está pintando el retrato de Ellen en su propia piel? ¿Joachim tiene su propio rostro pintado en su espalda? ¿Morirán también ellos dos, convertidos en mudos testigos de la locura de Kollisander? Joachim tiene la boca seca, el dolor del pecho va en aumento, un dolor que no ha sentido hasta ahora.

–Es mucho mejor hacer primero la imprimación... Imprimir, dejar que se seque del todo y luego despellejar por detrás, ahora lo veo claro... Es una simple cuestión técnica, nada que os pueda interesar a vosotros –farfulla Kollisander en voz baja.

La cabeza de Ellen cuelga hacia delante, parece apática y apagada. Joachim intenta, desesperado, pensar un plan de huida.

–Lo que más me extraña eres tú, Ellen –dice Kollisander–. Tú me conocías. Me puedes recordar de la academia de arte. Si alguien pudiera conocerme a fondo, esa serías tú.

Se planta delante de ella, que lo mira. ¿Está asintiendo? Joachim duda.

–Pero ¿por qué meterte voluntariamente en la guarida del león? –murmura Kollisander, que le levanta la cabeza y aspira su aroma–. ¿Por él?

Kollisander mira con desprecio a Joachim.

–¿Para morir con él? ¿Mejor morir que vivir sin él? ¿Es algo de eso? Bella,

bella Ellen.

Kollisander se pone justo delante de Ellen, que baja la mirada. El artista le coge la barbilla y la fuerza a levantar la cara. Ella lo mira, rebelde, le tiembla el labio inferior.

–Mi bella, bella Ellen. Es precioso ver cómo me utilizaste en tu intento de que él se fijara en ti. ¿No entiendes, Ellen, que está ciego? Es un gusano ciego. Condenado a seguir en la oscuridad.

Le suelta la cara y ella cierra los ojos, las aletas de la nariz tiemblan de furia. Joachim nota que la sangre le abandona la cabeza, tiene los brazos cansados. ¿Acaso lo sigue amando y solo por eso lo acompañó? ¿Todo lo que dijo de estar relajada y feliz era falso? ¿Sabía que Kollisander había matado a Louise?

Kollisander hace otra ronda, observa sus espaldas con gesto de satisfacción y levanta la cabeza hacia atrás. Ahora el sol está más alto.

–¿Tenéis sed? –pregunta–. Por desgracia no os puedo ofrecer agua, porque eso retrasaría la deshidratación y sería malo para el proceso. La pintura está ahora en vuestra espalda, la cola de animales muertos está trabajando con vuestra piel, penetrando en vuestro sistema. Se podría decir también que los animales muertos están mudándose a vivir en vuestro cuerpo. Es muy importante que se produzca a la velocidad correcta, la pintura tiene que infiltrarse en la piel al tiempo que os resecaís.

Se pasa una mano por la frente, cubierta de sudor. Cierra despacio los ojos, respira, levanta los brazos por encima de la cabeza, junta las piernas y se queda así un momento, como un reflejo corporal de ellos dos, luego vuelve a abrir los ojos. Se dobla levemente hacia delante, como en una elegante reverencia.

–Ahora me retiraré y dejaré que el sol haga su labor. Será doloroso, no os lo puedo ocultar. Llegaréis a desear que alguien acabe con vosotros enseguida, pero no es posible. Necesito que os vayáis secando despacio. También es por vuestro propio interés, para que os conservéis lo mejor posible. Recordadlo cuando os resulte insoportable. El dolor es importante, el dolor es necesario. Y yo os lo proporcionaré. ¿Os parece bien?

Se va entonces, y desaparece del campo visual de Joachim. La puerta se cierra tras él con mucho cuidado. Joachim mira la ardiente esfera por encima de sus cabezas.

La Policía ha estado trabajando toda la noche para rescatar los dos cadáveres. Al amanecer llegó el inspector jefe de la Policía Criminal, un hombre ancho de espaldas que iba con la cabeza gacha y una expresión en los ojos como si tuviera que acarrear sobre los hombros todos los problemas del mundo. Estrechó apresuradamente la mano a Helene y desapareció entre la multitud que se hallaba dentro del cordón policial, al borde de la laguna. Por el agua van y vienen lanchas de la Policía, trazando pequeños círculos concéntricos en torno al punto más profundo del lago. Martin y Helene están sentados en un coche patrulla observando el enorme circo que se desarrolla delante de ellos. Martin le tiene cogida una mano y ella se la aprieta, agradecida por no estar sola, pues la inquietud sigue reconcomiéndola. ¿Es realmente William? Tiene que ser él. Pero ¿quién es el otro? Arde de impaciencia por compartir las novedades con Joachim, pero este sigue sin responder. Tiene en las manos el teléfono de Martin y vuelve a intentarlo. Joachim debe de tener apagado el teléfono, o quizá lo ha perdido.

Un policía abre la puerta delantera, se sienta y se vuelve hacia ellos.

—La placa de identidad corresponde a un tal Henry Louis Miller —dice—. ¿Les suena de algo? —Helene sacude la cabeza—. Era un soldado americano destinado en Katterbach Kaserne, en Alemania. Hemos buscado el nombre en la base de datos internacional de personas desaparecidas —continúa, mirando unos papeles que tiene impresos—. Durante un permiso hizo un viaje en moto por Alemania y llegó a Dinamarca. Y entonces desaparece sin dejar huella. La familia lo estuvo buscando durante años —concluye el policía.

—¿Y eso cuándo fue? —pregunta Helene, extrañada de la repentina eficiencia de la Policía. Han descubierto ya un montón de cosas.

—En 1968 —responde el agente, que está mirando el parabrisas.

—¿En 1968? Pero estaba tan...

Martin continúa la frase:

—Bien conservado. Los dos lo están.

El policía habla de las ciénagas de la región, de los agujeros sin fondo de la

Edad de Hielo, de la combinación de un medio pobre en oxígeno y el agua cenagosa, del ácido que hace imposible que vivan las bacterias y, con ello, evita la putrefacción de los materiales orgánicos. Helene ya había oído todo eso en el museo. Reflexiona, intentando relacionar esos hallazgos con su padre y con la muerte de William. Un soldado desaparecido veinte años después. No consigue imaginar por qué están los dos juntos. Sus pensamientos se ven interrumpidos porque en la orilla hay más movimiento ahora, unos agentes parecen preparados para recibir algo, una lancha se acerca. Helene se echa hacia delante para ver lo que sucede.

—¿Los han sacado? —pregunta Martin.

—Eso parece —dice el policía, al tiempo que abre la puerta.

Martin y Helene salen también del coche y se acercan. Todos miran de la misma forma, con una mano sobre los ojos para protegerlos de los primeros rayos del sol. Helene vuelve a sentir el nerviosismo por saber si el cadáver pertenece realmente a William. ¿Y si ese lugar del lago no es más que el sitio donde los delincuentes comunes se deshacen de los cadáveres? Entonces no tendrá ninguna prueba. Los buzos llegan a tierra, transportando con mucho cuidado los dos cuerpos. Los rostros, tan vivos y tan terriblemente muertos a la vez, y todo el tiempo, en el campo visual de Helene, los neoprenos negros de los buzos. Colocan con cuidado los cadáveres sobre una base de plástico extendida sobre la hierba. Se forma un círculo de personas curiosas, y vivas, alrededor de los muertos. Los técnicos piden un poco de espacio y empiezan con el cuerpo vestido con el anticuado traje de chaqueta oscuro, pues siempre llevan a cabo una investigación en el escenario antes de llevar el cuerpo al laboratorio, según les explica el agente de más edad. A lo mejor falta algo, como un dedo o un miembro, y hay que encontrarlo antes de llevárselos.

—¿Por eso bajan otra vez los buzos? —pregunta Helene al ver a los buzos de la Policía sentados silenciosos en la barca.

—No —responde el agente—. Van a intentar encontrar un arma homicida.

Helene se desplaza un poco hacia delante, siente la necesidad de ver lo que pasa. De no ser por ella, la Policía no estaría aquí. Registran la ropa de William. Buscan en todos los bolsillos, pero no encuentran nada. Las pruebas más técnicas, como las de la dentadura, se harán más tarde. Los técnicos pasan a continuación al hombre uniformado, que tiene el rostro aún cubierto de barro y cieno. Helene oye a alguien decir algo sobre el uniforme, que es americano, que era el que usaban los soldados cuando salían de permiso. Ya en el primer



bolsillo, el técnico encuentra algo. Con mucho cuidado saca un monedero muy bien conservado, lo abre con cautela y extrae el contenido: algunas monedas antiguas, tanto americanas como danesas, de cinco y diez céntimos. Continúa con el siguiente bolsillo. Vacío. Solo al examinar los bolsillos del pantalón aparece algo: un pequeño contenedor negro. El técnico lo coge con cierta vacilación.

–¿Qué puede ser esto? –le pregunta al otro técnico, agitándolo suavemente.

–Hay algo dentro –dice, y levanta la mano para desenroscar la tapa.

–¡No! –grita Helene.

Todos se vuelven hacia ella, sorprendidos, mientras Helene se abre paso entre los mirones.

–Son negativos, un rollo de película, de cuando se usaba el celuloide. Si la abren desaparecerán las fotos –dice a toda prisa.

El técnico mira el botecito de plástico, se nota que lo reconoce y que al momento se ruboriza. Tendría que haberse dado cuenta él. Rápidamente mete el bote en una bolsita de plástico y anota algo. Al laboratorio. Hay que revelar las fotos.

**L**a Policía cree que debe de existir una relación entre los dos cuerpos, así que piden a Helene que los acompañe a un laboratorio fotográfico que han encontrado en Aarhus. Lo cierto es que ya no quedan muchos, y el inspector jefe piensa que Helene puede serles útil. A fin de cuentas, es ella quien ha encontrado los cuerpos, y la que conoce los rostros de los actores de este viejo drama. Se despide de Martin con un abrazo. Qué curioso, en realidad son unos extraños, pero ahora ella confía en él más de lo que ha confiado nunca en Edmund.

–Gracias, Martin, nunca olvidaré lo que has hecho por mí –le dice en voz baja, abrazándolo.

Se sienta en el coche al lado del inspector jefe, que espera hasta que ella se haya puesto el cinturón de seguridad para poner el motor en marcha. Van en silencio, y al poco llegan a la autopista. Helene mira por la ventanilla mientras escucha a medias las conversaciones del anciano policía por el teléfono.

–Los técnicos han comparado las fotos con el cadáver, y todo apunta a que se trata de William Hirsch –dice, aunque poniendo de relieve que aún no hay

nada seguro; es necesario hacer pruebas de ADN y otras pruebas científicas. Helene sabe exactamente dónde habrá que dirigirse para conseguir un ADN coincidente. Tiene sus pruebas, Caroline y Edmund no podrán seguir ocultando la verdad; no podrán seguir tildándola a ella de enferma mental ni intentar encerrarla basándose en ello—. Y el otro es el soldado Henry Louis Miller, a menos que llevara la placa de otro. Enseguida sabremos qué papel tiene en todo esto —continúa.

—¿Y están seguros de que existe relación? —pregunta Helene otra vez.

—Dos cuerpos colocados uno encima de otro... Mi experiencia, que no es nada escasa, me dice que difícilmente puede ser una casualidad.

—Pero hay más de veinte años de diferencia entre las dos muertes, ¿no? —objeta Helene.

Aparcan delante de una vivienda unifamiliar. Helene mira con asombro la pequeña y fea casa de ladrillo con techo plano y doble portón de garaje.

—Hemos encontrado a un entusiasta de la fotografía de estilo antiguo, aunque no fue nada fácil —dice el policía.

El inspector se dirige hacia la puerta con Helene. Los está esperando el fotógrafo aficionado, ya jubilado, que los recibe con olor a fritanga y un perro. Lo acompañan al sótano, y dentro de este entran en una habitación de techo bajo con las ventanas tapadas. Helene lo mira atentamente. Frágil, flaco, pero con un barrigón inmenso. ¿Podría deberse a alguna enfermedad que provoque que todo encoja excepto la grasa del abdomen? Cierra cuidadosamente la puerta una vez que han entrado, apaga la luz normal y gira el interruptor que hay junto a la puerta. La habitación se llena de un tenue resplandor rojizo al que tardan en adaptarse los ojos de Helene. El fotógrafo se mueve con soltura en el estrecho pasillo entre dos grandes mesas, ocupadas por cubetas de plástico poco profundas y recipientes de líquidos. Helene sigue intentando imaginar cuál podría ser la relación. Un soldado americano. ¿Qué estaba haciendo en Dinamarca? ¿Por qué acabó en el lago, al lado de William?

—Ahora voy a apagar la luz. ¿Desean esperar aquí o prefieren salir?

Helene y el inspector jefe esperan fuera, al sol. No serviría de nada quedarse en el sótano para echarle el aliento en la nuca al viejo. La espera es insoportable. Helene entretiene los minutos paseando arriba y abajo por la

calle a cuyos lados están las casitas unifamiliares. Ve madres jóvenes que vuelven a casa con sus criaturas, operarios que traen lavadoras nuevas o que vienen a reparar los canalones del tejado. La vida cotidiana. Helene se pone a pensar en algo que dijo Joachim una noche, en la isla. Citó al padre de Robinson Crusoe, justo antes de que Robinson se embarcara: la estación intermedia es el andén de la felicidad, le dijo a su hijo. O algo por el estilo. No quería que Robinson persiguiera fama y riquezas. Hay que atreverse a vivir en la estación intermedia, en la vida cotidiana.

—La clase media —musita Helene mientras mira a través de una ventana el interior de la casita amarilla. El padre de Robinson hablaba de la clase media, de contentarse con poco, de atreverse a buscar la felicidad en las relaciones inmediatas, atender al trabajo, disfrutar los festivos, tener una afición, como el viejo fotógrafo. Pero el padre de Robinson habló a unos oídos que no quisieron escucharlo: Crusoe, igual que Aksel, el padre de Helene, buscaba más. Mucho más. Demasiado.

—¿Señora Söderberg?

Se vuelve y mira al inspector jefe.

—Ya tiene reveladas las fotos. ¿Entramos?

Helene sigue a los dos hombres al sótano y al cuarto oscuro.

—Los negativos han sobrevivido —dice el anciano—. Ahora es solo cuestión de ver lo que sale en ellos.

Con cuidado, Helene pasa delante de la mesa y se coloca a su lado para verlo trabajar con las hojas de contacto. El anciano levanta una hoja en blanco con unas largas pinzas de plástico y la mete en una de las cubetas. La deja un momento, luego la levanta y la pone en la cubeta siguiente. Trabaja con movimientos tranquilos. Utiliza varias hojas y cubetas al mismo tiempo. Indica con el dedo una de las cubetas.

—Parece que tenemos algo —dice, afable.

Helene fija la mirada, y al principio no sucede nada, pero entonces empiezan a dibujarse unos contornos. Son sombras que se van extendiendo y volviéndose más precisas, hasta que el tema de la foto resulta visible. Un campo de fresas, unos jóvenes en cuclillas a lo largo de los caballones. Son colores de otra época, los colores de Kodak, que de alguna forma parecían entonces un poquito más inocentes. Otra foto, también en el campo de fresas. Tres hombres, uno junto a otro, hombro con hombro, cogidos del brazo. Pantalones cortos y camiseta, sudorosos, alegres, jóvenes. Helene distingue

los rostros. ¿Es Henry uno de ellos? No tiene ni idea de lo que está buscando. El fotógrafo levanta la foto con las pinzas, la deja unos segundos en otra cubeta y después la cuelga a secar en un cordón que atraviesa todo el cuarto. Es difícil ver en el resplandor rojizo.

–Espere –dice Helene. El policía la mira, y ella mira a Henry, el joven soldado americano.

–¿Está usted bien? –pregunta el inspector a su espalda.

–Sé quién es el soldado muerto –dice Helene al tiempo que se vuelve y mira al policía–. Sé quién es.

El sol hace lo que tan bien sabe hacer: alcanzar su cénit. Aún no es mediodía, todo empeorará. Joachim mira a Ellen e intenta decir algo, pero solo consigue exhalar un sonido quejumbroso que atraviesa la mordaza que le tapa la boca. Ella parpadea con los ojos enrojecidos, empapada en sudor. ¿Estará Kollisander allí mismo, al otro lado de la puerta, sentadito al fresco, esperando a que se sequen por completo?

*La mujer secreta*, el cuadro sigue delante de ellos. La expresión del rostro de la mujer, Joachim no puede apartar los ojos de ella. Hubo un tiempo en que era una mujer que respiraba, que pensaba, que comía, que amaba. Por un instante, Joachim la ve con vida, la ve realmente. La expresión del rostro de la mujer secreta. La forma en que mira por encima del hombro, en que mira directamente a los ojos de quien la contempla. En sus ojos hay una señal como de indulgencia; son los ojos de Louise, pintados directamente sobre su piel muerta. Siente lástima por Joachim, por Kollisander, por todos los que encuentran su mirada. Perdona la infinita misoginia que le arrebató la vida, esa misoginia que es el combustible que mueve a artistas como Kollisander y a tantos otros... ¿También a Joachim? Esa sensación punzante, innata, de no ser visto, de no ser amado. O te derrumbas por la falta de amor o te engrandeces. Artistas, escritores, cuando no consiguen el amor verdadero de la única persona que realmente significaba algo, buscan el amor de miles, de millones. Pero con cada nuevo seguidor, con cada cuadro vendido que cuelga en enormes salones, va creciendo la rabia. Y entonces el artista intenta follarse a mujeres muy jóvenes. Pero no sirve de nada. Y empieza a golpearlas o a humillarlas. Sin embargo, eso tampoco sirve, es imposible liberarse del odio. Y al final Kollisander llegó al acto definitivo: la mató, la despellejó. Y entonces ella resucitó, allí mismo, delante justo de Joachim. Con una grácil mirada por encima del hombro, con una sonrisa casi inapreciable en sus finos y rojos labios. No hay duda, está perdonando a los hombres su misoginia, desde el más allá está diciendo: «Con mi muerte os habéis destruido a vosotros mismos, lo habéis perdido todo, y yo sigo viviendo».

Sí, Joachim se ha matado a sí mismo. Todo el recorrido que lo llevó hasta allí, ahora lo comprende. Cómo creó a Ellen, cómo creó un monstruo con sus rechazos, con su tiranía. Él es el único culpable. Y Ellen respondió de nuevo en cuanto tuvo una oportunidad, en cuanto Joachim le pidió ayuda. Dijo: «Estupendo, vámonos los dos juntos a buscar el infierno, moriremos cogidos de la mano».

Ellen tiene los ojos cerrados, respira con dificultad, se desmaya un instante y vuelve en sí. Joachim aparta la mirada, desesperado, mira a lo alto pero la luz lo ciega. Inclina la cabeza, apoya la barbilla sobre el pecho y cierra los ojos. La oscuridad detrás de los párpados lo marea. Solo por un instante. Y entonces aparece el rostro de Helene, su cabello rubio, sus ojos, mirándolo. Otra vez ese doloroso sentimiento en la garganta. La idea de no volver a verla es insoportable. Nadie sabe dónde están Joachim y Ellen. En algún momento la Policía se pondrá a buscarlos, naturalmente, pero Kollisander tiene dinero de sobra para hacer desaparecer sus cuerpos. Esta vez tendrá más cuidado y se asegurará de que desaparezcan del todo, sin dejar huellas. Nadie, ni siquiera Helene, tendrá la más mínima idea de la relación entre la desaparición de ambos y las nuevas obras secretas de Kollisander. Helene terminará en prisión. Tienen su ADN en el cuerpo de Louise y no necesitan más. No. Desesperado tira de las manos, pero los trozos de tela fuertemente atados no ceden. Estira y se desgarran la piel, duele, escuece. Su grito hace que Ellen abra los ojos y lo mire con pena. Ella se ha rendido ya, Joachim se da cuenta, pero él no quiere rendirse, de modo que dobla las piernas, cuelga todo su cuerpo de los brazos, nota que el peso estira al máximo los tendones de sus hombros y el dolor le atraviesa los brazos y baja por la espalda. Pero los trapos atados siguen sin ceder. Apoya las piernas en el suelo, da un salto y deja caer el cuerpo violentamente. Una y otra vez. Los nudos no ceden ni lo más mínimo. Está de nuevo sobre los pies. Piensa. Ahora, el sol está en todo lo alto y los abrasa. El sudor le cae sobre los ojos, se acumula en regueros que descienden por la columna vertebral. Ojalá pudiera beber. Agua fresca. Ojalá el agua le refrescase la cara, aclarase sus pensamientos. Es como si la razón se fuera deshaciendo y se mezclara con el sudor. ¿Cuánto tiempo se puede sobrevivir en una sauna? Todo el cuerpo grita pidiendo agua. El sol abrasa inmisericorde, no hay nubes, solo un cielo azul, sin filtro, sin protección. ¿Qué temperatura habrá ahora aquí dentro? ¿Sesenta grados? ¿Más? Joachim baja la mirada hacia el suelo, los ojos le escuecen. ¿Puede un cuerpo echar a arder

cuando alcanza una determinada temperatura? Autoignición. Ha pasado algo por alto. Sabe que ha pasado algo por alto, pero cuanto más intenta pensar más se desboca su cerebro. Tiene que haber una salida, siempre hay una salida. De pronto, algo capta su mirada en el suelo. Un trapo arrugado. Gamuza blanca, manchada de rojo. De rojo sangre. El trapo con el que Kollisander secaba el pincel. Sesenta grados, la pintura tiene que estar exactamente a sesenta grados para conservar suficiente fluidez para poder usarse. *Pero no a más temperatura.* ¿Fue Ellen quien le habló de la pintura de cola animal? No, fue el dependiente de la tienda de pinturas, el buen hombre era de lo más amable. Es peligrosa esa pintura, muchos talleres se han quemado porque empezaron a arder los trapos con pintura seca: *autoignición.* Kollisander tuvo la precaución de bajar la tapa del recipiente esmaltado y se lo llevó. También él debió de pensar en el peligro de incendio. Pero se olvidó del trapo. Está encima de la mesa, y no le da el sol. ¿Y si Joachim pudiera mover la mesa para que el sol le diera de lleno, justo entre Ellen y él? Mira hacia arriba. Las correas están sujetas a la viga que hay encima de ellos. Joachim estira un pie, intentando alcanzar la mesa. Si la pudiera acercar hasta colocarla en medio de los dos, justo bajo los rayos del sol. Es una locura prender fuego a una habitación en la que se está amarrado, con los brazos extendidos a los lados como el Hombre de Vitruvio, de Leonardo da Vinci. Pero quizá... Si Ellen pudiera empujar la mesa, solo un poquito. Si las llamas son suficientemente altas, y llegan a prender en la viga. La viga arderá primero, el fuego subirá... Hay una oportunidad. Si el humo no los mata antes. Abre la boca y hace un ruido. Ellen levanta la cabeza, agotada, y lo mira. Joachim indica afanoso con la cabeza la mesa que hay a espaldas de ella, y agita las piernas en la misma dirección. Ella gira la cabeza, sin comprender nada, y ve la mesa. Por un instante, él se apoya sobre los dos pies, descansa, junta fuerzas y entonces se estira sobre los dedos de los pies todo lo que puede, todo hacia un lado, se hace más y más largo. El dolor es insoportable. Estira la pierna, equilibrándose sobre las puntas de los dedos, colgado de los tendones de los hombros. Y por fin Ellen comprende. ¿O no? Sea como sea, intenta ayudarlo, ella está más cerca de la mesa. Ellen consigue empujarla unos centímetros. Es como si el ruido de la mesa al arrastrarse sobre el suelo le diera algo, una esperanza, o la sensación de estar haciendo algo. De estar luchando. Joachim asiente con la cabeza para animarla. Otra vez. Ella lo intenta varias veces, está a punto de rendirse, pero entonces consigue tocarla con los dos pies, colgada

de los brazos, Joachim no logra entender cómo esa mujer tan flaca es capaz de aguantar, pero ha logrado dejar la mesa más cerca de ellos, y la suelta. Ahora Joachim puede alcanzarla con los pies, y la pone bajo los rayos del sol. La mesa está ahora en medio de los dos. Ellen mira el trapo, y ahora comprende. Mira inquieta el trapo manchado de pintura, las aletas de la nariz se abren un poco. Pueden oler un tenue aroma de cola. Ellen sacude la cabeza, sus ojos dicen que no. Es demasiado peligroso, no podrán controlar el fuego, se quemarán allí dentro. Se miran. Es su única oportunidad. Ellen también lo sabe. Por un segundo, Joachim teme que el fuego no prenda, pero entonces ve una débil luz azul y amarilla en el trapo. Y entonces se acelera; casi como en una explosión, todos los trapos de la mesa están en llamas. Y las llamas devoran ansiosas la madera de la mesa, y el fuego se mueve hacia arriba, arriba, sube lamiéndolo todo, es rapidísimo. Joachim mira a Ellen, que tiene su mismo gesto, con los dientes apretados, y que probablemente está pensando lo mismo que él. Mejor quemarse deprisa que secarse despacio. Se apoya sobre los dedos de los pies, se tuerce hacia un lado para mantener el cuerpo a la mayor distancia posible de la llama, pero su vestido destrozado no la acompaña. De pronto el fuego se mueve en un reguero por el suelo de piedra. ¿Quizá Kollisander dejó caer algo de pintura? El fuego se acerca con la velocidad del rayo a la pared del lado opuesto de Joachim. Las llamas no han prendido en la viga de encima de ellos. El borde del vestido de Ellen tiene un fulgor que amenaza con echar a arder. Joachim nota algo en la piel de la cadera... y de pronto también en la espalda, es la pintura de cola animal, que ha empezado a calentarse. Ellen tenía razón, es demasiado peligroso, es incontrolable, van a quemarse vivos allí dentro. Si no fuera porque la mordaza atenuaría el sonido, gritaría. Brota de él un grito desesperado. La mesa, entre él y Ellen, es pura llama. Mira la viga, la parte inferior está negra ahora. Por el humo. Ellen chilla, Joachim cierra los ojos, Dios mío, piensa, nunca jamás he creído en ti... Abandona su oración, el dolor es demasiado violento. Abre los ojos y mira hacia arriba. El fuego ha prendido en la viga. Intenta gritarle algo a Ellen, que no reacciona. El humo se le mete por la nariz, esto es el final y lo sabe, pues todo se ha transformado en un mar de llamas. Joachim intenta acercar las correas al fuego, cuando de pronto lo comprende con claridad: su plan es inútil, desesperado, el fuego no será la navaja de Joachim, las llamas no serán el cuchillo que desgarrará las ligaduras. Va a morir. *La mujer secreta* se quemará allí dentro, la prueba de que Helene no participó en la muerte de



Louise terminará convertida en cenizas. Y Joachim... Toda la culpa es suya. Aunque no le queda mucho tiempo de vida para poder sentir remordimientos. Solo unos segundos más y estará muerto. Pero la conciencia de ello le proporciona tranquilidad. Mira a Ellen en medio del humo, ella también ha encontrado el reposo. Joachim no puede seguir con los ojos abiertos, le duelen demasiado.

–¡Ellen! –Su grito se convierte en un ruido agónico con la mordaza en la boca. Ellen no reacciona, está desvanecida, ¿quizá muerta?

El inspector jefe de la Policía Criminal ha salido a toda prisa, el anciano fotógrafo dijo que no importaba; el otro lado del sótano está a oscuras, no se puede escapar luz que estropee las fotografías. Helene intenta captar fragmentos de la conversación telefónica del policía al otro lado de la puerta del cuarto oscuro. Sus pensamientos no quieren dejarle ni un momento de paz, pero parece importante. Han encontrado algo más en el lago. ¿Algo tan fundamental como para que Helene no deba oírlo? ¿Por qué? Por fin vuelve y Helene lo mira pidiendo una respuesta. El policía vacila, se le nota en los ojos. No debería compartir información con ella; a fin de cuentas, es una sospechosa de asesinato, una persona ajena.

—Sin mí no habrían llegado ustedes a ningún sitio —dice con frialdad mientras mantiene el contacto visual con él como solo Helene Söderberg es capaz de hacerlo, convincente, dura, sin desviar los ojos.

—Han encontrado un arma —dice el policía en voz baja.

—¿En el fondo?

—No muy lejos. Utilizaron un detector submarino de metales... —Sonríe—. Nunca en la vida había tenido que emplear uno de esos.

—¿Es la misma arma... con la que...? —Helene busca las palabras.

—Es demasiado pronto para decirlo. Además, las huellas dactilares no sobreviven mucho tiempo en el agua. —Mira las fotografías y al anciano fotógrafo, que trabaja deprisa; está colgando fotos todo el rato—. ¿Y usted qué ha descubierto?

—Écheles un vistazo —responde Helene, señalándole las fotos del campo de fresas. Un grupo sentado en una playa, sonriendo al objetivo con el sol en los ojos; sonrisas del pasado. El policía estudia los rostros, aunque sin saber aún qué debe buscar, igual que le pasó a Helene al principio, hasta que lo vio. En una foto aparecen dos hombres cogidos del brazo, junto a una mujer de pelo largo. Los rostros están vueltos hacia algún sitio y la foto está enfocada en un árbol que hay a su lado. O se trata de un error, o el fotógrafo intentó hacer algo artístico. El anciano cuelga más positivos. El inspector repasa las fotos como

ella, buscando algo en la galería del soldado muerto. Ve unos jóvenes en la playa, escruta otra vez todos los rostros. Abiertos, felices. Fotos de verano. Un viernes, recogiendo fresas. La mujer de pelo largo está allí también, sonríe enamorada al fotógrafo.

–¿Qué estoy buscando? –pregunta.

–¿Conoce de vista a mi marido?

–Naturalmente.

–¿Y no lo ve en las fotos?

–¿Cómo va a estar ahí? Son de los años sesenta –responde.

Y entonces se da cuenta. El soldado americano, Henry. Es como ver una foto de Edmund. La misma nariz que él, el mentón ancho, los ojos grandes. El fuerte cabello oscuro de Edmund.

–¿Es su...?

–Padre –dice Helene, que ahora señala a la mujer joven sentada al lado de Henry, en la moto–. Y esta es su madre. –El inspector jefe clava los ojos en la mujer.

Caroline. Una Caroline joven, bella, visiblemente enamorada. Los brazos de Caroline rodeando el cuerpo de Henry, los risueños y afectuosos rostros vueltos el uno hacia el otro. Caroline y Henry. Los padres de Edmund.

Joachim levanta la vista. El fuego ha prendido en casi toda la estructura de madera, el calor está dispuesto a acabar con ellos. No puede ver a Ellen, el humo se ha interpuesto entre los dos, está por todas partes. Lo único que no arde son las correas que los sostienen. Joachim logra pensar en Helene. Ve su rostro. Cuando despierta por la mañana y abre la puerta, se pone detrás de él y lo mira. Le grita, chilla... en una lengua extranjera. No, Joachim levanta los ojos. Gritan, pero no es Helene, está llegando gente, alguien ha visto el incendio. Joachim grita detrás de la mordaza, hace todo el ruido que puede. Da una patada a la mesa con toda la fuerza de la que es capaz, pero no consigue superar el estruendo del fuego. Por un breve instante ve a Ellen, debió de ser su patada lo que puso el humo en movimiento. Está colgada, sin apoyar los pies. Joachim oye varias voces abajo, en el patio. Los italianos hablando unos por encima de otros. Y de pronto, pasos en la escalera... «*Attenzione!*», grita alguien. ¿Quién? Alguien que intenta que esa gente se mantenga a distancia, que no entren en el infierno de llamas. Otra vez. «*Attenzione!*» Una o más personas gritándose unos a otros. Joachim intenta volverse hacia la puerta. ¿Se ha abierto? Hace todo el ruido que puede. Y de pronto ve una figura en medio del humo. Se acerca, y por un instante Joachim cree ver el rostro de Kollisander. Pero es un joven italiano con el jersey cubriéndole la nariz. Mira horrorizado a Joachim y a Ellen, y a su lado aparece un amigo, se gritan uno al otro. Joachim tiene que cerrar los ojos otra vez, le duelen demasiado. Los jóvenes luchan contra los nudos, están demasiado firmes, también por culpa de Joachim, los ha apretado más y más en su intento de liberarse. No. ¡Ya! Un brazo cae. Con movimientos bruscos y rápidos, consigue quitarse la mordaza con una mano mientras le ayuda el joven italiano. Está libre. Está libre, de verdad. Siente los brazos extrañamente ligeros y los agita para que circule la sangre y recuperar así su control. El otro italiano pugna con los nudos que sujetan las muñecas de Ellen. Su vestido está a punto de echarse a arder. Joachim corre hacia ella, le arranca el vestido, de una patada aleja de ella la mesa ardiente. También la piel de su espalda está hinchada. Los dos jóvenes

se concentran en los nudos..., un brazo cada uno. Ella gime de dolor mientras Joachim tira frenético de la mordaza para quitársela y se arranca también la correa que tiene alrededor de la cabeza, escupe lo que queda de la mordaza. El fuego se ha adueñado del entramado de la pared.

–*Come on* –dice con una voz ronca que apenas consigue reconocer él mismo.

Ellen parece extrañamente desorientada. Uno de los italianos la coge en brazos y se la lleva. Joachim mira el humo y las llamas. Allí dentro está la demostración de la inocencia de Helene. ¿Quizá bastará con lo que han visto Ellen y él? ¿Bastará con eso para liberar a Helene?

–¡No! –Joachim oye al joven italiano chillar una y otra vez al verlo retroceder a toda prisa, volviendo al humo, al fuego, al calor–. ¡No! –Joachim tropieza con la mesa, se hace daño en la pierna pero vuelve a levantarse. Agita los brazos en un inútil intento de abrir huecos en el humo para ver algo. Entonces siente que el italiano lo agarra, lo sujeta de un hombro mientras vocifera. Joachim se rinde, se deja sacar a rastras. Y entonces lo ve, en el suelo, es *La mujer secreta*. De un fuerte tirón se libera, echa una mano al cuadro antes de que pueda volver a sujetarlo. Esta vez no se resiste, va con él hacia la salida, hacia la luz, hacia la vida.

Ellen está ya tumbada sobre una alfombra en el jardín cuando Joachim se tiende ayudado por los otros. Detrás de Ellen está sentada una mujer, echándole agua en las heridas y un poco en la boca. Los dos italianos sirven de apoyo a Joachim para que pueda sentarse. Hay otras manos dispuestas para recibirlos, en el patio no hace más que entrar gente sin cesar. Los jóvenes quieren volver. Han visto a un hombre en el piso bajo, eso es todo lo que Joachim alcanza a comprender. Otros están ya golpeando la puerta para abrirla, pero está cerrada con llave por dentro. Joachim mira hacia la ventana, el fuego penetra a toda velocidad en la sala donde pocas horas antes estuvieron cenando con Kollisander. Por un breve instante, Joachim lo ve. Una figura, una espalda ancha, un grito. Piensa que los jóvenes no comprenden. No pueden entender que Kollisander prefiera morir quemado a ser desenmascarado y devorado por el escándalo.

–¿ Joachim?

Se vuelve. Es la voz de Ellen. Joachim le sonríe, y luego cierra los ojos.

El agua somnolienta, indolente, que se anima solo algunos segundos al toparse con los acantilados de la isla. Si no, está ahí simplemente, negra, muerta. ¿Está muerto él, muerto como el agua? No, ahora choca él contra los roquedales, le duele todo, despierta, ve como las aguas ven el mundo a través de un velo. Y vuelve a caer en un mar de indiferencia. Que desaparezca, piensa Joachim. Que los doscientos seis huesos y los noventa mil kilómetros de vasos sanguíneos, venas y arterias que componen la persona llamada Joachim desaparezcan para siempre. ¿Quién lo va a recordar, quién lo va a echar de menos? Su familia, ni te cuento. ¿Sus lectores? Pues vaya...

—No, vamos —susurra en un breve instante de vela—, arrójame, Dios, una última vez, arrójame contra los acantilados que tú llamas vida.

Pero Dios no lo escucha, Joachim no muere.

¿Han pasado días? ¿Semanas? Joachim despierta, pero de una forma distinta a las anteriores. Despierta sin ganas de volver a dormirse. Mira a su alrededor. Una habitación grande, individual, con doble ventana. Ligeros visillos blancos la resguardan del sol de la tarde. A intervalos irregulares, los vidrios se mueven muy ligeramente, dejando en el cuarto un sonido cristalino. Es el tren que pasa. Eso le contó una de las enfermeras en un instante de repulsiva vela, cuando lo obligó a beber. Está en Palermo, el hospital se llama Villa Maria Eleonora o algo por el estilo. Bonito. Un buen lugar para morir. Mejor que otros. Quedará muy bien en futuras reediciones, en la última página, debajo del retrato del autor: *Nacido la noche de año nuevo de 1963 en Onsevig, Lolland. Muerto en 2015 en Palermo, Sicilia.* De un extremo de Dinamarca a un extremo de Europa.

Desde el pasillo llegan pasos atareados, murmullos preocupados. De vez en cuando una voz más alta, excitada, o un ataque de tos. Se mira a sí mismo: vendajes y grandes apósitos para quemaduras. Lo que está peor es la espalda, llena de ampollas reventadas, de heridas abiertas, tiene que acostarse de lado. Todo lo que no está vendado está cubierto por una gruesa pomada pegajosa. Sigue teniendo los pulmones encharcados, pero ha escapado básicamente

entero. Hasta ahí recuerda Joachim de una de las pocas conversaciones con el médico. En su penoso inglés, el médico le aseguró que estaría recuperado dentro de poco. Joachim preguntó por Ellen, y el médico vaciló. Demasiado. Luchó con las palabras, la gramática y los significados, y explicó con muchas dificultades que estaban haciendo todo lo posible para ayudar a... *the woman from Denmark*. Intoxicación por humo. Los pulmones. *Very serious*. Joachim está destrozado por la situación de Ellen. Aunque ella supiera de alguna forma, o sospechara, que Kollisander había podido quitarle la vida a Louise. Joachim es incapaz de entender por qué. Renuncia a pensar más en ello. Piensa en Helene. La echa de menos y no sabe bien si la añoranza le duele más que las quemaduras. Sea como sea, le duele desde lo más hondo hasta la superficie de la piel. Piensa en el cuadro de Kollisander, *La mujer secreta*. ¿Salió el cuadro del edificio en llamas? Joachim no hace más que rememorar el recorrido escaleras abajo: cuando lo sacaron, llevaba *La mujer secreta* bajo el brazo. Pero después no recuerda nada más, debió de perder el conocimiento. Sin el cuadro con la piel de Louise, no existen pruebas de que fuera Kollisander quien la mató. Todo habrá sido en vano. Todo el tiempo ve ante él el luminoso rostro de Helene, de la bella, delicada Helene. La lucha desesperada contra el monstruo de Kollisander fue solo para salvar a Helene de la cárcel. Es insoportable la idea de que quizá acabará encerrada en prisión por algo que no ha hecho. Pero Joachim se ve acosado por un espantoso sentimiento de culpa. Ellen. En estos momentos, los médicos están luchando por salvarle la vida, y lo único en lo que piensa él es en Helene. Entra una enfermera, seguida por dos hombres de uniforme.

–*Polizia* –dice la enfermera.

Los dos hombres tienen aspecto serio y llevan la gorra bajo el brazo. La enfermera sale, para volver un momento después con dos sillas que coloca delante de la cama. Pone bien la sábana de Joachim para hacerlo más presentable, y entonces sale y cierra la puerta. Los dos policías están bien afeitados, tienen la misma edad que Joachim, ambos están casados, como deduce Joachim por sus alianzas de oro. Justo ahí, en ese cuarto, al lado del mar, Dios despliega ante sí una radiografía del hombre europeo en su cincuentena. Y comprueba lo diferentes que pueden resultar unos de otros. Dos hombres apuestos, como Dios manda, casados, seguro que con hijos. Y por otro lado, el hombre de la cama, el que siempre se enamora de las mujeres equivocadas, con caóticas consecuencias.



Uno de los agentes mira el reloj, carraspea y murmura algo al otro. Este, quizá de rango superior, se levanta impaciente, abre la puerta y mira el pasillo. Poco después entra otro hombre. Es delgado, canoso, y lleva traje de chaqueta de finas rayas, elegante; los rasgos de su rostro son delicados. Se dirige directamente a Joachim.

–Frans Villumsen. Soy el embajador –dice, y deja en el aire una breve pausa–. Acabo de llegar de Roma. ¿Cómo se encuentra?

Joachim se encoge de hombros, sin decir nada.

–Nosotros nos ocupamos de que lo trasladaran aquí desde el hospital público, porque están especializados en quemados –dice el embajador, abriendo y cerrando los brazos–. La Policía desearía hacerle unas preguntas. ¿Está usted... *up for it*, como se dice en inglés?

–Sí –dice Joachim en voz baja–. Y gracias.

El embajador mira sorprendido a Joachim, y saluda. Una gran sonrisa que por un breve instante le devuelve a Joachim las ganas de vivir. Quizá su agradecimiento es un nuevo combustible. Durante muchos años ha exigido, tomado. ¿Y si fuera todo más sencillo? Joachim sigue pensando en el agradecimiento cuando la enfermera entra con una tercera silla. El embajador danés le dice algo en italiano, pero Joachim se queda perdido, sin respuesta. Salen a relucir blocs de notas y bolígrafos. Y entonces comienza el interrogatorio. El embajador traduce con soltura, como si fuera a traducir una inocente conversación sobre dónde encontrar la mejor pasta primavera en el Trastevere; ni una sola vez nota Joachim que trate de vida y muerte. Los agentes están confusos, necesitan un buen rato y varios malentendidos, solo para enterarse de quién es Joachim y de lo que estaban haciendo Ellen y él en casa de Kollisander. Joachim intenta explicarlo todo en detalle, pero las preguntas y el carácter caótico de la situación lo hacen imposible. El embajador lo interrumpe todo el rato en mitad de una frase, y una vez tras otra suenan los timbres de los teléfonos de los agentes, que salen al pasillo por turnos, conversan en voz muy alta, la puerta se abre y se cierra. Cuando vuelven, empiezan a discutir entre ellos. Y todo hay que anotarlo. Pero, poco a poco, los ladrillos empiezan a encajar, e incluso el embajador comienza a interesarse por la historia. Por fin, todo queda contado y Joachim puede plantear sus propias preguntas:

–¿Han encontrado el cuadro pintado sobre la piel de Louise, el que demostrará que Kollisander es el asesino?

El embajador traduce, los agentes parecen sorprendidos y sacuden la cabeza.

–¿Está seguro de que el cuadro salió del edificio en llamas? –pregunta el embajador.

–Lo llevé yo mismo todo el rato al bajar las escaleras –dice Joachim–. Pero después no puedo recordar nada...

Un agente escribe, el otro vuelve a coger el teléfono, llama y habla en voz alta durante un buen rato.

Joachim espera a que el embajador termine de traducir lo que dicen los agentes.

–Los de la ambulancia cogieron el cuadro, y está aquí, en el hospital.

Los agentes y el embajador quieren ponerse en contacto con la Policía de Copenhague. En ese tipo de casos no es tan raro que se creen grupos de trabajo internacionales, explica el embajador, junto con otras muchas cosas que Joachim no escucha; solo se oye a sí mismo, su voz dentro de la cabeza que dice sin parar: por fin, ya es seguro, Helene no irá a prisión, no irá a prisión.

–Señor embajador –dice Joachim. El embajador se da la vuelta, está ya en la puerta, y mira a Joachim.

–Frans.

–Frans... ¿Podrías decirles que querría hablar con Helene?

**L**a enfermera lo acompaña por el pasillo. Joachim no puede esperar más para volver a oír la voz de Helene. Pero también está nervioso. ¿Y si ya no quiere saber nada de él? «Vamos», se dice a sí mismo. La enfermera se detiene ante una puerta y lo mira.

–¿Sí?

¿Sí? ¿Sí, qué? Joachim se limita a asentir con la cabeza. Sí, maldita sea, sí a la vida, a Helene, a respirar y a que se haga justicia. La enfermera abre la puerta. No es el despacho del médico con el teléfono que Joachim ha pedido que le dejen usar. Se queda en el umbral. Las contraventanas están cerradas, pero se cuela un poco de luz diurna, dividida en pequeñas franjas. Allí está ella, tumbada, muy quieta. Ellen.

–*Prego* –dice la enfermera, indicándole con las manos que pase. Joachim

entra en la habitación a regañadientes, y la puerta se cierra a su espalda. Están solos. Ellen no es más que una pequeña silueta junto a la ventana; está sentada a medias en la cama.

–¿Me odias? –pregunta. Su voz suena más tranquila que nunca. Joachim se acerca un poco más, puede verle el rostro. No hay heridas, pero Ellen parece agotada—. Me están aplicando el mismo tratamiento que a Niki Lauda – continúa.

–¿Niki Lauda? –pregunta Joachim, mirando los vendajes de sus brazos.

–El piloto de Fórmula 1. El que se dañó los pulmones porque no pudo salir del bólido en llamas –dice Ellen. Joachim está a su lado, de pie. ¿Debería sentarse? Analiza sus propios sentimientos. ¿La odia?

–¿Cómo lo supiste? –pregunta.

–¿No te sientas? He estado muy sola. –A Joachim no le apetece sentarse, lo que quiere es irse, quiere oír la voz de Helene, no la de Ellen. Pero se sienta. Pasan un rato en silencio. Joachim está convencido de que es ella quien debe explicarse.

–Cuando empezamos en la academia de arte... –dice Ellen por fin.

–¿Quiénes empezasteis?

–En realidad, Kollisander empezó un año después que yo –dice ella—. Pero entonces, ya entonces, había en él algo... perverso.

–¿En qué sentido?

Ellen se aclara la garganta, pugna por tener aire suficiente para hablar:

–Cuando pintaba un boceto, o sea, a modelos que posaban para nosotros, quería hacer cosas que a los demás nos parecía que iban demasiado lejos.

–¿Como qué? –pregunta Joachim, mirando a Ellen, que intenta encogerse de hombros, pero le duele y Joachim ve el dolor en su rostro.

–Pintó un cuadro con orina y sangre de una de las modelos jóvenes. Aquello despertó una violenta discusión –dice; reflexiona, y continúa–: Para Kollisander no bastaba nunca con que el arte se pareciese a la realidad. No podía ser una simple metáfora.

–Pues debería serlo –dice Joachim.

–Y entonces apareciste tú, con tu historia de una chica despellejada, y tu pintura de cola animal... –Ellen se detiene. Un buen rato. Solo se oyen los ruidos que llegan de la plaza, unas palomas, unos que discuten.

–Si sabías que era él... –dice Joachim—. ¿Por qué te metiste allí voluntariamente, arrastrándome contigo?

La respuesta de Ellen consiste en apartar el rostro. Joachim se queda sentado, su ira ha desaparecido, solo queda compasión. Conoce bien la respuesta. ¿Por qué es tan importante para él oírla?

–Siempre supe que volverías conmigo –dice Ellen–. Y sabía

que cuando volvieras, te darías cuenta.

–¿Me daría cuenta de qué, Ellen?

–De lo que me habías hecho.

Joachim teclea el largo número en el anticuado teléfono de botones. Fue el embajador quien le dio el número y le aseguró que Helene estaba dispuesta a hablar con él. La señal de llamada del otro lado de la línea dura una eternidad, y de pronto se establece la conexión.

–¿Joachim? –Suenan al otro lado una jadeante voz de mujer.

–¿Helene? –Oye su respiración al otro lado. Muy lejos, pero aquí–. Helene repite, y nota que fluyen las lágrimas.

–¿Estás llorando? –pregunta ella–. ¿O es que se oye mal?

Joachim sonríe en medio de las lágrimas.

–Las dos cosas, pero sobre todo la primera –dice. Y entonces se lo cuenta todo, aunque casi no sabe por dónde empezar. Helene ya ha tenido alguna noticia por la Policía, según le cuenta. Cuando le hablaron de Kollisander y la herrería, le volvieron algunos recuerdos. Recordó la lucha, y que llegó al ferry que la llevó a Bornholm. También la huida de Silkeborg empezaba a estar un poco más clara en su memoria. Que nunca quiso abandonar a sus hijos. Solo se había marchado para poder pensar con claridad y encontrar la forma de sacar a los niños de aquel infierno, de alejarlos de Edmund y Caroline. Joachim escucha la voz de Helene mientras le cuenta que llegó a Copenhague con un camionero, que conoció a Louise..., o más exactamente, que Louise encontró a Helene y la llevó a donde vivía ella. Helene estaba conmocionada, se negaba a aceptar lo que había descubierto. La vida miserable de Louise en la forja se adaptaba bien al estado de ánimo de Helene. Sabía muy bien que tenía que salvar a los niños, pero no sabía cómo. Tenía miedo de Edmund, tenía miedo de Caroline, de lo que podrían planear. Y sobre todo, más que nada, lo que

quería era proteger a los niños, que en esos días creía que eran fruto del incesto.

–¿Creías? –pregunta Joachim.

–Enseguida llego a eso –dice Helene, que sigue contándole cómo huyó cuando Kollisander mató a Louise. No podía acudir a la Policía, porque entonces Edmund habría podido encontrarla. Y se sumergió en una pesadilla. Al bajar del ferry en Bornholm, ya no podía más, estaba segura de que iba a morir. Y se cayó. Cuando despertó, su cerebro la había dejado en paz, por fin. Había borrado todo lo horrible, o al menos lo había olvidado lo suficiente como para poder seguir viviendo.

Le llega a Joachim el turno de contar su historia. Helene llora cuando Joachim le habla de la pintura, de la horrible pintura sobre la piel que Kollisander le había arrancado a Louise. Joachim consigue restañar las lágrimas de Helene al hablarle de la muerte de Kollisander en medio de las llamas. Se produce un largo silencio en la línea.

–¿Estás ahí? –pregunta Joachim.

–Sí.

–¿Dónde estás?

–En la comisaría. Querían enterarse ellos también –dice Helene.

–¿Y siguen allí?

–No. Ahora estamos tú y yo solos. También yo tengo algo que contarte –dice Helene, que empieza a hablar.

Joachim está delante del café de Christiansø. Está cerrado y oscuro, los cristales están cubiertos de una espesa capa de polvo. En la acera de delante están apiladas las sillas del local, sujetas por una gran cadena con candado. Delante de la puerta se han amontonado las hojas secas, el viento las hace murmurar. Desde ahí a Sicilia y vuelta a una Dinamarca otoñal, piensa Joachim, y se dirige a la parte de atrás del café. Las llaves de repuesto están debajo de la maceta grande de romero, donde siempre han estado. Les quita la tierra con la mano, entra y cierra con llave. Los manteles están puestos, los saleros y pimenteros dispuestos. En el mostrador del bar están las bandejas redondas con vasos de vino. El local podría abrir ahora mismo. Solo el polvo y las moscas muertas en el alféizar de la ventana reflejan que el café ha estado cerrado. Se detiene un momento, recuerda el día en el que todo cambió. Cuando Edmund entró como una tromba en el café; no, cuando Edmund entró como una tromba en sus vidas. Ahora Edmund ha vuelto al trabajo, más maniático y enfrascado en él que nunca. Eso fue lo último que Helene dijo de Edmund. Que no quería hablar de nada..., que estaba como atontado, que se había encerrado, pero que hacía como si no hubiera pasado nada, se negaba a hacerse a la idea de que su propia madre estuviera detenida por el asesinato de un soldado americano, el verdadero padre de Edmund. Caroline mantuvo sus mentiras hasta que analizaron la pistola, el arma que mató a Henry, en busca de huellas dactilares. Por regla general, en el agua las huellas no se conservan más de unos pocos meses, como máximo un año. Pero el lago en el que creció Helene es muy especial, sus aguas son portadoras de historia. Hombres y mujeres asesinados, sacrificados a dioses primitivos hace más de mil años; todo se conserva en el cieno carente de oxígeno. También las huellas dactilares de Caroline, tres, del meñique, el anular y el corazón de la mano izquierda.

Caroline sedujo a Aksel, el padre de Helene, para conseguir lo que era legalmente suyo. Sabía que nunca podría obtenerlo por vía legal, solo mediante el matrimonio. Pero el anciano tomaba precauciones cuando se

amaban, era difícil quedarse embarazada de él. Por eso Caroline se acercó a un soldado americano amante de la aventura que estaba de viaje por allí, un hombre que podría utilizar para sus fines de quedarse encinta. Entonces afirmaría que el niño era de Aksel y por fin se casaría con él. El problema fue que Henry se enamoró de Caroline y se negó a desaparecer sin más. Además, estaba convencido de que el niño era suyo. Henry descubrió los planes de Caroline. Amenazó con desenmascararla, tan desesperado como puede estarlo un enamorado. Pero Caroline no estaba dispuesta a perder otra vez lo que consideraba suyo de pleno derecho. Así que, una tarde de agosto, utilizó la pistola de servicio de Henry contra él. Solo un disparo, y no acertó demasiado bien. Pero Henry cayó al lago, luchó casi un minuto mientras su sangre se mezclaba con el agua de miles de años. Y después se quedó flotando en la superficie. Caroline ató a sus pies el ancla de la barca, como habían hecho otros con su padre por orden de Aksel. No tenía la sensación de haber matado al padre de su hijo, eso fue lo que dijo en los interrogatorios. Solo tenía la sensación de estar reclamando sus derechos. E igual que todos los demás, ella también estaba dispuesta a acabar con cualquiera que se interpusiese en su camino. Por eso tampoco vaciló al contratar a un alto precio a un sicario para que acabase con Helene el día en que ella fue en su coche a ver a Marius Flint al mesón. La Policía seguía buscándolo, estaban convencidos de que podrían capturarlo más pronto o más tarde. Era uno de los hombres empleados en la sección de seguridad interna de Söderberg. Un antiguo agente involucrado en pequeñas corruptelas que había pasado a ganarse la vida estupendamente en la economía privada, como hacen tantos otros agentes que se convierten en consejeros de seguridad, vigilantes o detectives privados. A este lo había contratado Edmund cuando Helene desapareció. Edmund lo utilizaba para misiones de vigilancia, así que era muy cercano a la familia, y también a Caroline. Fue ella quien lo contrató. Lo atrajo con una buena cantidad, y no fue difícil, pues hay quien está dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero... Si todo lo que ha vivido Joachim en las últimas semanas tuviera un titular, sería ese. Alguien hará cualquier cosa por dinero. Y por fama. Cualquier cosa.

Helene visitó a Caroline en la cárcel. Aunque la anciana había hecho cosas horribles, pues había matado, había destruido a su único hijo con un insensato plan de venganza, Helene solo podía sentir compasión por ella. También por Edmund, que se negó a visitar a su madre. Para él, la historia había terminado y no quería volver a saber nada de ella. Eso dijo en una de las pocas

ocasiones en que Helene lo vio en el despacho. Helene firmó veintidós poderes notariales que otorgaban a Edmund pleno control sobre la empresa. Encantada, y más que eso, pensó. Todo con tal de quedar libre. De poder sacar a sus hijos de aquella enfermiza y descabellada lucha por el dinero y el poder. Así se lo explicó a Joachim. También le contó la reacción de Edmund: apenas se sintió aliviado de que los niños no fueran producto del incesto, no le afectó lo más mínimo que su madre hubiera matado a su padre. Solo le interesaba la expansión de la empresa, culminar la absorción de la naviera holandesa, convertirse en el más importante del mundo sobre los mares, volar de reunión a reunión en sus reactores privados, formar parte del estrecho círculo del poder, reunirse con ministros y jefes de gobierno de países extranjeros.

Joachim siente una punzada de envidia. Edmund es y puede ser muchas cosas con las que Joachim nunca se podrá comparar. Joachim ni siquiera puede tener un trabajo fijo, solo puede escribir unas horas al día, porque después pierde la concentración y tiene que dedicar el resto de la jornada a cosas insignificantes. ¿Se hartará de él Helene algún día? ¿Echará de menos las sensaciones que produce el poder?

—Venga, vamos —dice en voz baja, y recoge la maleta y la bolsa de alimentos que había dejado en la acera, delante de la puerta.

Pasa rápido por la cocina del café, sale por la puerta trasera y sube la escalera. Entra en el apartamento. También allí está todo intacto. Abandonado a toda prisa, no se llevaron nada. Abre el frigorífico, en su interior no hay nada más que un frasco de alcaparras, solo y abandonado. Lina debió de vaciarlo antes de irse de la isla. Empieza a llenar tranquilamente los estantes. No tenía ni idea de qué comprar, de modo que cogió cosas de los estantes que imagina que a los niños les gusta comer. Dulces, montones de dulces. Tabletas de chocolate para comer con pan, tres clases de mermelada, zumo de fresa. Seguro que Helene protestará. Después recorre el apartamento, como para asegurarse de que todo sigue estando en su sitio. Luego, la sala. Se queda un momento en el umbral, y luego se sienta, un poco cansado, en el mullido sofá. No tenía ni idea de que el reencuentro con un sofá pudiera provocar tanta alegría, la siente hasta en el estómago. Se pasa una mano por el muslo, las quemaduras hacen que la pierna aún esté rígida y que le cueste doblarla. También eso mejorará pronto. Otra vez en la lucha. Un guerrero que ha vuelto a casa, un guerrero del amor. Odiseo. Sonríe para sí. Está realmente maltrecho y destrozado, espera que los niños no se asusten al verlo. Helene le ha



advertido de que no les está resultando fácil. Sus heridas las llevan dentro. Pero saldrán adelante, tienen tiempo de sobra. Ellos llegarán a conocerlo a él, y él a ellos. Empezarán de nuevo. Sabe que ha cambiado, y en las conversaciones telefónicas se ha podido dar perfecta cuenta de que Helene ha vivido cosas que la han transformado a ella también. Su aspecto es diferente, tiene un peinado nuevo. Se rio al contarle su sesión de peluquería en el baño del camping. Joachim aún tiene dificultades para comprender bien todo lo sucedido.

La mochila sigue en el suelo, en el mismo sitio donde la dejó cuando encontró el posavasos con el número de teléfono. Louise. La mujer secreta. Se queda por un momento en pie con la mochila en la mano. Piensa en que va a escribir la historia de esa mujer. Si es que escribe algo. Helene renuncia al dinero y a Söderberg Shipping para poder estar con él, para vivir juntos. Dejar los libros por Helene, por la vida, sería el más insignificante sacrificio del mundo. Ahora lo sabe. A lo mejor es por eso por lo que tiene la sensación de que puede volver a escribir. Porque no es tan importante, porque puede dejarlo. De todos modos, el despacho hay que desmantelarlo, porque será el dormitorio del muchacho. Christian participará personalmente en la decoración, y el color de las paredes lo elegirá él, si quiere. O no, según prefiera. Ya lo irán viendo. Sofie tendrá su cama en el dormitorio de ellos dos, para empezar. Lo que pase después lo descubrirán... después.

Joachim mira el mar, a lo lejos. Entorna los ojos y se inclina hacia delante. Las nubes se deslizan en el cielo y dejan el sol al descubierto, un rayo lo ciega por un instante, luego vuelve a desaparecer detrás de la nube, y entonces lo ve: un puntito que se acerca. El ferry.

**E**l viejo ferry se abre paso entre las olas y contra el viento. Helene estrecha a Sofie en sus brazos y siente el calor de su cuerpo. Sigue viendo mentalmente la imagen de los dos niños llegando a la sala de la terminal del aeropuerto acompañados por Katinka. La joven parecía tan huraña y esquiva como Helene la recordaba de su breve encuentro en el establo. Sigue sin entender que Edmund y Caroline creyeran que era buena idea descargar en ella la responsabilidad de los pequeños. Por otra parte, ninguno de ellos, tampoco Helene, estaba en condiciones de hacerse cargo de los niños. La convicción se

le presentó en el aeropuerto y otra vez ahora, en el barco. La salmodia en silencio, para sí misma: *nunca más*. Al principio Sofie no quería soltar la mano de Katinka, pero la amazona le susurró algo al oído y le dio un empujoncito para animarla. Y Sofie corrió feliz hacia Helene y se dejó abrazar. Fue relajándose poco a poco. Todo es más fácil con ella, aún es muy pequeña. Christian se detuvo a tres pasos de distancia, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos y una expresión arisca en la cara. Fue con los demás al coche, pero no respondió a ninguna pregunta. Sigue inabordable, se mantiene a distancia, mirando el mar. En sus ojos hay una expresión de adulto, un hombrecito que ha vivido demasiadas cosas. Helene se vuelve preocupada hacia el muchachito, el viento juega con su pelo, tiene las mejillas rojas. Todo mejorará, se dice a sí misma. Con el tiempo, todo mejorará, por ahora tienen que encontrar el ritmo, buscar un nuevo colegio, los niños verán a su padre durante las vacaciones y algunos fines de semana. Veintidós poderes notariales a cambio de sus hijos, el negocio más sencillo que ha realizado nunca Helene.

Helene apoya la espalda en la borda y respira hondo. Se gira y mira al frente con los ojos entornados. Christiansø. Siempre le ha encantado la forma en que los acantilados casi brotan del mar. Un oasis en un desierto de agua. Ahí está su hogar. Ahí la espera él. Aún les quedan muchas cosas por hablar, y Helene no tiene ni idea de cuántos de sus recuerdos volverán con el tiempo. Se ha acostumbrado a las chispas repentinas que se encienden de vez en cuando. Pequeñas piezas de un puzzle que quizá jamás llegue a completarse. Pero ya no importa tanto, ya sabe lo principal. Sabe quién es ella y quién quiere ser. Sabe que su futuro está allí. En el café, en el apartamento de Christiansø. Allí crecerá, allí se rodeará de personas que sabrán sacar lo mejor de ella. Allí, donde ella también sabrá sacar lo mejor de las personas a las que ama. Es curiosa la sensación de que su vida cuando su amnesia era más seria parezca la más real, y es a ella a la que quiere volver. Estará con Joachim y con los niños. Y sabe que Joachim desea lo mismo que ella. Incluso fue él quien propuso transformar el despacho en la habitación de Christian.

–La habitación de Christian en Christiansø –dijo con una sonrisa.

–Pero ¿dónde vas a escribir tú, entonces? –preguntó Helene, intrigada.

–Da igual –respondió él, y se echó a reír–. Ya veremos.

Aquella fue su respuesta a todas las preocupaciones de Helene. *Ya veremos*. Hablaba con una alegría que ella no reconoce, pero que la hace respirar más

hondo, más relajada. Joachim espera en la isla, que se va viendo cada vez con más claridad, su silueta ya se va dibujando. Tejados, roquedales. Se yergue y señala con el dedo. El café, en medio del puerto. Y entonces se da cuenta de que todas las mañanas, al despertar y mirar el mar, estaba esperando que llegara algo desde las olas, algo que lo cambiara todo. Y ahora comprende que se estaba esperando a sí misma.

\* -*bjerg* es «montaña» en danés. El nombre completo significa «montaña del cielo». (*N. del T.*)

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Anna Ekberg, 2018

© de la traducción, Enrique Bernárdez Sanchís

© de la cubierta, Elsa Suárez sobre imagen de Arcangel

© Maeva Ediciones, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)

[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

ISBN: 9788417108687

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.